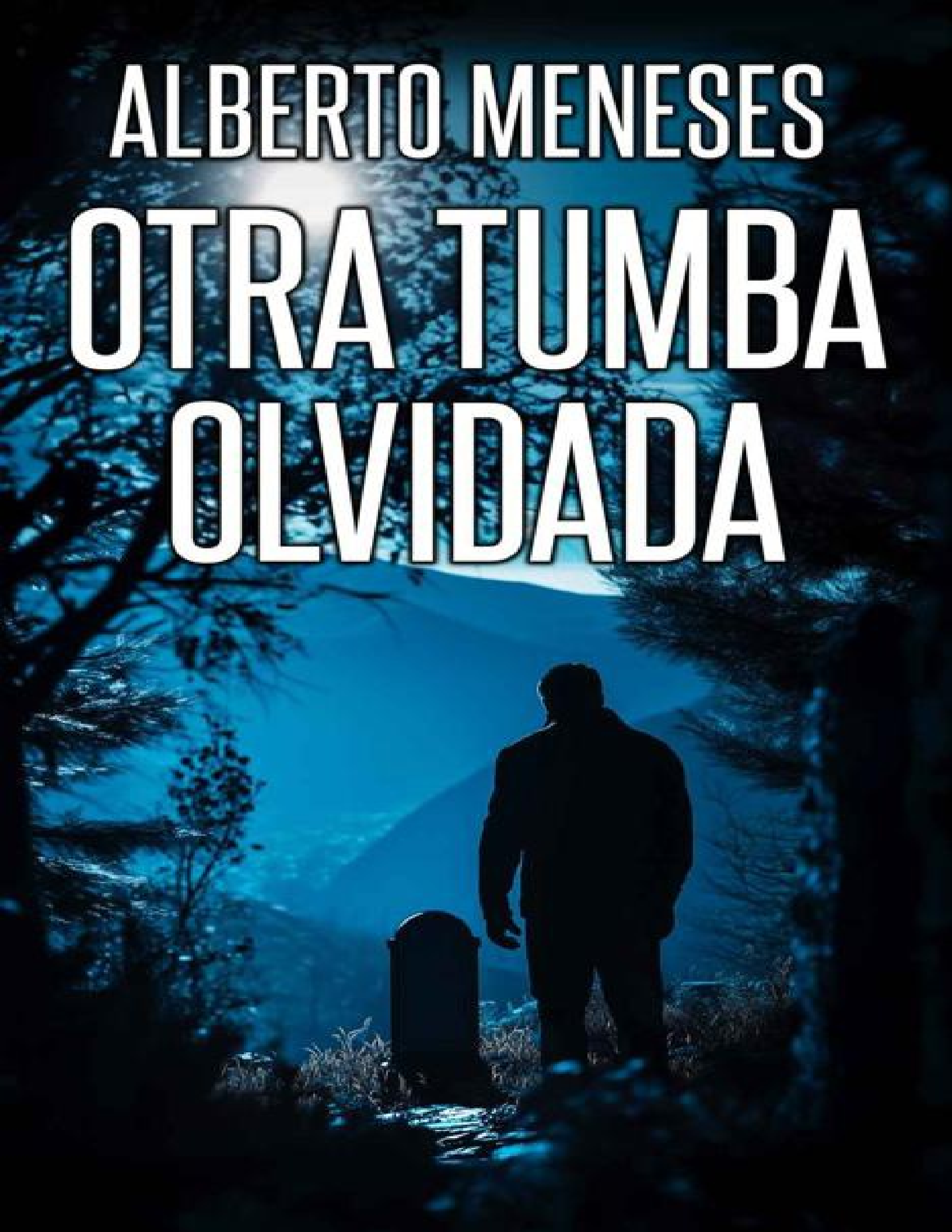


ALBERTO MENESES

OTRA TUMBA

OLVIDADA



OTRA TUMBA OLVIDADA

(ROBERTO FUENTES 8)

ALBERTO MENESES

Copyright © 2024 by Alberto Meneses

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.

Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 1.0: DICIEMBRE, 2024

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Epílogo](#)

[Querido lector](#)

[Descubre...](#)

[Verónica Cuevas](#)

[Inspector Fran Merino](#)

[Suscripción lista de correo](#)

[Contacto con el autor](#)

[Acerca del autor](#)

[Otras obras del autor](#)

SUSCRIPCIÓN LISTA DE CORREO

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y estar al tanto de las publicaciones y novedades del catálogo, así como disfrutar de contenidos exclusivos.

Además podrás conseguir gratis **Los muertos no se ahogan**, la primera novela de la serie Roberto Fuentes.

[Lista de correo de Alberto Meneses](#)



ALBERTO MENESES

OTRA TUMBA OLVIDADA



ROBERTO FUENTES 8

PRÓLOGO

Cuando Roberto se acercó a la tumba, supo que todo su mundo estaba a punto de cambiar. Todo dependía de lo que se encontrase dentro de aquel oscuro y profundo agujero excavado en la tierra.

Al asomarse, contuvo el aliento, con la esperanza de que todavía no fuese demasiado tarde y que el asesino no hubiese tenido tiempo de finalizar su macabro ritual.

De ser así, él sería el único culpable y su vida ya no volvería a ser la misma.

Cambiaría para siempre.

La suya y la de su familia.



El comisario Rossi atravesó el pasillo con paso lento, pero firme. A pesar de que sabía que todo estaba perdido, todavía mantenía una mínima esperanza. Quizás no fuese demasiado tarde.

Al llegar a la puerta de la habitación y asomarse, sus peores temores se vieron confirmados. La enfermera que estaba junto a la cama le miró y negó con la cabeza. Sabía lo que eso significaba. El tiempo se acababa.

Al verle, ella se acercó.

—¿Cómo está hoy el paciente? —le preguntó Rossi.

—El médico dice que ya no hay nada que podamos hacer —aseguró con evidente pesar—. Es solo cuestión de tiempo que su cuerpo deje de funcionar.

—¿Cuánto tiempo?

—Horas. Probablemente, no pasará de esta noche.

Rossi sintió un intenso dolor en el pecho al escuchar eso. Era el momento que tanto había temido.

—¿Hay alguna posibilidad de que despierte? —preguntó, a pesar de conocer la respuesta.

—No, lo siento, está sedado. La enfermedad ya le ha consumido por completo. Solo nos queda esperar a que su cuerpo se apague del todo.

Durante unos segundos, Rossi se quedó mirando el rostro demacrado de Pietro Caruso. No sintió lástima por él, solo rabia. Iba a llevarse su secreto a la tumba, a pesar de todos sus intentos para que no fuese así.

Todavía recordaba la primera vez que se había enfrentado a aquel hombre de rostro impasible e imperturbable. En ese momento no había sido capaz de arrancarle una confesión, al igual que en todos los intentos posteriores, a lo largo de los años. Ni siquiera estando en aquella cama de hospital, vislumbrando cómo su vida se apagaba, había logrado arrancarle la verdad.

—¿No quieres que tu alma descanse en paz? —le había preguntado Rossi en su última conversación.

Pietro había sonreído de aquel modo tan cínico, limitándose a guardar silencio, como otras tantas veces. La verdad moriría con él, negando tanto a la víctima como a sus familiares el descanso al que tenían derecho.

—Está en coma. Ya no hay nada que podamos hacer —dijo una voz a su espalda, captando su atención—. Lo lamento.

Rossi se giró y se encontró con el rostro del médico que le había atendido desde su ingreso en el hospital.

—Yo sí que lo siento.

—No hemos encontrado ninguna forma de tratar tan extraña enfermedad, sobre todo porque ha sido imposible averiguar la causa.

—¿No saben lo que ha sido?

—Creemos que fue víctima de un envenenamiento, pero desconocemos la sustancia. Lo que está claro es que ha sido muy rápido. Nunca había visto nada igual. Ingresó hace veinte días con vómitos y fuertes dolores. Pronto se le empezó a caer el pelo y su estado de salud empeoró a pesar de todos nuestros intentos por curarle. Es una pena —se lamentó el médico.

—Han hecho lo que han podido.

—No lo suficiente. ¿Al menos logró que le contase algo?

El comisario negó con la cabeza antes de responder.

—En ninguna de las tres ocasiones en las que hablé con él desde que ingresó.

—Es normal, estaba muy enfermo.

Rossi sabía que ese no había sido el motivo de que no hablase. Es más, esperaba que, al ver cómo su vida se apagaba, le remordiese la conciencia y decidiese confesar la verdad sobre lo ocurrido veinte años atrás, pero estaba claro que las personas como Pietro preferían llevarse su secreto a la tumba, conscientes del daño que causaban con ello.

Durante unos segundos le observó tumbado inerte sobre aquella cama y deseó que encontrase en la otra vida el castigo a sus malas acciones y a todo el dolor que había causado en este mundo. En especial a Francesca.

—Será mejor que me vaya —dijo, consciente de que ya no hacía nada en ese lugar.

—¿Quiere que le avise cuando fallezca?

No respondió. Se limitó a abandonar la habitación y a encaminarse a la salida, absorbido por sus pensamientos y atenazado por la culpa. A pesar de todos sus intentos, no había sido capaz de dar a los padres de Francesca la paz que tanto anhelaban. En numerosas ocasiones se había dicho a sí mismo que lo lograría, que tarde o temprano conseguiría que Pietro confesase, pero estaba claro que había fracasado. Un fracaso que ahora le perseguiría hasta el fin de sus días.

Por ese motivo, en cuanto puso un pie fuera del hospital, tuvo claro a dónde debía dirigirse. El único lugar donde podía encontrar la paz que tanto necesitaba en ese momento.

El único refugio posible para su alma atormentada.



La iglesia de Sant' Anna dei Palafrenieri se encontraba dentro de la Ciudad del Vaticano, un lugar poco concurrido gracias a que pasaba desapercibido para la mayoría de los turistas. Era una iglesia pequeña con la fachada de mármol blanco, situada junto a una de las puertas de entrada al Vaticano y custodiada por un guardia que le saludó nada más verle. Rossi le devolvió el saludo y entró en el interior del templo.

Solo había tres personas más, sentadas en los bancos que había al fondo, próximos al altar, así que tomó asiento en el primero que encontró a su paso, el más cercano a la puerta. Al hacerlo, echó la vista atrás en el tiempo y sintió un gran vacío. Todavía conservaba en su mente con total claridad lo sucedido el día de la desaparición de Francesca Fiore, un caso que había marcado su carrera y su vida a partir de ese momento.

Por aquel entonces era inspector de la *Polizia di Stato*, destinado en Roma. Desde el principio, tuvo clara la implicación en la desaparición de su marido, Pietro Caruso, pero jamás pudo demostrarlo. Sobre todo, porque nunca apareció el cuerpo de Francesca.

En todos los interrogatorios que se realizaron, Pietro negó su implicación, y la falta de pruebas hizo que fuese imposible acusarle. A pesar de que era la última persona que había estado con ella y que tenía motivos para asesinarla, por mucho que los investigadores lo intentaron, no lograron demostrarlo.

De todos ellos, el comisario Rossi fue el que más se implicó, de tal modo que llegó incluso a afectar a su vida personal. Su mujer se divorció de él y eso le sumió en un pozo del que solo consiguió salir años después, cuando pasó a formar parte de la Gendarmería Vaticana y su alma encontró cierta paz. Aun así, jamás se olvidó de Francesca ni del dolor que su desaparición causó a la familia, que nunca volvió a saber de ella.

Lo que más le dolía después de tantos años era no haber cumplido la promesa que les hizo a los padres de descubrir lo que le había sucedido a su hija y de darles al menos una tumba ante la que rezar por su alma. Al menos lo había intentado todo hasta el final.

—No esperaba encontrarte aquí —escuchó una voz captando su atención.

Rossi giró la cabeza y vio a su lado a un hombre vestido con una larga sotana negra y un fajín púrpura alrededor de la cintura. Tenía la piel blanca y el rostro poblado de arrugas. Cubría parte de su cabeza con un solideo también de color púrpura, bajo el que asomaba una cabellera plateada. Su sonrisa era afable.

—Obispo Lombardo —dijo sorprendido, mientras se ponía en pie—. Buenos días, monseñor.

—¿Has venido a rezar?

—Más bien a confesar mis pecados.

—¿Y qué pecados son esos que necesitan el perdón de Dios?

El comisario dudó un par de segundos antes de responder.

—He fallado a aquellos a los que prometí ayudar.

—¿Y cómo es eso?

—Sería largo de explicar.

—Me encantaría escuchar qué es lo que te atormenta. ¿Por qué no nos sentamos y me lo cuentas?

Los dos tomaron asiento en el banco y Rossi comenzó a hablar mientras, mantenía la vista fija en la imagen de la Virgen situada tras el altar.

—Hace veinte años trabajé en un caso de secuestro, una mujer muy joven que pensaba separarse de su marido y que de pronto desapareció. No hubo petición de rescate, por eso fijamos nuestras sospechas en el marido. —El comisario tomó aire antes de continuar—. Desde el primer momento supe que estaba implicado, pero jamás logramos que confesase, y no se volvió a saber de Francesca.

—¿La mató?

—Es probable, aunque nunca hallamos el cuerpo. Le prometí a la familia que no descansaría hasta conseguirlo y que demostraría la culpabilidad de su marido, pero, por desgracia, no pude cumplir mi promesa. Jamás conseguí hacerle confesar y nunca encontré pruebas que le implicasen.

—¿Tan seguro estabas de que había sido él?

Rossi le miró a los ojos.

—Uno percibe la maldad cuando se enfrenta a ella y sé que ese hombre estaba implicado en su desaparición. Lo vi en su mirada desde la primera vez que le interrogué.

—En ese caso, entiendo tu frustración. Quizás llegue el día en que se arrepienta de lo que hizo y decida confesar.

—Ya no lo hará —le replicó negando con la cabeza—. Hace tres semanas enfermó gravemente, así que pensé que era el momento de que confesase y que me dijese al menos qué había hecho con el cuerpo. Hasta en tres ocasiones acudí al hospital para verle y darle la oportunidad de que se sincerase, pero ha decidido llevarse su secreto a la tumba. Ahora ya ni siquiera está consciente, tan solo le quedan unas horas de vida, y nunca sabré lo que le ocurrió a Francesca. Ni siquiera puedo darles a sus padres una tumba en la que rezar por su hija.

—Entiendo cómo te sientes, pero tú no tienes la culpa.

—Claro que la tengo. No fui capaz de hacerle confesar en vida y ahora se llevará con él su secreto al otro mundo. —En ese momento apretó los dientes con rabia—. Solo espero que se pudra en el infierno.

Tras unos segundos de silencio, el religioso murmuró:

—No tiene por qué ser así.

Rossi giró la cabeza y le miró con desconcierto.

—¿Quiere decir que no irá al infierno?

—No, me refiero a que no tiene por qué llevarse con él su secreto.

—No entiendo.

El obispo se acarició la barbilla antes de preguntar:

—¿Cuánto dices que le queda de vida?

—Muy poco. Lo más seguro es que no pase de esta noche.

—No es mucho tiempo —aseguró con aire reflexivo.

—¿Para qué?

—Conozco a alguien que podría hablar con él y averiguar la verdad.

—Ya le he dicho que está inconsciente, en coma, y que no despertará.

—No hace falta que despierte. En realidad, hablaría con él una vez hubiese fallecido.

Rossi le miró perplejo.

—¿Me está tomando el pelo?

El obispo se puso en pie y sacudió la cabeza.

—No. El único problema es que está lejos de aquí y que no sé si estaría dispuesto a ayudarnos. Acompáñame —dijo señalando con el brazo hacia la salida—. Intentaremos traerle aquí.



Roberto se acarició la barba y observó absorto cómo las olas rompían en la orilla. Desde niño le encantaba el sonido del mar. Era como una dulce nana que siempre le había acompañado. En ese momento sus dos hijos estaban jugando unos metros más allá, haciendo un castillo de arena, mientras Sella les observaba tumbada a pocos metros, sin perder detalle de lo que hacían.

El día había amanecido bastante despejado, con una temperatura que en ese momento se acercaba a los veinte grados, lo que se agradecía. Atrás había quedado el verano, aunque el buen tiempo persistía desde hacía una semana. Por ese motivo habían decidido aprovecharlo mientras fuese posible, antes de que llegase el tiempo otoñal.

—Estás muy pensativo —dijo Eva situándose a su lado.

—Lo normal.

—No. Desde que volviste de Sevilla te noto demasiado reflexivo, incluso preocupado. ¿Ocurrió algo allí que no me has contado?

—Te lo he contado todo.

—¿Entonces qué te ocurre?

—No es nada.

Ella resopló, como solía hacer últimamente cuando se impacientaba por algo.

—Los niños están tranquilos, jugando —dijo señalándolos con la mirada— y no están pendientes de lo que hablamos. Puedes contarme lo que sea.

—Estoy bien, de verdad.

—No estás bien, lo noto. Veo cómo miras a los niños, como estás pendiente de ellos en todo momento.

—Siempre he estado pendiente.

—No como ahora. ¿Qué te preocupa? —insistió.

Roberto se encogió ligeramente de hombros, consciente de que no iba a poder eludir la conversación.

—Me preocupa vuestra seguridad.

—Los niños están bien, ya los ves.

—Lo sé, pero si algo me ha enseñado lo de Sevilla es que mis acciones y las investigaciones en las que me implico no solo me ponen a mí en peligro.

—Pensé que lo de Sevilla estaba solucionado, que una vez finalizada la investigación ya no corríamos peligro.

—Y así es, pero... —Se tomó un par de segundos antes de continuar—. Desde que tengo este

don he tenido que enfrentarme a situaciones muy complicadas, que por suerte solo me afectaban a mí.

—Te recuerdo que a mí también me han afectado.

—Tienes razón, perdona. Lo que quiero decir es que antes no teníamos dos niños a los que proteger. —Al decir eso, su mirada se desvió hacia ellos y durante unos segundos los observó jugando en la arena—. ¡Ojalá pudiese renunciar a mi don!

Eva se situó delante de él y le miró a los ojos.

—¿Por qué dices eso? Con tu don has ayudado a mucha gente y has hecho justicia por las víctimas.

—De poco me serviría eso si no puedo proteger a mis hijos.

—Hasta ahora lo hemos hecho —dijo ella acariciándole la mejilla— y no hay motivos para pensar que no vaya a seguir siendo así.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Roberto sacudiendo la cabeza—. Tengo la intuición de que no es suficiente con haber solicitado la baja de la Guardia Civil y temo que puedan ir a por vosotros para hacerme daño.

Lo dijo con voz apagada y el corazón encogido, por eso Eva se abrazó a él.

—No pienses eso —le susurró—. Hasta ahora no han podido con nosotros. Lo importante es que estemos juntos en esto. Mientras sea así, podremos superarlo todo.

—Eso espero.

Permanecieron abrazados un tiempo, hasta que Roberto sintió el teléfono vibrar en su bolsillo. Tras unos segundos de duda, decidió responder. Lo sacó del bolsillo y vio que se trataba del padre Miguel, el párroco de Nueva, su pueblo. El hombre con el que había hecho tan buenas migas en su última investigación en Llanes.

—Buenos días, padre.

—¿Cómo estás, Rober? ¿Te pillo ocupado?

—No —respondió alejándose unos metros de Eva para hablar con él.

—He venido a tu casa a verte, pero no parece que haya nadie.

—Estamos en la playa de Barro, con los críos.

—Necesito verte lo antes posible.

—¿Por qué? —preguntó al notar la urgencia en su voz—. ¿Ocurre algo malo?

—Acabo de recibir una llamada del Vaticano. Es... como lo diría... —dudó—. Una situación muy especial. Necesitan tu ayuda con urgencia.

—Ahora mismo no es un buen momento para alejarme de mi familia.

—Sería un viaje rápido a Roma, de ida y vuelta. No te llevaría más de un día.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue negarse. No deseaba separarse de su familia bajo ninguna circunstancia, aunque decidió darle el beneficio de la duda.

—¿Y para qué quieren verme en el Vaticano?

—Preferiría contártelo en persona. Salgo ahora mismo para verte. ¿Te parece?

—De acuerdo.

La llamada se cortó y Roberto se volvió hacia Eva, que le miraba expectante.

—¿Va todo bien?

Antes de responder, él resopló y miró a los niños, disfrutando de su castillo de arena.

—Me temo que el padre Miguel se va a llevar una desilusión.



El padre Miguel sonrió a Roberto en cuanto este le recibió a pie de playa. Eva prefirió quedarse con los niños, mientras ellos hablaban a solas.

—Buenos días, Rober —le saludó el recién llegado estrechándole la mano—. Siento interrumpir vuestro día de playa.

—No pasa nada.

—No habría venido si no fuese importante.

Roberto miró al hombre de pelo canoso y entrado en los sesenta años, y esbozó una débil sonrisa.

—Hace pocos días que he llegado de viaje.

—Es cierto. Estuviste en Sevilla, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué tal te fue todo por allí?

—Complicado, pero lo importante es que ya estoy de vuelta con mi familia —dijo de manera escueta, para no extenderse—. ¿Qué es eso de que me necesitan en el Vaticano?

—Como ya te conté, la última vez que estuve en Roma me reuní con el obispo que está al frente de la Comisión para Defensa de la Fe. Es el organismo para el que trabajé como exorcista.

—Sí, recuerdo esa conversación.

—Ya sabes que cuando le hablé de tu don me pidió que te propusiese trabajar para el Vaticano.

—Lo siento, pero todavía no he tomado una decisión al respecto. En realidad, lo que quiero ahora mismo es alejarme de esos temas. Solo pienso en estar en casa, con mi mujer y mis hijos.

—Te entiendo, pero...

—De hecho, me estoy planteando no volver a implicarme en ninguna investigación.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el párroco, sorprendido.

—Porque lo que hago no solo me afecta a mí, sino también a mi familia.

—Si te preocupa su seguridad, ya te aseguré que el Vaticano puede protegeros.

—Permítame que lo dude —le replicó con rotundidad.

—Los muros del Vaticano son inexpugnables. Eso te lo aseguro.

—Mi último deseo es meter allí a mi familia. Aquí mis hijos son felices y tanto Eva como yo adoramos la casa en la que vivimos. Nuestra vida está aquí.

—Te entiendo. Yo también estoy enamorado de este lugar, pero posees un don que muy poca gente tiene y eso implica una responsabilidad.

—No me hable como si fuese un superhéroe —le replicó Roberto con una ligera sonrisa, para acto seguido borrarla—. Yo no pedí este don y creo que es hora de que renuncie a él.

—¿Lo dices en serio? La última vez que hablamos me dijiste que estabas de acuerdo en no dejar que el mal triunfase.

—Siempre y cuando eso no ponga en peligro a mi familia, que es lo que me ha ocurrido en la investigación que he llevado a cabo en Sevilla. Creo que es hora de que piense más en ellos.

—Si ese es tu deseo...

—Lo es.

El padre Miguel no pudo ocultar su decepción.

—Lamento oírlo. Tenía la esperanza de que nos pudieses ayudar, al menos en esta ocasión. Hay una familia en Roma que perdió a su hija y que lleva veinte años buscándola.

—No veo de qué modo podría yo ayudar en eso.

—Te lo explico. Al parecer, su marido es el principal sospechoso, aunque los investigadores nunca lograron demostrar su culpabilidad. Creen que acabó con su vida y que enterró el cuerpo en algún lugar desconocido. Ahora mismo está en coma, a punto de fallecer, y, cuando eso suceda, tú eres el único que puede sacarle la verdad de lo ocurrido.

—Pensé que yo no era el único al que conocía el Vaticano con este don. Eso me dijiste.

—Eres el que está más cerca. Pondrían un avión privado a tu disposición para que viajases a Roma de inmediato. Es cuestión de horas que fallezca. Estoy incluso dispuesto a acompañarte, si lo deseas.

La respuesta de Roberto fue negar con la cabeza.

—Me temo que he tomado una decisión. Ahora necesito estar con mi familia.

—Está bien, lo respeto. De todas formas, medítalo con tranquilidad y llámame si cambias de opinión. Piensa que esa joven también tenía una familia, que lleva veinte años viviendo un infierno por no saber lo que le ocurrió a su hija.

Roberto no dijo nada. Se limitó a estrecharle la mano y despedirse de él. No tenía pensado cambiar de opinión.

En cuanto el cura le dio la espalda, regresó a la playa, junto a su familia. Los niños habían abandonado su castillo de arena y ahora se turnaban para tirarle la pelota a Sella, que saltaba feliz por encima de las olas. Eva le sonrió en cuanto se acercó a ella.

—¿Qué te ha dicho el padre Miguel?

—Quería que viajase a Roma para ayudar en una desaparición, pero le he dicho que no es posible. No quiero separarme de vosotros.

—¿Tiene que ver con el ofrecimiento de trabajar para el Vaticano?

—Algo así.

—¿Y por qué no has aceptado? Antes de irte a Sevilla te dijo que si trabajabas para ellos podías contar con su protección.

—Lo sé, pero no quiero renunciar a nuestra vida aquí. Somos felices en nuestra casa.

—Seremos felices en cualquier lugar —aseguró Eva—, sea aquí o en Roma. Lo importante es que estemos juntos.

—Dejaríamos de estarlo si yo empezase de nuevo a implicarme en investigaciones de crímenes. Ya lo sabes.

—Escucha, Rober —dijo ella mirándole a los ojos—. Hace tiempo que acepté tu don y lo que conlleva. Es algo a lo que no puedes renunciar. Los dos lo sabemos. Tarde o temprano volverán los sueños y te verás obligado a perseguir al autor de un crimen, aunque no quieras. Una víctima te pedirá su ayuda y no te dejará en paz hasta que lo hagas. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí.

—Si eso supone no tenerte siempre a mi lado, lo acepto. He aprendido a vivir con ello.

—La cuestión es que yo no quiero vivir separado de ti y de los niños. Mi obligación es cuidar de vosotros. Tengo que protegeros.

—Tal vez eso sea algo que no necesitas hacer tú solo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no vas al Vaticano y escuchas lo que te quieren proponer? No pierdes nada por escucharles.

—Lo siento, pero ya he tomado una decisión.

Ella asintió con la cabeza, consciente de que, en ese momento, no iba a hacerle cambiar de opinión.

—En ese caso, disfrutemos de este día de playa.

—Es lo único que deseo ahora mismo —afirmó Roberto.



Esa mañana madrugó como todos los días y salió a dar un paseo con Sella. Era su rutina diaria. Se ponía unos auriculares, buscaba algún audio interesante que escuchar en su aplicación de pódcast y caminaba durante una hora al menos por los alrededores del pueblo de Poo. Las rodillas ya no le respondían como antes, por eso prefería más dar un paseo a un ritmo alto y constante que salir a correr. Además, Sella disfrutaba más.

Últimamente, escuchaba pódcast sobre historia, por eso le llamó la atención que la aplicación le sugiriese un audio sobre desapariciones, titulado «SOS desaparecidos». La descripción hablaba de un hecho poco conocido en el país, por eso decidió escucharlo.

En primer lugar, habló la presidenta de la Asociación SOS Desaparecidos, que aseguró que en el año en curso se habían recibido más de quince mil denuncias de personas desaparecidas en España. De ellas, la mayoría eran desapariciones voluntarias y se resolvían en las primeras semanas, aunque el dato que más sorprendió a Roberto fue que la mitad de las desapariciones fuesen de menores.

Otro dato que le sorprendió fue que hubiese más de ochenta desapariciones sin resolver, alguna de las cuales databa de más de una década. Con respecto a eso, escuchó a continuación el testimonio de una madre que había perdido a su hija doce años atrás, desaparecida una noche de verano cuando regresaba sola de las fiestas del pueblo. Un relato desgarrador, en el que la mujer, incapaz casi de contener el llanto, aseguró que lo peor de todo era no tener una tumba en la que llorar a su hija.

—No hay noche que no sueñe con ella —aseguró entre lágrimas al final de la entrevista—. Es muy duro no saber lo que le ocurrió. Nadie que no haya pasado por ello puede comprender ese dolor.

Roberto había sentido el dolor de las víctimas muchas veces, pero jamás se había puesto en el lugar de los familiares. En ese momento no quiso ni imaginarse lo duro que sería perder a uno de sus hijos y no volver a saber de él. Había experimentado parte de ese dolor cuando Pedro se los había llevado por la fuerza unas semanas atrás, pero no podía ser nada comparable a no volver a saber de ellos durante años.

Ese fue el motivo por el que recordó la conversación del día anterior con el padre Miguel, y algo en su interior le dijo que no había actuado bien. Después de todo, lo único que le había pedido era viajar a Roma para desvelar la verdad de una desaparición. Algo que no le iba a costar demasiado esfuerzo y que podía ayudar a esos padres a cerrar un capítulo tan duro en sus vidas.

Tras meditarlo unos instantes, sacó el teléfono y llamó al padre Miguel.

—Buenos días, padre.

—Buenos días. No esperaba tu llamada.

—He estado pensando en lo que me dijo ayer. Necesito que me cuente algo más sobre esa desaparición.

—Poco más puedo decirte de momento. El marido está a punto de fallecer, si no lo ha hecho ya, y los investigadores están convencidos de que es el único que sabe lo que le ocurrió a su mujer. ¿Has cambiado de opinión? ¿Vas a viajar a Roma?

—Sí, siempre y cuando me acompañe usted. Me sentiría más cómodo.

—Por supuesto, ya te dije ayer que no hay problema. Voy a llamar al Vaticano para organizarlo todo. Te llamo en cuanto sepa algo.

Roberto regresó a casa y nada más entrar escuchó ruidos en la cocina, así que se dirigió allí. Los niños estaban desayunando sentados en la mesa mientras Eva les observaba apoyada en el fregadero.

—Hola, papá —dijo Berto.

—Buenos días —le secundó su hermana.

—Buenos días, chicos. ¿Ya lo tenéis todo preparado para ir al cole?

—¡Sí! —respondieron al unísono.

—Daos prisa en terminar de desayunar —les apremió su madre—. Tenemos que irnos en diez minutos.

—Antes necesito hablar contigo —dijo Roberto haciendo un gesto con la cabeza para que le acompañase fuera de la cocina.

Los dos salieron y pasaron al salón.

—¿Ocurre algo? —preguntó Eva.

—He decidido aceptar la propuesta del padre Miguel para viajar a Roma.

—Me parece bien. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—El testimonio de una mujer cuya hija desapareció hace doce años y que desde entonces no ha vuelto a saber de ella. El dolor con el que hablaba esa madre me ha hecho reflexionar y ponerme en su lugar. Si yo pasase por algo así, me gustaría que alguien me ayudase.

—A mí también me gustaría.

—Además, estaré fuera poco tiempo. El padre Miguel me dijo ayer que sería un viaje de ida y vuelta.

—Estaremos bien, no te preocupes por nosotros —aseguró ella—. Y ya que estás allí, tantea esa oferta de trabajo del Vaticano.

—Solo voy a ayudarles en este caso. Ya sabes lo que opino al respecto.

—No pierdes nada por escuchar lo que tienen que decirte y tampoco te interesa cerrarte puertas.

—Está bien, lo pensaré.

—¿Cuándo te vas?

Antes de que pudiese responder, escuchó la melodía de su teléfono, así que respondió a la llamada. Era el padre Miguel.

—Todo listo, pero debemos darnos prisa —dijo el párroco en cuanto respondió—. El hombre acaba de fallecer.

—En ese caso, no sé si podré hacer mucho.

—Tenemos que intentarlo. Hay un avión privado esperándonos en el aeropuerto de Santander, listo para despegar en cuanto lleguemos.

—¿Tan rápido?

—Decidieron enviarlo antes de conocer tu respuesta.

—¿Y cómo sabían que iba a aceptar? —preguntó Roberto, sorprendido.

—No lo sabían, pero es una prueba de lo importante que era para el Vaticano que viajases a Roma. No querían perder ni un minuto.

—Pues no les hagamos esperar —sentenció.



Un coche negro con las lunas tintadas les recogió en el aeropuerto de Ciampino, el más cercano a la ciudad de los dos que había en Roma.

Durante el viaje, la conversación la había acaparado el padre Miguel, que le había relatado algunas de las peripecias que había vivido en su época de misionero por medio planeta. Roberto le escuchó con atención y descubrió que el párroco era un hombre con mucho mundo que, además de hablar varios idiomas, conocía multitud de culturas. Un hombre hecho a sí mismo en el servicio al Señor, según sus propias palabras.

El coche les llevó directos al centro de Roma, a un pequeño hospital con aspecto muy antiguo, en cuya puerta les esperaba un hombre de barba descuidada y profundas ojeras. Por su pelo poblado de canas, Roberto calculó que andaría por los sesenta años.

—Bienvenidos —les saludó en español—. Soy el comisario Rossi.

—Yo soy el padre Miguel y este es Roberto Fuentes.

El policía le miró de arriba a abajo, como si su presencia allí le resultase extraña. Aun así, le tendió la mano. Al estrecharla, Roberto notó en el hombre un gran sentimiento de culpa que en ese momento no supo cómo interpretar.

—Según el obispo Lombardo, son capaces de averiguar qué hizo Pietro con su mujer Francesca —dijo el comisario en un tono que desprendía desconfianza.

—En realidad, Roberto es quien lo hará.

—¿Una vez muerto? Me gustaría saber cómo.

Roberto se adelantó a la respuesta del párroco.

—Habrà tiempo para responder a esas preguntas. Lo más urgente ahora es ver el cuerpo del fallecido. ¿Dónde se encuentra?

—Lo han trasladado a la morgue del hospital.

—¿Y puedo verlo?

Rossi asintió ligeramente con la cabeza.

—El obispo me pidió que lo arreglase todo con el hospital, aunque no ha sido fácil convencerles. Tampoco entiendo el motivo.

—Pronto lo sabrá.

Entraron en el edificio, con el comisario a la cabeza, que les guio por un largo pasillo en el que se cruzaron con varias enfermeras.

—¿Qué puede contarme del caso y del hombre al que vamos a ver? —preguntó Roberto, poniéndose a su altura.

—Fue el último que vio con vida a su mujer, pero nunca pudimos demostrar su implicación en la desaparición.

—¿Tan seguros están de que fue él?

—Lo estoy —dijo Rossi con rotundidad—, aunque nunca haya podido demostrarlo. Le interrogué muchas veces, incluso estando ya moribundo en el hospital, y nunca logré que confesase. Siempre se reía y me decía que no tenía nada que ver con la desaparición de su mujer, y que si yo creía lo contrario, que lo demostrase.

—¿Cómo fue esa desaparición?

—Francesca llevaba cinco años casada con Pietro, una relación que sus familiares no vieron con buenos ojos desde el principio. Él era bastante posesivo y no le gustaba que hablase con otros hombres. La cuestión es que el último año su carácter empeoró, a causa de la pérdida de su trabajo y porque se pasaba más horas en el bar que buscando uno nuevo. Las discusiones en casa eran continuas y Francesca, que tenía un trabajo fijo en una tienda de ropa, le dijo que si no cambiaba terminaría separándose de él. No tenían hijos, así que no tenía por qué ser una ruptura traumática.

—Pero él no lo aceptó —intuyó Roberto.

—El día de la desaparición, Francesca tenía previsto entregarle los papeles del divorcio. Así se lo contó a una compañera de trabajo —explicó Rossi mientras cogían unas escaleras al piso inferior—. Pietro la llevó en coche al trabajo, aunque nunca llegó. Fueron sus compañeras las que dieron la voz de alarma y llamaron a la policía cuando vieron que no aparecía y que durante toda la mañana no respondía a sus llamadas. Al ser interrogado, Pietro dijo que la había dejado a una calle de distancia de la tienda, porque Francesca quería ir a una ferretería a comprar un grifo para el baño. En ninguna tienda de esa zona de la ciudad, fuese o no una ferretería, la vieron entrar.

—¿Qué hay de las cámaras de la ciudad?

—Hace veinte años no era como ahora. No había cámaras por todas partes, aunque la cámara de un cajero situó el coche de Pietro circulando a varias calles de la tienda de ropa y en dirección contraria a ella, a la hora en que se suponía que había dejado a su mujer cerca de esa ferretería. Nos basamos en ese hecho para intentar que confesase, pero nunca logramos que cambiase ni un ápice su declaración inicial. Según él, los dos estaban muy bien como pareja y no tenía ni idea de que Francesca tuviera pensado divorciarse.

En ese momento llegaron al sótano, donde atravesaron unas puertas batientes y accedieron a una zona del hospital donde se notaba que la temperatura era bastante más baja.

—Lo peor de todo es no saber dónde está el cuerpo —prosiguió Rossi mientras se acercaban a una puerta metálica situada al fondo—. Después de tantos años, es lo único que quiero saber. El todopoderoso ya se ha encargado de hacer justicia por ella.

—¿Qué le ha ocurrido a Pietro?

—¿Acaso importa?

—Importa todo lo que rodea a esta investigación.

—Enfermó, es lo único que puedo decirte —dijo de manera escueta—. Eso y que se llevó con él al infierno la verdad de lo ocurrido.

—Entiendo.

—Es aquí —dijo el comisario al llegar a la puerta—. El cuerpo de Pietro está dentro.

—¿Cuántas horas hace que ha fallecido?

Rossi miró su reloj.

—Unas cuatro horas.

—Puede que no sea tarde.

—¿Para qué?

Roberto no respondió a su pregunta, cruzó la puerta seguido del comisario y el padre Miguel. Un hombre con una bata blanca les salió al paso. Rossi cruzó unas palabras con él en italiano y acto seguido sacó el cuerpo del fallecido de la nevera en la que se encontraba.

—Es mejor que dejemos a Roberto a solas con el cuerpo —sugirió el padre Miguel.

—Sigo sin entender lo que va a hacer —protestó el comisario.

—Ya habrá tiempo luego para explicaciones. Lo importante ahora es que salgamos y le dejemos solo.

A pesar de su gesto de contrariedad, Rossi ordenó al trabajador que le acompañase fuera y los tres salieron de la sala, dejando a Roberto a solas con el cuerpo del recién fallecido.

Durante unos segundos, lo estuvo observando detenidamente, tendido sobre la camilla. Su aspecto era demacrado. No tenía pelo y estaba prácticamente en los huesos, como si un cáncer le hubiese comido por dentro. Le impresionó su aspecto, aunque decidió concentrarse en lo que le había llevado hasta allí.

Cuatro horas no eran demasiadas para mantener una conexión. El problema era saber cuánto tiempo sería capaz de mantenerla. Cuantas más horas pasaban desde el fallecimiento, más corta era la conexión y menos tiempo tenía para obtener la información que necesitaba. Por ese motivo, planificó en su mente las preguntas que necesitaba hacerle, teniendo en cuenta todo lo que el comisario Rossi acababa de contarle. Iba a tener que ser rápido y preciso.

Tomó aire un par de veces y posó con suavidad la mano sobre el hombro desnudo del fallecido. Acto seguido, una voz inundó su mente.

—Ayúdame, Roberto.



Roberto escuchó con claridad las palabras del fallecido, por eso preguntó siguiendo con el ritual:

—¿Qué quieres de mí?

—Necesito que vengues mi muerte.

Aquella no era una petición normal.

—¿Tu muerte?

—Me han asesinado. Quiero que encuentres al que lo hizo.

—Lo haré, te lo prometo —dijo para zanjar ese tema y pasar a lo que realmente le importaba

—. Y ahora dime qué hiciste con el cuerpo de tu mujer, Francesca.

—Yo no le hice nada.

—¿No la asesinaste?

—No.

No era eso lo que esperaba oír.

—¿Dónde está su cuerpo?

—No lo sé.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Roberto fue que quizás los investigadores estaban equivocados y el sospechoso no estaba implicado en la desaparición de su mujer. No obstante, decidió insistir antes de perder la conexión.

—Pero tu mujer está muerta, ¿verdad?

—Sí —confirmó.

—¿Sabes quién la asesinó?

—Vidar.

—¿Quién es ese?

—No lo sé, yo solo hice lo que él me dijo.

—Cuéntame lo que pasó el día en que desapareció tu mujer.

—Esa mañana le disolví unos somníferos en el café y me la llevé medio inconsciente en coche, al lugar que Vidar me indicó a las afueras de Roma. Allí la amordazó y la metió en una furgoneta. Le pagué lo acordado, se la llevó y ya no supe más de ella.

—¿Por qué lo hizo?

—Para ayudarme. Yo no podía permitir que Francesca me dejase. Si no era mía, no sería de nadie. Vidar me dijo que lo haría... de forma que nadie pudiese condenarme... por su muerte.

La conexión empezaba a debilitarse, por eso se apresuró a sacarle más información.

—¿Cómo conociste a Vidar?

—En un chat de IRC. Nos hicimos amigos. Dijo que me ayudaría... y lo hizo.

—¿Volviste a hablar con él?

—Nunca.

—¿Cómo puedo encontrarle? —Al no escuchar ninguna respuesta, insistió—. ¿Quién es Vidar? ¿Puedes describírmelo?

Roberto sintió cómo la conexión desaparecía, así que se limitó a dejar de tocar su cuerpo y observó el rostro de aquel hombre durante unos segundos.

Al menos sabía que Francesca había muerto, aunque iba a ser muy difícil averiguar dónde estaba su cuerpo.



Nada más salir de la morgue, se encontró con la mirada interrogante del padre Miguel, que esperaba en el pasillo junto al comisario Rossi.

—¿Ha habido suerte?

—Sí, aunque no del modo que esperaba —respondió Roberto acercándose a ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Es mejor que hablemos fuera de aquí.

Los tres se encaminaron a la salida, mientras Rossi se pegaba a él.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —preguntó el comisario.

—Pronto lo sabrá.

Salieron del edificio y se encaminaron a un pequeño jardín que había cerca del aparcamiento, donde pudieron hablar a solas.

—El marido no la asesinó —dijo Roberto, dirigiéndose al comisario.

—¿Y tú cómo puedes saberlo?

—Él me lo ha dicho.

La reacción de Rossi fue mirarle con incredulidad.

—¿En serio piensas que me voy a creer que has hablado con él una vez muerto?

—Esa mañana Pietro drogó a su mujer y se la llevó en coche a las afueras de Roma, para entregársela a una persona llamada Vidar. Él fue quien se la llevó y ya nunca más supo de ella.

—¿De qué hablas? —preguntó Rossi cada vez más incrédulo—. ¿Qué estás diciendo?

—Que el marido no la mató, aunque asegura que está muerta.

—No lo entiendo.

—Es sencillo. Pietro quería a su mujer muerta y conoció a alguien a través de Internet que se ofreció a hacerle el trabajo sucio. De ese modo no podrían condenarle a él.

—No me lo creo.

—Los muertos no mienten. Ese tal Vidar es quien se llevó a Francesca.

Rossi se pasó la mano por el cabello y resopló.

—Me niego a creer que encargase el asesinato de su mujer a otra persona.

—Así es como ocurrió. El problema es que Pietro nunca supo dónde se encontraba el cuerpo de su mujer.

—No puede ser... —En ese momento el comisario se acercó a un banco del parque que tenía a pocos pasos y se sentó—. Es imposible.

Roberto le miró preocupado por la palidez que en ese momento cubría su rostro.

—¿Se encuentra bien?

—Es... imposible —repitió con la voz quebrada—. Pietro la asesinó.

—Lo siento, pero él no la mató. Es cierto que fue partícipe de su muerte y culpable de lo ocurrido, pero no llevó a cabo el crimen ni enterró el cuerpo. El único modo de encontrarlo es averiguar quién es Vidar y después de tantos años lo veo difícil, por no decir imposible.

Rossi alzó la mirada con ojos vidriosos.

—Tantos sacrificios para nada.

Roberto no se atrevió a preguntar el motivo de esa afirmación. Prefirió dejar a solas al comisario con su dolor y se acercó al padre Miguel.

—Creo que ya hemos terminado aquí.

—Eso parece. ¿De verdad ese cadáver no te dijo nada que ayude a encontrar al asesino de esa pobre mujer?

—Me temo que no.

—Bueno, al menos lo has intentado. Lástima que este viaje relámpago no haya servido para nada. De todas formas, me gustaría que conocieses al obispo Lombardo. No nos retrasaría mucho en el viaje de vuelta y sería bueno que hablastes con él.

Roberto recordó lo que le había pedido Eva, así que aceptó.

—Me parece bien.

Los dos regresaron junto a Rossi, que tenía la mirada perdida en el suelo.

—Vamos al Vaticano —dijo el padre Miguel—, por si quiere acompañarnos.

El hombre tardó unos segundos en reaccionar.

—Al menos ha pagado por lo que hizo —murmuró, poniéndose en pie.

—Con respecto a eso —comenzó a decir Roberto—, me gustaría saber de qué murió Pietro.

—¿Acaso importa?

—Él cree que lo han asesinado.

—Eso es absurdo. Era un alcoholístico, un deshecho de la sociedad.

—Lo que he visto ahí dentro no era fruto del alcohol —le replicó señalando el hospital—. ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué ingresó en el hospital?

—¿A quién le importa lo que le ha sucedido a ese cabrón?

—A mí. ¿Me lo cuenta o tengo que entrar a hablar con los médicos?

Rossi torció el gesto, en señal de desacuerdo.

—Ingresó en el hospital hace veinte días, con vómitos y fuertes dolores. Los médicos no supieron averiguar la causa y todos los tratamientos que le pusieron no funcionaron.

—Había perdido el pelo. Eso no es normal. ¿No tienen ni idea del motivo?

—Barajaron la posibilidad de un envenenamiento, pero, por más análisis que le hicieron, no lograron encontrar nada.

—¿Nadie lo ha investigado?

—No, que yo sepa. Como digo, era alcoholístico y seguramente también drogadicto. Un ser despreciable que seguro que acumuló muchos enemigos a lo largo de su vida. Cualquiera de ellos pudo envenenarle, si es que esa fue la causa de la muerte.

—Tendrían que investigarlo.

—¿Por qué? Tuvo lo que merecía. ¿Acaso le importa a alguien por qué murió? A mí, desde luego, no. Además, eso es cosa de la policía italiana.

—¿Usted no es policía?

—Sí, pero de la Gendarmería Vaticana, desde hace unos diez años. Dejé la policía italiana para trabajar para el Vaticano.

—Pues alguien debería investigarlo.

Rossi se limitó a encogerse de hombros.

—Yo no perdería el tiempo por alguien así. Y ahora, si me disculpáis, tengo que irme. Gracias por todo.

Acto seguido les dio la espalda y se encaminó de regreso al hospital.

—Deberíamos regresar al coche para que nos lleve al Vaticano —sugirió el padre Miguel—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Roberto se limitó a asentir con la cabeza y seguir sus pasos.

Estaba claro que, de momento, el viaje a Roma no estaba saliendo como esperaba.



El coche se introdujo por una calle estrecha y, tras pasar un control de la Guardia Vaticana, aparcaron delante de un edificio con un pórtico sostenido por dos grandes columnas de mármol. Una vez descendieron, fue el padre Miguel quien habló con el guardia de la puerta en un italiano. Este les permitió el paso al interior, donde encontraron unas escaleras de piedra que ascendieron mientras se cruzaban con varias personas, todas vestidas con hábitos negros.

Una vez en la primera planta, recorrieron un largo pasillo hasta una pequeña oficina, donde les recibió un joven de traje negro y alzacuellos, que les sonrió.

—*Buongiorno*.

El padre Miguel le respondió al saludo y, tras un breve cruce de palabras en el que Roberto apenas entendió nada, el joven se levantó de su puesto y entró por una puerta lateral.

—Va a preguntar si nos puede atender ahora —dijo el párroco.

No tuvieron que esperar mucho hasta que regresó y les invitó a entrar en una enorme sala, donde se encontraron a un hombre de pie tras una amplia mesa de madera tallada, que bordeó para acercarse a ellos. Vestía una sotana negra con botones y ribetes púrpuras, y un fajín púrpura alrededor de la cintura. Lucía una sonrisa que a Roberto le pareció sincera.

Primero estrechó la mano del padre Miguel, que hizo una ligera reverencia con la cabeza.

—*Buongiorno, monsignore*.

—*Buongiorno*, padre Miguel.

Acto seguido miró a Roberto y le estrechó la mano.

—*Piacere di conoscerti*. Imagino que no habla italiano —añadió en español.

—No, lo siento. Solo hablo inglés.

—No hay problema, me desenvuelvo bien en su idioma. Estuve tres años estudiando en Toledo —aseguró sin perder la sonrisa—. Bienvenido al Vaticano. Soy el obispo Lombardo.

—Roberto Fuentes. Es un placer conocerle.

—¿Ha tenido un buen viaje a Roma?

—Bastante bueno, teniendo en cuenta que era un vuelo privado.

—Son algunas de las ventajas de las que dispone el Vaticano. Nos gusta tratar bien a quienes tanto están haciendo por nosotros.

Roberto se sintió algo confundido por esas palabras.

—No entiendo muy bien por qué lo dice.

—Habaremos de eso en un momento. Antes quería preguntarle por el motivo que le ha traído aquí. ¿Qué tal ha ido todo en el hospital?

—Me temo que no tan bien como esperaba el comisario Rossi.

—¿Qué quiere decir?

—El marido no mató a su esposa. Sí que estuvo implicado en su desaparición, pero él no la mató y tampoco se deshizo del cuerpo.

—¿Y quién la mató entonces?

—Alguien a quien conoció en Internet y cuya identidad es desconocida. Solo sé que se llama Vidar.

—Imagino que el comisario Rossi se habrá llevado una decepción.

—Eso me pareció.

—Lo siento por él. Sacrificó mucho por averiguar la verdad. —Al decir eso, el obispo le puso la mano sobre el hombro—. No siempre logramos vencer al mal. Al menos me alegro de que haya accedido a venir a Roma para ayudarnos. ¿Qué le hizo cambiar de opinión? El padre Miguel me dijo que en principio usted rechazó hacerlo.

No lo dijo como un reproche, lo cual agradeció Roberto.

—Pensé que los padres merecían saber lo que le había ocurrido a su hija y tener una tumba ante la que rezar.

—Lástima que no pueda ser así —dijo retirando la mano.

—Yo también lo siento.

—Al menos esto nos da la oportunidad de conocernos en persona. Me gustaría hablar con usted a solas unos minutos.

Acto seguido le dijo algo en italiano al padre Miguel, que asintió con la cabeza y abandonó el despacho. El obispo se dirigió a un extremo de la sala, donde había varios butacones rodeando una pequeña mesa de café redonda. Se sentó en uno de ellos e invitó a Roberto con un gesto para que hiciera lo propio en el que tenía frente a él.

—¿Quiere tomar un café o alguna otra cosa?

—No, gracias.

—En ese caso vayamos directos al grano. Lo primero es presentarme. Como ya le he dicho, soy el obispo Lombardo y dirijo la Comisión para Defensa de la Fe. Imagino que lo primero que se pregunta es qué significa eso.

—La verdad es que sí.

—Para decirlo de forma sencilla, somos un organismo dentro de la Iglesia Católica cuya mayor prioridad es luchar contra el mal que se extiende por el mundo.

—Eso suena demasiado amplio.

—Lo es —dijo el obispo con una sonrisa— y también demasiado largo de explicar, por eso vamos a centrarnos en lo que realmente le interesa, señor Fuentes.

—Por favor, llámame Roberto. Y puede tutearme si lo desea. Este lugar ya es de por sí demasiado imponente como para que me trate con tanta solemnidad.

—De acuerdo, como prefieras —dijo con una ligera sonrisa—. El padre Miguel me habló de tu don y reconozco que de inmediato eso despertó mi interés en ti. Eres alguien muy especial.

—Tengo entendido que no soy el único.

—También hablaremos de eso, aunque primero quiero conocer de primera mano tu historia. ¿En qué momento comenzaste a comunicarte con los muertos a través de los sueños?

—En realidad, solo lo hago con personas que han sido asesinadas, pero es algo que yo no controlo. No puedo elegir con quién comunicarme, son ellas quienes llegan a mí a través de los sueños —explicó Roberto—. La primera vez fue hace unos años. Soñé con una antigua novia a la que habían asesinado bastantes años antes y que me mostró cómo hacer justicia por ella. No sé

cómo ni por qué ocurrió, pero a partir de ese momento empecé a soñar con diversas víctimas que me mostraban lo que les había ocurrido y trataban de llevarme hasta su asesino. Esa conexión a través de los sueños se hizo cada vez más intensa y llegó un momento en que empecé a ver lo que les había ocurrido a través de sus ojos o incluso de los ojos del asesino, experimentando lo mismo que vivieron ellos en esos momentos.

—No logro imaginarme lo duro que tiene que ser vivir una experiencia así.

—Más de lo que nadie puede imaginarse. Yo no pedí este don y durante mucho tiempo me costó aceptarlo.

—Pero veo que lo has hecho.

—No me quedó otro remedio. Esas personas se ponen en contacto conmigo porque necesitan que haga justicia por ellas y, si no lo hago, se cabrean. Digamos que al final estoy obligado a atrapar a sus asesinos.

—Lo dices con cierta resignación.

Roberto se encogió de hombros.

—Así es como lo vivo. No voy a negar que siento una profunda satisfacción cuando resuelvo un caso y el asesino paga por lo que hizo, pero a menudo me pregunto qué sentido tiene todo esto.

—Tú mismo lo has dicho: hacer justicia por las víctimas. Estás evitando que el mal se extienda por el mundo.

—Soy una gota de agua en un inmenso mar y dudo que lo que yo haga sirva de mucho.

—Claro que sirve —dijo el obispo asintiendo con la cabeza—. Si no los detuvieses, esos asesinos seguirían matando.

—Otros muchos lo siguen haciendo sin que yo pueda evitarlo.

—Es cierto. Existe el mal en el mundo, personas que no tienen aprecio por la vida humana y que no dudan en arrebatarla. Cada religión les pone un nombre. Para nosotros son demonios, fuerzas del mal contra las que hay que luchar, por eso ponemos todo nuestro empeño en hacerlo.

—Que no le parezca mal, pero creo que poco puede hacer la Iglesia Católica al respecto.

—Lo hacemos, por eso estás aquí. —En ese momento, el obispo se puso en pie y se acercó a su mesa, de donde cogió una carpeta. Con ella bajo al brazo, regresó y se sentó de nuevo en la butaca—. No eres el único que puede comunicarse con los muertos a través de los sueños. Muchos son los que reciben mensajes de seres queridos o amigos que han fallecido, aunque solo unos pocos los reciben de las víctimas de un crimen, que les piden que hagan justicia por ellas.

—¿Cuántos?

Lombardo abrió la carpeta y ojeó el primero de los folios.

—Hemos conseguido localizar a otros cinco en diversas partes del mundo, aunque solo tres han aceptado trabajar con nosotros. Sin embargo, tú eres diferente a todos ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Tú eres el único que puede comunicarse con el cadáver de un fallecido.



Roberto no pudo evitar sorprenderse al escuchar eso.

—Eres un caso único —añadió el obispo Lombardo—. Nadie más puede comunicarse con los muertos del modo en que tú lo haces y me gustaría saber por qué. ¿En qué momento tu don te permitió hacer eso?

—Se produjo durante un viaje que hice a los Estados Unidos, para colaborar con una investigación. Una vez allí, participé en un ritual con un chamán de una tribu indígena, llamado Alce Blanco. Según me explicó, eso abrió una puerta en mi mente que me permite comunicarme con las personas que acaban de fallecer.

—Es increíble.

—No siempre puedo hacerlo, depende del tiempo que haya transcurrido desde la muerte, y tampoco controlo la duración de la conexión. Suele ser de muy pocos minutos.

—¿Y los muertos hablan contigo?

—Primero siempre me piden que haga algo por ellos y luego responden a algunas de mis preguntas, las que me da tiempo a hacerles antes de que se rompa la conexión, por eso intento hacer las preguntas adecuadas. No siempre obtengo la información que espero.

—Siendo así, no entiendo cómo las autoridades policiales no recurren a ti con más frecuencia.

—Nunca quise que mi don fuese de dominio público, porque me imaginaba lo que eso supondría para mi vida privada.

—Entiendo —dijo el obispo, asintiendo con la cabeza—. ¿Por eso desapareciste después de que tu don saltase a la prensa hace algo más de dos años?

—Veo que está bien informado.

—Tenemos gente que se ocupa de esas cosas.

—Necesitaba alejarme de todo, por ese motivo decidí coger una excedencia de mi trabajo en la Guardia Civil. Pensé que así podría llevar una vida tranquila junto a mi familia. Así fue al menos hasta que volví a trabajar.

—Que fue cuando trataron de implicarte en un crimen.

—Así es. Alguien me quiere fuera de la circulación y pagó una gran cantidad de dinero para sobornar al teniente al frente de la investigación y conseguir así que me metiesen en la cárcel.

—¿Tienes idea de quién fue?

—Si lo supiese, ya me habría enfrentado a él.

—Sería muy difícil que lo lograses tú solo. Nosotros podemos ayudarte en eso.

—¿Cómo?

—Está claro que supones un problema para la persona o personas que están detrás de ese oscuro plan, dado que primero intentaron echarte encima a la opinión pública y, al ver que eso no era suficiente, intentaron que perdieses tu trabajo.

—Eso ya lo han conseguido, porque he renunciado a él. He solicitado la baja de la Guardia Civil.

—No será suficiente para ellos. Hay algo personal detrás de todo esto. Seguirán yendo a por ti, por eso te ofrezco nuestra ayuda.

—¿A qué ayuda se refiere?

—En el Vaticano sabemos cómo enfrentarnos al mal que reina en el mundo.

—Que no le parezca mal lo que voy a decirle, pero no son ustedes un ejemplo de institución en la que reine el bien.

El obispo no pareció ofenderse por esa acusación.

—Es cierto. Como toda institución gobernada por hombres, en la Iglesia también existe la corrupción y quienes tratan de obtener un beneficio personal y económico de ella. Llevamos siglos luchando contra eso, aunque reconozco que resulta muy difícil evitarlo. Yo lo sufrí en mis propias carnes hace ya unos cuantos años, por eso pedí ser trasladado aquí, para tratar de hacer el bien del mejor modo que estuviese a mi alcance. Tú eres un buen hombre, seguro que lo entiendes.

Roberto se inclinó hacia delante para mirarle a los ojos.

—¿Y cómo sabe que soy un buen hombre?

El obispo golpeó con el dedo índice la carpeta que reposaba sobre sus rodillas.

—Te hemos investigado a fondo desde el momento en que el padre Miguel nos habló de ti. Estamos al tanto de todos los crímenes que has resuelto, conocemos tu carrera dentro de la Guardia Civil y también el año que pasaste en la Interpol. Desde que tienes ese don, has resuelto todos los asesinatos en los que has intervenido. No ha habido ninguno que no resolvieses. —Al ver la cara de sorpresa de Roberto, añadió—: Ya te he dicho que estamos bien informados.

—Ya lo veo.

—La Iglesia Católica es la institución religiosa más influyente en muchas partes del mundo. Estamos presentes en muchos aspectos de la sociedad actual y eso nos permite ayudar a quienes lo necesitan. Solo por ponerte un ejemplo, podríamos conseguir que volvieses a la UCO, si es lo que deseas.

—No lo deseo. Lo único que quiero ahora es que mi familia esté a salvo.

—Somos capaces de eso y de mucho más. Podemos ofrecerte un lugar seguro en el que vivir, aquí, en Roma. Conseguiríamos un traslado para tu mujer y tus hijos estudiarían en el mejor colegio de la ciudad.

—¿A cambio de qué?

—De que sigas haciendo lo que mejor haces: perseguir a los asesinos para que paguen por sus crímenes y no puedan cometer más.

—Escuche, señor obispo. Agradezco todo lo que me está ofreciendo, pero no deseo separarme de mi familia y es lo que tendría que hacer si vuelvo a trabajar, sea con ustedes o con cualquier otra institución. Después de lo ocurrido estas últimas semanas, lo único que quiero es estar junto a ellos.

—Lo entiendo, y no tienes por qué tomar una decisión ahora. Mi propuesta no tiene fecha de caducidad, al menos mientras yo esté al frente de la Comisión. Quería que esta fuese una primera toma de contacto y explicarte lo que podemos ofrecerte. Con nosotros disfrutarías de una

protección en el trabajo como no has tenido hasta ahora. Derribaríamos cualquier barrera a la que te enfrentases.

—Permítame que lo dude.

—Te aseguro que es así. —En ese momento sonó el teléfono fijo que había sobre la mesa del obispo—. Perdona, enseguida vuelvo. Debe de ser algo importante porque pedí que nadie me interrumpiese.

Se dirigió a su mesa y durante un par de minutos mantuvo una conversación en italiano que Roberto no entendió, pero por la reacción del obispo supuso que ocurría algo grave.

—Lo siento —dijo una vez colgó—, pero hay un asunto que requiere toda mi atención. Siento que tengamos que dejarlo aquí.

—No pasa nada —replicó Roberto poniéndose en pie.

—Me gustaría que pudiésemos seguir hablando. ¿Sería abusar de tu confianza si te pidiese que nos viésemos mañana por la mañana? Quisiera explicarte un poco más a fondo lo que podemos hacer aquí y que conozcas mejor el Vaticano.

—Antes tendría que consultarlo con mi mujer.

—Adelante. Os hemos reservado a ti y al padre Miguel una habitación en un precioso hotel del centro de Roma y el avión está a vuestra disposición para que regreséis a España en cuanto lo deseéis. Cualquier cosa que necesites solo tienes que decírsela al padre Miguel y él se encargará.

—He traído una pequeña maleta con algo de ropa y aseo personal, por si lo necesitaba.

—Veo que eres previsor. De todas formas, cualquier cosa que necesites comprar, correremos con los gastos.

—No creo que sea necesario, pero gracias.

—A ti por venir.

Roberto abandonó el despacho, no sin echar una última mirada al obispo antes de salir. La sombra de preocupación que cubrió su rostro le dejó claro que algo no iba bien.



Fue Eva quien le convenció para quedarse un día más, después de que Roberto le comentase por teléfono la conversación que acababa de mantener con el obispo Lombardo.

—No pierdes nada por averiguar todo lo que tiene que mostrarte —le aconsejó ella.

—Sinceramente, dudo que el Vaticano tenga tanto poder como asegura.

—No tendrás mejor oportunidad que esta para comprobarlo.

—Eso es cierto. Está bien, me quedaré un día más.

Los instalaron en un hotel de cinco estrellas cercano al Monumento a Vittorio Emanuele II. Después de una ducha, decidieron salir juntos a dar un paseo por la ciudad.

—¿Qué te ha parecido el obispo Lombardo? —preguntó el padre Miguel mientras caminaban en dirección al monumento.

—Es bastante amable y correcto.

—Es una buena persona y está haciendo un gran trabajo al frente de la Comisión.

—¿Cuánto hace que lo conoce?

—Desde que ocupó el puesto hace diez años. Es el tipo de persona que consigue lo que se propone.

Eso despertó el interés de Roberto.

—¿En qué sentido?

—Lo da todo por la gente que trabaja para él y nunca acepta un no por respuesta. A mí me ha facilitado bastante mi trabajo.

—¿Se refiere al de exorcista?

—Así es. Muchas veces he tenido problemas con las autoridades de los lugares donde debía llevar a cabo los exorcismos y una llamada era suficiente para que todo fuesen facilidades.

—¿Tanto poder tiene ese hombre?

—No es que él tenga ese poder. La Iglesia Católica es una institución muy importante, lo que implica que siempre hay gente dispuesta a ayudarnos en el desarrollo de nuestro trabajo.

—¿De qué modo?

—Del que sea necesario. Podrás comprobarlo si aceptas trabajar con nosotros.

—No voy a hacerlo. Ya se lo he dicho, padre. Quiero estar junto a mi familia.

—Lo entiendo y lo respeto, pero no te cierres ninguna puerta. El Vaticano siempre estará ahí si lo necesitas.

Roberto no quiso seguir con la conversación. Había accedido a quedarse un día más porque así se lo había pedido Eva y por deferencia al obispo, para terminar la conversación que se había

visto interrumpida de forma abrupta, pero no contemplaba nada más allá de regresar a casa al día siguiente.

Por ese motivo, decidió disfrutar del paseo, que les llevó a pasar junto al Foro Romano y bajar luego hasta el Coliseo, cuyos alrededores estaban llenos de turistas. Se deleitó contemplando una edificación que le pareció impresionante no solo para la época, sino también en la actualidad.

—¿Has estado dentro alguna vez? —preguntó el padre Miguel.

—No. Estuve en Roma con Eva cuando trabajábamos para la Interpol, pero no tuvimos tiempo para hacer turismo.

—Deberías traer a tu familia y pasar aquí unos días. Hay monumentos maravillosos para visitar.

—Dudo que a los niños les gustase hacer ese tipo de turismo. Son muy pequeños todavía y prefieren sitios como la playa.

—Lo entiendo. Llanes es un lugar con unas playas preciosas.

—Por eso no quiero abandonarlo.

El padre Miguel le miró y asintió con la cabeza.

—Si es lo que deseas, espero que nunca tengas que hacerlo.

—Yo también lo espero.



La habitación estaba en total penumbra, por eso al levantarse dio los primeros pasos pegada al colchón. Luego, al llegar al borde de la cama, avanzó en línea recta hasta la puerta y de ahí salió al pasillo, aunque antes echó una mirada atrás para comprobar que su marido dormía profundamente. Continuó con la mano apoyada en la pared hasta llegar a la escalera, donde pulsó el interruptor de la luz, lo que por fin le permitió ver dónde ponía los pies.

Descendió los escalones apoyando las manos en las paredes de ambos lados y al llegar al piso inferior se dirigió a la cocina. Una vez allí, fue hasta el armario que había sobre el fregadero para coger un vaso y luego a la nevera para sacar el cartón de leche, cuyo contenido vertió en él.

Fue en ese momento cuando sintió un respingo, como si una corriente de aire frío le recorriese la espalda. Se volvió hacia la puerta que daba al exterior. Le pareció que estaba abierta, por eso se acercó sosteniendo el vaso en la mano. Soltó un bufido al ver que no se equivocaba.

—¡Qué cabeza tiene este hombre! —murmuró.

La abrió por completo y echó un vistazo. Fuera la oscuridad era completa. La noche no era excesivamente fría, de no ser por el viento que soplaba y que acarició su cara en cuanto puso un pie en el exterior. Por un momento incluso pensó en salir y tomarse su vaso de leche caliente sentada en una de las sillas del jardín, pero decidió que lo que necesitaba era conciliar el sueño, no despejarse del todo.

Cerró la puerta y regresó a la cocina para meter el vaso en el microondas. Activó la rueda del tiempo y, cuando se puso en marcha, se quedó mirando cómo el vaso daba vueltas en su interior, mientras el sonido del motor rompía el silencio de la noche.

Eso fue lo que hizo que no se diese cuenta del ataque hasta que fue demasiado tarde.

Una sombra se reflejó en la pantalla del aparato unas décimas de segundo antes de que sintiese un golpe terrible en la cabeza. Al momento sus rodillas dejaron de sostenerla y se derrumbó como un saco, haciendo que su frente golpease contra el microondas. Ese golpe hizo que cayese al suelo de espaldas, mientras todo se volvía oscuridad a su alrededor.

Antes de perder la consciencia, sus últimos pensamientos fueron para su marido, que dormía plácidamente en el piso de arriba, ajeno a lo que estaba ocurriendo.

Le aterrorizó la idea de que él fuese el siguiente en ser atacado.



Roberto y el padre Miguel estaban tomando un café en la cafetería del hotel cuando este último recibió una llamada por teléfono. Una conversación breve, en la que el cura aseguró que irían al Vaticano a la mayor brevedad posible.

—¿Ocurre algo? —preguntó Roberto cuando cortó la llamada.

—El obispo Lombardo me preguntaba si podíamos ir ahora. Hay algo de lo que necesita hablar contigo.

—¿Le ha dicho qué?

—No, prefiere decírtelo en persona. ¿Nos vamos?

—Claro.

El coche que tenían a su disposición les recogió en la puerta del hotel y les llevó al Vaticano, al mismo edificio en el que habían estado con el obispo el día anterior. Este les recibió de nuevo en su despacho, sentado tras su mesa. Frente a él, ocupando una de las tres sillas que había, se encontraba el comisario Rossi, que se puso en pie en cuanto les vio entrar.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Lombardo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Roberto.

—La verdad es que sí. Por favor, sentaros. —En cuanto lo hicieron, continuó—. Ayer tuvimos que interrumpir nuestra conversación por culpa de una llamada urgente que recibí.

Roberto asintió con la cabeza.

—Lo recuerdo.

—Era una llamada de nuestro nuncio en España, el arzobispo Morejón, al respecto de un terrible hecho sucedido allí. Claudia Fiore, la mujer de Alessandro Chiesa, actual director del Banco Vaticano, ha desaparecido. Él cree que la han secuestrado, aunque la policía española tiene razones para pensar que la han asesinado.

—¿Qué razones?

—Se encontraron restos de sangre en el lugar —comentó el comisario Rossi.

—Estaban pasando unos días de vacaciones en España —añadió el obispo—, en un lugar llamado Jaca.

—Lo conozco —afirmó Roberto—. Estuve allí hace unos años, durante unos días.

—En una de sus investigaciones. Sí, lo sabemos.

—Veo que es cierto que lo saben todo de mí.

No lo dijo como si le molestase. Empezaba a asumir que el Vaticano lo sabía todo de él.

—La cuestión es que la policía española no parece disponer de muchos efectivos en ese lugar

—intervino el comisario— y los que hay, de momento, no contemplan un secuestro.

—¿Y su marido, sí?

—Es un hombre con una posición social muy buena y eso siempre acarrea un peligro.

—España no es un país en el que los secuestros estén a la orden del día.

—Pero existen organizaciones criminales —le contradijo Rossi—. Por lo que nos ha explicado el señor Chiesa, Jaca está pegada a la frontera con Francia, con lo que podrían habérsela llevado a cualquier país de Europa.

—Eso es cierto.

—Él está convencido de que la golpearon en la cocina para dejarla sin conocimiento y luego se la llevaron de la casa.

—¿Ha dicho cocina? —preguntó de inmediato Roberto.

—Sí, había restos de sangre en el suelo.

—¿Y en el microondas?

—También. ¿Cómo lo sabes?

Roberto se tomó unos segundos para ordenar sus recuerdos.

—Todo sucedió de madrugada, mientras el marido dormía en la planta de arriba. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—La mujer se levantó de la cama y bajó a la planta de abajo, a la cocina, para beber un vaso de leche.

—Así es. Lo encontraron dentro del microondas. —En ese momento, el comisario le lanzó una mirada de desconfianza—. ¿Es que has hablado con alguien de esto antes de entrar aquí?

—No.

—¿Entonces cómo lo sabes?

El obispo se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa, para mirar a Roberto con inusitado interés.

—No creo que hayas hablado con nadie de la policía española —dijo negando ligeramente con la cabeza—. ¿Estoy en lo cierto?

—No lo he hecho.

—Entonces...

El obispo dejó la frase en el aire, esperando una explicación que Roberto no tuvo más remedio que dar.

—Anoche soñé con ella y con lo que le sucedió.

—¿Cómo es eso posible?

—Ya se lo expliqué ayer y también que no controlo mis sueños.

—Es cierto —dijo, asintiendo con la cabeza—. ¿Y viste lo que le ocurrió?

—Solo sé que alguien la golpeó en la cabeza, por la espalda, cuando estaba delante del microondas. Se estrelló primero contra él y luego cayó al suelo, donde perdió el conocimiento. De lo que no cabe duda es que está muerta.

—¿Estás seguro de eso?

—Si no fuese así, no habría soñado con ella.

—Entiendo. —En ese momento el obispo se puso en pie y se acercó a la ventana de su despacho. Tras unos segundos de reflexión, se volvió hacia Roberto—. Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero necesitamos tu ayuda.

—¿Para qué?

—El comisario Rossi tiene que viajar hoy a España y le vendría bien contar con la ayuda de

alguien que supiese cómo relacionarse con la policía española.

—Dudo que yo conozca a nadie allí.

—Pero sabes cómo tratar con tus compañeros y las normas que hay que seguir con ellos.

—No son mis compañeros, ellos son policías nacionales y yo guardia civil. Además, no me conocen. No van a tener ninguna consideración especial conmigo.

—La tendrán, no te preocupes por eso. Yo me ocuparé. Solo será un pequeño alto en tu viaje de regreso a casa. El avión privado está preparado para llevaros.

—¿Y qué pasa con el padre Miguel?

—Por mí no te preocupes —respondió el aludido—, encontraré el modo de regresar a Llanes. Además, todavía tengo algunas cosas que hacer por aquí antes de regresar.

—Podéis viajar ahora mismo, si queréis —aseguró Lombardo—. El avión está listo para despegar.

Roberto se quedó unos segundos pensativo. Desde que había despertado esa mañana, tuvo claro que aquel sueño iba a complicar su vida de algún modo, como ya estaba sucediendo.

Pensar que podía escapar de aquella situación era ilógico, aunque, antes de tomar una decisión, debía realizar una llamada por teléfono.



Eva estaba con la atención puesta en los papeles que tenía sobre su mesa. Desde que había llegado al cuartel de Ribadesella, más de dos años atrás, su trabajo se había limitado a labores de oficina. Era algo que agradecía profundamente, ya que le permitía compatibilizarlo con su vida familiar. De ese modo podía dejar a sus hijos en el colegio antes de empezar la jornada y recogerlos al finalizar.

Era feliz viviendo en Llanes. Quizás su vida laboral fuese muy aburrida, pero podía ver a sus hijos crecer y le encantaba la casa en la que vivían, rodeada de campo y aire puro. No existía lugar más sano para criarlos. Y, aun así, estaba dispuesta a renunciar a todo eso por Roberto.

No había querido compartir sus temores con él, para no preocuparle más de lo que ya estaba, pero después del crimen en el que habían intentado implicarle semanas atrás, estaba claro que necesitaba protección. Cada vez tenía más claro que la persona o personas que estaban detrás de todo querían impedir que usase su don. Desconocía los motivos, pero le querían fuera de circulación.

Primero le habían obligado a ocultarse de la prensa durante dos años, haciendo público todo lo relacionado con su don, y después, cuando decidió regresar al trabajo, sobornaron a un teniente de la Guardia Civil para que le acusase del asesinato en el que se había visto implicado.

Por fortuna, había conseguido aclararlo todo, pero eso no le garantizaba que no volviesen a intentarlo. O que buscasen otro modo de hacerle daño, tal vez a través de ella y de sus hijos.

Era algo que no podía permitir.

Necesitaban ayuda y si eso significaba irse a vivir a un lugar alejado miles de kilómetros del que había sido su hogar los últimos años, estaba dispuesta a aceptarlo. Cualquier cosa con tal de que Roberto pudiese ayudar a quienes se lo pedían, sin que eso supusiese poner su vida en peligro.

Aceptar la ayuda del Vaticano era la mejor opción que se les había presentado hasta el momento, por eso decidió hablar de nuevo del tema con él cuando regresase a casa.

No contaba con recibir una llamada suya en ese momento.

—Buenos días, Rober —le saludó.

—Hola, Eva. ¿Te pillo liada?

—Para nada.

—Quería avisarte de que voy a tardar un poco más de lo previsto en regresar a casa.

—¿Te quedas en Roma?

—No, me voy a Jaca.

—¿A Jaca? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Por qué motivo?

—El Vaticano me lo ha pedido, aunque hay otra razón de peso. Anoche tuve un sueño.

—¿Qué tipo de sueño?

—Vi a una mujer a la que golpeaban y parece ser que se trata de la misma persona que ha desaparecido en Jaca. Ya sabes lo que eso significa.

—Lo sé.

—Si no averiguo lo que le ha ocurrido, seguiré soñando con ella cada noche hasta que lo haga.

—No necesitas convencerme, Rober. A estas alturas ya sé que es algo de lo que no puedes huir.

—Ojalá pudiese, así estaría de vuelta en casa con vosotros.

—Estaremos bien, no te preocupes —dijo para animarle.

—¿Podrás arreglarte con los niños?

—Sí, tranquilo, ya lo hice mientras estabas en Sevilla. Además, me han hablado de una cuidadora de niños en el pueblo de al lado, por si necesito ayuda en algún momento.

—La verdad es que me fastidia tener que dejaros solos.

—Lo principal es que todo salga bien. ¿Has dicho que el Vaticano te ha pedido que vayas a Jaca?

—Sí. La mujer que ha desaparecido es la esposa del director del Banco Vaticano, alguien bastante importante.

—Me lo imagino.

—De momento, voy a acompañar a un comisario de la policía vaticana para facilitarle las relaciones con la policía española.

—¿No vas a participar en la investigación?

—Dudo que me dejen meter las narices, aunque el obispo Lombardo dice que lo intentará. De todas formas, lo que está claro es que la mujer está muerta o no habría soñado con ella. Lo único que puedo hacer es ayudarles a averiguar lo ocurrido y encontrar el cadáver.

—Es bueno que colabores con el Vaticano en un asunto así. Te servirá para comprobar qué pueden ofrecerte.

—No tengo demasiadas expectativas, la verdad.

—No seas tan negativo. Dales una oportunidad.

—Soy realista. Dudo que el Vaticano tenga tanto poder como aseguran.

—Aun así, es una buena oportunidad para que te conozcan y que tú veas si puede ser interesante trabajar para ellos.

—Ya veremos. ¿Por casa todo bien?

—Sí, todo bien. Bueno, ayer casi tengo que llamar al cerrajero. Al llegar a casa con los críos no encontraba las llaves por ninguna parte, ni en el bolso ni en la chaqueta.

—¿Y aparecieron al final?

—Tiradas en el suelo del coche. Se me debieron caer de la chaqueta cuando la dejé en el asiento de al lado.

—No es la primera vez que te pasa.

—Ya lo sé, soy un desastre para las llaves.

—Habrás que ponerles un localizador.

—O atarlas a una pesa de un kilo.

Finalmente, se despidieron y Eva retomó el trabajo, aunque no tardó en escuchar una voz desde la puerta que llamó su atención.

—¿Da su permiso, mi sargento?

Plantado en el umbral, vio a un hombre de uniforme de paseo que la miraba sonriente. Tendría unos treinta años y en un primer momento le pareció que poseía un atractivo innegable. Alto, de complexión fuerte y cabello rubio, con una sonrisa cautivadora.

—Sí, adelante.

—Soy el cabo Tapia y me presento hoy. Vengo de Gijón.

Eva se puso en pie y le estrechó la mano.

—Bienvenido.

—Gracias —dijo inclinándose sobre la mesa para apretársela—. Tenía ganas de conocerla. Me han hablado mucho de usted.

—¿De mí? —preguntó sin ocultar su sorpresa.

—En Gijón. Dejó muy buena impresión como investigadora cuando estuvo en la Policía Judicial. Yo también he estado allí los dos últimos años.

—Hace ya mucho de eso.

—Lo sé, y la echan de menos.

—Lo dudo.

—Claro que sí. Resolvió algunos casos importantes. Lástima que se marchase. ¿No ha pensado nunca en volver?

—Estoy feliz aquí.

—No creo que en Ribadesella pasen muchas cosas.

No le gustó el modo en que lo dijo, como si se lo reprochase. Por ese motivo, le replicó con sequedad:

—¿Por ese motivo has venido aquí?

—No, he venido por mis padres. Ya están mayores y quería estar más cerca de ellos.

—Eso está bien.

—Espero que tengamos la oportunidad de trabajar juntos —dijo dibujando la mejor de sus sonrisas.

—Será difícil. De todas formas, bienvenido al cuartel de Ribadesella.

—Gracias, mi sargento. Será un placer trabajar al lado de una gran investigadora como usted.

Esas últimas palabras pusieron en alerta a Eva. No le gustaban los halagos, sobre todo cuando venían de alguien que no conocía y que le sonreía con demasiada familiaridad.

Esperaba no verse obligada en algún momento a pararle los pies.



Roberto miró por la ventana y vio que ya estaban sobrevolando la península. Atrás había quedado el mar Mediterráneo, lo que significaba que pronto aterrizarían en el aeropuerto de Pamplona.

Quizás por ese motivo, el comisario Rossi abandonó el asiento que había ocupado en el otro costado del avión y se sentó al lado suyo. En la mano llevaba una cartera de cuero, que abrió, sacando algo del interior.

—Toma, tu identificación.

—¿Mi identificación? —Roberto cogió la pequeña cartera que le ofreció y la abrió—. ¿Interpol?

—Desde este momento eres inspector de la Interpol destinado en el Vaticano.

—No entiendo.

—Es fácil de entender. El Estado Vaticano colabora con agentes de la Interpol para aquellas cuestiones que le afectan y que traspasan sus muros.

—Pero yo no soy inspector, soy cabo de la Guardia Civil.

—A efectos legales, ahora lo eres. Esa identificación tiene total validez. Nadie la pondrá en duda.

—¿Ni siquiera la policía española?

—Te aseguro que no. Antes de viajar, el obispo realizó varias llamadas para allanarnos el camino. No tendremos impedimentos para investigar lo ocurrido cuando llegemos a Jaca —aseguró el comisario.

—¿Investigar lo ocurrido?

—Por supuesto, para eso vamos a España. El Vaticano me ha ordenado que esclarezca lo que le ha ocurrido a la mujer de Alessandro Chiesa, en colaboración con la policía española.

Roberto negó con la cabeza.

—Siento tener que darte un baño de realidad, pero deberías de mentalizarte de que eso no va a ocurrir —aseguró, convencido—. Primero necesitamos que nos autoricen a investigar lo sucedido, algo poco probable porque a la policía española no les gustará que metamos las narices en su investigación. Luego necesitamos que nos den acceso a los informes y lo que han averiguado hasta el momento, lo que es casi imposible. Y, por último, necesitaríamos que nos apoyasen con todos sus medios, algo totalmente improbable.

—Veo que tienes poca fe.

—No es cuestión de fe, es cuestión de ser realista. Conozco a la policía española y te aseguro

que no les gusta que gente de fuera meta las narices en sus investigaciones, en especial la Interpol. En realidad, es algo que a nadie le gusta.

—Esto te servirá para comprobar lo equivocado que estás. Yo pensaba igual que tú antes de formar parte de la Gendarmería Vaticana.

Eso despertó el interés de Roberto.

—¿Por qué dejaste la policía italiana?

—El obispo me hizo una oferta que no pude rechazar.

—Eso suena muy italiano —dijo con una ligera sonrisa.

—Mi vida estaba en un pozo del que me resultaba difícil salir.

—Conozco esa sensación.

—El caso de la desaparición de Francesca me obsesionó durante años, tanto que lo investigaba siempre que podía, incluso en vacaciones. Mi mujer terminó hartándose de mí y me abandonó, regresando a España con sus padres. Eso me dejó hundido. —El hombre resopló antes de continuar—. Hacía tiempo que conocía al obispo Lombardo y en cuanto supo de mi situación me ofreció un puesto en la Gendarmería, que no dudé en aceptar. Necesitaba alejarme de la violencia que veía a diario en la policía.

—Imagino que en este trabajo no hay nada de eso.

—Por suerte, no.

—Excepto la muerte que tenemos entre manos.

—De momento, es una desaparición.

—Me temo que esa mujer está muerta.

—¿Lo dices por lo que viste en ese supuesto sueño?

—Sí —dijo Roberto, molesto por el modo en que había remarcado la palabra “supuesto”.

—Pero dijiste que solo habías visto cómo la golpeaban y caía al suelo inconsciente —le rebatió Rossi.

—Si no estuviese muerta, no soñaría con ella.

—Lo siento, pero me cuesta creer lo de ese sueño.

—El obispo Lombardo sí lo cree, por eso estoy aquí.

Esta vez fue Rossi quien pareció molestarse por su réplica. Apretó los dientes y luego tomó aire, antes de decir.

—El señor Chiesa está convencido de que han secuestrado a su mujer y que se la han llevado fuera de España.

—¿Y la policía española qué dice?

—Lo sabremos pronto.

Nada más decir eso, Rossi regresó a su asiento. Poco después, el piloto pedía por los altavoces que se abrochasen los cinturones, ante la cercanía del aterrizaje.

Veremos si esta identificación sirve de algo, pensó Roberto mientras la guardaba en el bolsillo del pantalón.



Aterrizaron en Pamplona al mediodía, en un pequeño aeropuerto en el que apenas había trasiego de pasajeros a esa hora del día. Un coche de alquiler les esperaba en el exterior para que pudiesen trasladarse a Jaca, así que Roberto se puso al volante y puso rumbo a un centro comercial cercano, donde comieron algo rápido antes de iniciar el viaje. La idea era llegar lo más pronto posible.

El trayecto hasta su destino les llevó algo menos de hora y media. Apenas hablaron durante el trayecto, cada uno metido en sus pensamientos, en especial Roberto.

Para él no era grato regresar a Jaca. Habían pasado ya cuatro años desde su anterior visita y lo cierto es que no guardaba un buen recuerdo de esa ciudad. Desde un punto de vista laboral, había ayudado a resolver un crimen, lo cual siempre era motivo para sentirse satisfecho. No obstante, en lo personal, el recuerdo ya no era tan agradable. Allí había roto su relación con Eva.

Durante varios meses estuvieron separados, cada uno viviendo su vida. El motivo de la ruptura fue, por un lado, la intromisión de un compañero de ella en su relación, seduciéndola y llegando incluso a besarla. Aunque no fue el principal motivo.

El motivo de mayor peso para separar sus caminos fue lo centrada que estaba Eva en su trabajo, anteponiéndolo siempre a su vida personal y, en este caso, a Roberto. Eso provocó una crisis entre ambos que en ese momento no supieron superar.

El trabajo se convirtió en una barrera que les separó durante un tiempo, hasta que comprendieron que lo que sentían el uno por el otro era demasiado fuerte como para no luchar por ello.

No dejaba de resultar curioso que al final hubiese sido Eva la que había renunciado a una prometedora carrera en la Guardia Civil para estar con él y llevar una vida juntos en Llanes, aceptando un destino de un perfil demasiado bajo para sus méritos. Una investigadora tan buena como ella había preferido trabajar en una oficina y pasar las horas detrás de un escritorio, a cambio de poder pasar más tiempo en casa con su familia y ver crecer a sus hijos.

Eso era lo que Roberto también deseaba, y uno de los motivos por los que había decidido pedir la baja de la Guardia Civil antes de viajar a Sevilla. El problema era su don y el hecho de que no pudiese desligarse de él como le gustaría. En el momento en que soñaba con una víctima, el sueño se hacía repetitivo, hasta el punto de que el mensaje se volvía más agresivo conforme pasaba el tiempo sin que se resolviese el crimen. Eso no le dejaba otra opción que perseguir y atrapar al asesino.

El problema al que se enfrentaba ahora era que dudaba de que la policía de Jaca le permitiese

meter las narices en la investigación, lo que podría alargar su estancia allí más de lo deseable.

Llegaron a la comisaría de Jaca cerca de las cinco de la tarde. En lugar del comisario, les recibió un inspector que a Roberto no le dio muy buena impresión desde un principio. Para empezar, lo primero que hizo cuando entraron en su oficina fue mirarlos de arriba a abajo con expresión disgustada, como si no le agradase que estuviesen allí. Tendría unos cuarenta años y la cabeza completamente pelada.

—¿Ustedes son los que vienen de parte del Vaticano?

—Sí, soy el comisario Rossi, de la Gendarmería Vaticana.

—Como si fuese usted el mismísimo Papa —le replicó sin hacer ademán de levantarse de su asiento para darle la mano—. Esta es una investigación de la policía española.

—Lo sabemos, solo queremos ayudar en lo que sea posible.

—No necesitamos su ayuda.

—Tenemos entendido que no andáis sobrados de personal —intervino Roberto, que hasta ese momento había permanecido en silencio, estudiando los gestos del policía.

—¿Y tú quién eres?

—Inspector Fuentes, de la Interpol —intervino Rossi—. Está asignado al Vaticano y...

—¿Eres español? —preguntó el inspector, mirándole con detenimiento.

—Sí.

—¿Y qué hace un policía español trabajando para el Vaticano?

Roberto notó la desconfianza en sus palabras, por eso decidió centrar la conversación.

—Eso es lo de menos, ahora mismo. El marido de la víctima es una figura importante dentro del Vaticano y la desaparición de su mujer es una cuestión de Estado.

—No para nosotros.

—Por ese motivo estamos aquí.

El inspector se puso tieso en su silla al escucharle y le miró con dureza.

—¿Estás insinuando que no sabemos hacer nuestro trabajo?

—Yo no insinúo nada y menos sin leer los informes de la investigación.

—Eso no va a ocurrir.

Roberto miró a Rossi como diciendo «te lo dije», a lo que el italiano reaccionó acercándose al borde de la mesa.

—Escuche, inspector, no pretendemos inmiscuirnos en su trabajo. Solo queremos ayudar a averiguar lo que le ha ocurrido a la mujer de Alessandro Chiesa.

—El marido dice que la han secuestrado.

—¿Acaso no es así? —preguntó Roberto.

—No voy a comentar nada de una investigación en curso.

Por cómo lo dijo, Roberto tuvo la sensación de que no iban a encontrar ninguna colaboración por su parte. Rossi también debió darse cuenta, porque comentó con voz firme:

—Esperábamos tener más cooperación por parte de la policía española. Me gustaría hablar con su superior.

—Lo siento, pero el comisario no se encuentra aquí en este momento.

—¿Y dónde está?

—En un acto, en el ayuntamiento.

—¿Cuándo regresará?

—Ni idea.

Estaba claro que no iban a sacarle nada más, por eso Roberto decidió que no merecía la pena seguir discutiendo con él.

—Será mejor que busquemos alojamiento —dijo mirando a Rossi.

—Tenemos habitación reservada en un hotel llamado Oroel —aseguró este con la vista posada en el policía—. ¿Puede decirle al comisario cuando regrese que nos encontrará allí?

—Claro —se limitó a decir el inspector encogiendo los hombros.

—Gracias por todo.

Abandonaron la oficina y salieron de la pequeña comisaría. Una vez en el exterior, caminaron hasta el lugar donde habían aparcado el coche.

—Ya te dije que no nos lo iban a poner fácil —comentó Roberto.

—Eso es porque no hemos hablado con la persona adecuada. Todo cambiará cuando hablemos con el comisario.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy. Ahora iremos al hotel para instalarnos. Necesito una ducha y cambiarme de ropa. Luego veremos a Alessandro Chiesa, a ver qué nos puede contar sobre la desaparición de su mujer.

—Me parece bien, aunque eso no le gustará a la policía y menos al inspector con el que acabamos de hablar.

Rossi esbozó una sonrisa, antes de decir:

—Te apuesto lo que quieras a que antes de terminar el día viene a disculparse con nosotros.



Rossi no se equivocó. Roberto acababa de vestirse, después de una reparadora ducha, cuando llamaron a la puerta. Al abrir, vio que se trataba del comisario italiano, que lucía una amplia sonrisa de satisfacción.

—Nos esperan abajo, en la recepción.

—¿Quién?

—El comisario español, acaban de avisarme. ¿Vamos?

—Un momento.

Roberto cogió el teléfono y una chaqueta, y siguió sus pasos.

—Esperemos que se muestre más colaborador que su subordinado —comentó de camino al ascensor.

—Ahora lo veremos.

Al bajar a recepción se encontraron con un hombre vestido con traje de gala de la policía y cercano a los cincuenta años, acompañado por el inspector con el que habían hablado en la comisaría y cuya mirada desafiante parecía haberse difuminado.

—Comisario Turienzo —dijo caminando a su encuentro y alargando la mano hacia ellos, a la vez que esbozaba la más radiante de las sonrisas.

—Comisario Rossi, de la Gendarmería Vaticana—le replicó este, estrechándola.

—Tengo entendido que habla usted español.

—Perfectamente. Le presento al inspector Fuentes, de la Interpol.

—Un placer —dijo estrechando su mano—. Les pido disculpas por no haberles recibido a su llegada. Tenía un acto público en el ayuntamiento y pensé que llegarían más tarde. Han venido muy rápido.

—La situación nos obligaba a ello.

—Claro, lo entiendo. —En ningún momento perdió la sonrisa—. Lo importante es que ya estoy aquí y podemos hablar en persona. Creo que ya conocen al inspector Barrios.

Al escuchar su nombre, este se situó a su lado. Se le notaba incómodo ante la situación.

—Sí, nos conocemos.

—El inspector no estaba al tanto de la importancia de su visita —dijo mirándole de reojo— y no reaccionó como debía.

—Les pido disculpas por ello —le secundó Barrios, bajando la mirada, como un niño al que acababan de reprender.

—No pasa nada, es normal —dijo Rossi—. Entiendo que para la policía española no es

agradable que venga alguien de fuera a meter las narices en su investigación.

—Esta no es una investigación normal —retomó la palabra el comisario—. Como ya le dije al obispo de Huesca esta mañana cuando me llamó, entiendo las repercusiones por cómo afecta esto a un miembro tan importante del Vaticano y por supuesto que vamos a poner todos los medios a nuestro alcance para esclarecer lo sucedido. —Acto seguido, miró directamente al inspector, que asintió con la cabeza—. Les pondremos al tanto del estado actual de la investigación y aceptaremos encantados cualquier ayuda que nos puedan proporcionar.

—Se lo agradezco —dijo Rossi—. No tenemos intención de inmiscuirnos en su trabajo, solo queremos ayudar en aquello que sea posible.

—Por supuesto. Para un devoto creyente como yo, tener aquí a una representación de la Iglesia de Roma es todo un honor y así quiero que se lo haga saber a sus superiores.

—No se preocupe, lo haré.

—Y ahora, por favor, díganme qué necesitan.

Rossi miró de reojo a Roberto, que tomó la palabra.

—Nos gustaría conocer todo lo relacionado con las circunstancias de la desaparición y tener acceso a los informes de la investigación.

—Por supuesto —dijo el inspector Barrios, sin dudar.

—Me vendría bien saber lo que han averiguado antes de hablar con el marido. ¿Dónde podemos encontrarle?

—Está alojado en un hotel que hay en Canfranc Estación, en el A Royal Hideaway, donde estaba la antigua estación.

—¿Por qué se ha ido tan lejos de Jaca? —preguntó Roberto, sabedor de que se encontraba a veinte kilómetros de la ciudad y junto a la frontera con Francia.

—Dijo que necesitaba estar en un lugar tranquilo, alejado de la prensa, hasta que se esclareciese todo.

—¿Acaso la prensa se ha hecho eco de la noticia?

—No, que yo sepa.

—Entonces no entiendo el motivo.

—Yo tampoco.

Roberto decidió que era mejor seguir la conversación en otro sitio que no fuese la recepción del hotel.

—¿Podemos hablar en un lugar más discreto sobre la investigación?

—Lo mejor sería en mi oficina.

—Yo les tengo que dejar —dijo el comisario Turienzo, echando mano de un bolsillo del pantalón y sacando una pequeña tarjeta, que le entregó a Rossi—. Este es mi teléfono particular. Puede llamarme a cualquier hora del día o de la noche, siempre que lo necesite. Todo mi personal está a su disposición.

—Se lo agradezco.

Se despidió de ellos y salió del hotel, dejándoles a solas con el inspector Barrios, que pareció respirar aliviado en cuanto perdió de vista a su jefe.

—¿Vamos a ver esos informes? —preguntó entonces Roberto.

—Cuando queráis —dijo forzando una sonrisa que demostraba su cambio completo de actitud.



La actitud del inspector Barrios fue muy diferente a la anterior visita a su despacho. Aunque mantenía un semblante serio, se mostró más dispuesto a compartir con ellos todo lo relacionado con la investigación, en especial la hipótesis que tenían sobre la desaparición.

—El hecho de que se encontrasen restos de sangre, sugiere que la golpearon con violencia —afirmó.

—En la cocina, según tengo entendido —dijo Roberto.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues...

Antes de dar una respuesta miró a Rossi, que intervino al instante.

—Antes de viajar recibimos un informe preliminar sobre lo sucedido.

—Yo no envié ningún informe —aseguró Barrios.

—Fue el marido quien nos informó por teléfono —aclaró—. Dijo que su mujer había desaparecido de la casa y que se habían encontrado restos de sangre en la cocina. Solo eso.

—¿No les dijo nada más? —preguntó, como si desconfiase de sus palabras.

—Solo que la policía de Jaca no disponía de mucho personal para investigar el caso a fondo.

—Eso es cierto, aunque para mí está bastante claro lo que ha ocurrido.

—¿Cree que la han secuestrado?

—Si fuese así, el marido debería de recibir una llamada pidiendo un rescate, algo que de momento no se ha producido.

Roberto intuyó que el policía no creía en esa posibilidad, por eso preguntó:

—¿Habéis barajado la posibilidad de que la hayan asesinado? —preguntó Roberto.

—No descartamos nada.

—¿Eso quiere decir que lo estáis investigando?

El inspector resopló, como si intentase mantener la calma. Estaba claro que aquella situación le incomodaba.

—Le dije al comisario que colaboraría en lo que estuviese en mi mano, pero no voy a permitir que nadie venga aquí a poner en duda mi labor al frente de esta investigación.

Antes de que Roberto pudiese rebatirle, Rossi intervino con diplomacia.

—Nada más lejos de nuestra intención. No es eso lo que pretendemos —aseguró—. Simplemente, queremos saber qué sucedió esa noche y ayudar en lo que esté en nuestra mano.

—Lo que sucedió esa noche es que la mujer bajó a la cocina a por un vaso de leche, o eso suponemos, dado que se encontró uno dentro del microondas, y que no se volvió a saber de ella.

—El marido estaba arriba durmiendo —dijo Roberto, recordando su sueño—. ¿No escuchó nada?

—No.

—Es raro, dado que su mujer se golpeó contra el microondas antes de caer al suelo. Debería haber escuchado algo.

—Es lo mismo que yo le dije.

—¿Y qué respondió?

—Que se había tomado un somnífero.

—No parece que te convenza esa respuesta —intuyó Roberto por el modo que tuvo de decirlo.

—La verdad es que no mucho. La mujer se golpeó contra el microondas y cayó al suelo. Eso parece claro, por las muestras de sangre que se encontraron en la cocina. Si es cierto que la secuestraron, tuvieron que sacarla de la casa entre dos personas, al menos. Es raro que el marido no se enterase de nada.

—¿Cuánto pesaba la mujer?

—Unos sesenta kilos.

—Una sola persona que sea bastante fuerte podría habérsela llevado.

—Soy consciente de ello —dijo el inspector con tono de suficiencia, como si le hubiese molestado esa réplica—. Da igual si eran uno o varios los secuestradores. Lo que está claro es que tuvieron que sacarla por la puerta de la cocina que da al jardín trasero.

—¿Por qué por esa puerta? —preguntó Roberto, interesado.

—Porque fue la única de la casa que encontramos abierta. La de la calle estaba cerrada con llave.

—Ya veo. —Por su sueño sabía que ya estaba abierta cuando la mujer bajó a la cocina esa noche, aunque prefirió no comentarlo.

—Detrás de la casa hay un camino de tierra —prosiguió Barrios—. Deberían haber aparcado allí el vehículo en el que se la llevaron, si fue es lo que sucedió.

—No lo dices muy convencido.

—Hay muchas cosas que no me convencen sobre lo ocurrido. Tal vez vosotros tengáis más suerte cuando habléis con el marido. A mí no me contó mucho.

—¿Por qué motivo? ¿No habla español?

—Inglés, aunque es un idioma que domino bastante bien. El problema es que parecía en estado de shock cuando le interrogué. No dejaba de repetir una y otra vez que habían secuestrado a su mujer y que teníamos que encontrarla.

—Iremos ahora a hablar con él —intervino Rossi.

—Antes me gustaría visitar la casa —solicitó Roberto—. Quiero ver el lugar de la desaparición. ¿Sería posible?

—¿Por algún motivo especial? —preguntó el inspector Barrios.

—Curiosidad.

—Ya.

—Me gustaría ver dónde se encuentra la casa y si es fácil acceder a ella —se alargó en su respuesta—. Echar un vistazo, en general.

—Me encantaría, pero lo cierto es que ya es tarde y pronto anochecerá. Sería mejor dejarlo para mañana.

—Prefiero ahora.

Barrios frunció el ceño, contrariado, hasta que, pasados unos segundos, asintió con la cabeza.

Parecía que el comisario le había aleccionado bastante bien sobre cómo debía colaborar con ellos.

—De acuerdo, tengo un coche fuera. Os llevaré.

Salieron del despacho, mientras Rossi le susurraba al oído a Roberto:

—¿Para qué quieres ver la casa?

—Pronto lo sabrás.



Cruzaron las calles de Jaca, con el inspector Barrios sentado al volante y Rossi a su lado. Roberto se sentó detrás del italiano.

—No parece haber mucha gente en la ciudad.

—Es así hasta que abren las estaciones de esquí —respondió el conductor al comentario de Rossi.

—Me encanta esquiar. ¿Hay buenas estaciones aquí?

—No nos podemos quejar.

—En los Alpes italianos están las mejores. Yo solía ir todos los inviernos con mi mujer.

Llegaron a una rotonda, en la que dejaron a la derecha una gasolinera y un McDonald's, y tomaron la salida hacia Bernués y San Juan de la Peña. Eso les permitió ver al fondo y en todo su esplendor la Peña Oroel, dominando el horizonte. Las paredes de piedra del monte tenían un precioso color anaranjado, a causa de la cercanía del ocaso, dándole un aspecto mágico que Roberto ya había podido disfrutar en su anterior visita a Jaca.

—Bonita montaña —comentó Rossi—. ¿Se puede subir a su cima?

—Es costumbre hacerlo —respondió Barrios—. Le gustará, hay una cruz arriba del todo.

Lo dijo en un tono que a Roberto le pareció irónico, de lo que también se dio cuenta el italiano, dado que forzó una sonrisa.

Descendieron por una cuesta y tomaron una carretera estrecha a la derecha en dirección a una estación depuradora, según indicaba un cartel. No tardaron en detenerse en la entrada de una finca, con varias cintas de balizar de la Policía Nacional cruzándola.

—Es aquí.

Al otro lado del portón de entrada podía verse una amplia finca con una casa de dos plantas en el centro. No parecía una vivienda demasiado lujosa ni de construcción reciente. Fue lo primero que le chocó a Roberto cuando descendieron del vehículo, por eso preguntó:

—¿Alquilaron esta casa para pasar las vacaciones?

—Así es —respondió Barrios.

—¿Por qué aquí?

—Es lo que yo le pregunté al marido.

—¿Y qué respondió?

—Que querían tranquilidad.

Por cómo lo dijo, tuvo la sensación de que no le había convencido esa respuesta.

—Resulta extraño.

—¿Por qué? —preguntó Rossi.

—No creo que a alguien con su posición le falte el dinero. Seguro que hay buenos hoteles en la zona, incluso casas mejores que esta para alquilar.

Barrios sonrió, como si le hubiese agradado ese comentario.

—Veo que pensamos igual —aseguró—. No es la casa que yo alquilaría para pasar unos días con mi mujer en Jaca, sobre todo si no tengo problemas de dinero. Si quería tranquilidad, hay otros lugares mejores. Esto está demasiado apartado de la ciudad.

—¿Hay otras viviendas cerca?

—Una en la finca de al lado, pero está deshabitada en esta época del año.

Roberto echó un vistazo a su alrededor, antes de decir:

—No parece que esta carretera tenga mucho tráfico.

—No lo tiene y menos por las noches. ¿Entramos?

El inspector abrió el portón metálico y les dio paso al interior de la finca, cuyo césped recorrieron para acercarse a la casa. Conforme lo hacía, Roberto no notó nada especial, ni siquiera cuando estuvieron delante de la puerta.

—¿Podemos acceder al interior? —preguntó.

—Sí, los de la Científica ya analizaron a fondo el lugar después de la desaparición.

Entraron con Barrios a la cabeza y, tras atravesar un pequeño pasillo, en el que dejaron a un lado el salón y la escalera que llevaba al piso superior, llegaron a la cocina. Era una estancia bastante amplia, con una larga encimera al fondo, sobre la que se veía a un lado una vitrocerámica y al otro un microondas metálico. En la puerta de este último se apreciaba una pequeña marca de color rojo, así como en las baldosas beige del suelo. No parecía que hubiese perdido mucha sangre.

—Aquí es donde se encontraron muestras de sangre de la mujer, por lo que suponemos que la golpearon y luego la sacaron por esa puerta.

Roberto se fijó en la puerta que señalaba en el lado derecho y que daba al jardín trasero. Allí de pie, en mitad de la cocina, tuvo claras dos cosas: que era la misma que había visto en su sueño y que ese no era el lugar en el que habían asesinado a la mujer.

—¿Dices que hay un camino por detrás de la casa? —preguntó.

—Sí, de tierra, suficientemente ancho para circular por él con un coche o una furgoneta.

—¿En qué lado de la casa se encuentra la habitación de matrimonio?

—En este, justo encima. La ventana da al jardín trasero.

—¿Al camino?

—Sí.

Roberto hizo una ligera inclinación de cabeza y regresó sobre sus pasos para dirigirse a la escalera que llevaba al piso superior. Ascendió hasta la siguiente planta y entró en la que supuso que era la habitación del matrimonio, dado que la cama estaba deshecha. Allí tampoco notó nada especial, por eso se acercó a la ventana y observó a través de ella la parte trasera de la casa. Pudo distinguir el camino de tierra, a menos de cincuenta metros de distancia y cubierto parcialmente por una hilera de árboles. Se quedó observando unos segundos, hasta que decidió regresar a la cocina, haciendo el mismo recorrido que había hecho la mujer en su sueño.

—¿Y Rossi? —preguntó al ver que no se encontraba en la cocina al llegar a ella.

—Ha salido a hacer una llamada —respondió el inspector Barrios.

Eso le dio la oportunidad a Roberto de hablar con el policía a solas.

—Es extraño que el marido no se enterase de nada —comentó—. Si los secuestradores llegaron en vehículo por ese camino de tierra, debería haber escuchado el ruido del motor.

—Según él, tiene el sueño muy profundo a causa de los somníferos que toma.

—Pero tú no lo crees.

El inspector negó con la cabeza.

—Este caso me recuerda a uno ocurrido en Suiza hace años —dijo—. Un empresario que estaba arruinado decidió matar a su mujer y fingir un secuestro. Se pidió a sí mismo un rescate millonario con el que saldar sus deudas y empezar una nueva vida desde cero. Tal y como esperaba, los amigos se volcaron con él, dándole el dinero que necesitaba para traerla de vuelta a casa.

—¿Y qué ocurrió?

—Que la policía encontró muestras de sangre en el maletero de su coche y no tardaron en hacerle confesar.

Roberto entendió al momento por qué lo decía.

—¿Crees que este banquero italiano ha hecho lo mismo?

—No lo puedo asegurar, pero no me cuadra que trajese a su mujer aquí, a esta casa tan apartada, pudiendo llevársela a un hotel de cinco estrellas, como en el que ahora está alojado él. Tampoco me cuadra que no escuchase ningún ruido esa noche. Su mujer se golpeó contra el microondas y luego cayó al suelo. Si los secuestradores se la llevaron en un vehículo aparcado detrás de la casa, debería haber oído algo. ¿No crees? Aunque fuese el motor. He tomado somníferos en alguna ocasión y nunca he tenido un sueño tan profundo.

Roberto no se atrevió a darle la razón. El problema era que su sueño no podía aclararle si la persona que había golpeado a la mujer había sido el marido u otra que se encontraba dentro de la casa.

—Tú le has interrogado —dijo Roberto—. ¿Qué sensación te transmitió?

—Que tenía un guion ensayado. Insistía una y otra vez con lo del secuestro. Demasiado reiterativo.

—Ya veo.

—Puedo equivocarme, pero hay algo en su mirada que no me infunde confianza. Lo comprobarás cuando hables con él.

—Lo estoy deseando.

Barrios dio un paso hacia Roberto y bajó el tono de su voz, como si no quisiese que nadie más le escuchase.

—Desde que se produjo esta desaparición, apenas he dormido. Le he dedicado muchas horas, te lo aseguro. Para mí lo más sencillo sería aceptar la tesis del secuestro y que la mujer ya está fuera de España, en cualquier país de Europa, pero no voy a hacerlo hasta estar seguro y tener pruebas de ello. Como tampoco voy a permitir que venga nadie de fuera a cuestionar mi trabajo.

—Tranquilo, te entiendo —le replicó, agradecido por su sinceridad—. Mi intención no es poner en duda el trabajo que has hecho, ni mucho menos. No he venido para eso.

—¿Entonces para qué has venido?

Tardó unos segundos en darle una respuesta. Lo cierto era que no sabía muy bien qué decirle.

—Para convencer al Vaticano de que habéis hecho todo lo que estaba en vuestra mano —expresó, tratando de parecer convincente.

—¿Solo eso?

—Poco más puedo hacer.

—Puedes investigar al marido. Seguro que tú averiguas más que yo sobre él, como por ejemplo el estado de sus finanzas o si tenía problemas con su mujer.

—Ya veo que estás convencido de su implicación en el secuestro.

—De momento es una desaparición, no un secuestro, y no descarto que el marido esté implicado. En un suceso de este tipo, los primeros sospechosos siempre son los familiares y el entorno más cercano.

—Lo sé.

—Es posible que esté implicado de algún modo en la desaparición, incluso que la haya matado él mismo. El problema es que, de ser así, no podremos demostrarlo. No hay pruebas que le incriminen, por lo que la única opción que nos queda es demostrar que tenía un motivo para hacerlo y hacerle confesar.

Roberto sabía que estaba en lo cierto, del mismo modo que sabía que la mujer estaba muerta, algo que no podía compartir con él. Lo que sí podía hacer era entrevistarse con el marido y averiguar si era el autor del crimen. Para ello solo necesitaba estrecharle la mano, por eso decidió que lo mejor era entrevistarse con él cuanto antes.

—Hablaré con el banquero y averiguaré si tenía un motivo para deshacerse de ella.

—Espero que lo compartas conmigo.

—Tranquilo, lo haré —dijo dirigiéndose a la puerta de salida al jardín trasero.

Rossi estaba en ese momento guardando su teléfono en el bolsillo.

—¿Nos vamos a ver al marido? —preguntó Roberto.

—Me temo que vamos a tener que dejarlo para mañana. Acabo de llamarle y me ha dicho que no se encuentra muy bien ahora mismo. Prefiere que nos veamos a media mañana, así que lo mejor es que regresemos al hotel. ¿Has averiguado algo aquí?

Roberto miró a su espalda para asegurarse de que el inspector se había quedado dentro de la cocina y luego dijo en voz baja:

—No la mataron en esta casa.

—¿Estás seguro?

—Bastante.

—¿Entonces, dónde?

—No lo sé, pero estoy deseando hablar con ese banquero. Puede que mañana resolvamos el caso —concluyó.



Roberto despertó con los primeros rayos del día y decidió quedarse un rato en la cama analizando el sueño que acababa de tener.

De nuevo había soñado con la víctima, la misma escena que había vivido la noche anterior, antes de regresar a España. La vio levantarse de la cama, bajar las escaleras apoyándose en las paredes y prepararse un vaso de leche, una vez entraba en la cocina. En ningún momento vio que hubiese nadie más en la estancia, hasta que una sombra se reflejó en la puerta del microondas, un segundo antes de que recibiese un brutal golpe en la cabeza y cayese al suelo.

Nada nuevo, nada diferente al sueño anterior, aunque le sirvió para reafirmar un par de detalles. El primero, que su marido parecía dormir cuando ella había bajado a la cocina. El segundo, que la puerta de la cocina que daba al jardín trasero estaba entreabierta y que alguien tenía que haberla dejado así.

Se dio una ducha y, antes de bajar a desayunar, decidió llamar a Eva. Sabía que a esa hora todavía la pillaría en casa con los niños. No pudieron hablar mucho porque tenía que llevarlos al colegio, pero le aseguró que era probable que regresase a casa pronto. Tenía la esperanza de resolver el caso ese día.

—Puedes estar tranquilo si tardas más —dijo ella—, nos arreglamos bien.

—¿No me echáis en falta?

—Bastante, ya lo sabes, pero lo importante es que te centres en lo tuyo y no te preocupes por nosotros.

—Siempre me preocupo. Por cierto, anoche estuve mirando en Internet y te he pedido un localizador para las llaves. Te llegará a casa en un par de días.

—¿No hablarás en serio?

—Pues claro. Es como una moneda de dos euros, para colgarlo del llavero. Instalas una aplicación en el móvil y te dice dónde se encuentra el localizador en todo momento. Seguro que te resulta útil.

—Eres un cielo.

—Me lo puedes agradecer cuando vuelva a casa —dijo él soltando una carcajada.

—Cuenta con ello.

Tras la llamada, se reunió con el comisario Rossi en la cafetería del hotel. Lo encontró apoyado en la barra, con la mirada perdida en la taza de café que tenía delante.

—Buenos días —le saludó—. Pareces preocupado.

—Todavía no me he espabilado y el café que tomáis aquí no me ayuda mucho. Es demasiado

flojo para mi gusto.

—Ya veo. ¿A qué hora has quedado con el banquero?

—En media hora.

—Entonces es mejor que vayamos subiendo.

—¿No quieres desayunar?

—No, me tomaré un café en Canfranc cuando lleguemos.

En realidad estaba ansioso por encontrarse con el marido de la desaparecida y comprobar si estaba relacionado con su muerte. Solo necesitaba estrechar su mano para confirmarlo.

Sacaron el coche del garaje del hotel y pusieron rumbo a Canfranc. Apenas habían dejado atrás la ciudad cuando Roberto preguntó:

—¿Qué puedes contarme de ese banquero?

—¿En qué sentido?

—¿Sabes si tiene deudas?

—¿Por qué me preguntas eso? —le replicó Rossi, mirándole extrañado.

—El entorno más cercano a la víctima es al que hay que investigar primero. ¿Tiene motivos para beneficiarse de la desaparición de su mujer?

—¿Y cómo voy a saberlo yo?

—En el Vaticano lo sabéis todo de todo el mundo, al menos eso me habéis dado a entender. Estaría bien averiguar si tiene problemas económicos de algún tipo.

—¿Piensas que Alessandro Chiesa organizó el secuestro de su mujer? ¿Eso es lo que te ha dicho ese policía?

—Es una opción que no podemos descartar.

—Por lo que yo sé, siempre ha sido un hombre íntegro, con una posición muy buena dentro del Vaticano. Me extrañaría mucho que tuviese problemas económicos.

—No estaría de más comprobarlo antes de hablar con él.

—¿Quieres que lo averigüe ahora?

—Sí, por favor. Y que te digan también si ha tenido movimientos raros en su cuenta durante las últimas semanas.

—¿A qué llamas raros?

—Cantidades inusuales, dinero que podría haber utilizado para pagar a alguien que secuestrase a su mujer.

Rossi soltó una sonora carcajada.

—¿Estás hablando en serio?

—Es una posibilidad.

—Bastante absurda. Un hombre como Chiesa no tiene necesidad de deshacerse de su mujer. Para eso están los divorcios.

—No creo que eso esté bien visto en alguien que trabaja para el Vaticano.

—¡Tonterías!

—Aun así, me gustaría saberlo.

—Me niego.

—¿Te niegas?

—No voy a perder tiempo en algo que sé que es imposible.

—Puedo llamar al obispo Lombardo, si tú no puedes obtener esa información.

Rossi masculló algo entre dientes y acto seguido sacó su teléfono. Durante cerca de quince minutos estuvo realizando una serie de llamadas, en las que Roberto no entendió nada, dado que hablaba en italiano. Tuvo que esperar a que terminase para conocer lo que había averiguado.

—Sus cuentas están bastante saneadas —afirmó el comisario—. Nada de deudas, si es lo que te interesaba saber.

—¿Seguro?

—Bastante. Ese hombre tiene una economía que ya la quisiera yo para mí. No necesita más dinero.

—La gente nunca tiene bastante dinero.

—Alessandro Chiesa, sí, te lo aseguro.

—¿Qué hay de los movimientos en sus cuentas?

—Por favor, estamos hablando de una persona con mucho dinero, que no saca cincuenta euros para irse de vacaciones.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues claro que hay movimientos grandes de dinero en su cuenta, lo normal para alguien de su nivel.

—¿Cuánto?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Al ver que Roberto no respondía, resopló—. Está bien. En las últimas tres semanas sacó dinero en varias ocasiones, hasta un total de cien mil euros. Ya te he dicho que esa gente mantiene un nivel de vida muy alto.

—No lo parece, por la casa que alquiló en Jaca para pasar unos días con su mujer. Es la casa que alquilaría una familia de clase media, no un banquero italiano con su nivel económico. ¿No crees?

—Seguro que lo hizo por algún motivo.

—Pues espero que nos lo explique cuando hablemos con él.

No tardaron en llegar al pueblo de Canfranc-Estación, que recibía ese nombre para diferenciarlo del pueblo de Canfranc, situado cuatro kilómetros antes y más conocido por Canfranc Quemado, a causa de los incendios que había sufrido a lo largo de su historia. El último a mediados del siglo veinte.

Tras subir una pequeña cuesta, llegaron a la altura de la estación de Canfranc, un imponente edificio alargado con tejado de pizarra y una llamativa cúpula redondeada en el centro. Tras décadas de abandono por el cierre de la línea ferroviaria hacia Francia, había sido rehabilitado, construyendo en él un hotel de cinco estrellas. Un imponente edificio de dos plantas y decenas de ventanas que había recuperado el lujo del pasado.

No obstante, lo más impactante eran las montañas que se elevaban a espaldas del edificio, como si lo envolviesen y protegiesen del paso del tiempo. Fue lo primero que llamó la atención de Roberto cuando aparcaron en el interior del complejo y se bajaron del vehículo.

—¿Dónde nos espera? —preguntó mientras caminaban hacia el edificio.

—En un salón privado del hotel. Me ha dicho que preguntemos por él en recepción y que alguien nos acompañará.

—¿Qué edad tiene?

—¿El señor Chiesa? Sesenta y tres, diez más que su mujer. Llevan casados algo más de treinta años.

—¿Con hijos?

—No, ninguno.

—¿Y suelen viajar mucho?

—No lo sé, tendrás que preguntárselo, si tanto interés tienes.

—Lo tengo.

Llegaron a la entrada sobre la que podía leerse «Canfranc Estación» y debajo «A Royal

Hideaway». Atravesaron las puertas giratorias y se dirigieron a la recepción, situada a su derecha, sorteando un cordón negro anclado a dos pivotes dorados con un cartel que disuadía del paso a los turistas. La recepción era una taquilla reconvertida, con un enorme reloj de manillas en la parte superior, como los que podían verse antiguamente en las estaciones.

—Buenos días —les saludó una joven con traje de chaqueta verde y una sonrisa deslumbrante, situada al otro lado del mostrador de madera.

—Buenos días —dijo Rossi—. Venimos a ver al señor Chiesa.

—Sí, ya me había avisado de su llegada. Se encuentra tomando un café. —La joven alzó la mano y llamó la atención de un hombre vestido igual que ella, que se acercó con paso ágil—. Mi compañero les guiará.

—Muchas gracias.

—Llévalos al café de la biblioteca —le ordenó cuando se acercó al mostrador.

—Por supuesto.

Roberto notó un cosquilleo en el estómago mientras le seguían. Pronto sabría si Alessandro Chiesa había asesinado a su mujer.



Siguieron los pasos del recepcionista hacia el lado contrario del vestíbulo, donde atravesaron una puerta para recorrer un largo pasillo, hasta llegar a una estancia muy acogedora. Una sala con una barra de bar a la entrada y una serie de mesas con sofás y butacas. Solo un hombre estaba en ese momento sentado a una mesa situada junto a una de las ventanas. Su pelo era cano y vestía un traje de calle, con corbata.

—*Buongiorno, signor Chiesa* —le saludó el comisario al llegar a su altura—. Comisario Rossi, gendarmería vaticana.

Al escuchar eso, el hombre se puso en pie y le estrechó la mano. Roberto se quedó impresionado por su corpulencia. Medía cerca del metro noventa y se le veía en muy buena forma. Por su aspecto atlético y las pocas arrugas de su rostro, le habría calculado diez años menos de los que tenía.

—Permítame que le presente al inspector Fuentes, de la Interpol —prosiguió Rossi, esta vez en un inglés, con un acento italiano muy marcado—. El Vaticano le ha pedido que nos ayude a encontrar a su mujer.

Sus miradas se cruzaron y Roberto alargó la mano hacia él. Por un momento creyó que no se la estrecharía, pero, tras unos segundos en los que el banquero pareció analizarle, lo hizo.

—Encantado de conocerle —dijo siguiendo la conversación en inglés y manteniendo un porte altivo.

—Lamento mucho lo de su mujer —comentó Roberto mirándole a los ojos y tratando de mantener la serenidad mientras le apretaba la mano.

—¿Lo de mi mujer?

—La desaparición.

—El secuestro —le corrigió Chiesa.

—Sí, por supuesto. Veo que parece muy seguro de ello.

—Lo estoy —dijo a la vez que soltaba su mano para ocupar su asiento.

—¿Alguien se ha puesto en contacto con usted para pedir un rescate?

—No, pero espero que no tarden mucho en hacerlo. Por favor, siéntense. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —dijo el comisario—. He desayunado antes de venir.

—Yo me tomaría un café —le secundó Roberto.

El hombre alzó su poderoso brazo para llamar la atención del camarero situado detrás de la barra, que se acercó a ellos al momento.

—¿Qué desean, caballeros?

—*Un espresso per me* —dijo el banquero.

—Para mí un café con leche, por favor —le secundó Roberto.

—Yo nada, gracias —añadió Rossi.

En cuanto se alejó, el hombre se acomodó en el respaldo de su asiento y cruzó las piernas.

—El café es lo único que me mantiene en pie —retomó la conversación en inglés, acariciándose la barbilla perfectamente afeitada.

—Espero que hoy se encuentre mejor —dijo Rossi.

—No mucho mejor. La verdad es que no lo estoy pasando nada bien. Llevo dos días sin dormir, esperando una llamada de la policía española para decirme que han encontrado a mi mujer y que está sana y salva.

No fue esa la impresión que le dio a Roberto. No se apreciaban ojeras en su rostro y su expresión no era la de alguien que estuviese cansado.

—Hemos venido precisamente para agilizar las cosas —aseguró el comisario—. Ya hemos estado hablando con la policía y vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su mujer.

—¿Ustedes? —preguntó con cierta ironía en el tono.

—Vamos a colaborar con la policía española para conseguirlo.

—Son todos unos inútiles. Me cansé de decirles que mi mujer ya no estaba en España, pero no me hicieron caso. La Interpol es quien debería estar buscándola ahora mismo por toda Europa.

—Y lo están haciendo, se lo aseguro. El Vaticano ya ha hecho las debidas gestiones para llevarlo a cabo.

—¿Y entonces qué hacen aquí ustedes?

—Hemos venido para prestarle todo el apoyo que necesite.

—Y para que nos responda a algunas preguntas sobre las circunstancias de la desaparición de su mujer —intervino Roberto.

—¿Por qué motivo?

—Porque eso podría ayudar a encontrar a los secuestradores. Cualquier detalle es importante.

—Al escuchar eso, el hombre se limitó a asentir con la cabeza—. ¿Qué puede contarnos sobre lo ocurrido esa noche?

—Poco, yo estaba dormido.

—Tengo entendido que se tomó un somnífero esa noche.

—Así es. Me los recetó el médico.

—¿Por qué motivo?

—Estrés. Llevó más de una semana tomándolo. Puede ponerse en contacto con mi médico si no me cree.

—No será necesario —intervino Rossi.

—¿Qué tipo de somnífero? —preguntó Roberto ignorando el comentario.

—Valium.

—El valium es un relajante muscular, no un somnífero.

—El efecto es el mismo, depende de la cantidad. Además, lo tomo porque tengo dolores cervicales que no me dejan dormir.

Roberto tuvo la sensación de que estaba preparado para darle esa respuesta.

—¿Eso quiere decir que esa noche no escuchó nada, ningún ruido?

—No.

—¿Ni siquiera el ruido del motor de un vehículo?

—No me enteré de nada hasta que desperté esa mañana y vi que mi mujer no estaba acostada a mi lado. Pensé que se había levantado para preparar el desayuno, pero cuando no la encontré en la cocina, empecé a preocuparme. La busqué por toda la casa y por dentro de la finca, y al no encontrarla llamé a la policía.

—¿Tan pronto? ¿Tenía razones para temer que le hubiese pasado algo?

—Las mismas que cualquier marido cuya mujer ha desaparecido sin avisar.

—Pudo haber ido a dar un paseo.

—Su teléfono estaba en la mesita, junto a la cama, y su abrigo colgado del perchero. Además, nunca se habría marchado sin avisarme antes.

—De acuerdo —dijo Roberto mientras el camarero dejaba los cafés en la mesa, lo que aprovechó para reordenar sus ideas antes de hacer la siguiente pregunta—. Su mujer se levantó esa noche para calentarse un vaso de leche. ¿Era habitual que lo hiciera?

—Últimamente, sí, porque le costaba dormirse. La verdad es que la cama tampoco era demasiado cómoda. Creo que por eso le costaba conciliar el sueño.

Eso le dio la oportunidad a Roberto de conducir la conversación por donde más le interesaba.

—Tengo curiosidad por saber por qué escogieron esa casa para pasar las vacaciones.

—Queríamos estar unos días en un lugar tranquilo.

—No me pareció que fuese una casa muy bonita. Ni siquiera tiene buenas vistas.

—En las fotos de Internet parecía otra cosa.

—¿La alquilaron por Internet?

—Sí, en una aplicación de esas que usa la gente.

—¿Y por qué no se fueron a un buen hotel, como este?

—Ella quería pasar unos días en el campo, en un lugar tranquilo, sin ruidos y con un jardín en el que leer. Se pasa horas leyendo libros.

—¿Por qué en Jaca?

—¿Y por qué no? Está rodeado de preciosas montañas en las que hacer senderismo.

—Sin embargo, dice que a su mujer solo le gusta leer.

—A ella, sí, pero a mí me gusta caminar. He realizado varias rutas durante estos días.

—¿Usted solo?

—Así es. ¿A qué vienen este tipo de preguntas?

—Si se llevaron a su mujer, estarían vigilándoles desde que llegaron aquí —aseguró Roberto para no perder el mando de la conversación.

—Es probable.

—Cuanto más datos tengamos de su estancia en esa casa, más fácil es que podamos llegar hasta los secuestradores.

—Ya les he contado todo lo que sé. —Al decir eso, se tomó el café de un solo trago y acto seguido se puso en pie—. Y, ahora, si me disculpan, tengo que hacer una llamada.

—Espero que no sea a los secuestradores. Nos gustaría que nos avisase si se ponen en contacto con usted.

—Sabemos que lo hará —dijo Rossi levantándose de su silla.

—¿Seguirá alojado aquí? —preguntó Roberto, imitándole.

—Ese es mi deseo, al menos hasta que haya algún tipo de novedad.

—Le prometo que haremos todo lo posible para encontrar a su mujer —aseguró el comisario.

—¿Tiene un teléfono al que pueda llamarle si es necesario?

El banquero miró a Roberto, como si tratase de escudriñar lo que se escondía tras esa

petición.

—El comisario tiene mi número de teléfono. De todas formas, tenga. —Al decir eso, metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó una cartera, de cuyo interior extrajo una pequeña tarjeta de color dorado—. Ahí consta mi teléfono personal. Puede llamarme cuando lo necesite.

—Lo haré en cuanto sepa algo.

Roberto le siguió con la mirada mientras se dirigía a la salida, lo que le permitió observar un detalle que llamó su atención. Una mujer muy guapa de unos treinta años, que estaba sentada en una mesa cerca de la puerta, siguió al banquero con la mirada de forma insistente hasta que abandonó el lugar. No supo si él la correspondía, ya que solo podía verle de espaldas, pero lo que no cabía duda es que lo que transmitían los ojos de ella era una familiaridad que no le pasó desapercibida.

—¿Qué opinas? —preguntó Rossi captando su atención.

—Él no la mató.

—Vaya, me alegra oírlo. Y lo sabes porque...

—No sentí nada al darle la mano.

—Imagino que está relacionado con tu supuesto don. —Notó la incredulidad del comisario al decir eso—. Del mismo modo que dijiste que no habían matado a su mujer en esa casa.

—Así es. Me da la impresión de que no crees en nada de esto.

—Me cuesta bastante, la verdad.

—El obispo Lombardo sí lo cree. Precisamente si me envió aquí fue para que usase mi don y averiguase lo que le ha ocurrido a la mujer de ese banquero. Pensé que estabas aquí para ayudarme.

—Y lo estoy, pero sospechar de su marido no es el mejor modo de lograrlo.

—¿Acaso no te ha parecido que tenía estudiadas todas las respuestas que nos ha dado?

—La verdad es que no.

—No se le ve tan afectado como debería y nos ha despachado bastante rápido. Sinceramente, creo que deberíamos vigilarle.

Rossi negó con la cabeza.

—No estamos aquí para eso. Ya te he dicho que el señor Chiesa es alguien importante dentro del Vaticano.

—Y la única persona que estaba en la casa en el momento de la desaparición de su mujer.

—No vamos a tratarle como a un sospechoso sin tener pruebas —dijo el comisario, tajante—. Además, acabas de decir que él no la mató.

—Eso no quiere decir que no esté implicado.

—Alessandro Chiesa es un hombre íntegro, ya lo has visto. Alguien como él no se implicaría en algo así.

Roberto prefirió no insistir más en el tema. Algo le decía que Chiesa estaba implicado en la desaparición de su mujer, pero necesitaba encontrar el modo de demostrarlo. Dado que Rossi parecía convencido de su inocencia, decidió que se apoyaría en alguien que no confiaba tan ciegamente en su inocencia.

—Será mejor que regresemos a Jaca —dijo.

—¿No te tomas antes el café?

—Se me han quitado las ganas —aseguró, tras lo cual siguió los pasos de Rossi hacia la salida.

Antes de salir, le llamó la atención que la mujer ya no se encontrase en el bar.



Regresaron al vehículo y pusieron rumbo a Jaca, mientras una fina lluvia comenzaba a caer sobre Canfranc. Estaban llegando a la altura de una torre de defensa, que se elevaba poderosa junto a la carretera, cuando Rossi recibió una llamada de teléfono.

Durante varios minutos estuvo hablando en italiano. Roberto no se enteró prácticamente de nada, aunque sí pilló alguna palabra suelta, por eso no se sorprendió cuando dijo después de colgar:

—Era el Vaticano. Querían saber qué habíamos averiguado.

—¿Quién, el obispo Lombardo?

—Sí.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no existen pistas para conocer el paradero de la esposa del señor Chiesa —respondió Rossi—. La policía no tiene ni idea y va a ser difícil que nosotros podamos averiguar algo.

—Acabamos de llegar.

—Lo sé, pero no tengo demasiadas esperanzas.

—¿Y qué ha dicho el obispo?

—Parecía decepcionado, hasta que le he dicho que Alessandro Chiesa no está implicado en la desaparición.

Eso molestó a Roberto.

—¿Por qué le has dicho eso?

—Porque tú mismo lo dijiste.

—Yo no he dicho que no estuviese implicado, solo que él no la mató. Es más, lo que sentí al darle la mano no fue del todo positivo. No noté que estuviese triste ni preocupado por la desaparición de su mujer. Parecía demasiado tranquilo y seguro de sí mismo.

—No me comentaste nada.

—No iba a hacerlo delante de él.

—Eso no significa que esté implicado —insistió Rossi.

—Tampoco que sea inocente.

—De todas formas, el obispo Lombardo opina que deberíamos quedarnos por aquí unos días más y ayudar a la policía española en lo que necesiten.

—Poco más puedo hacer por mi parte. A la mujer no la asesinaron en la casa y no tenemos ni idea de dónde pudieron llevársela. Si tuviese la certeza de que el marido la asesinó podría hacerle confesar, pero, al no ser así, todo queda a la espera de que la policía averigüe algo más.

—¿Sugieres que regresemos a Roma?

—En mi caso, regresaría a mi casa. No tengo problemas por quedarme unos días más, si es lo que quiere el obispo, aunque opino que será una pérdida de tiempo. Esa mujer no va a aparecer.

—Ya veremos. Cuando lleguemos a Jaca tengo que reunirme con el obispo de Huesca, que al parecer ha venido a la ciudad para una visita protocolaria.

—Yo paso —le replicó, tajante—. Daré un paseo por la ciudad hasta que termines.

—Me parece bien.

De regreso al hotel dejaron el coche en el aparcamiento y luego separaron sus caminos. Rossi se dirigió al obispado de Jaca y Roberto cruzó la calle para tomar algo en un bar que había frente al hotel. Necesitaba meter algo en el estómago. Le sorprendió encontrarse una cara conocida en la barra.

—Buenos días —saludó al inspector Barrios, que se encontraba de espaldas a él, mirando algo en la pantalla de su teléfono móvil.

—Ah, hola —dijo sorprendido al verle.

—No imaginé que nos encontraríamos aquí.

—Me gusta salir de la comisaría a media mañana y desconectar un poco del trabajo.

—Yo acabo de bajar de Canfranc. Hemos estado con Alessandro Chiesa.

—¿Y qué te ha parecido?

—Sinceramente, hay algo en él que no me gusta.

—Veo que los dos hemos tenido la misma sensación —dijo Barrios con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

—Está claro que oculta algo. Sus respuestas parecían ensayadas.

—Como cuando yo hablé con él.

—Sin embargo, no hay motivos para sospechar de su implicación. Sus finanzas están bien, no tiene deudas. No gana nada con la desaparición de su mujer.

—Tal vez sí —aseguró el inspector entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos descubierto que tenía un motivo para deshacerse de su mujer. El más antiguo de la humanidad —dijo mostrándole la pantalla del móvil—. ¿Qué te parece?

Roberto observó la foto que se veía en ella y acto seguido exclamó:

—¡Joder, lo sabía!



El inspector Barrios le miró con interés.

—¿Ya lo sabías?

—Más bien, lo sospechaba —respondió Roberto—. Vi algo después de hablar con él que hizo que se me pasase por la cabeza esa posibilidad.

—¿Y qué fue lo que viste?

—Cuando Alessandro Chiesa abandonó el bar del hotel en el que estábamos hablando, me fijé en que una mujer le seguía en todo momento con la mirada.

—¿Era esta mujer, la de la foto? —preguntó mostrando de nuevo la imagen de su teléfono.

—Sí.

En ella se la veía caminando del brazo del banquero, en lo que parecía ser el exterior del hotel.

—¿Estás seguro?

—Bastante. Una mujer así no pasa desapercibida.

—Es cierto, menudo pibón. ¿Cuántos años tendrá? ¿Treinta?

—Yo diría que por ahí —respondió Roberto—. ¿De cuándo es esa foto?

—Me la mandó anoche el agente que tengo vigilando a Alessandro Chiesa.

Ese comentario le sorprendió.

—No tenía ni idea de que le estuvieseis vigilando.

—No eres el único al que le llamó la atención que se alojase en Canfranc después de que desapareciese su esposa.

—¿Quién es esa mujer?

—Ni idea, todavía no lo hemos averiguado. Salieron juntos del edificio para entrar en el vagón restaurante que hay en la parte de atrás del hotel. Imagino que iban a cenar. Es un restaurante de alta cocina.

—No se les ve en actitud cariñosa. Simplemente, están caminando uno al lado del otro, con ella agarrada de su brazo.

—Tal vez, pero esto haría que cuadrasen algunas cosas, como el hecho de que se haya ido a un hotel tan apartado y alejado de miradas indiscretas.

—No es suficiente para acusarle —reflexionó Roberto en voz alta.

—Todavía no, pero, si tiene una relación amorosa con esa mujer, eso le daría un motivo para querer deshacerse de su esposa y demostraría que está implicado en su desaparición.

—Te aconsejo que vayas con pies de plomo. Ese hombre es alguien importante en el

Vaticano.

—No tanto como para librarse de algo así.

—De momento, lo único que tienes son conjeturas.

—¿Quiere eso decir que no vas a ayudarme?

A Roberto le sorprendió la pregunta.

—¿Ayudarte?

—Me vendría bien tener a alguien del Vaticano de mi parte.

—Yo no soy del Vaticano.

—¿No trabajas para ellos?

Roberto se dio cuenta de que no tenía una respuesta convincente que darle. Aun así, lo intentó.

—He venido más bien como asesor externo, por mi experiencia.

—¿En secuestros? —preguntó Barrios, interesado.

—Más bien en asesinatos.

—Es decir, que en el Vaticano creen que la mujer está muerta.

—Fue una de las posibilidades que barajaron cuando tuvieron conocimiento de los hechos, sobre todo por la presencia de sangre en el lugar de la desaparición.

—¿No creen que la hayan secuestrado?

—Querían saber mi opinión al respecto.

—¿Y qué opinión tienes ahora?

Estaba claro que el inspector estaba decidido a obtener respuestas. Tras unos segundos de reflexión, Roberto llegó a la conclusión de que los dos deseaban esclarecer lo ocurrido y capturar a los culpables, por eso se sinceró con él.

—Estoy convencido de que la mujer está muerta.

—¿Piensas que la mataron dentro de la casa y luego se llevaron el cuerpo de allí?

Aunque sabía que eso no era lo que había ocurrido exactamente, asintió con la cabeza.

—Sí.

El inspector apretó los labios antes de decir:

—En esta zona de los Pirineos hay miles de lugares donde deshacerse de un cuerpo para que nadie lo encuentre en años.

—Lo sé.

—Tengo que volver a interrogar al marido y presionarle para que confiese el crimen.

—Él no lo hizo, créeme.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Un presentimiento. —Al momento se dio cuenta de que no era la respuesta más acertada, por eso añadió—: La gente como él no necesita ensuciarse las manos.

—¿Crees que pagó a alguien para que lo hiciera?

—Es posible —dijo recordando lo que Rossi le había contado sobre sus movimientos bancarios—. Cien mil euros es mucho dinero. Es lo que sacó de una de sus cuentas antes de venir a España.

Barrios se quedó pensativo unos segundos, antes de decir:

—Si contrató a alguien para que la secuestrase, tiene que haber alguna forma de encontrarle.

—¿Cómo?

—Empezaremos por averiguar el nombre de todas las personas que se alojaron en Jaca y pueblos cercanos. Puede que haya suerte y demos con algún delincuente conocido.

—Eso podría llevar mucho tiempo —comentó Roberto.

—Lo sé, pero merece la pena intentarlo. ¿No crees?

—Claro.

—Hablaré también con Madrid para que me digan qué bandas se dedican a hacer este tipo de trabajos en España y que me den los datos que tengan de sus miembros. Los cruzaremos con los datos que obtengamos.

—No quiero quitarte la ilusión, pero quienquiera que se haya llevado a la mujer del banquero puede estar ya muy lejos de Jaca.

—Soy consciente de ello.

—Además, pudieron llevarse a la mujer a Francia y deshacerse allí de ella.

—Tienes razón —dijo Barrios, asintiendo con la cabeza—. Podrían haber cruzado a Francia por el puerto de Candanchú, que no tiene ningún tipo de vigilancia. De ser así, será muy difícil, por no decir imposible, averiguar dónde se la han llevado. Por eso es mejor que me centre en demostrar la implicación del marido en el secuestro.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Ya te lo he dicho, dando con la persona o personas a las que contrató. Lo sé —añadió al ver su expresión de incredulidad—, es complicado, pero quizás tengamos suerte.

—¿Me avisarás si averiguas algo?

—¿Vas a seguir por aquí?

—Unos días, al menos —aseguró Roberto.

—Tranquilo, lo haré. Pillaré a ese cabrón estirado, por mucho que el Vaticano le proteja.



Tres días habían pasado desde su llegada a Jaca, durante los cuales no se había producido ninguna novedad importante. Seguían sin tener pistas sobre el paradero de la mujer del banquero, aunque Roberto tenía muy claro que estaba muerta. Cada noche soñaba con ella, siempre el mismo sueño, en el que la veía bajar a la cocina y recibir un golpe en la cabeza.

Por desgracia no podía controlar esos sueños ni elegir de qué modo verlos. Lo normal era que viese la escena desde la posición de la víctima, como en este caso, y en otras ocasiones lo hacía desde el punto de vista del asesino. Ese tipo de sueño era el que más solía ayudarle para llegar a él, algo que en esta ocasión todavía no había sucedido.

Sin embargo, esa mañana tuvo un sueño diferente que no supo muy bien si estaba relacionado con el suceso. Se vio a sí mismo caminando por un bosque, entre árboles, hasta alcanzar las ruinas de una casa de piedra, de aspecto antiguo. Solo se conservaba de ella la pared del fondo y parte de las dos laterales. La rodeó y fue a dar a una senda con una barandilla de madera flanqueándola, que descendía serpenteando hasta llegar a un pequeño mirador. Desde esa posición pudo ver la montaña que le rodeaba, completamente poblada de árboles. A la derecha se encontraba la cordillera pirenaica, con sus cumbres que se elevaban más allá de los dos mil metros. A su izquierda, a varias decenas de metros, contempló una pared de roca rojiza con una oquedad en la base, donde se apreciaba un edificio antiguo, medio oculto por los árboles que tenía delante.

Antes de que tuviese tiempo de memorizar más detalles del lugar, se despertó. Lo hizo pocos segundos antes de escuchar el sonido de su teléfono móvil, que tenía posado sobre la mesita. Era Rossi.

—*Buongiorno.*

—Buenos días —respondió, somnoliento.

—¿Te he despertado?

—No, llevo unos segundos ya despierto.

El otro soltó una carcajada antes de decir:

—Tengo buenas noticias para ti. Seguramente podrás volver a casa hoy.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han encontrado a la mujer?

—Más o menos.

—¿Qué significa eso?

—Te lo explicaré tomando un café. Te espero en la cafetería del hotel.

—De acuerdo, te veo en diez minutos.

Roberto saltó de la cama y se dio una ducha rápida.

La idea de regresar a casa le levantó el ánimo, sobre todo después de no haber hecho nada de utilidad los dos últimos días, solo pasear por la ciudad y esperar en su habitación a que se produjese alguna novedad.

En cuanto al inspector Barrios, le había llamado la tarde anterior para decirle que estaban investigando en todos los hoteles de la zona y que de momento no había ningún resultado positivo. Parecía que la investigación estaba en un punto muerto, por lo que cualquier novedad que tuviese Rossi la acogería con los brazos abiertos.

Lo encontró apoyado en la barra de la cafetería del hotel, tomando su habitual café *espresso*.

—Buenos días —le saludó de nuevo—. ¿Qué ha ocurrido para que podamos irnos?

—Hay una posible pista sobre el paradero de la mujer.

—¿En serio?

—En su momento se emitió una orden de búsqueda por toda Europa, a través de la Interpol, y por fin ha dado sus primeros frutos. Al parecer, un hombre vio en una gasolinera a las afueras de Burdeos cómo una mujer pedía auxilio a través del maletero de un todoterreno. Por su descripción y lo que captaron las cámaras de vigilancia, hay muchas probabilidades de que fuese la mujer de Alessandro Chiesa.

—¿Cuándo sucedió eso?

—La mañana siguiente a la desaparición. La policía francesa dice que existe una banda de origen argelino que se dedica al negocio del secuestro y la extorsión, y que ya ha actuado en Suiza, Bélgica y sur de Alemania. Secuestran a personas con bastante poder adquisitivo, los cruzan hasta Francia, donde se cree que disponen de diversos zulos, y piden un importante rescate a la familia a cambio de ponerlos en libertad.

—Pero a Chiesa no le han pedido ningún rescate.

—Que nosotros sepamos —apuntó Rossi.

—¿Crees que lo han hecho y nos lo ha ocultado?

—Podría ser una de las condiciones que le han puesto los secuestradores para liberarla.

—Ya te he dicho que su mujer está muerta.

—Eso no lo sabemos con seguridad.

—Yo lo sé.

—Sí, bueno... —Rossi se rascó la barbilla y desvió la mirada al techo durante unos segundos—. De cualquier forma, esté viva o muerta, eso no significa que la mujer del incidente en la gasolinera no fuese ella. Pudieron matarla después de eso. Tal vez porque intentó escapar.

Roberto sacó su teléfono y abrió la aplicación de mapas, para ver dónde se encontraba el lugar donde supuestamente habían visto a la víctima.

—Burdeos está a cuatro horas de Jaca —murmuró—. Pudieron cruzar la frontera en Candanchú, para que las cámaras del túnel del Somport no identificaran la matrícula.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Deberíamos hablar con el inspector Barrios.

—Antes quiero ir a ver a Alessandro Chiesa.

—¿Qué vas a decirle?

—De momento, que la policía francesa ha identificado la matrícula del vehículo y que ya lo están buscando. No quiero echar por tierra sus esperanzas diciéndole que está muerta, cuando todavía no sabemos si es cierto. —Al ver que Roberto iba a replicarle, añadió—: Esperemos

hasta estar seguros.

No dijo nada. Cada vez tenía más claro que Rossi no creía en su don y él tampoco tenía ganas de convencerle de lo contrario. En lo único que pensaba en ese momento era en regresar a casa.

—¿Entonces hemos terminado aquí?

—La investigación pasará a manos francesas. Ellos se encargarán de encontrar el vehículo de los secuestradores y nos avisarán cuando lo consigan. Por mi parte, sí, creo que ya hemos terminado.

—¿Y cuándo nos iremos?

—Mañana al mediodía. He hablado con el piloto para que programe el vuelo para entonces. Te dejaremos en tu casa, en el aeropuerto más cercano, y yo luego regresaré a Roma. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, por un día más no pasa nada.

Rossi se tomó el café de un trago y acto seguido le puso la mano sobre el hombro.

—Vamos a Canfranc. Seguro que a Alessandro Chiesa le interesará saber lo que hemos averiguado.



Si de algún modo le impactó la noticia, no lo demostró. Alessandro Chiesa mantuvo un rictus serio en todo momento, mientras escuchaba las explicaciones del comisario Rossi. La reunión tuvo lugar en el mismo bar donde habían estado hablando la anterior vez. Solo cuando mencionó que la policía francesa estaba utilizando todos sus medios para dar con los secuestradores, reaccionó.

—En ese caso, creo que voy a regresar a Roma. No soporto más esta incertidumbre.

—Claro, por supuesto. Aquí ya no le queda nada por hacer.

Roberto tenía pensado no meterse en la conversación, pero una pregunta surgió en ese momento en su mente y se la expuso.

—¿En ningún momento los secuestradores se han puesto en contacto con usted?

—No.

—¿Por ningún medio?

—Ya le he dicho que no.

—Es extraño, ¿no cree? Es decir, vienen a España para llevar a cabo un secuestro y llevarse a la víctima a Francia, lo que requiere de una buena planificación, vigilancia del objetivo, estudio de la ruta de escape, una coordinación perfecta a la hora de llevarlo a cabo... ¿Tanto trabajo para luego no pedir una compensación económica?

—¿Está insinuando que algo ha salido mal y que por eso no han pedido un rescate?

En realidad no era eso lo que Roberto insinuaba. Más bien pensaba en la posible implicación del marido en el secuestro, por eso le sorprendió que hubiese llegado a esa conclusión.

—Sería una posibilidad —dijo para tantear su reacción.

—Espero que no.

—No parece que eso le preocupe mucho.

La mandíbula de Chiesa se tensionó.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué tal era la relación con su mujer?

—Buena.

—¿Tenían algún tipo de problema?

—Por supuesto que no.

—¿Ella sabía lo de su amante?

En ese momento fue como si un afilado cuchillo cortase el aire. El banquero palideció de inmediato al escuchar eso, mientras Rossi, sentado al lado de Roberto, ponía la mano sobre su

antebrazo para captar su atención.

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó, desconcertado.

—Deja que responda él.

—No voy a responder a semejante infamia —replicó Chiesa poniéndose en pie—. ¡Exijo una disculpa inmediata!

Roberto se mantuvo tranquilo.

—Desconozco el nombre de la mujer, pero sí puedo decirle que se aloja en este mismo hotel y que el otro día estaba sentada en aquella mesa mientras hablábamos —dijo señalando a su espalda—. Puedo enseñarle incluso una foto en la que se les ve juntos, entrando en el vagón restaurante.

—¿Me han estado vigilando? —preguntó abandonando la palidez para enrojecer de ira.

—Veo que no es consciente de que, en una desaparición, el marido siempre es el primer sospechoso —le replicó Roberto con ironía—. ¿Pensó que refugiarse aquí le mantendría a salvo?

El banquero posó los ojos en Rossi, con una mirada que desprendía una rabia intensa.

—¿Para esto han venido del Vaticano, para insultarme de este modo?

—Por supuesto que no, señor Chiesa. Yo... yo no sabía nada de esto —respondió desconcertado, incorporándose también de su silla—. Le pido disculpas. Siéntese, por favor.

—*Non voglio più parlarti* —dijo apretando los puños, a lo que siguió una retahíla de palabras en italiano que Roberto no entendió, pero que le parecieron de todo menos amistosas. Incluso creyó entender que pensaba hablar de aquello con el Papa.

Rossi parecía incapaz de calmarle, por eso Roberto decidió intervenir en la discusión. Se puso en pie y señaló la silla.

—Es mejor que se siente, señor Chiesa. Con esta actitud no hace otra cosa que inculparse.

El otro pasó del cabreo a una actitud de poder.

—Veo que no sabe usted con quién está tratando. Me encargaré de que le expulsen del Vaticano —dijo señalándole con el dedo.

—No es la primera vez que me amenazan, así que no gaste energías con eso. Estoy aquí para resolver un crimen y es lo que pienso hacer.

—¿A qué crimen se refiere?

—Al de su mujer.

—¿Ahora va a decirme que esos secuestradores la han matado?

—No sé si la mataron ellos, pero lo que sí sé es que no está viva.

—¡Esto es absurdo! ¿Quién es este individuo? —se dirigió a Rossi—. ¿Esta es la ayuda que recibo del Vaticano en un momento tan difícil de mi vida? ¿Acusaciones infundadas contra mí?

—Si son infundadas, supongo que podrá decirme quién era esa mujer con la que se vio en este hotel —dijo Roberto.

—No pienso decirle nada. Con quién me vea y las amistades que tenga es cosa mía, de nadie más. Espero que no vuelva a acercarse a mí.

Acto seguido se dirigió a la salida, mientras Rossi caminaba detrás de él, intentando calmarle.

Solo cuando se quedó a solas, Roberto sonrió. Por fin había destapado la verdadera cara del banquero.



Cuando el comisario Rossi regresó, lo hizo con cara de bastante cabreo.

—¿Cómo se te ocurre acusar al señor Chiesa de algo así? ¿Y de dónde sacaste la información de esa mujer?

—El inspector Barrios me mostró una foto en la que se veía al banquero con esa mujer.

—¿Quieres decir que le tenían vigilado?

—¿Tanto te extraña? Ya se lo dije a él, en un caso así el marido es siempre el primer sospechoso.

—Podías habérmelo dicho. ¿Por qué me lo has ocultado?

—Porque no le he dado la suficiente importancia hasta que ha mencionado que pensaba irse de España.

Rossi sacudió la cabeza antes de decir:

—Esto es grave. Pensé que había cierta confianza entre nosotros.

—No es cuestión de confianza.

—Claro que lo es, me has ocultado información. No me esperaba esto de ti.

—¿En serio? Bueno, en realidad tampoco sé muy bien por qué estamos aquí —dijo encogiéndose de hombros—. No sé si hemos venido para encontrar a la mujer del banquero o para asegurarnos de que él no resultase inculcado.

—No sé por qué dices eso.

—Porque es la sensación que me da. Has perdido el culo para salir detrás de él y pedirle disculpas. ¿Me equivoco?

—Ya te dije que el señor Chiesa es alguien muy importante en el Vaticano. No se pueden lanzar ese tipo de acusaciones contra él sin pruebas. Y encima le dices que su mujer está muerta.

—Porque es así.

—¡Tonterías! ¿Solo porque has soñado con ella? Eso son estupideces.

—Ya veo que no me crees.

—Por supuesto que no, como tampoco me creo que hablastes son aquel cadáver en Roma. ¡Es absurdo! Pietro asesinó a su mujer y luego enterró el cadáver.

—Pareces muy seguro de ello.

—Como lo estoy de que Alessandro Chiesa no tiene nada que ver con la desaparición de su esposa.

—¿Porque él te lo ha dicho?

—Porque le conozco mejor que a ti. Solo eres un farsante.

En ese momento, Roberto se dio cuenta de que la conversación se estaba poniendo demasiado tensa y que lo mejor era cortarla de raíz, antes de que se les fuese de las manos.

—Por suerte, nuestros caminos van a separarse pronto.

—Así es.

—Creo que lo mejor es que volvamos a Jaca. Aquí ya está todo dicho.

Rossi no dijo nada más. Salieron del hotel y regresaron al coche. En ningún momento del recorrido volvieron a hablar, cada uno metido en sus pensamientos. Roberto tenía cada vez más claro que aquel viaje había sido un error, como lo había sido aceptar la propuesta del Vaticano para trabajar con ellos.

Sin duda lo mejor era volver a casa y seguir con su vida como hasta ahora.



Roberto se incorporó de la cama sobresaltado y miró a su alrededor. Le costó unos segundos darse cuenta de que estaba en la habitación del hotel. Tenía la frente y la espalda empapadas de un sudor frío que le atenazó los músculos. Lo primero que hizo fue abrir la boca de manera exagerada para meter aire en los pulmones. Luego se levantó de la cama y durante unos segundos miró a su alrededor. Todavía seguía escuchando en su cabeza aquel sonido tan persistente y, a la vez, espeluznante. Por suerte, había logrado despertar del sueño, pero su corazón todavía latía con fuerza.

Miró su reloj. Eran las cinco de la tarde y en la calle todavía era de día. Después de regresar de Canfranc, Rossi y él habían separado sus caminos. El comisario se fue a su habitación y Roberto decidió dar una vuelta por Jaca. Comió en un pequeño restaurante y luego regresó a su habitación para descansar. La idea era mandarle un mensaje a Eva contándole lo ocurrido, pero se había quedado dormido nada más poner la cabeza en la almohada.

El sueño que había tenido resultó ser de lo más perturbador y asfixiante. Primero se vio de nuevo en aquel bosque, rodeado de árboles y, al fondo, la misma casa en ruinas que había visto en su último sueño. Esta vez, sin embargo, la atmósfera era opresiva, como si un peligro le amenazase. Escuchó un ruido sordo y repetitivo, de algo rascando la tierra.

Y entonces la vio.

En el centro de las ruinas había una figura oscura que le daba la espalda. Tenía las piernas ligeramente abiertas y movía los brazos de forma rítmica, abajo y a un lado. El lugar estaba envuelto en una penumbra rota por los rayos de la luna llena, que se filtraban a través de las hojas de los árboles. Eso le permitió intuir que lo que tenía en las manos era una pala y que estaba cavando.

Sintió que estaba en peligro y cómo el mal estaba presente en aquel lugar. Había vivido tantas veces aquella situación que logró dominarse y no dejó que el miedo le invadiese.

Entonces la figura se detuvo. Dejó a un lado la pala, en el suelo, y caminó bordeando las ruinas, para perderse entre los árboles que había más allá. Eso hizo que Roberto se aventurase a acercarse al lugar y ver lo que había estado haciendo. No tardó en descubrir en el suelo un oscuro agujero, del tamaño de una tumba. Lo primero que se preguntó es si habría un cuerpo dentro de él, pero los rayos de la luna no alcanzaban a iluminar el interior. Aun así, se agachó y trató de ver el fondo.

Fue en ese momento cuando sintió como si una fuerza invisible le empujase y su cuerpo se precipitó hacia delante, cayendo dentro de la fosa. Durante varios segundos sintió su cuerpo

flotar, hasta que se estrelló contra el fondo de bruces. Aturdido por la caída, se volvió para incorporarse, pero el espacio era tan estrecho que no tenía forma de apoyar las manos. Solo pudo girarse lo suficiente para mirar arriba y ver la boca del agujero, demasiado lejos para alcanzarla. Era como si estuviese varios metros bajo tierra.

Su primer impulso fue gritar pidiendo ayuda, hasta que vio la figura recortarse sobre su cabeza. Tenía puesta una bufanda hasta la altura de la nariz, lo que le impedía identificar su rostro. Durante unos segundos permaneció inmóvil, observándole, en silencio, hasta que pronunció aquellas palabras que todavía resonaban en su cabeza.

—Esta será tu tumba, otra tumba olvidada.

Entonces movió los brazos y la primera palada de tierra le cayó encima. Luego una segunda. Y luego una tercera.

Roberto intentó protegerse con los brazos, pero cada vez era más la tierra que caía sobre él, cubriendo su cara, impidiéndole respirar, metiéndose en su boca, ahogándole...

Hasta que despertó.

Con el corazón golpeando su pecho con fuerza, decidió ir al baño. Todavía sentía el sabor a tierra en su boca cuando abrió el grifo y se lavó la cara con agua fría. Aun así, no consiguió que desapareciese aquella sensación de agobio, así que se desnudó y se metió en la ducha.

Necesitó más de diez minutos, con el agua casi fría, para que su cuerpo recuperase la temperatura normal y sus músculos se relajasen. Eso le permitió pensar con claridad y darse cuenta de que quizás no era tan buena idea marcharse de Jaca al día siguiente.



Roberto cruzó la calle y entró en el bar que había frente al hotel. Necesitaba tomarse algo frío que le arrancase de la garganta aquella sensación de ahogo que todavía le asaltaba.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—Algo con mucho hielo.

—¿Cómo qué?

—Pues no sé, un refresco.

—¿Coca-Cola?

—Mejor una tónica.

Mientras se alejaba, Roberto miró a su alrededor. Apenas había gente en el establecimiento y los pocos que había estaban a lo suyo. No era un bar demasiado grande y tenía las paredes llenas de fotos de paisajes. La mayoría eran montañas nevadas. También había verdes valles y, sobre todo, la Peña Oroel desde distintos ángulos. No obstante, hubo una de ellas que le llamó la atención. Una foto en la que se veía una pared de roca de un intenso color anaranjado. Se acercó a ella y la observó con detenimiento.

—¿Bonita, verdad? —escuchó la voz del camarero a su espalda—. La saqué una mañana de verano. La gente piensa que está trucada, pero es real, sin filtros.

—¿La sacaste tú?

—Claro. Todas las fotos que ves por aquí son mías.

La parte inferior de la foto estaba cubierta de árboles, pero se apreciaba que la roca terminaba en una cueva.

—¿Qué lugar es este?

—El monasterio viejo.

—¿Qué monasterio viejo?

—¡Cuál va a ser! El de San Juan de la Peña.

De inmediato lo recordó de su anterior visita a Jaca, aunque en la foto apenas se divisaba el monasterio por culpa de las ramas de los árboles. De lo que sí estuvo seguro fue de que era la misma imagen que había visto en su sueño.

—¿Desde dónde está sacada esa foto?

—Pues... —El hombre se rascó la mejilla y agudizó la vista—. Desde el mirador de San Voto, al lado de la ermita en ruinas.

Roberto se acercó a él.

—¿Has dicho ermita en ruinas?

—Sí.

—¿Tienes alguna foto de ella?

—No, lo siento.

—Dime una cosa. ¿Existe un camino que rodea la ermita y que baja flanqueado por una barandilla de madera?

—Sí, hasta el pequeño mirador.

—Donde sacaste esa foto —supuso Roberto.

—Así es.

—¿Podrías indicarme dónde está?

—No tiene pérdida. Pasas el monasterio viejo, subes la carretera y justo antes de llegar al monasterio nuevo sale una carretera a la derecha. Allí verás las indicaciones para llegar a la ermita.

Roberto sacó su teléfono y abrió la aplicación de mapas para hacer una búsqueda. En cuanto escribió Ermita de San Voto, le salió un punto en mitad de la nada.

—¿Se puede llegar hasta allí en coche?

—Creo que hay un camino de tierra que llega casi hasta la ermita.

—Está bien, muchas gracias.

Le pagó la bebida y salió del bar sin probarla siquiera. Necesitaba visitar aquel lugar lo antes posible.



Nada más poner un pie en el lugar, lo notó. La atmósfera opresiva, el frío helador recorriéndole la espalda. Su mano agarró el colgante que le protegía en aquellas situaciones y respiró profundo.

A veinte metros se encontraban las ruinas de la Ermita de San Voto, escondida entre los árboles, así que caminó con paso lento, pero seguro. El lugar le resultó familiar al momento. Era el mismo que había visto en su sueño, con la diferencia de que ahora era de día y podía ver perfectamente la parte del edificio que no estaba derruida. Todavía se mantenía en pie la pared del fondo y parte de las dos laterales. Dentro de lo que había sido el interior de la ermita, crecían ahora varios árboles, prueba inequívoca de que la naturaleza reclamaba su sitio con el paso del tiempo.

Roberto se acercó con precaución, mirando en todo momento a su alrededor y comparando aquel lugar con lo que había visto en sus sueños. En especial, el último que había tenido esa tarde. Estaba en el sitio correcto, de eso no tenía ninguna duda, como no lo tenía de que allí se había cometido un crimen.

Pasó por encima de la valla de madera que rodeaba la edificación derruida y avanzó hacia la pared del fondo, sorteando las piedras que poblaban el suelo y que le dificultaron el paso. El hecho de que mirase muy bien donde ponía el pie fue lo que le ayudó a identificar una zona del terreno donde había amontonadas varias piedras. Incluso se veía que la tierra de debajo estaba removida. Aquello no era fruto del paso del tiempo y el derrumbe del edificio. Alguien había colocado las piedras en ese lugar concreto, como si tratase de ocultar lo que había debajo. Lo confirmó cuando se agachó y puso la mano sobre una de ellas.

Lo que sintió hizo que se pusiese en pie y regresase de inmediato por donde había llegado. Solo cuando pasó al otro lado del vallado de madera, sacó su teléfono y buscó el contacto con el que necesitaba hablar.

—Barrios, soy Roberto Fuentes —dijo cuando el inspector de policía respondió a la llamada—. Necesito que avises con urgencia a un equipo de la Policía Científica.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Roberto tomó aire, miró la ermita en ruinas y luego dijo con voz profunda:

—Creo que he encontrado el cadáver de la mujer de Alessandro Chiesa.



El problema al explicar dónde se encontraba el cuerpo fue que la Policía Nacional no tenía jurisdicción en ese lugar, por lo que el inspector Barrios decidió que lo primero era comunicárselo a la Guardia Civil, para solicitar su colaboración en la investigación.

Media hora después de que hubiese hablado con él, Barrios se presentó en el lugar seguido de un par de vehículos patrulla de la Guardia Civil.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó el inspector, acercándose a él antes de que lo hiciesen los guardias.

—Está enterrada bajo las ruinas de la ermita, en una fosa cubierta con unas piedras —respondió, señalando el lugar situado a unos cincuenta metros de su posición.

—¿Y cómo has sabido que está ahí?

Era la pregunta que temía escuchar.

—Lo importante es que lo sé.

—Ya, pero...

—Escucha, vas a tener que confiar en mí —le pidió bajando el tono de voz, para que no le escuchasen los guardias que ya se acercaban a ellos—. La Guardia Civil tiene que traer a un equipo de Criminalística a este lugar.

—No van a hacerlo si no hay indicios de que aquí hay un cuerpo enterrado.

Sabía que estaba en lo cierto, pero no podía decirle que había sentido la presencia de la mujer al tocar las piedras. Aunque su don le indicaba que estaba allí debajo, enterrada, Barrios no iba a creerle, por lo que iba a tener que improvisar una explicación que fuese convincente.

—Alguien me dijo que estaba enterrada en las ruinas de esta ermita.

—¿Quién?

—Eso es lo de menos ahora.

—¿Cómo que es lo de menos? ¿Qué me estás ocultando?

—Te lo repito, tienes que confiar en mí.

—No puedo decirle a la Guardia Civil que trasladen aquí un equipo de Criminalística si luego no vamos a encontrar nada.

—Lo encontrarán.

—¿Y cómo voy a convencerles para que lo hagan?

—Te lo contaré todo a su debido tiempo, te lo prometo, pero ahora tienes que hacerme caso y conseguir que desentierren el cuerpo de ese lugar.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso sin una razón convincente. Tienes que decirme quién te

ha dicho que el cuerpo de la mujer desaparecida está ahí enterrado.

En ese momento, Roberto pensó que había sido un error llamarle tan rápido. Quizás debería haber intentado antes desenterrarla con sus propias manos, pero eso habría contaminado el lugar y borrado cualquier posible pista para llegar hasta el asesino.

Si le decía el modo en que había descubierto el cadáver, lo más probable era que le tomase por un loco. Eso en el mejor de los casos. Estaba claro que se había metido en un callejón del que ahora no sabía muy bien cómo salir.

Por suerte, una idea cruzó por su mente, mostrándole una posible salida.

—Tengo que hacer una llamada. Ahora vuelvo —dijo sacando el teléfono del bolsillo, para acto seguido alejarse lo suficiente para que no pudiese escucharle.

Apenas tuvo que esperar un par de tonos para escuchar la voz de Rossi.

—¿Ocurre algo? —fue lo primero que preguntó el comisario italiano.

—Sí, estoy en un lugar llamado San Juan de la Peña. —Aunque no confiaba del todo en él, en ese momento era la única persona a la que podía recurrir.

—¿Y qué haces ahí?

—Antes de decírtelo necesito saber si el Vaticano tiene tanto poder como me habéis dado a entender.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque he encontrado el lugar donde está enterrada la mujer de Alessandro Chiesa y necesito que un equipo de Criminalística de la Guardia Civil acuda al lugar para desenterrar el cuerpo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó sobresaltado el comisario—. ¿Cómo que está enterrada?

—Ya te dije que estaba muerta.

—¿Y cómo la has encontrado?

—Eso es lo que menos debería importar ahora mismo. Lo más urgente es desenterrar el cuerpo y analizar la zona en busca de pistas que nos lleven hasta su asesino, y eso no será posible si no convencemos a la Guardia Civil para que lo haga. Lo primero que van a exigir son pruebas de que hay enterrado un cuerpo y no puedo dárselas. —Durante unos segundos no escuchó nada, por eso preguntó—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Y vas a ayudarme?

—Puedo mover algunos hilos.

—Pues muévelos y asegúrate de que mandan gente cualificada para desenterrar el cuerpo, porque no pienso moverme de aquí hasta que lo hagan.

—Me llevará tiempo.

—No tengo pensado ir a ningún sitio, ya te lo he dicho. Ah, y otra cosa, de momento no le digas nada al marido.

—Creo que merece saber que ha aparecido el cuerpo de su esposa.

—Esperemos antes a desenterrarlo y estar seguros de que es ella.

—Pensé que ya lo estabas.

—Lo estoy, pero prefiero ser precavido. —El verdadero motivo era que no quería que el banquero huyese al conocer la noticia, sobre todo si estaba implicado en su muerte, como sospechaba—. Lo avisaremos a su debido tiempo. Ahora lo más urgente es que te ocupes de que alguien desentierre el cuerpo y confirmemos que se trata de ella.

—Está bien, lo haré.

Roberto les explicó con detalle dónde se encontraba y luego se despidió de él. Cuando

regresó junto Barrios, lo encontró hablando con uno de los guardias, así que esperó unos instantes hasta que terminaron.

—De momento les he pedido que acordonen la zona —le explicó el inspector cuando el guardia se alejó—. Están a la espera de que llegue su sargento. Piensa bien lo que le vas a explicar cuando llegue.

—Lo haré. Mientras tanto, sería conveniente no perder de vista al marido. ¿Tienes a alguien vigilándole?

—Por supuesto.

—Habrá que hablar con él en cuanto se confirme que el cuerpo enterrado en la ermita es el de su mujer.

—No te imaginas las ganas que tengo de hacerlo.



Roberto tenía planeado contar que la declaración de un testigo era lo que le había llevado hasta la ermita en ruinas, alguien a quien había conocido en un bar de Jaca y que había visto a una persona enterrando algo en aquel lugar. No era una explicación muy convincente, pero podría servirle para ganar tiempo hasta que descubriesen que la mujer de Alessandro Chiesa estaba enterrada entre las ruinas. Por suerte para él, no hizo falta que mintiese. Cuando el sargento de la Guardia Civil se personó en el lugar, lo hizo teniendo muy clara su misión.

—He recibido una llamada de mi teniente, ordenándome que preserve la zona hasta que llegue el equipo de Criminalística de Zaragoza —les explicó tanto a él como a Barrios—. Tardarán mínimo un par de horas.

—¿Entonces van a venir? —preguntó el inspector, sorprendido.

—Es lo que me han dicho.

Su mirada se desvió hacia Roberto, que estaba igual de sorprendido. Parecía que Rossi se había dado bastante prisa en agilizar las gestiones.

—Va a ser una noche bastante larga —prosiguió el sargento—, así que vamos a traer un generador eléctrico para iluminar bien todo esto.

—¿No sería mejor esperar a mañana para trabajar? —preguntó Barrios.

—Yo solo recibo órdenes y lo que me han transmitido es que vamos a desenterrar ese cuerpo tan pronto como sea posible. Y ahora tengo que pedirles que abandonen esta zona y se alejen para que podamos hacer nuestro trabajo.

—No vamos a irnos hasta que desentierren el cuerpo —aseguró Roberto.

—Eso es cosa suya, pero necesito que muevan sus coches hasta el principio de este camino para dejar paso libre a todos los vehículos que tienen que venir.

—Está bien.

Junto a Barrios, regresó al lugar donde ambos habían aparcado. Antes de subir a su coche, el policía comentó:

—Va a ser una noche muy larga. Lo sabes, ¿verdad?

—No tengo nada mejor que hacer.

—¿Me contarás luego quién te dijo que la mujer estaba enterrada aquí?

—Lo haré cuando confirme que no estoy equivocado.

Tal y como se preveía, la noche fue larga. El equipo de Criminalística llegó cuando ya se había hecho de noche, aunque con los focos de iluminación que colocaron fue como si en los alrededores de la ermita fuese de día. Roberto se limitó a indicarles dónde estaba el cuerpo y luego les dejó trabajar, sin inmiscuirse. Se mantuvo fuera del cordón de seguridad que montaron y esperó paciente hasta tener novedades.

Rossi también se personó en el lugar. Lo hizo en compañía de un capitán de la Guardia Civil, que le llevó en su vehículo y con quien estuvo hablando unos minutos a su llegada, antes de acercarse a Roberto y a Barrios. La cara del policía italiano era de preocupación.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —preguntó dirigiéndose a Roberto.

—Sí, claro.

Juntos se alejaron lo suficiente para que nadie pudiese escucharles y, una vez a solas, Rossi preguntó:

—¿Puedes contarme qué hacemos aquí?

—Ya te lo he explicado por teléfono. He encontrado el lugar donde el asesino enterró el cuerpo de la mujer de Chiesa.

—¿Y cómo lo has encontrado?

Roberto tomó aire antes de responder. Si Rossi no creía en su don, de poco serviría explicarle cómo había llegado hasta allí. Antes de que pudiese responder, el italiano pareció adivinar sus pensamientos porque añadió:

—¿Vas a decirme que has tenido una revelación de esas tuyas?

—Está claro que no me creerías si te dijese que sí.

—Me cuesta mucho, la verdad. Y más teniendo en cuenta que la mujer fue vista en una gasolinera en Francia.

—Dentro de unas horas podrás comprobar si estoy en lo cierto.

—Espero que no te equivoques, porque nos la estamos jugando. No solo nosotros, también el Vaticano. Ha habido que mover hilos en las altas esferas para que se montase todo este dispositivo y si todo resulta ser una farsa, al Vaticano le pasará una importante factura política. Empezando por el obispo Lombardo.

Lo dijo con un tono de reprimenda que a Roberto le molestó bastante. Ya estaba acostumbrado a que la gente reaccionase con incredulidad ante su don, pero lo que no estaba dispuesto era a permitir que le tratasen de mentiroso.

—Si el obispo Lombardo me pidió que viniese, fue porque sabe que no miento. Ahora mismo podría estar en casa con mi familia, sin embargo, estoy aquí, aguantando que alguien como tú me llame mentiroso.

—Tranquilo, no te pases.

—Quizás debería llamar al obispo para decirle que me largo y el motivo por el que lo hago.

Por un momento pensó que Rossi iba a recapacitar y disculparse por su comentario, pero no fue así.

—Eso es decisión tuya —comentó manteniéndole la mirada—. Tú verás lo que haces. Aquí no te ata nadie.

—En ese caso, mañana me volveré a casa. Me da igual quién haya matado a esa mujer.

Y dicho eso regresó junto al inspector Barrios. A pesar de lo que había dicho, era consciente de que no podía abandonar la investigación. Seguiría soñando con aquella mujer hasta que atrapase a su asesino, a no ser que el levantamiento del cadáver mostrase pruebas claras de quién la había asesinado y eso llevase a los investigadores hasta él.

Será mejor que me calme, se dijo a sí mismo mientras dejaba atrás a Rossi. *Esperemos a ver*

cómo termina la noche.

No tardó en averiguarlo.



Roberto regresó junto al inspector Barrios justo cuando hablaba con un miembro del equipo de Criminalística, vestido con un traje de protección blanco.

—Este es el inspector Fuentes, de la Interpol.

—¿Tú eres quien encontró el lugar del enterramiento?

—Sí.

—Soy el brigada Llorente. Hemos apartado las piedras que cubrían el suelo y hemos comprobado que debajo han enterrado algo. Por las dimensiones que tiene la zona removida podría ser un cuerpo, pero vamos a tardar tiempo en averiguarlo. Tendremos que ir con cuidado para no dañar ninguna posible prueba.

—Lo entiendo.

—Solo espero que al final nos encontremos un cadáver.

Lo dijo como si desconfiase de él, por eso Roberto no dudó en replicarle:

—Un testigo está seguro de que es así.

—Lo sabremos en unas horas. Yo si fuese vosotros me iría a dormir un rato. No creo que terminemos antes de que amanezca.

Dicho eso, el hombre se alejó de vuelta a las ruinas.

—Parece que estabas en lo cierto y que hay un cuerpo enterrado—comentó Barrios.

—Esperemos que sea el de la mujer desaparecida.

—¿Vas a decirme por fin cómo supiste que estaba en este lugar?

—Acabo de decirlo.

—Ya, lo de ese testigo del que no me habías hablado hasta ahora. ¿Quién es y qué vio exactamente?

—A un hombre enterrando un cuerpo en esta ermita.

—¿En serio? ¿Y pudo identificarlo?

—No, llevaba puesta una bufanda que le cubría parte del rostro.

—Tengo que hablar con ese testigo. ¿Dónde está?

—Escucha, Barrios —dijo Roberto decidido a zanjar la conversación—, entiendo que quieras respuestas, pero prefiero esperar hasta que desentierren el cuerpo.

—Faltan horas para eso, ya lo has oído.

—No puedo contarte más hasta entonces. Lo siento.

—¿No confías en mí?

—Sí, pero debo proteger al testigo hasta comprobar a quién pertenece el cuerpo que está

enterrado ahí. Necesito que lo entiendas.

El policía resopló.

—Está bien. En ese caso creo que volveré a Jaca para dormir unas horas. ¿Tú qué vas a hacer? ¿Te vienes también?

Roberto sabía que no iba a ser capaz de dormir esa noche. Estaba ansioso por confirmar que no se equivocaba y que el cuerpo de la mujer de Alessandro Chiesa estaba allí enterrado, así que negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme.

—Está bien, si necesitas algo ya conoces mi número de teléfono.

En cuanto se quedó a solas, Roberto decidió acercarse hasta el cordón policial. Que se hubiese confirmado que bajo las piedras había algo enterrado, le alivió en cierto modo, aunque en algún momento iba a tener que explicar cómo sabía que el asesino había enterrado allí el cuerpo de la víctima y eso le traería nuevos problemas que no sabía muy bien cómo afrontar.

Por ese motivo decidió sacar su teléfono y hablar con la única persona en la que podía apoyarse en esos momentos.

—Hola, Eva —dijo en cuanto escuchó su voz—. Necesito hablar contigo.

Ella le escuchó con paciencia, como hacía siempre, y supo tranquilizarle. Le recordó que lo más importante era la víctima y hacer justicia por ella, independientemente de las trabas que se pudiese encontrar en el camino.

Juntos habían pasado por demasiadas cosas, como para no saber que muy pocos creían en su don, sobre todo si no lo veían.

—Has hecho bien en decir que tienes un testigo. De momento eso servirá para que no te hagan preguntas —comentó ella.

—No por mucho tiempo. En cuanto aparezca el cuerpo tendré que decir la verdad.

—¿Por qué? No tienes obligación de dar explicaciones a nadie. Actúa con seguridad y no permitas que obstaculicen tu trabajo.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo —bromeó Eva—. Además, ahora trabajas bajo el amparo del Vaticano. Que ellos se encarguen de derribar las barreras que te encuentres.

—Lo cierto es que no me convence esto de trabajar para el Vaticano.

—¿Por qué motivo?

—Para empezar, el comisario con el que trabajo no cree en mi don. Dudo incluso que lo vaya a hacer cuando aparezca el cuerpo de la mujer.

—Eso no tiene mucho sentido. Precisamente si te llamaron fue por tu don.

—Ya, pero mi relación con él no es todo lo buena que me gustaría.

—Eso no tiene que afectarte.

—Me afecta, porque se supone que lo bueno de trabajar con ellos era que sabían de lo que soy capaz y que por eso iban a facilitarme las cosas.

—¿Y no lo están haciendo?

—No como yo esperaba. —Roberto dudó unos instantes—. No voy a negar que esta gente del Vaticano tiene más influencia de lo que yo pensaba. Primero consiguieron que nos diesen acceso a la investigación y ahora han logrado que envíen a un equipo de Criminalística para desenterrar el cuerpo.

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

—Ya te lo he dicho. Estoy empezando a desconfiar del comisario italiano con el que trabajo.

—¿Qué te dice tu intuición?

—Que no debo fiarme de él. Parece demasiado interesado en proteger al marido de la víctima.

—Pues no confíes.

Roberto asintió con la cabeza, a la vez que decía:

—Echo de menos trabajar contigo.

—Hace ya mucho tiempo de eso.

—Precisamente por ese motivo lo digo. Tú eres muy buena investigadora. Si estuvieses aquí conmigo, las cosas serían diferentes.

—Es a ti a quien han ofrecido ese trabajo. Además, alguien debe cuidar de los niños.

—Lo sé.

—No te desanimes. Seguro que logras resolverlo por ti solo.

—Eso espero.

Estuvieron hablando unos minutos más sobre los niños, hasta que Roberto decidió despedirse. Eva trabajaba al día siguiente y a él le esperaba una larga noche por delante.

Quizás al día siguiente lo vería todo con más optimismo.



Los primeros rayos de sol bañaban las copas de los árboles cuando Roberto vio a un guardia civil acercarse al coche en el que permanecía a la espera de novedades. En el asiento de al lado se encontraba Rossi, que dormía desde hacía varias horas con la cabeza apoyada en la ventanilla. En cuanto abrió la puerta para recibir al guardia, se despertó.

—¿Qué ocurre? —preguntó somnoliento.

Roberto salió del vehículo sin decir nada.

—El brigada Llorente, de Criminalística, quiere hablar con ustedes —afirmó el guardia.

—Gracias. —Miró al interior del vehículo y le hizo una señal al comisario con la mano—. Vamos.

Recorrieron juntos la distancia que les separaba del lugar del enterramiento, sin cruzar una sola palabra. Tampoco lo habían hecho a lo largo de la noche, a pesar de pasar parte de ella juntos en el coche.

En el límite de la zona acordonada les esperaba el brigada.

—Tenías razón —fue lo primero que dijo, mirando a Roberto—, hay un cuerpo enterrado dentro de las ruinas de esa ermita.

—¿De una mujer?

—Sí, la hemos desenterrado parcialmente. Lo estamos haciendo con mucho cuidado.

—¿Se la puede identificar ya? —preguntó Rossi.

—Hemos tomado varias fotos. —Alzó la mano para llamar la atención de uno de sus compañeros, que se acercó con una cámara de fotos en la mano—. Muéstraselas.

El recién llegado les enseñó la pantalla digital de la cámara de fotos, donde vieron un primer plano del rostro del cadáver. Roberto no necesitó mirar para saber que era ella. Rossi apenas tardó un par de segundos en confirmarlo.

—Es Claudia Fiore, la mujer de Alessandro Rossi —dijo con pesar, para luego mirar a Roberto—. Parece que nunca salió de España.

No le respondió. Prefirió centrar toda su atención en el brigada.

—Necesito pedirle un favor, mi brigada —dijo traicionado por su subconsciente, usando el trato al que se había acostumbrado por sus años en la Guardia Civil.

El brigada le miró con interés.

—Tú dirás.

—Sé que no es una petición habitual, pero necesito acercarme al cuerpo.

—¿Puedo saber para qué?

En ese momento recordó lo que había hablado con Eva la noche anterior y decidió actuar con seguridad.

—Para tocarlo.

—No entiendo.

—No hay nada que entender. Necesito pasar un minuto a solas con el cadáver y tiene que ser lo antes posible. Prometo que no alteraré el escenario, incluso me pondré un traje de protección, si me proporciona uno. Ya tengo experiencia en estas situaciones.

—Eso es totalmente irregular.

Roberto se volvió hacia Rossi, esperando de él un apoyo que en ese momento no se produjo. Parecía igual de desconcertado que el brigada. Por ese motivo, insistió con voz firme:

—Se nos prometió una total colaboración por parte de las autoridades españolas. Podría hablar con sus superiores, pero eso no haría otra cosa que retrasarnos y hacernos perder un tiempo muy valioso. Necesito acercarme a ese cadáver lo antes posible.

El brigada le miró durante unos instantes, como si tratase de radiografiarle, hasta que reaccionó.

—¡Joder, eres tú! Eres ese guarda civil que salió en la prensa, el que habla con los muertos, ¿verdad? —Antes de que Roberto pudiese decir nada, añadió—: Con esa barba no te había reconocido. ¿Qué haces aquí? No sabía que trabajases para la Interpol.

—Llevo poco tiempo.

—Leí todo lo tuyo en la prensa. ¿Es así como has averiguado que la mujer estaba aquí enterrada?

—Sí, aunque lo importante ahora mismo es que necesito acercarme al cuerpo para tratar de obtener respuestas y averiguar lo ocurrido. ¿Va a ayudarme?

—Por supuesto —dijo sin dudar—, acompáñame.

Pasaron juntos al otro lado del cordón policial y el brigada le acompañó hasta el furgón blanco de Criminalística. Allí le proporcionó un traje completo de protección, que Roberto se puso en un par de minutos. Luego le guio hasta el lugar del enterramiento, pisando por donde le iba señalando, hasta llegar junto al cadáver.

La mujer estaba tumbada, bocarriba, a un metro de profundidad. La mayor parte del cuerpo estaba cubierto de tierra, dejando solo a la vista la cara y las manos, que tenía atadas con una brida y pegadas al pecho, con las palmas hacia arriba. La expresión de su rostro era de terror, con la boca abierta, como si hubiese muerto pidiendo ayuda. Eso le confirmó lo que ya sabía: la habían enterrado viva.

Aunque hubiesen pasado demasiados días de la muerte y ya no fuese posible ningún tipo de conexión, tenía la esperanza de captar algo al tocar el cuerpo. Del mismo modo que captaba la energía negativa presente del lugar, esperaba obtener algo más que le ayudase a identificar al autor del crimen.

Por eso se arrodilló junto a la tumba y, sin soltar el amuleto que le protegía, alargó la otra mano hacia el cuerpo de la mujer para tocar su frente. En cuanto lo hizo, escuchó una voz lejana y acto seguido una serie de emociones le invadieron. Tan intensas que necesitó esforzarse para no perder el equilibrio.

Tras unos segundos, retiró la mano y se puso en pie para mirar al brigada.

—Estaba viva cuando la arrojaron aquí dentro —dijo con un hilo de voz que reflejaba lo que había sentido al tocarla—, pero no pudo defenderse. Solo pudo poner las manos delante, tratando de evitar que la tierra le cayese encima.

—Será el forense quien lo determine, pero la posición del cuerpo sugiere lo que acabas de

decir. ¡Pobre mujer! Es una forma de morir horrible. ¿Quién puede haberle hecho algo así?

—Ha pasado demasiado tiempo para que ella pueda decírmelo —murmuró Roberto—. Tendrán que averiguarlo ustedes.

—Será difícil. De momento no hay indicios que nos ayuden, aunque todavía tenemos que terminar de desenterrar el cuerpo y trasladarlo a Zaragoza para la autopsia. ¿Puedo preguntarte algo?

—Depende.

—¿Cómo es trabajar con la Interpol?

Roberto se quedó unos segundos pensativo, buscando una respuesta convincente.

—Me tratan mejor que en la Guardia Civil.

—Lo suponía —dijo el brigada, esbozando una sonrisa.



Mientras el brigada y sus hombres volvían al trabajo, Roberto regresó al furgón, donde se quitó el traje de protección. Luego acudió al encuentro de Rossi, que le esperaba al otro lado del cordón policial. Junto a él estaba el inspector Barrios, que ya había regresado de Jaca.

—Parece que tu testigo estaba en lo cierto —dijo el policía con una ligera sonrisa en cuanto llegó a su altura—. Acaban de decirme que al final la mujer estaba enterrada en este lugar.

—Así es.

—Y nosotros creyendo que la habían secuestrado para llevársela a Francia.

—Nunca salió de aquí.

—Ya lo veo. ¿Sabemos ya cómo se produjo la muerte?

—La enterraron viva.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Barrios—. Menuda forma más cruel de morir. Estoy deseando pillar al que lo hizo.

—No creo que vaya a ser sencillo.

—¿Y qué hay de tu testigo? ¿Podría identificarle?

—Ya te dije que no pudo verle la cara.

—Aun así, quiero hablar con él. Algo tuvo que ver que nos ayude a identificarle.

—No vio nada.

—¿Cómo estás tan seguro?

Había llegado el momento de sincerarse con él.

—Porque yo soy ese testigo.

—No te entiendo —dijo Barrios, desconcertado.

—Supe que estaba aquí enterrada porque soñé con este lugar.

—¿Cómo que soñaste con él?

—¿Recuerdas el bar en el que nos encontramos ayer, el que está frente a mi hotel?

—Sí.

—Tiene las paredes adornadas con un montón de fotos de paisajes. En una de ellas identifiqué este lugar y decidí venir hasta aquí para comprobarlo.

—¿Comprobar el qué?

—Te lo acabo de decir. Para comprobar que era el mismo sitio que había visto en mi sueño.

—Perdona, pero sigo sin entender nada.

—Sueño con las víctimas y eso me ayuda a atrapar a sus asesinos. —A pesar de la cara de incredulidad del policía, continuó—. Vine a Jaca con el comisario Rossi porque soñé con la

mujer del banquero. Vi cómo alguien la golpeaba en la cocina.

—La viste —murmuró Barrios, como si desconfiase.

—No solo sueño con las víctimas. Cuando estoy en un lugar puedo percibir si han asesinado a alguien en él, por eso supe que no la habían matado en la casa y, una vez aquí, percibí que estaba enterrada bajo las ruinas.

—¿Se trata de una broma? —dijo mirando a Rossi.

El comisario italiano se mantuvo imperturbable.

—No es ninguna broma —respondió Roberto—. Así he resuelto varios crímenes a lo largo de los últimos años.

—¿Soñando con las víctimas?

—Y en ocasiones hablando con ellas una vez han fallecido. Esta vez no ha sido posible, ya era demasiado tarde para hacerlo. Había pasado demasiado tiempo desde su muerte.

—Entiendo —murmuró entre dientes con expresión de no creer en nada de lo que acababa de escuchar.

Por un momento estuvo tentado de decirle que tampoco trabajaba para la Interpol, pero eso seguro que le habría dejado sin autoridad para participar en la investigación.

En lugar de eso, miró a Rossi esperando su apoyo. El comisario, de nuevo, permaneció en silencio, como si nada de aquello fuese con él.

—Perdón que interrumpa —sonó en ese momento la voz del brigada de Criminalística, acercándose a ellos—. Hemos encontrado algo que puede interesaros.

Al llegar a su altura, alzó la mano y mostró la bolsa transparente de pruebas que sostenía en ella. En su interior había una pequeña tarjeta de color dorado que Roberto identificó al instante.

—¿Dónde estaba? —preguntó.

—Sobre el cuerpo de la víctima, dentro de una pequeña bolsa de congelar. En cuanto hemos movido un poco de tierra, ha aparecido.

—¿Qué es? —preguntó el inspector Barrios.

—Una tarjeta de visita, con un nombre y un número de teléfono.

—¿Qué nombre?

Roberto se adelantó a su respuesta.

—Alessandro Chiesa.

—Así es —dijo el brigada, sorprendido—. ¿Lo conoces?

—Es el marido de la víctima.

—¿Y por qué estaba su tarjeta sobre el cadáver?

Antes de responder, Roberto miró primero a Rossi y luego a Barrios.

—Estoy deseando preguntárselo.



Alessandro Chiesa se presentó en la comisaría de Jaca a media mañana, pocas horas después de que el cuerpo de su mujer fuese desenterrado.

El inspector Barrios era quien se había encargado de ponerse en contacto con él. Únicamente le había dicho que se personase en la comisaría para transmitirle las novedades sobre la desaparición de su mujer. Lo hizo así por consejo de Roberto, que le pidió estar presente para ver la reacción del marido ante la noticia del fallecimiento de su esposa. Cuando el banquero hizo acto de presencia en la oficina del inspector, el comisario Rossi también estaba presente.

Alessandro Chiesa se presentó solo e impecablemente vestido, con traje y corbata. Se le veía tranquilo, aunque con expresión seria y mirada intensa, como si no se fiase de ellos. Ni siquiera la presencia de Rossi hizo que bajase la guardia.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más entrar.

—Me temo que tengo malas noticias para usted —respondió en el mismo idioma el inspector, situado de pie tras su mesa. Tal y como había asegurado, su inglés era bueno.

—¿Sobre mi mujer?

—Sí, hemos encontrado su cuerpo enterrado en una ermita abandonada, cerca del monasterio de San Juan de la Peña. Lo lamento.

Durante unos segundos, el banquero contuvo el aliento, aunque su expresión se mantuvo impertérrita.

—¿Eso está en Francia?

—No, aquí en España, a veinte kilómetros de Jaca. Creo que nunca llegó a salir del país.

—¿Y lo de esos supuestos secuestradores que se la habían llevado a Francia? —preguntó, demostrando que estaba al tanto de esa información.

—Está claro que la policía francesa se equivocó.

—No lo entiendo.

Por primera vez bajó la mirada al suelo, lo que hizo que Rossi interviniera. A pesar de que habló en italiano, Roberto interpretó que le estaba dando el pésame. El banquero asintió con la cabeza y, sin perder su rictus serio, se dirigió a Barrios.

—¿Qué le ocurrió?

—No lo sabemos todavía. El cuerpo está siendo trasladado en estos momentos a Zaragoza para realizarle la autopsia, así que mañana sabremos algo.

—Debería ir a Zaragoza —murmuró—. Tengo que preparar la repatriación del cuerpo.

—Va a tener que esperar un poco para eso. Hay una investigación en curso, a partir de ahora,

por homicidio.

—Por asesinato —intervino Roberto.

Chiesa giró la cabeza lo justo para mirarle.

—¿Qué quiere decir?

—Por las circunstancias en las que se encontró el cuerpo de su mujer, no hay duda de que fue asesinada.

—¿Por quién?

—Eso es lo que vamos a averiguar. —Roberto habría sido más partidario de tener aquella conversación en una sala de interrogatorios, donde la atmósfera era más opresiva e intimidante, pero no le quedó más remedio que hacerlo allí mismo—. ¿Conoce usted a alguien llamado Vidar?

Por primera vez desde que había empezado la conversación, notó que algo afectaba al banquero. No lo había hecho al saber que su mujer estaba muerta, ni siquiera al decirle que la habían asesinado, pero escuchar ese nombre hizo que comenzase a palidecer.

—No... no tengo ni idea de a quién se refiere.

—¿Está seguro?

La mirada del hombre se volvió nerviosa.

—¿Me están acusando de algo?

Fue el inspector Barrios quien respondió:

—Sobre el cadáver de su mujer había una tarjeta de visita suya. ¿Puede explicar por qué estaba allí?

—No tengo ni idea —reaccionó con firmeza—. Mucha gente tiene tarjetas mías. Usted mismo —añadió mirando a Roberto.

—Sí, pero yo no la dejé allí.

—¿Quiere eso decir que el asesino es alguien a quien usted conoce? —prosiguió el inspector.

—¿Cómo quieren que lo sepa?

—¿De qué conoce usted a Vidar? —preguntó Roberto, mientras observaba de reojo cómo Rossi parecía incomodarse al escuchar ese nombre.

—Ya le he dicho que no conozco a nadie con ese nombre.

—Pues tenía una tarjeta suya y la arrojó dentro del agujero donde enterró a su mujer. ¿Puede decirme por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—¿A qué viene meter a Vidar en todo esto? —preguntó finalmente Rossi, con voz nerviosa.

Roberto no le respondió. Al tocar el cadáver de Claudia Fiore no tuvo ninguna conexión con ella, pero sí escuchó una voz lejana que repetía una y otra vez el mismo nombre: Vidar.

Un nombre que no era la primera vez que escuchaba. Pietro Caruso también lo había mencionado cuando se había conectado con él en Roma, una vez fallecido. Era la persona que había secuestrado a su mujer Francesca y la había asesinado en su nombre.

No podía ser casualidad que al tocar el cadáver de la mujer del banquero ese nombre hubiese resonado en su cabeza.

—El asesino no esperaba que nadie encontrase el cadáver —comenzó a explicar Roberto con voz tranquila—. Más bien creo que el hecho de dejar esa tarjeta dentro de la tumba fue como un seguro de vida, un modo de amenazar a la persona que le había encargado el trabajo, en caso de que lo necesitase. Su forma de decirle «me pagas o haré que te acusen a ti del asesinato».

Chiesa encolerizó al escuchar eso.

—¡Es absurdo! ¿Cómo se atreve a acusarme de la muerte de mi mujer? ¡Pienso llamar a mi

abogado ahora mismo!

—Aquí nadie le está acusando de nada —intercedió Rossi de inmediato por él, intentando calmar las cosas.

El banquero hizo ademán de abandonar la oficina, pero Roberto le agarró del brazo y le detuvo.

—Cien mil euros es mucho dinero por cometer un asesinato. ¿Cómo contactó con él?

—Suélteme.

—Encontraré a Vidar y le haré confesar. Le doy la oportunidad de ayudarnos antes de que eso ocurra.

Chiesa le miró a los ojos, invadido por la rabia.

—Voy a hacer que te expulsen de la Interpol y del Vaticano. ¡Y ahora quítame las manos de encima!

Durante unos segundos Roberto le mantuvo la mirada.

—¿Tanto le estorbaba su mujer? —dijo a la vez que le soltaba.

El otro apretó los dientes y salió de la oficina a grandes zancadas, sin mirar atrás.

—¿Pero qué has hecho? —le recriminó Rossi en cuanto le perdieron de vista.

—Mi trabajo —se limitó a decir Roberto.



El inspector Barrios salió de detrás de su mesa y se acercó a Roberto.

—No entiendo nada de lo que acaba de ocurrir.

—¿Qué demonios tiene que ver ese tal Vidar con todo esto? —le increpó Rossi—. ¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando a nada —respondió Roberto—. Cuando me acerqué a la tumba de la mujer de Alessandro Chiesa y toqué su cuerpo, ese nombre se repitió en mi mente varias veces.

—¿Y quién es Vidar? —preguntó Barrios.

—Hace poco estuve en Roma para contactar con un presunto asesino que acababa de fallecer y que...

—Eso no tiene nada que ver este asunto —le interrumpió Rossi con voz cortante.

—Puede que tenga mucho que ver —le contradijo Roberto mirándole, para centrar de nuevo su atención en el inspector—. Ese hombre falleció sin confesar lo que le había sucedido a su mujer, desaparecida hace veinte años, así que me encargaron contactar con él para averiguar la verdad.

—Te repito que aquello no tiene nada que ver con esto.

Roberto ni siquiera le miró esta vez.

—Ese hombre me confesó que una persona apodada Vidar se había encargado de secuestrar y asesinar a su mujer. Alguien a quien había conocido en un chat privado y que se ofreció a ayudarlo.

—¿A cambio de qué? —preguntó Barrios.

—De nada. Solo por el placer de asesinarla y deshacerse del cuerpo.

—¿Y dices que te contó todo eso cuando ya estaba muerto?

—Así es. —Al ver su expresión, Roberto adivinó lo que estaba pensando—. No me crees, ¿verdad?

—Me cuesta hacerlo.

—Ya viste la reacción de Chiesa al pronunciar el nombre de Vidar.

—Eso no te lo voy a negar.

—No sé si Vidar es una persona o una organización —prosiguió Roberto—, pero que su nombre aparezca en la investigación de dos secuestros con veinte años de diferencia no puede ser casualidad.

—No existe ninguna prueba de la existencia de ese tal Vidar —dijo Rossi—, solo lo que, según tú, te han susurrado los muertos al oído. Algo que yo tampoco me creo.

Barrios soltó una breve carcajada, tras la cual dijo:

—Que no te crea yo tiene un pase, pero que no lo haga tu compañero de investigación...

—Me da igual si me creéis o no —dijo Roberto, manteniendo la calma—, pero hay algo que no puedes negarme y es la implicación del marido en la muerte de su esposa. Tenía motivos para deshacerse de ella y una coartada nada convincente. Nadie duerme tan profundo como para no enterarse de que golpean a su mujer en la cocina y luego se la llevan a rastras hasta un vehículo aparcado detrás de la casa, a pocos metros. Al menos en eso estarás de acuerdo conmigo.

—Lo estoy.

—Pues entonces concédeme el beneficio de la duda y no descartes esta línea de investigación. Chiesa pudo ponerse en contacto con Vidar para que secuestrase a su mujer y la hiciese desaparecer.

Barrios se quedó unos segundos pensativo y asintió con la cabeza antes de decir:

—Eso explicaría por qué eligió esa casa tan apartada para pasar las vacaciones.

—Exacto.

—Alessandro Chiesa no está implicado en la desaparición de su mujer —afirmó Rossi—. ¿Qué motivos tendría para estarlo?

—¿Qué tal un pibón treinta años más joven que él? —le respondió el policía.

—Eso son tonterías. A la mujer de Chiesa la secuestraron para pedirle un rescate, pero la golpearon demasiado fuerte en la cabeza y la mataron.

—Te recuerdo que no murió en la casa.

—Eso es lo que tú dices.

—No lo digo yo. Ya oíste al brigada de Criminalística, estaba viva cuando la enterraron. Y la autopsia lo confirmará.

—Es igual. La cuestión es que decidieron deshacerse de ella por el motivo que fuese y huir de España.

Roberto le miró y se preguntó cómo aquel hombre había logrado llegar a comisario, con semejantes razonamientos. Lo que había ocurrido estaba bastante claro y las pruebas lo confirmaban.

—¿Para qué secuestrarla si no han pedido ningún rescate? —le replicó.

—No lo sé, pero es imposible que el señor Chiesa esté implicado.

—¿Porque es un miembro destacado del Vaticano?

—Eso no tiene nada que ver. Ese hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Pues es lo que pienso hacer —dijo Roberto dirigiéndose a Barrios—, en cuanto tengamos los resultados de la autopsia.

—Para nosotros el caso está más abierto que nunca —dijo el policía—, aunque no sé si la investigación pasará a manos de la Guardia Civil a partir de aquí.

—¿Por qué motivo?

—El cuerpo apareció en su jurisdicción. Me temo que nos lo van a quitar de las manos.

—De una manera u otra, nuestro trabajo aquí ha terminado —dijo Rossi con voz poderosa—. Vinimos para ayudar al señor Chiesa en su relación con la policía española por la desaparición de su mujer. Ahora que sabemos que está muerta, es cosa de los investigadores resolverlo y atrapar al asesino.

—¿Y ya está? —preguntó Roberto—. ¿Abandonamos la investigación?

—No es nuestro trabajo.

—¡Será una broma!

—No lo es. Gracias por todo, inspector Barrios —dijo antes de abandonar la oficina.

Roberto le miró desconcertado y decidió seguir sus pasos. No le alcanzó hasta estar en la calle.

—¿A qué viene esto? —le preguntó.

—Es hora de regresar al Vaticano —respondió Rossi sin dejar de caminar—. No tenemos jurisdicción en esta investigación.

—¿Y todo eso de que el Vaticano tiene mucho poder?

—No para esto. La policía española tendrá que encargarse de investigarlo.

—¡Venga ya! ¿Y qué hay de Vidar?

El comisario se detuvo en el acto.

—¿Qué pasa con él?

—Me contaste que estuviste veinte años persiguiendo al marido de aquella mujer, convencido de que la había matado él, y que eso afectó incluso a tu matrimonio.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Pietro me confesó que fue Vidar quien mató en realidad a su mujer y, ahora que tenemos una pista sobre él, ¿no piensas seguirla? ¿No quieres que pague por lo que hizo?

—Por lo que a mí respecta, Pietro mató a su mujer. Y me da igual lo que creas que te dijo desde el otro mundo. Todo eso son estupideces.

—¿Crees que es mentira que contacté con él?

—Me importa una mierda si lo hiciste o no. Además, si es verdad que puedes hablar con los muertos, ¿quién dice que lo que te cuentan no es mentira?

—Cuando contacto con ellos, no pueden mentirme.

—Me da igual. Te repito que el obispo Lombardo me pidió que viniese a ayudar al señor Chiesa en lo que necesitase. Una vez que sabemos que asesinaron a su mujer, ya no pintamos nada aquí.

—¿Aunque sea culpable?

—No hay pruebas de que sea así.

—Pues yo no pienso moverme de Jaca hasta que encuentre al asesino.

—Pensé que ibas a regresar con tu familia.

—He cambiado de opinión.

—Como quieras. En ese caso, te deseo suerte.

Rossi echó de nuevo a caminar, aunque esta vez Roberto decidió no seguir sus pasos. No había bromeado al decir que no pensaba irse de Jaca hasta resolver la investigación.

El único problema era si se lo permitirían.



Roberto regresó a la comisaría. Necesitaba hablar con Barrios y convencerle para que le permitiese seguir en la investigación. Al llegar, lo encontró hablando por teléfono, así que decidió esperar fuera de la oficina a que terminase.

Estaba claro que su relación con Rossi había tocado fondo. Tampoco le extrañó. Había algo en el comisario que no le gustaba, desde que le dio la mano por primera vez. Tenía la sensación de que ocultaba algo y su modo de actuar después de encontrar el cadáver de la mujer de Alessandro Chiesa se lo confirmó. Desde el principio parecía más interesado en proteger al banquero que en encontrar a su mujer. Es más, en ningún momento había valorado la posibilidad de que pudiese estar implicado de algún modo en la desaparición.

Que decidiese regresar a Roma era una prueba más del poco interés que tenía en llegar a la verdad. Al menos, dejaría de ser un obstáculo para él.

—Perdona que te haya hecho esperar —dijo Barrios asomándose a la puerta y haciéndole un gesto en la mano para que entrase en la oficina.

—No pasa nada. Solo quería decirte que yo no pienso abandonar la investigación. Me da igual lo que diga el comisario Rossi. Alessandro Chiesa está implicado en la desaparición de su mujer.

—El problema es que demostrarlo ya no está en nuestras manos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada más irte recibí una llamada del comisario Turienzo, que se encuentra ahora mismo en Zaragoza por otras cuestiones. A partir de ahora la investigación deja de estar en manos de la Policía Nacional.

—Parece que al final se ha confirmado —comentó Roberto, cabizbajo.

—Así es. Pronto vendrá un equipo de la UCO para hacerse cargo del caso.

Eso hizo que negase con la cabeza.

—No debería ser así. La investigación debería seguir a cargo de la Policía Nacional.

—Ya, pero el cadáver apareció en su jurisdicción, en el entorno de San Juan de la Peña, y a ellos corresponde investigar lo sucedido. Además, el comisario estuvo de acuerdo en pasarles el caso a ellos. La verdad es que estaba como loco por quitárselo de encima, sobre todo después de saber que ha dejado de ser una investigación por secuestro para convertirse en una de asesinato. ¿De verdad el asesino fue capaz de enterrarla viva?

—Fue lo que vi en mi sueño y se ha confirmado al desenterrar el cadáver.

—Con respecto a eso...

Roberto adivinó lo que iba a decir.

—No me crees, ¿verdad?

—Reconoce que es algo difícil de creer.

—Lo sé, pero...

—Tranquilo, te creo —dijo Barrios, para su sorpresa—. Lo cierto es que ya había oído hablar de ti, aunque en aquel momento pensé que era una invención de la prensa. ¿Un guardia civil que hablaba con los muertos y resolvía crímenes? ¿Quién podía tragarse algo así? Sin embargo, hay algo que no me cuadra, por eso no te creí cuando me lo dijiste en San Juan de la Peña. La prensa hablaba de un cabo de la Guardia Civil, eso lo recuerdo bien, pero tú eres inspector de la Interpol.

Roberto decidió que le interesaba mantener esa fachada, al menos de momento.

—Trabajé durante un año con la Interpol, en una operación internacional, y ahora me ha reclutado el Vaticano. Lo de inspector es simplemente un cargo que me han otorgado.

—Ya veo. ¿Sabes que hace tiempo solicité entrar en la Interpol? —dijo Barrios con una media sonrisa—. Llevaba dos años de inspector cuando me encontré con un caso que me marcó; el de un violador y pederasta que había actuado primero en Portugal y luego en España. Antes de poder detenerle, huyó del país a través de Francia y siguió cometiendo violaciones en varios países de Europa. Al final la Interpol lo atrapó al norte de Alemania. Eso despertó mi interés por ese cuerpo policial y decidí presentar una solicitud.

—¿Y qué ocurrió?

—Una preciosidad se cruzó en mi camino y lo dejé todo. Por ella me vine a vivir a Jaca. El problema fue que lo nuestro no duró para toda la vida, como yo esperaba. Nos separamos hace unos meses.

—Lo siento.

—Más lo siento yo. Llevo desde entonces pidiendo otro destino, pero de momento no he tenido suerte. Tal vez tú podrías interceder por mí ante la Interpol.

La petición sorprendió a Roberto, que trató de salir del paso sin comprometerse a nada.

—No sé si estará en mi mano.

—Te lo agradecería.

—Lo intentaré, aunque ahora lo que más me urge es demostrar la implicación de Alessandro Chiesa en la desaparición y asesinato de su mujer.

—Para eso vas a tener que encontrar a la persona que lo llevó a cabo. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Vidar, aunque creo que es un apodo, no su nombre real. Si estuvo en Jaca, tiene que haber constancia de ello —reflexionó en voz alta Roberto—. ¿Has tenido suerte con los hoteles y alojamientos de la zona?

—Estamos en ello todavía, cotejando los nombres que vamos obteniendo, aunque ya te dije que no dispongo de mucho personal. De todas formas, lo que averigüemos tendremos que pasárselo a la UCO, en cuanto se hagan cargo de la investigación.

Roberto estaba seguro de que a partir de ese momento ya no tendría ninguna opción de intervenir en el caso, sobre todo ahora que el comisario Rossi regresaba a Roma, dejándole sin el apoyo del Vaticano.

Se le acababa el tiempo.

—Me gustaría que me avisases de cualquier novedad en el caso.

—Claro. ¿Dónde vas a estar?

—En el hotel.

—Te llamaré con lo que sea.

Roberto se despidió de él y abandonó la comisaría para dirigirse a su hotel. Necesitaba dormir unas horas, después de pasar toda la noche despierto. De momento no podía hacer más.



Roberto se despertó cuando los últimos rayos de sol iluminaban las calles de Jaca. Estaba empapado en sudor, con la respiración agitada por el sueño que acababa de tener, por eso se sentó en el borde de la cama y esperó a que el ritmo de su corazón descendiese. Necesitaba darse una ducha, pero antes cogió el teléfono que tenía en la mesita. Le sorprendió que la pantalla no se encendiese, hasta que recordó que no lo había cargado desde la noche anterior, por eso buscó el cargador y lo enchufó. Luego se dirigió a la ducha.

Mientras el agua caía sobre él, intentó apartar de su cabeza las imágenes que había visto en su sueño, similares al último que había tenido.

Estaba tendido, bocarriba dentro de la tumba, mientras la tierra caía sobre él, cubriendo su cuerpo. Por más que intentaba moverse, no podía, como si estuviese totalmente paralizado. Solo conseguía ladear la cabeza para que la tierra no cubriese su cara y le permitiese respirar, hasta que también le cayó sobre ella y notó cómo se ahogaba.

Justo cuando sus pulmones se quedaban sin aire, despertó.

Si algo le había dejado claro este último sueño es que no podía darle la espalda a su don y que tenía que seguir investigando hasta atrapar al asesino. Siempre y cuando se lo permitiesen.

Una vez fuera de la ducha se vistió y luego encendió el teléfono. Tras unos segundos de espera, llegaron varias notificaciones. Una de ellas era una llamada perdida del comisario Rossi. No había ningún mensaje en el buzón de voz. Otra era un mensaje de WhatsApp de Eva, en el que le pedía que la llamase cuando estuviese libre. Supuso que no era urgente, porque no decía nada más, así que se centró en otra llamada perdida, la del inspector Barrios, que había recibido diez minutos antes. Decidió llamarlo a él en primer lugar.

—Lo siento, mi teléfono se había quedado sin batería —se justificó.

—Tranquilo. Era para avisarte de que están aquí los de la UCO y que quieren hablar contigo. ¿Puedes acercarte?

—Claro, voy ahora mismo.

Mientras bajaba en el ascensor, sintió sus tripas quejarse, lo que le recordó que llevaba demasiadas horas sin comer. Tendría que hacerlo en cuanto le fuese posible.

Nada más llegar a la recepción, una voz llamó su atención.

—Perdone. —Era el recepcionista situado detrás del mostrador, así que se acercó a él—. Tengo un mensaje para usted.

Roberto cogió el sobre que le entregó y lo abrió. Dentro había un papel con una nota escrita a mano.

«Regreso a Roma. El alquiler del coche y el hotel están pagados tantos días como necesites. Rossi».

Una nota breve y bastante impersonal. En realidad, lo que menos le importaba era que sus gastos estuviesen pagados. Lo que necesitaba era el apoyo del Vaticano y estaba claro que se había quedado sin él. De todas formas, confió en apañárselas solo, como había hecho hasta ahora.

Pocos minutos después se presentó en la comisaría. Dentro de la oficina de Barrios se encontró con un hombre de pelo rubio y unos cuarenta años, sentado frente a él, que le miró con dureza al verle entrar. Su rostro le pareció tremendamente familiar, aunque en ese momento no lo identificó. Al menos hasta que el inspector se lo presentó.

—Este es el capitán Ocaña, de la UCO. Va a hacerse cargo de la investigación.

—Ya lo he hecho —dijo sin hacer ademán de ponerse en pie para saludarle.

—El inspector Fuentes es quien nos llevó hasta el cadáver.

—Inspector, eh. ¿Desde cuándo?

—No entiendo —dijo Barrios.

En ese momento, el capitán se puso en pie para mirar a Roberto desde una posición de poder.

—Este hombre no es inspector de la Interpol. Es cabo de la Guardia Civil, actualmente fuera de servicio a la espera de causar baja en el Cuerpo.

—Baja voluntaria —aclaró Roberto.

—Me da igual. Lo que está claro es que no pertenece a la Interpol.

—Tengo una documentación que así lo asegura.

—Una burda falsificación, seguro, como todo lo que dice y hace —aseguró señalándole con el dedo—. No es más que un mentiroso.

Roberto mantuvo la compostura y trató de no alterarse. El ataque personal que estaba sufriendo sin justificación hizo que una idea cruzase por su mente.

—¿Tiene usted alguna relación con el teniente Luis Ocaña? —preguntó.

—Es mi hermano y por tu culpa están a punto de expulsarle de la Guardia Civil.

Ahora lo entendía.

—Si le van a expulsar es más bien por culpa suya —dijo Roberto mirando a Barrios—. Hace unas semanas me acusó de haber asesinado a una adolescente en Llanes y trató de encarcelarme, a cambio de una gran cantidad de dinero que alguien le entregó para saldar sus deudas.

—¡Eso es falso! Mi hermano es una persona íntegra —le replicó el capitán, encolerizado.

—No voy a discutir con usted sobre eso. Si quiere saber la verdad, hable con Asuntos Internos.

—Tienes suerte de haber solicitado la baja de la Guardia Civil.

Roberto decidió que no iba a dejarle pasar de ahí.

—¿Me está amenazando, capitán?

El aludido apretó los labios en señal de rabia y luego se volvió hacia Barrios.

—Desde este momento yo asumo la investigación y no voy a permitir la intromisión de nadie. Y menos aún de un falso miembro de la Interpol. De cualquier modo, este homicidio se ha producido en suelo español y corresponde a la justicia española resolverlo.

—El asesino ha cometido al menos otro crimen en Italia —dijo Roberto.

—¿Y eso quién lo dice, un sucio mentiroso que asegura que habla con los fantasmas? ¡Menuda gilipollez! —dijo el capitán sin molestarse en mirarle—. ¿Tiene usted alguna noticia de las autoridades italianas al respecto de la relación con ese otro crimen, inspector?

—La verdad es que no, pero...

—Pues ya está todo dicho. Mañana me reuniré con usted a primera hora para que me ponga al tanto de su investigación. Para entonces esperemos tener ya los resultados de la autopsia. Por cierto, ¿dónde se encuentra el marido de la víctima?

—Está alojado en un hotel de Canfranc.

—Me gustaría hablar con él mañana por la mañana, en cuanto sepamos los resultados de la autopsia.

—De acuerdo.

Y dicho eso, el capitán abandonó la sala, no sin lanzarle antes una mirada de profundo odio a Roberto al pasar a su lado.

—¿A qué ha venido todo esto? —preguntó perplejo Barrios cuando se quedaron a solas.

—Tuve algunos problemas con su hermano.

—Ya lo veo. ¿Es la persona que mencionaba la prensa que trató de inculparte en un crimen?

—¿La prensa?

—He estado buscando información sobre ti y me encontré con un artículo en el que se decía que hace unas pocas semanas habías resuelto un crimen cometido en Llanes y que un teniente corrupto de la Guardia Civil había intentado acusarte de él.

—Así es. Al parecer es el hermano de ese capitán.

—¡Joder! Estoy alucinando. ¿Cómo es posible que ahora le hayan encargado llevar esta investigación?

—Por cosas así, decidí dejar la Guardia Civil.

—Sin embargo, ha dicho que no perteneces a la Interpol.

—Es complejo de explicar.

—Aun así, me gustaría saberlo.

Roberto no se sintió con fuerzas para seguir mintiéndole.

—El Vaticano me pidió ayuda para investigar la desaparición de la mujer de Alessandro Chiesa.

—¿Por qué motivo?

—Les conté que había soñado con ella y me pidieron que averiguase lo ocurrido. Ellos me proporcionaron una identificación de la Interpol para facilitarme el trabajo.

—¿Entonces no es cierto que perteneces a ella?

—No.

—¡Maldita sea! Me has mentado todo este tiempo. —No estaba cabreado, más bien decepcionado—. ¿Y ese comisario italiano que te acompañaba?

—Él sí que pertenece a la Gendarmería Vaticana.

—¿Y dónde está ahora?

—Ha vuelto a Roma.

—¿Dejándote solo?

—Sí.

—No lo entiendo.

—Solo hay una cosa que debes entender —dijo Roberto, decidido a no perder su confianza—. Hace unos días soñé con la mujer de Alessandro Chiesa. Vi cómo se levantaba de la cama, bajaba a la cocina a por un vaso de leche y alguien la golpeaba en la cabeza. No vi quién lo hizo ni lo que ocurrió después. Lo que sí tuve claro desde un primer momento es que estaba muerta, porque nunca tengo ese tipo de sueños con personas que están vivas. Luego, una vez aquí, soñé con el momento en que el asesino la arrojaba a esa tumba, para enterrarla viva. Tienes que entender que esto no es algo de lo que pueda escapar. Seguiré soñando con ella hasta que atrape

al asesino y vengue su muerte.

—¿Y qué pasa si no lo consigues?

—Por suerte, hasta ahora eso no ha ocurrido nunca. El problema es que los sueños cada vez me afectan más y que las víctimas se vuelven más agresivas conmigo cuanto más tiempo pasa. Por eso tengo que encontrar a su asesino.

—No sé cómo esperas conseguirlo. Ya has oído a ese capitán, te quiere lejos de la investigación.

—Lo sé.

Barrios sacudió la cabeza, negando.

—Me da que estás metido en un verdadero lío.

—Eso también lo sé.

—¿Y qué piensas hacer?

—No tengo ni idea. A veces los sueños me revelan pistas claves para llegar hasta el asesino. Tengo que confiar en que eso ocurrirá de nuevo.

—Lamento no poder ayudarte más.

—Puedes hacerlo si convences a ese capitán para que mañana te deje acompañarle a interrogar a Alessandro Chiesa. Estoy convencido de que está implicado y que pagó a Vidar para que se deshiciese de ella. Tú puedes ponerle entre las cuerdas y hacer que confiese.

—Lo intentaré, pero ya has visto que yo también me quedaré fuera de la investigación.

—Inténtalo al menos.

Barrios asintió con la cabeza.

—Lo haré. ¿Vas a quedarte en Jaca?

—Al menos unos días más. Tengo la esperanza de que esa mujer me muestre algo más sobre su muerte.

—Si lo hace, ¿lo compartirás conmigo? Yo también quiero atrapar a su asesino.

—A ti también te han dejado fuera de la investigación.

—Eso no quiere decir que no esté deseando ver la cara del cabrón que la enterró viva, cuando le ponga las esposas.

Ese comentario agradó a Roberto, que asintió con la cabeza.

—De acuerdo, lo haré.

Acto seguido se despidió de él y caminó sin rumbo por las calles de Jaca. Necesitaba ordenar sus pensamientos.

Que el hermano del teniente Ocaña estuviese ahora al frente de la investigación era sin duda un gran obstáculo para lograr sus objetivos. Solo esperaba que no fuese tan corrupto como él y que no centrase todos sus esfuerzos en apartarle de la investigación, en lugar de en atrapar al asesino.

Apenas había recorrido un par de calles cuando recibió una llamada de Eva.

—Hola, cariño. ¿Qué tal va todo?

La respuesta le dejó sin habla.

—La verdad es que todo va jodidamente mal —le replicó cabreada.



Esa mañana Eva había entrado a trabajar a las nueve de la mañana, como cada día. Antes de eso había dejado a Berto y a Emily en el colegio de Ribadesella, cercano al cuartel. En principio todo pintaba a que sería una jornada más, igual de aburrida que las demás, hasta que el capitán Rivera la llamó a su despacho. Al entrar, se encontró con que le acompañaba el cabo Tapia. Eva no había vuelto a hablar con él desde que se había presentado en el cuartel, procedente de Gijón.

—Gracias por venir —dijo el capitán, sentado tras su mesa—. Hoy voy a necesitar que salgas de la oficina para hacer trabajo de campo.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada por la petición.

—Hace como un año que desapareció una mujer de origen cubano en Cangas de Onís. No sé si lo recuerdas. Salió en la prensa local.

—Ahora mismo no caigo.

—Los investigadores determinaron que era probable que se hubiese escapado de casa con otro hombre. Al parecer, le había puesto los cuernos al marido en varias ocasiones. Durante meses fueron incapaces de encontrar ninguna pista sobre su paradero y al final dejaron de buscarla.

—¿Y ahora la han encontrado?

—No, pero unos tíos de la desaparecida, que viven en Miami, han conseguido que un congresista de los Estados Unidos se interese por el caso, hasta tal punto que ha presionado al gobierno español para que lo reabra. El marido vive cerca de Posada de Llanes, así que nos han pedido que hablemos con él.

—¿Nosotros?

—Es una mera formalidad. El marido quedó descartado como sospechoso desde el primer momento. Se encontraba en Zafra en el momento de la desaparición, en una feria de ganado. Se cree que ella aprovechó ese hecho para fugarse con alguno de sus amigos, pero los tíos están convencidos de que no fue así. Hablaban a menudo con ella y no creen que desapareciese voluntariamente. Están convencidos de que jamás se habría ido sin decirles su nuevo paradero. Al menos, es lo que me ha comentado el teniente de la Policía Judicial de Gijón que llevó a cabo la investigación y que la ha retomado ahora.

—¿Y por qué no habla él con el marido directamente? —preguntó Eva.

—En estos momentos está en Cangas de Onís, hablando puerta por puerta con cada vecino. No dispone de mucho personal, así que nos ha pedido que hablemos nosotros con el marido. Piensa que tal vez recuerde algo nuevo sobre lo sucedido el fin de semana que desapareció su

mujer, algo diferente a la primera declaración que hizo.

—¿Y cómo voy a saberlo si no tengo ni idea de lo que declaró en su día?

—Para eso me ha mandado una copia de la declaración —dijo entregándole una fina carpeta—. Échale un ojo antes de ir a hablar con él.

Eva cogió la carpeta y miró al capitán, confusa.

—No termino de entender por qué me necesita para esto.

—Tú también estuviste en la Policía Judicial en Gijón, así que estás acostumbrada a estas cosas. No hay nadie más en el cuartel con tu experiencia. El cabo Tapia te acompañará.

Este la miró y sonrió en cuanto escuchó su nombre.

—¿Solo tengo que hablar con él? —preguntó Eva.

—Sí, tranquila. Estarás de vuelta a tiempo para recoger a tus hijos en el colegio. Ya te digo que ahora el marido vive cerca de aquí. Tiene una explotación ganadera cerca de Posada de Llanes.

A Eva no le hacía demasiada gracia tener que salir del cuartel. Se había acostumbrado al trabajo tranquilo en la oficina, pero tuvo que reconocer que no le vendría mal salir de la monotonía, aunque fuese solo un rato. Lo único que no le agradaba era la compañía.

No había vuelto a hablar con el cabo Tapia desde el día en que se había presentado, aunque se lo había encontrado por los pasillos varias veces y no le había gustado nada la forma que tenía de mirarla. Demasiado insinuante para su gusto.

—De acuerdo, vamos —le dijo antes de abandonar el despacho del capitán.

Mientras el cabo iba a buscar un coche, Eva le echó un vistazo a la declaración del marido de la desaparecida. Según constaba, había regresado a casa después de ausentarse durante dos días y no tener noticias de su mujer por teléfono. Al no encontrarla en casa a su regreso, se alarmó y llamó a varias de sus amigas para saber si estaba con ellas. No fue así, por lo que cogió el coche y visitó algunos de los bares donde sabía que paraba, sin éxito. Esa noche esperó preocupado a que regresase y, al no hacerlo, al día siguiente acudió al cuartel de la Guardia Civil para poner una denuncia por desaparición. No había nada más en la carpeta referente a la investigación, así que Eva decidió que lo mejor era limitarse a interrogar al marido y enviar al teniente de la Policía Judicial un informe de lo que obtuviese.

Poco después salían del cuartel en un vehículo patrulla, con el cabo Tapia al volante.

—Estoy encantado de que podamos trabajar juntos —dijo este luciendo una amplia sonrisa. Al ver que ella no respondía, añadió—: ¿Cree que estará muerta?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa?

—Sería genial que trabajásemos juntos en un caso de asesinato. ¿No le parece?

—Solo vamos a interrogar al marido, nada más.

—Quizás descubramos que está implicado en la desaparición de su mujer.

—Lo dudo mucho, dado que se encontraba en Zafra.

—Nunca se sabe. ¿Alguna vez ha trabajado en un caso así?

—No.

—A mí lo que me encantan en realidad son los asesinos en serie. Me he leído un montón de libros sobre el tema y me he visto todas las películas en las que tratan esa temática. La pena es que en España no hay muchos asesinos en serie.

—Hay más de lo que tú te piensas.

—¿Se enteró de lo que ocurrió en Sevilla hace poco? —preguntó emocionado—. Lo de ese asesino que imitaba al asesino de la baraja y que dejaba unos naipes de corazones sobre el cuerpo de cada víctima.

Eva contuvo la respiración al escucharle. Era la investigación en la que Roberto había participado junto a la inspectora Verónica Cuevas. No entendía por qué le hablaba de ella.

—Algo vi en la prensa —se limitó a decir.

—Tengo un amigo policía en Sevilla que vivió de cerca aquella investigación y me dijo que fue increíble. Para que luego digan que no hay buenos investigadores en España. ¿Sabes que fue una inspectora la que lo descubrió todo? —Al ver que ella no respondía, añadió—. Bueno, la inspectora y su novio.

—¿Cómo que su novio? —preguntó Eva, desconcertada, mirándole.

—Sí, eso fue lo que me dijo mi amigo.

Durante unos instantes ella le observó con detenimiento, estudiando cada gesto de su cara. El cabo mantenía la vista fija en la carretera, aparentemente ajeno a su reacción.

¿Acaso estaba jugando con ella?

Si era así, no iba a caer en la trampa, por eso se limitó a poner su atención al otro lado de su ventanilla, decidida a olvidarse de esa conversación.

Seguro que ese amigo se equivocaba.



La explotación ganadera se encontraba al norte de Posada de Llanes, así que tomaron la salida que indicaba hacia Posada y Barro, y luego cruzaron un puente que les llevó a pasar por encima de la autovía, hasta llegar a una gasolinera. Allí continuaron por una estrecha carretera que les condujo hasta un taller mecánico para tractores, que dejaron a su derecha. Unos trescientos metros más adelante atravesaron un pequeño bosque y luego divisaron una gigantesca nave ganadera, con una casa de dos plantas próxima a ella.

—Menos mal que usamos el GPS para llegar —comentó Eva—. ¡Qué escondido está esto!

El cabo Tapia aparcó delante de la nave, de cuyo interior salía en ese momento un hombre con un mono azul de trabajo. Tendría unos cincuenta años y su aspecto era algo desaliñado, con barba de varios días. Calzaba una botas de goma de color caqui que casi le llegaban hasta las rodillas.

Eva notó que se ponía tenso al ver el coche patrulla.

—Buenos días —le dijo tras bajarse del vehículo—. ¿Es usted Manuel Alonso?

—Sí. ¿Quieren algo?

—Solo hacerle unas preguntas.

—¿Es sobre el ganado que tengo pastando abajo, cerca del río? Porque esas tierras son mías, la compré legalmente, por mucho que algunos digan que no.

—No tiene nada que ver con eso.

El hombre pareció aliviado, aunque mantuvo un rictus serio.

—¿Entonces por qué es?

—Por su mujer, Yaima.

Primero tragó saliva y luego preguntó:

—¿Ya han dado con su paradero?

—No, lo siento. La Policía Judicial ha reabierto la investigación y nos han pedido que hablemos con usted.

—Claro —dijo bajando la mirada al suelo un instante—, lo que pasa que ahora me pillan un poco liado.

—No le entretendremos mucho —intervino Tapia situándose al lado de Eva—. Solo serán un par de preguntas.

—Está bien, pero rápido. Hoy tengo mucha faena.

—Tengo entendido que estaba usted fuera cuando desapareció su mujer —comenzó ella el interrogatorio.

—Así es. Estaba en Zafra, pasando el fin de semana con unos amigos, en una feria de ganado. Ellos pueden confirmarlo.

—Tranquilo, lo sabemos —dijo Tapia, que guardó silencio al ver el modo en que le miraba Eva, molesta por su intervención.

—¿Qué ocurrió cuando llegó a casa? —preguntó ella.

—Volví el domingo por la tarde y me extrañó que no estuviese, así que la llamé y me encontré con que se había dejado el teléfono en casa. Decidí llamar a varias de sus amigas, pero ninguna la había visto ese día ni el anterior. —Se le veía tranquilo, hablando con voz firme—. Aun así, salí a dar una vuelta por el pueblo y visité varios de los bares a los que solíamos ir juntos. Como no la encontré, regresé a casa para esperarla, pero estaba tan cansado del viaje que me quedé dormido. Al día siguiente, cuando vi que no había vuelto, decidí poner una denuncia en la Guardia Civil.

Era lo mismo que constaba en la declaración que Eva había leído y no se había desviado de ella prácticamente ni una coma. Ni siquiera había dudado. Eso hizo que un sexto sentido la pusiese en alerta.

—¿Tenía motivos su mujer para marcharse de casa voluntariamente?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo era su relación con ella?

—Buena —dijo sin dudar.

—¿Nunca discutían?

—No, siempre me porté bien con ella.

Por primera vez lo notó nervioso.

—¿Dónde se conocieron?

—En Cuba, durante unas vacaciones.

—¿Hace cuánto?

—Cinco años.

—Imagino que es más joven que usted. —Al ver que asentía con la cabeza, Eva preguntó—: ¿Cuántos años tiene su mujer?

—Yaima tiene veintitrés.

—Es decir, que tenía dieciocho años cuando la conoció.

—Sí.

—Y usted tiene ahora...

—Cincuenta y uno.

Eva no necesitó esforzarse mucho para juntar las piezas.

—Y se la trajo con usted a vivir a Cangas de Onís. —Al ver que asentía con la cabeza, preguntó—: ¿Cómo era su vida aquí?

—¿Qué quiere decir?

—¿Estaba contenta? ¿Era feliz?

—Imagino que sí. Salía con sus amigas siempre que quería. Nunca se lo impedí.

—¿Y con amigos?

El hombre se puso tenso al escuchar eso.

—A la gente del pueblo le gusta cotillear —dijo apretando los dientes—, por eso me terminé viniendo a vivir aquí. Decían que la veían con otros hombres, pero solo eran amigos con los que salía a tomar algo cuando yo no podía por culpa del trabajo. Nada más. Ella nunca me engañó.

Con una diferencia de edad tan grande y siendo ella tan joven, a Eva no le pareció tan descabellado que se viese con otros hombres. Ya había conseguido lo que seguramente quería,

salir de Cuba para tener una vida mejor, y una vez en España solo quería lo que cualquier otra joven de su edad: pasarlo bien. Lo que no tenía tan claro era que el marido hubiese aceptado esa situación con la resignación que aparentaba.

—Si era feliz, ¿por qué desapareció?

La pregunta le pilló desprevenido.

—No sé.... Tal vez regresó a Cuba.

—¿Tan mala vida llevaba aquí?

—Claro que no. Yo la trataba como una reina.

—¿Entonces? —Al ver que no respondía, añadió—: Tal vez sí que le engañaba, viéndose con otro hombre a sus espaldas, y decidieron marcharse juntos.

—Podría ser.

La rapidez con la que se agarró a esa posibilidad la sorprendió, sobre todo cuando instantes antes había asegurado que su mujer nunca le había engañado.

—De cualquier modo —añadió el hombre—, ha pasado ya un año sin que sepa nada de ella. Está claro que no quiere que nadie la encuentre.

—Eso parece.

—Lo siento, pero tengo que volver al trabajo. Si no quieren nada más...

—No, hemos terminado. Gracias por atendernos.

El hombre caminó hacia la nave y Eva y el cabo Tapia regresaron a su vehículo.

—¿Qué opina? —preguntó él antes de arrancar.

—Que sabe más de lo que nos ha contado —dijo mientras le perdían de vista.



Dejaron atrás la explotación y tomaron el camino de regreso a Ribadesella, mientras Eva tomaba algunas notas de lo que habían hablado con el ganadero. No era su investigación, por lo cual iba a limitarse a informar de que seguía manteniendo la misma versión de los hechos un año después. Correspondería a la Policía Judicial de Gijón averiguar si había mentido o no.

—Creo que la mató él —dijo el cabo Tapia, mirándola de reojo—. Está claro.

—¿Eso crees?

—El tío se va a Cuba de vacaciones y conoce a una jovencita que está loca por largarse de su país. Un ganadero con bastante pasta al que puede camelar para conseguir una buena vida. Sin embargo, una vez aquí, no le gusta el panorama. Ella quiere fiesta y su marido está todo el día trabajando, así que sale con sus amigas, conoce a algunos hombres y consigue de ellos la marcha que no puede darle su marido. Él se entera y decide cargársela. Tampoco es tan descabellado, ¿no le parece, mi sargento?

Eva podía estar de acuerdo con esa teoría, pero si los investigadores no habían detenido al marido era porque tenían claro que no estaba implicado.

—Tal vez se largó con uno de sus amigos. No sería la primera que lo hace.

—Ni el primer marido que acaba con la vida de su mujer al sentirse engañado —dijo él—. No lo justifico, ni mucho menos, pero si hay algo que no soporto en una relación es el engaño. Y usted tampoco debería aguantarlo.

Durante unos segundos se quedó desconcertada.

—Perdona, ¿qué has dicho?

El cabo Tapia giró la cabeza para mirarla y luego puso de nuevo la atención en la carretera.

—Sé que su marido tuvo una relación con otra mujer en Sevilla.

—Para el coche.

—¿Cómo dice?

—¡Qué pares el coche! —le ordenó encolerizada.

Tapia puso el intermitente y detuvo el vehículo en plena autovía, en el arcén. Luego se volvió para mirarla.

—Pensé que debería saberlo.

Eva trató de contener la rabia para no saltar sobre él.

—¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando a nada, le digo la verdad. Mi amigo me lo contó.

—¿Qué amigo?

—Un inspector de la policía de Sevilla.

—¿Y qué fue lo que te contó?

—Pues que esa inspectora y el guardia civil que la ayudó a resolver los crímenes estaban liados.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Porque les vio besarse.

—Eso es mentira.

—No lo es. Todos en la comisaría de Sevilla lo sabían.

Eva sintió que la cabeza le daba vueltas. No podía creerse que Roberto le hubiese hecho algo así, aunque tenía que reconocer que, desde que había vuelto de Sevilla, estaba muy raro. Había algo que le preocupaba y que no quería contarle.

—Es imposible —murmuró.

—No lo es. Además, estaban alojados en el mismo hotel —añadió Tapia.

—Eso no es tan extraño, trabajaban juntos.

—Yo solo le digo lo que me contó mi amigo. Pensé que merecía saberlo. Puedo darle su teléfono, si desea hablar con él.

Ella negó con la cabeza. No pensaba hacer eso, no iba a desconfiar de Roberto solo porque alguien a quien acababa de conocer se lo dijese. Ignoraba qué objetivo tenía Tapia ni lo que buscaba, pero no iba a conseguir que perdiese los papeles y montase un drama delante de él.

Tomó aire para calmar sus pulsaciones y señaló la carretera.

—Arranca.

—Siento que...

—He dicho que arranques. No tengo nada más que hablar contigo, así que no vuelvas a dirigirme la palabra si yo no me dirijo a ti antes. ¿Está claro?

—Sí, mi sargento.

Arrancó el vehículo y continuaron el viaje a Ribadesella.

Al llegar al cuartel, informó al capitán Rivera de la entrevista y luego elaboró un informe para remitírselo a la Policía Judicial. En todo momento intentó apartar de sus pensamientos lo que Tapia le había contado, pero conforme pasaba el tiempo, más se le atragantaba.

Conocía a Verónica Cuevas, aunque solo la había visto una vez. Era una mujer atractiva y más joven que ella, sin hijos ni ataduras. El tipo de mujer que podía seducir a cualquier hombre si se lo proponía. Hasta donde sabía, la relación de Roberto con ella era cordial. La había ayudado a hacer un curso con el FBI y luego aceptó participar en los crímenes de Sevilla, dado que una de las víctimas era su mejor amigo. Nada de lo que él le había contado durante ese viaje le había hecho sospechar que hubiese algo entre ellos.

Fue lo que se dijo a sí misma para olvidarse del tema, pero según pasaban las horas, aquella semilla de desconfianza comenzó a germinar dentro de ella. Recordó lo extraño que estaba Roberto tras su viaje a Sevilla, lo pensativo y poco hablador que se mostraba la mayor parte del tiempo.

¿Y si era cierto que la había engañado?

De ser así, jamás se lo perdonaría. Después de todo lo que había sacrificado por él, no podría perdonarle una traición semejante. Juntos habían pasado por muchas cosas y se habían enfrentado a muchos peligros, pero siempre confiando el uno en el otro. Eso era lo que les había mantenido unidos y ayudado a superar cualquier obstáculo. Hasta ahora.

El resto del día trató de poner su atención en los críos. Los recogió en el colegio, les dio de comer al llegar a casa y luego les ayudó a hacer los deberes. A media tarde los llevó a clases de

natación, lo que le permitió alejar de su mente aquellos pensamientos. Al menos eso creía, hasta que recibió una llamada por teléfono de Roberto.

Toda la rabia que había acumulado a lo largo del día salió a flote en cuanto escuchó su voz.

—Hola, cariño. ¿Qué tal va todo?

—La verdad es que todo va jodidamente mal —le replicó, incapaz de contenerse.



Roberto se quedó desconcertado al escuchar el tono de cabreo de Eva. Debía ocurrir algo grave para que le hubiese respondido así.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado.

Escuchó su respiración durante unos segundos antes de obtener una respuesta.

—¿Qué pasó en Sevilla?

—¿Qué quieres decir?

—¿Pasó algo entre Verónica y tú?

Ahora fue Roberto el que se quedó sin habla durante unos instantes.

—Por supuesto que no.

—Acaban de decirme que en Sevilla daban por supuesto que estabais liados.

—Eso es absurdo.

—Por favor, no me mientas —le rogó ella—. Llevo todo el día comiéndome la cabeza con esto. Quien me lo ha contado, me ha dicho que un inspector amigo suyo os vio besaros.

—Eso es absurdo. ¿Qué inspector?

—No me lo ha dicho y tampoco he querido saberlo. Lo único que quiero saber es si es cierto que la besaste y si hubo algo más entre vosotros.

Roberto no tuvo valor para mentirle.

—No es como tú piensas.

—Entonces, ¿cómo es?

—Fuimos a una fiesta para obtener información y ella bebió demasiado, tanto que tuve que llevarla al hotel casi en brazos. Es cierto que cuando entramos en el taxi ella me besó, pero fue algo totalmente inocente y te aseguro que yo la rechacé —se apresuró a decir de manera atropellada para que ella no le interrumpiese—. Al día siguiente hablamos de ello y no se acordaba de nada de lo ocurrido. Ya te digo que estaba muy bebida. Aun así, me pidió disculpas, bastante avergonzada. Hablamos de ello y zanjamos el asunto en el momento. No volvió a ocurrir nada más entre nosotros, te lo juro.

—¿Y por qué no me contaste nada?

—Porque no quería que te preocupases ni pensases cosas raras. Ya te digo que no ocurrió nada más. Fue una tontería.

—Lo será para ti.

—Escúchame, Eva...

—No, escúchame tú. ¿Crees que es agradable que me entere de algo así por otra persona que

no seas tú?

—Te juro que no ocurrió nada.

—Eso es lo que tú dices.

—Quien te contó eso, te mintió. ¿Quién te lo dijo?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que es cierto.

—No es lo de menos —le rebatió él—. Es imposible que nadie nos viese besarnos. Estábamos dentro del taxi y no había nadie más con nosotros, excepto el taxista.

—Pues está claro que alguien más lo sabía.

En eso tenía razón. Verónica no había sido, de eso estaba seguro, por lo que trató de pensar quién más podía saberlo. Fue entonces cuando una idea surgió en su mente. ¿Y si alguien le había estado vigilando en todo momento mientras se encontraba en Sevilla?

—¿Vas a contarme quién te lo ha dicho?

—¿Acaso importa? —dijo ella con voz apagada.

—¿Te has preguntado qué motivos puede tener esa persona para hacerlo?

—Llevo todo el día haciéndome preguntas y tengo la cabeza a punto de estallar. Lo siento, pero ahora mismo no tengo fuerzas para seguir con esto. Tengo que dejarte.

—Deberíamos hablar de ello.

—Has tenido tiempo para hacerlo desde que llegaste de Sevilla.

—Si no lo hice fue porque no le di más importancia de la que tiene.

—Pues ya ves que para mí sí la tiene. Y mucho.

—Por favor, Eva, sabes que te quiero.

—Lo único que sé ahora mismo es que debo atender a nuestros hijos. Hablaremos en otro momento.

La llamada se cortó, dejando a Roberto sumido en el más profundo desconcierto. Solo había una cosa que le aterraba y era perder a su familia. Sin ellos a su lado, su vida no tenía sentido.

De inmediato abrió la aplicación de mapas y miró cuánta distancia había hasta su casa. Eran menos de cinco horas. Si cogía el coche en ese momento, llegaría de madrugada, cuando los niños ya estuviesen acostados y Eva durmiendo. No era una buena idea, ya que no haría otra cosa que asustarla, así que decidió que se levantaría temprano al día siguiente para regresar a casa. Necesitaba hablar con ella en persona y aclarar aquello. Le daba igual la investigación que llevaba entre manos.

Había algo más importante en juego y era su familia.



Roberto se despertó sobresaltado y lo primero que hizo fue mirarse el antebrazo derecho, el lugar donde ella le había agarrado. Le alivió no ver ninguna marca en él, aunque durante unos segundos sintió un frío intenso recorriéndole todo el brazo, paralizándolo.

Mientras su corazón trataba de recuperar el ritmo normal, saltó de la cama y fue al baño, donde se refrescó la cara. Sentir el agua fría sobre su rostro hizo que se despejase y pudiese analizar con perspectiva lo que acababa de suceder.

Había soñado con Claudia Fiore, la mujer de Alessandro Chiesa, esta vez desde una perspectiva muy diferente: la de su asesino.

Se vio a sí mismo de pie, delante de su tumba. Ella estaba tendida, bocarriba, observándole inmóvil, mientras una a una las paladas de tierra iban cayendo sobre su cuerpo. En ningún momento le habló ni gritó, solo se limitó a mirarle con una intensidad que no tardó en asustarle. Y entonces ocurrió lo inesperado.

Acababa de arrojar una palada sobre ella cuando se incorporó de golpe y alargó la mano hacia él, logrando agarrarle el antebrazo derecho. Su rostro ya no estaba inerte, reflejaba una rabia y un odio que le paralizó y que le impidió moverse cuando ella situó la cara apenas a un palmo de la suya.

Durante un tiempo que se le hizo eterno, se miraron a los ojos, en silencio, hasta que ella movió los labios. En un primer momento, no fue capaz de entender lo que decía. Sus palabras resultaban confusas, algo de lo que ella pareció ser consciente porque lo repitió vocalizando más despacio.

—Vi...dar. Vi...dar.

—¿Quién es Vidar? —le preguntó Roberto—. ¿Cómo puedo encontrarle?

—Tulipanes.

—¿Qué quieres decir?

—Ayúdame... Roberto —dijo con voz lastimosa, para acto seguido descomponer el rostro con un grito enfurecido—. ¡Ayúdame!

Roberto sintió cómo la mano que le agarraba se volvía fría y le penetraba la carne. Eso hizo que él también gritase y retrocediese para alejarse de ella, cayendo hacia atrás.

Fue justo en ese momento cuando se despertó y comprobó aliviado que se encontraba tumbado en la cama de la habitación del hotel.

Por muchas veces que hubiese soñado con las víctimas, nunca terminaba de acostumbrarse a ello. Era difícil hacerlo, sobre todo si sufría en sus propias carnes las consecuencias de una

conexión que ni entendía ni controlaba. Muchas veces se sentía como un títere al que fuerzas desconocidas manejaban a su antojo, mostrándole piezas de un rompecabezas demasiado grande como para atisbar siquiera una mínima parte del mensaje.

Eso era lo que más le frustraba, que los espíritus no le ayudasen de una forma clara y directa a atrapar a sus asesinos. Siempre le transmitían mensajes crípticos que luego él debía descifrar. El problema era que, hasta que eso ocurría, los sueños podían volverse más intensos y, como en esta ocasión, llegar a aterrorizarle.

Roberto se miró durante unos segundos su antebrazo, donde la sensación de frío parecía haber desaparecido, y regresó a la habitación mientras echaba un vistazo a su reloj. Eran la nueve menos cuarto de la mañana.

—¡Mierda! —exclamó cabreado.

Su idea para ese día era madrugar para regresar a casa antes de que Eva saliese de trabajar. Incluso había pensado en ir a buscarla al trabajo para hablar con ella a solas, antes de que los críos saliesen del colegio.

El problema era que por la noche le había costado mucho dormir. No había dejado de dar vueltas en la cama, repasando una y otra vez en la conversación que habían mantenido por teléfono. Lo cierto era que por primera vez en mucho tiempo estaba asustado. Tenía miedo de que lo sucedido en Sevilla pudiese romper su matrimonio, algo que no estaba dispuesto a permitir que ocurriese. Debía resolverlo como fuese.

Eso le llevó a la gran pregunta: ¿quién se lo había contado a Eva?

Necesitaba saber la identidad de esa persona y averiguar qué buscaba inmiscuyéndose de ese modo en sus vidas. Era imposible que alguien supiese lo que había ocurrido entre Verónica y él, a no ser que estuviesen siguiéndoles, algo que cabía dentro de lo posible.

Tenía que hablar con Eva de ello, aunque lo haría de camino a Asturias. Se vistió rápido, recogió las pocas cosas que llevaba consigo y se dispuso a abandonar la habitación. Tenía la manilla de la puerta al alcance de la mano cuando recibió una llamada de teléfono.

—Dígame —respondió. Era un número fijo, con prefijo de Huesca.

—Roberto, soy el inspector Barrios. Necesito hablar contigo. ¿Podemos vernos aquí, en mi oficina, ahora?

—Lo siento, pero me pillas saliendo de la habitación. Vuelvo a casa.

—¿Te marchas de Jaca?

—Sí.

—Pero... ¿Y la investigación?

—Ahora está en manos de la UCO y han dejado claro que no me quieren en ella. Ya oíste ayer a ese capitán. Además, tengo un tema personal que resolver.

—Espero que no sea nada grave.

Lo es, pensó Roberto, aunque decidió no compartir con él sus preocupaciones.

—Es hora de que regrese a casa. Llevo demasiado tiempo alejado de mi familia.

—Claro, lo entiendo, pero necesito comentarte algunas cuestiones. Prometo que no te entretendré demasiado.

—Si es sobre la investigación, no quiero saber nada más —dijo, tajante.

—Espera al menos a que te cuente las últimas novedades. Estoy seguro de que te interesará saberlas. Después puedes marcharte, si lo deseas.

—Es lo que pienso hacer.

—Entonces toma un café conmigo antes de irte. ¿Me harás ese favor?

Durante unos segundos, Roberto dudó, hasta que volvió a notar el frío en su brazo. Eso hizo

que aceptase.

—Está bien, pero solo te puedo dedicar unos minutos. Tengo casi cinco horas de viaje por delante.

—Te prometo que seré breve. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—En la cafetería que hay frente a mi hotel, donde nos vimos la otra vez.

—No tardo ni cinco minutos.

Roberto se despidió de él y miró la hora en su reloj. Podía permitirse dedicarle algo de tiempo, aunque tenía muy claro que después cogería el coche para regresar a casa.

Nada ni nadie se lo iba a impedir.



Tal y como había prometido, Barrios llegó a la cafetería cuando no habían pasado ni cinco minutos de su llamada telefónica. Roberto ya había pedido un café con leche y le esperaba de pie en la barra. Nada más llegar, el inspector pidió un café solo y se sentaron en una mesa situada en una esquina del local.

—Tienes mala cara —dijo Barrios sin elevar demasiado el tono de voz, para no llamar la atención de los pocos clientes que había en el bar.

—Ha sido una mala noche. ¿Qué es eso tan importante que tenías que contarme? —preguntó para no alargar la conversación más de lo necesario.

—La UCO ya tiene los resultados previos de la autopsia, a la espera de los análisis y las tomas de muestras, que tardarán un poco más.

—¿Y te los han dado?

—Tengo un amigo en Zaragoza que sabía que el caso lo llevábamos nosotros y tuvo la deferencia de llamarme para contarme las conclusiones previas. —Al ver que Roberto no le preguntaba por ellas, continuó—. La mujer presentaba un golpe en la parte posterior de la cabeza y otro en la frente, pero ninguno de ellos le produjo la muerte. En realidad murió asfixiada. La enterraron viva, tal y como tú dijiste.

—No solo lo dije yo. Fue la misma conclusión que sacó Criminalística cuando desenterraron el cuerpo.

—Lo sé. De todas formas, lo importante es que no la mataron en la casa y que se la llevaron de allí por la fuerza, lo que convierte al marido en el principal sospechoso.

—Eso deberías de decírselo a ese capitán de la UCO para que hable con él.

Barrios se inclinó hacia él, bajando más el tono de su voz.

—Me parece que eso va a ser imposible.

—¿Por qué?

—Alessandro Chiesa se largó ayer.

—¿Cómo que se largó?

—Abandonó el hotel.

—¿Estás seguro?

—Tenía a un agente vigilándole, ¿recuerdas? Hoy se suponía que le quitábamos la vigilancia y la UCO iba a encargarse de hacerlo. Ayer, mientras hablábamos con ese capitán, Alessandro Rossi se fue en coche hasta el aeropuerto de Pamplona.

Eso hizo saltar todas las alarmas en la cabeza de Roberto.

—¿Has dicho Pamplona?

—Sí.

—¿Sabes qué avión cogió allí, si era un jet privado?

—No tengo ni idea. Mi agente no pudo averiguarlo. ¿Por qué, sabes algo?

—Me da que ahora mismo está de vuelta en Roma.

—¿En Roma? ¡Qué hijo de puta! El muy cabrón se ha largado antes de que pudiésemos detenerle.

—De todas formas, existen tratados de extradición. Si al final se demuestra que está implicado en el asesinato de su mujer, no podrá esconderse, así que deberías dejar de preocuparte —añadió Roberto—. Ahora el caso lo llevan los investigadores de la UCO. Es a ellos a quienes debe preocuparles que se haya largado.

—A mí también me preocupa. No me gusta que los malos se salgan con la suya.

—Tendrás que acostumbrarte, no siempre logramos pillarles.

—¿Y tú cómo gestionas eso?

—Mal, la verdad. Me pasa como a ti.

Barrios sonrió.

—Me alegra ver que tenemos algo en común.

—Si quieres un consejo, no sufras por aquello que está fuera de tu alcance —dijo Roberto, consciente de que era un consejo que le costaba aplicarse a sí mismo—. Hay cosas que, por desgracia, no podemos cambiar.

—Pues en nuestro trabajo no debería ser así.

—Lo sé.

Roberto apuró su café y se puso en pie.

—Tengo que irme ya.

—Espera —le pidió el inspector haciéndole un gesto con la mano—, siéntate un momento. Hay algo más que tengo que contarte.

—De verdad que tengo que irme —dijo tomando asiento de nuevo.

—Solo será un minuto. ¿Recuerdas que decidimos investigar a toda la gente que se había alojado en la zona de Jaca los días previos a la desaparición de la mujer?

—Sí.

—Pues hemos tenido una coincidencia muy interesante después de cruzar datos con la Guardia Civil.

—¿Qué tipo de coincidencia?

—Alguien que fue interrogado por una desaparición sucedida en Huesca hace tres años. Aquel día la cámara de un cajero identificó su vehículo en las inmediaciones del lugar donde se produjo y le localizaron dos semanas después en Ávila. El interrogatorio no dio ningún resultado positivo, aunque formó parte de una lista de sospechosos, hasta que el caso se cerró sin éxito. Su nombre es Rafael Cano González.

—¿Y dices que estuvo alojado aquí?

—No, en realidad le multaron en el pueblo de Castiello de Jaca, cuatro días antes del secuestro, por exceso de velocidad.

—Podría ser una casualidad.

—Yo no creo en las casualidades.

Roberto asintió con la cabeza, conforme con él.

—¿Qué puedes contarme de ese secuestro de Huesca?

—Una mujer desapareció una noche, mientras trabajaba en la floristería de la que era dueña.

Estaba sola. Su marido, director de una fábrica de muebles, denunció la desaparición a la mañana siguiente, cuando regresó de un viaje a Madrid.

—Veo que estás bien informado.

—Anoche me quedé hasta tarde leyendo los informes que me pasó un compañero de Huesca. Fue un caso que tuvo bastante repercusión en la ciudad porque la mujer era bastante conocida. Nunca se volvió a saber de ella ni se pidió ningún tipo de rescate. ¿Soy el único que ve las coincidencias?

Roberto también las veía.

—¿Qué puedes contarme de esa mujer?

—Tenía sesenta años y, por las declaraciones de su entorno, el marido era un pobre diablo al que ella tenía dominado. Un hombre que decía amén a todo lo que ella ordenaba y cuya única vía de escape era escaparse al bar para beber con sus amigos. Nunca fue sospechoso, debido a que estaba en Madrid, como te dije antes. En cuanto a ella, tenía un carácter bastante fuerte y dominante, aunque no se sabía que tuviese ningún enemigo. Puedo enseñarte una foto suya que vi anoche en su Facebook. Todavía lo tiene abierto.

Barrios sacó su teléfono y, tras toquetear en la pantalla unos segundos, le mostró una foto en la que aparecía una mujer mayor, con el pelo teñido de rubio y el rostro poblado de arrugas. Estaba abrazada a un ramo de flores de un color rojo intenso.

Bajo la foto había una frase escrita que dejó a Roberto sin respiración.

«La reina de los tulipanes».



Eva sintió un gran vacío en el estómago al despertarse esa mañana. Durante el desayuno intentó comportarse de manera natural para que los críos no sospechasen nada, pero por dentro estaba atenazada por los nervios.

No paraba de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Roberto el día anterior. Jamás había tenido motivos para desconfiar de él, y eso que su relación había tenido algunos altibajos, incluida una separación durante varios meses por culpa, en parte, de un error que ella había cometido. Una situación muy parecida a la que Roberto había vivido en Sevilla.

Si todo era como él se lo había explicado, no tenía motivos para cabrearse. Y, sin embargo, lo estaba. Lo que más le dolía era el hecho de que no se lo hubiese contado, que no hubiese confiado en ella lo suficiente para explicarle lo que había sucedido en Sevilla con Verónica. Eso es lo que había creado en ella la duda que ahora le revolvía las tripas y que no lograba arrancarse de dentro. Y el hecho de que él estuviese lejos y no pudiesen hablarlo en persona, no la ayudaba en absoluto.

Estaba sentada a la mesa, con la mirada perdida en el vaso de café que tenía delante, cuando notó el tacto de una mano sobre la suya. Era Emily, que la miraba con una sonrisa dibujada en los labios.

—Papá es bueno —dijo la niña, tras lo cual se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla, que ella aceptó encantada—. Papá te *quiere*.

—Lo sé, hija —le respondió notando cómo los nervios desaparecían de su estómago.

—¿Vamos a cole, mamá?

—¿Ya has terminado de desayunar?

—Sí.

—Pues vete a buscar la mochila.

La vio salir de la cocina a la carrera, mientras su hermano apuraba la taza de leche. En cuanto lo hizo, Eva recogió la mesa y pocos minutos después viajaban en coche en dirección a Ribadesella.

Mientras los niños hablaban entre ellos, Eva recordó lo que Emily le había dicho en el desayuno. Estaba segura de que no era un comentario inocente. Aunque solo tuviese dos años y medio, ya había dado muestras de que había heredado el don de su padre, al menos para percibir ciertas cosas.

Papá es bueno, se repitió a sí misma.

No era algo dicho al azar. La conexión que la niña tenía con su padre era un misterio para

ella, pero no podía negar que existía, a pesar de que ninguno de los dos acertaba todavía a comprenderlo.

Creo que me equivoqué desconfiando de él, fue lo primero que se le pasó por la cabeza en ese momento. Emily tenía razón. Roberto era la mejor persona que había conocido en su vida, por eso se había enamorado de él. No era fácil soportar la carga que le imponía su don y la responsabilidad de hacer justicia por las víctimas. En más de una ocasión había puesto su vida en peligro para lograrlo, sin importarle las consecuencias. Al menos hasta que habían formado una familia y ellos habían pasado a ser lo más importante en su vida. De ahí que su mayor preocupación fuese protegerlos. Eso le llevó a plantearse quién estaba interesado en separarlos.

Los últimos acontecimientos dejaban claro que alguien quería impedir que Roberto hiciese su trabajo. Primero la prensa había sacado a la luz su don, convirtiendo su vida en un espectáculo. Eso le había obligado a pedir la excedencia y desaparecer del panorama público durante dos años, refugiándose en un pueblo tranquilo como Porrúa, alejado de miradas indiscretas. Pocos meses después de volver a su trabajo, se había visto envuelto en un caso de asesinato, en el que un teniente de la Guardia Civil había intentado, de forma inexplicable, acusarle de él.

Roberto no solo había conseguido descubrir al verdadero asesino, sino demostrar también que alguien había pagado al teniente una buena cantidad de dinero para implicarle. Sin embargo, la persona que estaba detrás de todo seguía siendo un misterio.

Eva no necesitó esforzarse mucho para deducir que lo sucedido el día anterior no podía ser casualidad. Un cabo recién llegado de Gijón, al que no conocía de nada, le contaba, en una conversación aparentemente inocente, que Roberto la había engañado con otra mujer, escudándose en que un policía de Sevilla se lo había contado.

¿Y si había alguien interesado en que Roberto y ella rompiesen su relación?

En ese momento tuvo claro que iba a tener una conversación privada con ese cabo en cuanto llegase al trabajo y que no descansaría hasta sacarle la verdad, del modo que fuese.



Lo primero que Eva hizo al llegar al trabajo fue preguntar por el cabo Tapia. Por desgracia, estaba de permiso, así que tuvo que posponer la conversación hasta que volviese al trabajo. Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que todo había sido un burdo engaño para enfrentarla con Roberto.

Impotente, decidió ocuparse de su trabajo. Así lo hizo durante cerca de una hora, hasta que recibió una llamada en el teléfono de su mesa que la desconcertó.

—¿Sargento Ruano? —preguntó una voz de hombre.

—Sí, soy yo.

—Soy el teniente Moyano, de la Policía Judicial de Gijón. Estoy a cargo de la investigación de la mujer que desapareció en Cangas de Onís y sé que tú hablaste con el marido ayer. Tengo aquí delante tu informe.

—Así es.

—Me ha llamado la atención una apreciación que has hecho. Dices que sus respuestas eran demasiado similares a las que había dado hace un año.

—Solo fue un comentario —dijo arrepintiéndose al momento de haberlo añadido.

—Ruano, tú estuviste también en la Policía Judicial, en Gijón, ¿verdad?

—Sí.

—Y creo que también trabajaste con la UCO, incluso con la Interpol.

—Eso fue hace tiempo.

—Estoy seguro de que tienes suficiente experiencia como para crearte una opinión del marido y me encantaría conocerla.

—No puedo decirle mucho —aseguró Eva—, solo he hablado una vez con él.

—Pero habrás sacado alguna conclusión.

Tras dudar un instante, decidió que no pasaba nada por exponerla.

—Me pareció que tenía las respuestas demasiado ensayadas, como memorizadas. Sin embargo, dudó cuando le pregunté por la relación con su mujer. Incluso se contradijo.

—¿En qué sentido?

—Primero aseguró que su mujer no le engañaba con nadie y cuando le expuse que quizás se hubiese escapado con otro hombre, la dio como posible. Tuve la sensación de que se agarraba a esa posibilidad para alejar las sospechas de él.

—Es lo mismo que deduje yo en su día —aseguró el teniente—, aunque nunca pudimos demostrar que estuviese implicado, a pesar de algunos indicios.

La curiosidad pudo con ella.

—¿Qué indicios?

—Para empezar, pudimos confirmar que Yaima, su mujer, se veía con otros hombres y que el marido lo sabía. Los vecinos le escucharon discutir más de una vez con ella por ese motivo.

—Tampoco es de extrañar —dijo Eva—. Era una chica de veintitrés años casada con un hombre de cincuenta, que encima debía pasarse el día trabajando.

—Así es. Era bien sabido por la mayor parte del pueblo, hasta el punto de que nos consta que Manuel sufrió alguna burla, lo que agrió su carácter e hizo que cada vez fuese más antisocial con sus vecinos. Eso explica también que después de la desaparición terminase marchándose a vivir a Posada de Llanes, donde compró una nueva explotación ganadera, después de vender la que tenía en Cangas de Onís.

—Me dijo que la había conocido en un viaje a Cuba.

—Sí, Yaima era una jinetera, es decir, una prostituta de un club de La Habana. Manuel se quedó prendado de ella y le propuso casarse y traérsela a España, algo que ella aceptó encantada. Imagino que la vida que encontró aquí no era lo que esperaba.

—Lo mismo pensé yo. No creo que en Cangas de Onís encontrase las mismas distracciones que en una ciudad como Madrid, por ejemplo.

—Hizo amistad con varias mujeres que eran inmigrantes como ella y con las que salía a menudo por el pueblo, mientras su marido trabajaba.

—¿Se sabe cuándo se produjo la desaparición?

—Creemos que entre la madrugada del viernes y el sábado a mediodía —le explicó el teniente—. La noche del viernes salió con sus amigas y se despidió de ellas alrededor de las tres, para irse sola a su casa. Al día siguiente había quedado con ellas para comer y no apareció, aunque no se alarmaron. Esa noche habían bebido bastante y pensaron que estaría de resaca. Le mandaron varios mensajes y, al ver que no respondía, dieron por supuesto que estaría con alguien. Nadie pensó que le hubiese pasado algo, hasta que el marido puso la denuncia el lunes por la mañana en el cuartel de la Guardia Civil.

—Un motivo más para sospechar de él. Es extraño que esperase tanto, después de llegar a casa y ver que ella no estaba.

—Y más teniendo en cuenta que el teléfono de Yaima estaba sobre la mesa del salón. De todas formas, sabemos seguro que él no se movió de Zafra durante todo el fin de semana. Los amigos que le acompañaron a la feria confirmaron que el viernes salieron juntos hasta bastante tarde y que Manuel incluso consumió demasiado alcohol como para conducir. El posicionamiento de su móvil también lo situó en ese lugar.

—Pudo pagar a alguien para que le hiciese el trabajo sucio.

—Fue una de las teorías que manejamos. De hecho, durante los meses anteriores sacó del banco varias cantidades de dinero importantes, hasta un total de cien mil euros. Los justificó con la compra de ganado y de las obras en la nueva explotación, aunque se supone que en ese momento todavía no se había planteado comprarla.

—Demasiadas incógnitas.

—Y todas nos llevaron a un callejón sin salida. Nuestra única esperanza es que encontremos ahora algo que se nos pase por alto hace un año o que aparezca algún nuevo testigo.

—Espero que tengan suerte.

—Será difícil. De todas formas, te agradezco que nos hayas echado una mano. Si puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo.

—En realidad... Sí, hay una cosa.

—Tú dirás.

—Quería preguntarle por alguien que estuvo destinado en Gijón, creo que con usted.

—¿Quién?

—El cabo Tapia.

Hubo un par de segundos de silencio.

—Lo conozco. Tengo entendido que se fue destinado a Ribadesella.

—Por eso lo pregunto. ¿Qué puede contarme de él?

—¿Ha causado ya algún problema?

—De momento, no.

—Lo hará. Tiene un problema grave con el dinero.

—¿En qué sentido?

—Es de los que se funde el sueldo nada más cobrarlo. Anda metido en líos de apuestas deportivas y partidas de póker on-line. Dejó a deber dinero a unos cuantos compañeros antes de irse y en el trabajo tampoco es que fuese demasiado bueno. Mucha labia, pero poco más. Va de que lo sabe todo y a la hora de la verdad rinde muy poco. Yo tendría cuidado con él, no es alguien de fiar.

—Gracias por el aviso.

—No hay de qué.

Eva se despidió del teniente y de inmediato sintió cómo la rabia la invadía. Acababa de encontrar la pieza que le faltaba para confirmar que alguien estaba jugando con ellos.

Acto seguido, cogió su teléfono móvil para llamar a Roberto. Le sorprendió ver que acababa de recibir un mensaje suyo.

«Vuelvo a casa. Tenemos que hablar».

Decidió llamarle al momento.



Roberto observó de nuevo la foto de la mujer abrazada a un ramo de tulipanes. No podía ser casualidad que Claudia Fiore, la mujer Alessandro Chiesa, hubiese mencionado esa palabra en su último sueño.

—Tulipanes... —murmuró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barrios.

—Deberías investigarlo. Creo que existe relación entre la muerte de la mujer del banquero italiano y la de esa mujer de Huesca.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Tienes que confiar en mí.

—En ese caso, deberíamos hacerlo los dos juntos. Huesca está a menos de una hora de aquí. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Lo siento, pero tengo que volver a casa. Debo resolver un tema personal que no puede esperar.

—¿Volverás luego por aquí?

—Lo dudo.

—¿Vas a abandonar la investigación?

—Ya te he dicho que ahora es cosa de la UCO y ese capitán ya dejó claro que no me quiere cerca.

—Pues creo que es un error. Además, ¿qué pasa con el Vaticano? Parecían tener mucho interés en averiguar lo que le había ocurrido a la mujer del banquero. Por cierto, ¿dónde está tu amigo el comisario?

—Ha vuelto a Roma.

—Qué curioso, justo cuando aparece el cadáver de la mujer y el marido se larga del país.

Roberto decidió compartir sus sospechas con él.

—Me da que se fueron juntos en el mismo avión.

—¡No me jodas! ¿Me estás diciendo que el Vaticano está protegiendo a ese banquero?

—Eso creo. Al menos es lo que he pensado cuando me has dicho que había ido al aeropuerto de Pamplona. Es el aeropuerto en el que aterrizó el jet privado que nos trajo a Rossi y a mí desde Roma.

—¡Qué hijos de puta!

—Escucha, Barrios —dijo Roberto poniéndose en pie—. Me encantaría quedarme y ayudarte en la resolución del caso, pero, además de que la UCO no me quiere, tengo que regresar con mi

familia. Llevo demasiado tiempo alejado de ellos.

—Claro, lo entiendo. No te preocupes. Gracias por todo.

Los dos se estrecharon la mano y Roberto salió del bar. Era consciente de que si abandonaba la investigación los sueños irían a peor, pero en ese momento solo podía pensar en Eva y en arreglar las cosas con ella.

Por ese motivo sacó su teléfono y le mando un mensaje de texto:

«Vuelvo a casa. Tenemos que hablar».

Regresó al hotel y subió a su habitación para recoger la maleta. Nada más entrar, recibió una llamada de teléfono de Eva.

—Hola —la saludó con cierta timidez.

—Hola, Rober. ¿Sigues en Jaca todavía?

—Sí, estoy cogiendo la maleta y salgo para Asturias ahora.

—No lo hagas.

—Escucha, Eva. Tenemos que hablar de esto en persona —se apresuró a decir.

—Lo sé, pero tienes trabajo ahí.

—Me da igual. Lo más importante para mí sois tú y los críos y no voy a permitir que nadie nos separe.

—Yo tampoco, por eso te he llamado —aseguró Eva—. No voy a negar que me dolió que no me contases lo sucedido en Sevilla.

—Te juro que solo fue un beso sin importancia. No pasó nada entre nosotros.

—Ahora lo sé.

Roberto se sorprendió al escuchar eso.

—¿Lo sabes?

—Emily me lo dijo esta mañana.

—No entiendo.

—Se acercó a mí cuando estábamos desayunando y me dijo que papá era bueno. Creo que se dio cuenta de que yo estaba enfadada contigo y quiso tranquilizarme. Sí, sé lo que vas a decirme, que cómo una niña de dos años puede saber algo así. La cuestión es que la conexión que tiene contigo va más allá de lo que yo pueda comprender.

—Yo tampoco lo entiendo —murmuró, desconcertado.

—Además, hay otro motivo, aunque no sé muy bien cómo contártelo porque temo tu reacción.

—¿Qué ocurre?

—He estado pensando en lo que nos ha ocurrido en las últimas semanas. En realidad en lo que ha pasado desde que la prensa sacó a la luz lo de tu don. Parece claro que hay alguien interesado en que no sigas investigando asesinatos.

—Es lo mismo que pienso yo. La prueba más clara fue que intentasen implicarme en un crimen.

—Empiezo a ver claro que, con esa historia de que me habías engañado con otra en Sevilla, lo que han intentado es separarnos. Reconozco que al principio caí en la trampa, pero por fin me he dado cuenta de que era eso lo que perseguían. Por ese motivo pienso llegar hasta el final.

—¿Cómo?

—Empezando por la persona que me lo contó, un cabo llamado Tapia que vino destinado de Gijón y que acabo de enterarme de que está cargado de deudas. Estoy segura de que alguien le pagó para sembrar esa mala semilla entre nosotros y pienso averiguar quién.

—No voy a permitir que lo hagas tu sola —aseguró Roberto, tajante—. Lo haremos juntos.

—De eso nada. Tú tienes una investigación que resolver.

—Ya no, me he quedado totalmente fuera del caso.

—¿Qué quieres decir?

—Ha pasado a manos de la UCO y no te imaginas quién está a cargo de la investigación. Un tal capitán Ocaña, hermano del teniente que intentó meterme en la cárcel.

—¿Lo dices en serio?!

—Ya me ha dicho que no quiere verme ni en pintura y que puedo olvidarme de participar en la investigación.

—¿Y qué hay del Vaticano?

—¿El Vaticano? —repitió con ironía—. El comisario Rossi, que se suponía que estaba aquí para ayudarme, ha vuelto a Roma y creo que lo ha hecho con el marido de la mujer asesinada.

—No lo entiendo.

—Es sencillo. Creo que la misión de Rossi era asegurarse de que ese banquero no fuese acusado de la desaparición de su mujer y, en cuanto apareció el cadáver y yo insinué que estaba implicado, le faltó tiempo para sacarlo de España.

—Me dejas alucinada. ¿Y esa es la ayuda que se suponía que iban a prestarte?

—Más bien pienso que me han utilizado para lograr sus fines. —Durante unos segundos Eva no dijo nada, lo que llevó a Roberto a preguntar—: ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona, es que pensé que la propuesta del Vaticano de ayudarnos era cierta.

—Está visto que no.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho, volver a casa.

—¿Y qué pasa con la víctima?

—Hay poco que yo pueda hacer por ella. Estoy convencido de que el marido contrató a alguien para que se deshiciese de su mujer y puede que esa persona esté también implicada en una desaparición que se produjo en Huesca hace tres años. Al menos es lo que he deducido del último sueño que he tenido.

—En ese caso, deberías investigarlo.

—No puedo hacerlo. Ahora tengo que pensar en ti y los niños y protegerlos.

—Escúchame, Rober. No puedes estar pensando continuamente en nosotros. Sabes tan bien como yo que si no resuelves ese crimen, los sueños serán cada vez peores.

—Ya lo están siendo —tuvo que reconocer.

—Tienes que confiar en mí y dejar de pensar que todo tienes que hacerlo tú. Soy perfectamente capaz de proteger a nuestra familia.

—Lo sé, pero...

—No hay peros —le replicó ella con voz firme—. Estamos juntos en esto. Déjame que yo haga mi parte.

—No soportaría que os ocurriese nada.

—Eso no va a suceder. Lo que debes que hacer es resolver ese caso y volver pronto junto a nosotros. ¿Lo harás?

—Va a ser complicado.

—Sé que lo conseguirás, siempre lo has hecho.

Roberto no pudo evitar que el pesimismo le atenazase.

—Esta vez no será fácil.

—Nunca lo es.

—Lo sería si te tuviese a mi lado.

—Sí, la verdad es que nos complementábamos bastante bien cuando trabajábamos juntos, yo la parte racional y tú la espiritual.

Roberto sonrió con melancolía.

—Te echo de menos, Eva.

—Y yo a ti, Rober. Procura volver pronto.

En cuanto se despidieron, dejó la maleta donde estaba y salió de la habitación con una idea muy clara: viajar a Huesca con el inspector Barrios.



El inspector estaba sentado tras su mesa cuando entró en su oficina.

—¿Vienes a despedirte de nuevo? —preguntó mirándole con cierta sorpresa.

—He cambiado de opinión —dijo Roberto—. Antes voy a ir a Huesca.

—¿En serio?

—Me gustaría hablar con el marido de la mujer que desapareció allí.

Barrios se puso en pie de inmediato.

—Iremos en mi coche.

—¿Estás seguro de querer acompañarme?

—Pues claro. ¿Por qué no iba a querer?

—Tú tampoco formas ya parte de la investigación.

—Esta es una investigación diferente. Además, si estamos ante el mismo asesino, soy el primer interesado en cogerle y hacerle confesar.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de la culpabilidad de ese banquero italiano. Solo el hecho de que se haya largado lo demuestra. No te imaginas las ganas que tengo de pillarle.

—Va a ser un poco difícil.

—Ya veremos —dijo saliendo de detrás de su mesa—. ¿Nos vamos?

Salieron de la comisaría juntos y pocos minutos después dejaron atrás la ciudad de Jaca, con el inspector al volante.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Ya no es tan urgente que vuelva a casa —respondió Roberto.

—¿Has solucionado ese problema personal?

—En principio, sí, aunque me gustaría volver a casa pronto.

—Es bueno tener una familia esperándole a uno. Imagino que tanto para ti como para tu mujer no es fácil sobrellevar todo eso relacionado con tu don, en especial por el acoso de la prensa.

—La verdad es que hace tiempo que se han olvidado de nosotros. Hay otro tipo de acoso que me preocupa más, como el de las personas que no quieren que lo use.

—¿Lo dices por ese capitán de la UCO?

—No solo por él.

—La verdad es que no lo entiendo. Por lo que he leído sobre ti, has resuelto varios casos de asesinato y resolverías muchos más si tuvieses el apoyo que necesitas. ¿Por qué no se ha creado

alrededor tuyo un cuerpo policial especial, con gente que te ayude en tu trabajo? Resolverías muchos más crímenes.

—Imagino que hay personas a las que eso no les interesa.

—No entiendo por qué.

—Porque verían peligrar sus puestos de poder dentro de las fuerzas de seguridad. Que un simple cabo de la Guardia Civil llegue y resuelva un caso gracias a que es capaz de comunicarse con los muertos, no es algo que les haga medrar en sus carreras.

—¿Acaso no es más importante detener a los criminales?

—Para ellos, no. De todas formas, creo que es mejor así.

—¿Por qué lo dices?

—Esto no es tan fácil como pueda parecer. He puesto en peligro mi vida en varias ocasiones, un riesgo que desde el primer momento estuve dispuesto a asumir, pero ahora tengo dos hijos en los que pensar y no puedo permitir que les pase nada. Tengo que protegerles.

—Te entiendo.

—No me importa que me amenacen a mí, pero no puedo permitir que utilicen a mi familia para hacerme daño.

—¿Eso te ha ocurrido ya?

—Sí, en la última investigación que lleve a cabo en Sevilla y no puedo dejar que se repita.

—Eso me da la razón con respecto a que deberías contar con un equipo de gente a tu alrededor que te proteja. ¿No hay nadie que esté dispuesto a hacerlo?

—El Vaticano parecía estarlo, pero creo que me han utilizado para salvarle el culo a ese banquero.

—Ya veo —reflexionó en voz alta Barrios—. De todas formas, si deseas abandonar, lo entenderé.

—Me gustaría, pero ya no hay vuelta atrás. Una vez que sueño con una víctima de asesinato, estoy obligado a resolverlo o nunca me dejará en paz.

—¿Qué quieres decir?

—Que soñaré con esa mujer cada noche hasta que descubra quién la asesinó. —Roberto se frotó el antebrazo de manera inconsciente al decir eso. Todavía sentía el frío en él—. Por eso vamos a Huesca. En el último sueño mencionó los tulipanes y poco después tú me enseñaste una foto de esa mujer de Huesca con un ramo de tulipanes.

—¿Crees que está relacionado?

—Nada en mis sueños es casual. Todo tiene un sentido, aunque debo descifrarlo.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué las víctimas no te dicen directamente quién las ha asesinado?

—No lo sé, imagino que es porque no pueden. Yo no entiendo cómo funciona ese lugar al que vamos después de morir. Solo recibo fragmentos y mensajes crípticos que debo descifrar para atrapar al asesino. Eso y las cosas que siento son lo único que tengo para lograrlo.

—No tiene que ser fácil.

—No lo es, te lo aseguro. Al final todo se basa en que siga mi intuición y confíe en lo que me muestran.

—¿Y qué te dice tu intuición en este caso?

—Que Alessandro Chiesa está implicado en el secuestro y asesinato de su mujer, aunque él no lo llevase a cabo.

—¿Crees que lo hizo la misma persona que secuestró a esa mujer en Huesca?

—Es lo que espero averiguar cuando lleguemos.

—¿Y si fuese así?

—En ese caso, por fin tendríamos un sospechoso al que perseguir.



Una hora después de salir de Jaca llegaron a la fábrica de muebles propiedad del marido de la desaparecida, situada a las afueras de la ciudad, en la carretera a Barbastro. Un trabajador, al que encontraron en la puerta de la nave principal, les guio hasta las oficinas, situadas en un pequeño edificio anexo. Allí, una mujer sentada tras un pequeño mostrador, les recibió mirándoles por encima de las pequeñas gafas de pasta que llevaba puestas. Tendría unos cincuenta años.

—¿Qué desean?

—Queremos ver a Agustín Plaza —respondió Barrios, tomando el mando de la conversación.

—¿De parte de quién?

—Policía Nacional.

—El señor Plaza está en su despacho, aunque hoy no se encuentra muy bien —dijo la mujer señalando una cristalera a su espalda con una persiana bajada que impedía ver el interior—. Está algo resfriado.

—Solo serán unas preguntas.

Ella asintió, se levantó y llamó a la puerta que había a un lado de la cristalera.

—Señor Plaza —dijo a la vez que la abría—, hay aquí un par de policías que quieren hablar con usted.

El aludido dijo algo y la secretaria se hizo a un lado.

—Pueden pasar.

Barrios lo hizo en primer lugar, seguido de Roberto, mientras la mujer regresaba a su mesa. Dentro del despacho había un pestilente olor a tabaco y a sudor. Agustín Plaza era un hombre de pronunciada barriga y completamente calvo, con perilla descuidada y unas gafas que le colgaban del cuello sujetas por una fina cadena. Vestía camisa azul, en la que se apreciaban un par de llamativos lamparones, y sujetaba entre los dedos un cigarro humeante al que le dio una calada al verles entrar. Sobre la mesa tenía un cenicero con tal cantidad de colillas que parecía imposible depositar una más.

—Buenos días, soy el inspector Barrios —dijo acercándose a él para darle la mano, algo que el hombre hizo sin levantarse de su sillón.

Acto seguido, Roberto realizó el mismo gesto.

—Inspector Fuentes. Estamos aquí por la desaparición de su mujer. —El hombre le miró con evidente nerviosismo mientras le estrechaba la mano, que fue en aumento cuando vio que Roberto no le soltaba—. ¿Se encuentra usted bien?

—Estoy algo acatarrado.

El fuerte olor a alcohol que desprendía su aliento le confirmó a Roberto el motivo de que tuviese tan mal aspecto.

—Siento mucho lo de su mujer.

—Gracias.

—¿Sigue sin saber nada de ella?

—No.

El hombre hizo ademán de retirar la mano y, al ver que Roberto no se la soltaba, apretó la mandíbula. Tras un par de segundos, finalmente la soltó.

—Queremos hacerle algunas preguntas sobre la desaparición de su mujer —dijo Barrios.

—Ha pasado mucho tiempo ya de eso —aseguró el hombre, antes de dar una profunda calada al cigarrillo.

Roberto esperó a que soltase el humo y entonces comentó:

—La relación con su esposa no era muy buena, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Era una mujer amargada y manipuladora.

El hombre palideció.

—¿Cómo se atreve a faltarle al respeto de ese modo?

—Es lo que han declarado diversos testigos. En realidad, sabemos que fue un alivio para usted que desapareciese.

—Eso es una sucia mentira —le replicó frunciendo el ceño—. Quien haya dicho eso, miente.

—El problema es que no parece que su vida sea mejor ahora que ella no está —dijo Roberto mirando a su alrededor.

El hombre apagó el cigarro y trató de parecer apenado.

—Que sepa que para mí fue un golpe muy duro... —dijo frotándose los ojos, como si quisiese limpiarse unas lágrimas inexistentes— y que a día de hoy lo sigo pasando muy mal. La echo mucho de menos.

Roberto no se dejó embaucar.

—Lo único que usted echa de menos de su mujer es que le lave la ropa.

Eso hizo que el hombre se pusiese en pie como impulsado por un resorte.

—No pienso tolerar que me falte al respeto —dijo con expresión enfurecida.

—Basta ya de fingir. Sabemos que pagó a alguien para que secuestrase a su mujer.

—¡Eso es mentira!

—Los cien mil euros mejor invertidos de su vida. ¿No es eso lo que se suele decir a menudo?

El hombre dio un paso hacia atrás, tropezando con su silla, a la vez que le miraba con cara desenchajada.

—¿Cómo sabe...? —balbuceó.

—Es hora de hablar claro. Lo sabemos todo —aseguró Roberto mirando a Barrios, que de inmediato asintió con la cabeza, a pesar de su desconcierto—. Podemos mantener esta conversación aquí o en comisaría, como prefiera, pero allí no seremos tan comprensivos. Queremos atrapar al hombre que se llevó a su mujer, después de que le pagase semejante suma de dinero, y usted nos va a ayudar. ¿Cómo podemos encontrar a Vidar?

Al escuchar su nombre, el empresario se dejó caer de forma pesada en su silla y se llevó las manos a la cara. Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, hasta que bajó las manos y les miró con ojos llorosos.

—Yo... lo siento. No podía aguantar más.

Roberto decidió mostrar cierta empatía para animarle a hablar.

—Seguro que la convivencia con su mujer no era fácil.

—Me tenía amargado —murmuró bajando la mirada.

—¿Cómo encontró a Vidar?

—En Internet.

—¡Ya! —intervino Barrios con ironía—. No diga más: hizo una búsqueda y le salió su página web.

—Algo así.

Roberto giró la cabeza hacia el inspector, que comprendió al momento lo que trataba de transmitirle con la mirada. Este asintió y le dejó hablar a él.

—Es cierto que hice una búsqueda —prosiguió el hombre—. Una noche que estaba borracho escribí algo así como «formas de matar a tu mujer». Lo hice como diversión, como una forma de desahogarme.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Roberto para animarle a seguir hablando.

—Me salieron varios libros y películas, nada interesante, hasta que encontré una página en la que había un cuestionario con una serie de preguntas que rellené por diversión. Del tipo «¿por qué quieres matar a tu mujer?» o «¿cuánto estarías dispuesto a pagar para que alguien lo hiciese?». Por último, decía que si estaba dispuesto a llegar hasta el final, debía instalar una aplicación de mensajería privada, así que lo hice, aunque nadie se puso en contacto conmigo en ese momento. Al final me fui a dormir y me olvidé del tema, hasta que varios días después alguien me escribió a través de la aplicación. Me dijo que se llamaba Vidar, que yo no era el primero que contactaba con él y me envió varios enlaces de prensa en los que aparecían noticias de algunas desapariciones que había llevado a cabo.

A Roberto le sorprendió que el hombre estuviese tan comunicativo. No supo si era porque se sentía acorralado o porque estaba bebido, pero decidió aprovechar la oportunidad para sacarle toda la información posible, antes de que le detuviesen y un abogado le dijese lo que podía contar y lo que no.

—¿Tiene esos mensajes?

—No, la aplicación los borra al cabo de una hora.

—¿Cuántas desapariciones le enseñó?

—No lo recuerdo. Tres, puede que cuatro.

—¿Qué pasó cuando le dijo que estaba interesado?

—Aseguró que se pondría en contacto conmigo cuando hubiese estudiado mi caso. Lo hizo una semana después, para decirme que era viable y que, si seguía interesado en que desapareciese mi mujer, debía realizar un primer pago de cincuenta mil euros, por adelantado, más otros cincuenta mil una vez terminase.

—¿Cómo le pagó?

—En metálico. Dejé el dinero en un lugar que me indicó, de madrugada.

—¿En qué lugar?

—¿Acaso importa?

—Si era un espacio público, podía haber cámaras que le hubiesen grabado.

—Fue en el campo, en un cruce de caminos.

Eso no iba a ayudarles.

—¿Alguna vez tuvo contacto directo con él?

—¿En persona? No.

—¿Nunca lo vio?

El hombre negó con la cabeza.

—Jamás.

—¿Y volvió a ponerse en contacto con él?

—Una semana después de que desapareciese, mi mujer me dijo dónde debía depositar el resto del dinero. También de noche y en el campo, aunque en un lugar diferente. Fue la última vez que hablé con él.

—Me gustaría ver esa aplicación.

—Se desinstaló sola. Un día después de entregarle la segunda parte del dinero, miré el teléfono y la aplicación había desaparecido.

—¿Es eso posible? —preguntó mirando a Barrios. El policía se encogió de hombros.

Parecía que Vidar sabía cubrirse las espaldas muy bien, sin dejar cabos sueltos que llevasen hasta él.

—¿Cómo sabe que cumplió su palabra y mató a su mujer?

—No lo sé. En realidad, nunca me contó lo que pasaría con ella, solo que la haría desaparecer de modo que yo nunca pareciese culpable. Lo único que me dijo es que la enterraría para siempre en otra tumba olvidada.

En ese momento, Roberto estuvo seguro de que se trataba de la misma persona que había asesinado a la mujer de Alessandro Chiesa. Eran las mismas palabras que el asesino había pronunciado en uno de sus sueños.

—Creo que hemos terminado —dijo mirando a Barrios.

El inspector se puso en pie de inmediato y le hizo un gesto con la mano al hombre para que hiciese lo mismo.

—Será mejor que nos acompañe.

—¿A dónde?

—A la comisaría de Huesca, para tomarle declaración.

—Pero yo no maté a mi mujer.

—Eso no le exime de su responsabilidad.

—Quiero un abogado —dijo con voz firme.

—No se preocupe, lo tendrá.

Mientras le sacaban de la oficina, Roberto tuvo claro que iba a ser muy difícil que aquel hombre terminase en la cárcel, al menos de momento. Lo más probable era que, en cuanto hablase con su abogado, cambiase la versión de los hechos, negando haber dicho todo lo que acababa de contarles. Aunque había grabado la conversación en su teléfono sin que se diese cuenta, no existía ningún cadáver, por lo que no podía confirmarse que su mujer estuviese muerta.

La única opción era encontrar a Vidar, algo que después de tanto tiempo se le antojaba muy complicado.



Roberto no se equivocó. En cuanto el detenido habló con su abogado, cambió su versión por completo de los hechos y aseguró que no sabía nada de ningún Vidar y que tampoco había pagado a nadie para que su mujer desapareciese. A ese cambio ayudó el hecho de que se le hubiese pasado la borrachera y tuviese la mente más lúcida.

El caso quedó en manos de la policía de Huesca, a la espera de localizar a Vidar y poder demostrar la relación entre ambos.

—Lo importante es que ahora sabemos cómo lo hizo —comentó Barrios cuando salían de la comisaría para regresar a Jaca.

—De poco nos sirve si no podemos localizar al asesino —le replicó Roberto.

—Conozco a alguien muy bueno que está en la Policía Científica y que es un genio de la informática. Le preguntaré si hay alguna forma de recuperar esa aplicación y los mensajes que escribieron, para llegar a ese tal Vidar.

—Yo no contaría con ello. Si es cierto que la aplicación se desinstaló sola, quiere decir que sabe cubrir su rastro muy bien.

—Hay una cosa que me muero de ganas por preguntarte —dijo el inspector al llegar al coche—. ¿Cómo supiste que el marido estaba implicado en el secuestro y que había pagado cien mil euros por el secuestro?

—Lo supe al darle la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando se la estreché, escuché su voz en mi cabeza.

—¿Escuchaste sus pensamientos?

—Algo así.

—¿Y qué dijo?

—Primero que esa zorra amargada y manipuladora estaba mejor muerta y luego, cuando le pregunté si seguía sin saber nada de ella, dijo: «Y espero no saberlo nunca. Los cien mil euros mejor invertidos de mi vida».

—¡Joder! ¿En serio puedes leer la mente de la gente?

—Hasta ahora nunca me había pasado de ese modo. Fue muy extraño, como si al estrecharle la mano me conectase a su cabeza y pudiese escuchar lo que pensaba. Es la primera vez que me sucede algo así.

—Me dejas alucinado.

Entraron en el vehículo y pusieron rumbo a Jaca. Mientras abandonaban las calles, Roberto

hizo una búsqueda en su teléfono con los términos «formas de asesinar a mi mujer». Tal y como había asegurado el hombre, le salieron varios libros y películas, aunque el último enlace de la primera página de búsqueda correspondía a una web llamada Dios Vengador, cuya descripción decía «responde a este test si de verdad quieres ver a tu mujer muerta». Pulsó en ella y se encontró con la pantalla en negro, con la imagen de una puerta en el centro. Pulsó sobre la puerta y accedió a una pregunta con dos posibles respuestas. Decidió no pasar de ahí, al menos de momento.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Barrios.

—No hay mucho que podamos hacer. Lo ideal sería hablar con el banquero italiano para averiguar si contactó de igual modo con Vidar para que se encargase de su mujer. Los movimientos de su cuenta bancaria demuestran que sacó cien mil euros antes de venir a España.

—¿Para pagar a Vidar?

—Es posible. La cantidad coincide con la que le entregó ese empresario de Huesca.

—Tendríamos que hablar de nuevo con ese banquero italiano. Lástima que esté de vuelta en el Vaticano. ¿Crees que si hablas con ellos nos permitirían interrogarle?

Roberto negó con la cabeza antes de responder.

—Lo dudo.

Lo cierto era que se sentía engañado y utilizado por el Vaticano. Cuanto más lo pensaba, más claro tenía que la principal misión del comisario Rossi al viajar a España era asegurarse de que Alessandro Chiesa no fuese acusado de la desaparición de su mujer. Por eso lo había llevado de vuelta a Roma.

Estaba tan cabreado que, cuando en ese momento recibió una llamada en su teléfono y vio de quién se trataba, no pudo evitar que la rabia le dominase.

—Muy buenas, Roberto —escuchó la voz cordial del padre Miguel al otro lado—. ¿Cómo va todo por España?

—Mal —respondió de manera escueta. No quería pagar con él su frustración, pero si estaba metido en aquel lío era en parte por culpa suya.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me siento engañado y manipulado por el Vaticano.

—No entiendo...

—Se han servido de mí para asegurarse de que su querido banquero no fuese acusado de asesinato y, cuando han visto que iba a ser así, lo han puesto a salvo en Roma.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Estoy convencido de que el comisario Rossi se ha encargado de meterlo en un avión de regreso a casa.

—Pero... eso no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. Querían protegerle y lo han hecho.

Se produjeron unos segundos de silencio, hasta que el cura preguntó:

—¿Me estás diciendo que Alessandro Chiesa asesinó a su mujer?

—No con sus propias manos. Pagó a alguien para que le hiciese el trabajo sucio y luego Rossi se lo llevó de España antes de que pudiésemos detenerle para interrogarle.

—Pero eso no tiene sentido —repitió el padre Miguel—. ¿Por qué iba el Vaticano a protegerle?

—Eso deberías preguntárselo a tu querido obispo. Ya veo por qué tenía tanto interés en que yo viajase a España con Rossi.

—Te equivocas, te lo aseguro. Hablaré con él en cuanto me reciba.

—¿Todavía estás en Italia?

—Sí, tenía previsto regresar a España mañana, por eso te llamaba. Quería saber por dónde andabas y qué tal te iba todo.

—Pues todo va de puta pena. Ya te lo he dicho.

—Hablaré con el obispo Lombardo.

—Cuando lo hagas, dile que no voy a descansar hasta coger al asesino. Lograré que confiese y haré que metan entre rejas a su querido banquero. Y que ni él ni todo el poder de la Iglesia de Roma van a impedirlo.

En un acto de rabia, colgó el teléfono sin darle tiempo a la réplica. Al momento se arrepintió de pagar su rabia con el padre Miguel, aunque llegó a la conclusión de que era mejor dejarles claro que no se iba a dejar manipular por nadie. Y menos por el Vaticano.

—¿Va todo bien? —preguntó Barrios sin perder atención de la carretera.

—Sí. Quizás me haya desahogado con la persona equivocada, pero ya está hecho.

—¿Alguien del Vaticano?

—El hombre que me convenció para ir a Roma. Está claro que hacerlo fue un error. Me han utilizado.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Atrapar al asesino. Esa es mi máxima prioridad, aunque para eso voy a necesitar tu ayuda.

—Sabes que la tienes.

—En ese caso, necesito que investigues al único sospechoso que tenemos de momento, el hombre al que se le vio en las inmediaciones de la floristería la noche del secuestro y al que multó la Guardia Civil cerca de Jaca.

—Rafael Cano González.

—Sí.

—Ya lo he hecho. Antes de irnos le pregunté por él al inspector que llevó el caso en Huesca y me dijo que no pudieron demostrar que estuviese implicado. Cuando le interrogaron en Ávila, aseguró que pasaba por allí en ese momento por casualidad y no hubo forma de confirmar lo contrario. Dijo que era un aficionado a la montaña y que estaba por la zona de Huesca haciendo rutas. De hecho, el vehículo en el que viajaba era una Berlingo de color negro, adaptada para dormir dentro.

—Me parece mucha coincidencia que estuviese en las dos ciudades cuando se produjeron las desapariciones.

—Veré si puedo averiguar algo más sobre él.

—Lo que está claro es que la web existe —dijo Roberto mostrándole la pantalla de su teléfono—. En cuanto lleguemos a Jaca, vamos a intentar contactar con Vidar a través de ella.

—Me parece una buena idea, pero antes deberíamos pedir ayuda a un informático. Ellos saben cómo acceder a esos sitios sin ser detectados.

—¿Tenéis alguno en la comisaría?

—No, pero ya te dije antes que conozco a alguien, un primo mío que está en la Brigada Central de Investigación Tecnológica y que viene algunos fines de semana a Jaca. Hoy es viernes. Tal vez tengamos suerte y ande por aquí.

—Estaría bien contar con su ayuda.

—Lo llamaré en cuanto lleguemos. Le flipan esas cosas de bucear en la red en busca de criminales. Ya verás cómo cogemos a ese tío.

—Eso espero —dijo frotándose el antebrazo de forma inconsciente—, antes de que las cosas vayan a peor.



A su regreso a Jaca, Barrios se quedó en la comisaría para realizar las diversas gestiones, así que Roberto quedó en verse con él más tarde. Comió en un restaurante que se encontraba próximo a la Ciudadela, algo que sus tripas agradecieron, y luego salió a dar un paseo. Necesitaba tomar un poco el aire y analizar los últimos sucesos con tranquilidad.

Decidió recorrer el perímetro de la Ciudadela, en cuyo foso pastaba un rebaño de ciervos, ajenos al grupo de turistas que no dejaban de hacerles fotos. Al llegar a la parte de atrás, continuó por el paseo de la Cantera, al abrigo de los árboles que lo flanqueaban durante todo el recorrido. Una suave brisa proveniente de las montañas le acarició la cara, anunciando una bajada inminente de las temperaturas, así que se abrochó la cazadora. En ese momento, sintió el teléfono vibrar en su bolsillo, así que lo sacó y vio en la pantalla un número bastante largo.

—¿Dígame?

—¿Roberto Fuentes? —preguntó una voz en inglés que le resultó familiar.

—Sí. ¿Quién quiere saberlo?

—Soy el obispo Lombardo. ¿Podemos hablar?

—No creo que haya mucho de lo que hablar —le replicó con dureza.

—Acabo de enterarme de lo sucedido, a través del padre Miguel. Tienes que creerme, yo no tengo nada que ver.

—¿En qué?

—En la decisión del comisario Rossi de abandonar España y traerse consigo a Alessandro Chiesa.

—¿Así que es cierto?

—Sí, el piloto me lo acaba de confirmar, y te aseguro que estoy consternado.

—Lo que yo estoy es cabreado. Me ha utilizado.

—¿Por qué dices eso?

—Me envió aquí para asegurarse de que su amigo no era detenido por la policía española.

—Eso no es cierto, yo ni siquiera podía imaginar que estuviese implicado en la desaparición de su mujer.

—Claro, por eso lo han sacado de aquí para llevarlo a Roma —le replicó con ironía.

—Eso fue decisión del comisario Rossi, con quien pienso hablar en cuanto me sea posible para que me dé las debidas explicaciones. Tienes que creerme, Roberto, yo no te he utilizado. Precisamente te pedí que fueses a España porque necesitábamos saber qué le había ocurrido a Claudia Fiore. No te lo dije en su momento, pero Claudia es sobrina del cardenal Giovanni Fiore.

Ese hecho sorprendió a Roberto.

—¿Por qué no me lo dijo hasta ahora?

—No quería condicionarte. El cardenal es alguien muy importante en Roma y lo que menos interesaba es que el caso pudiese saltar a la prensa.

—Eso solo son excusas baratas —le rebatió—. No solo me ha ocultado información, sino que he jugado en desventaja todo el tiempo, teniendo a mi lado a alguien cuyas intenciones eran muy diferentes a las mías.

—¿Qué quieres decir?

—El comisario Rossi estaba más interesado en proteger a Chiesa que en averiguar la verdad. Nunca me apoyó durante la investigación y tampoco creyó en mi don. Ni siquiera lo hizo cuando le dije que el asesino podía ser el mismo del caso que me llevó a Roma, el de ese hombre que había fallecido envenenado y cuya mujer desapareció.

—¿Francesca?

—Sí. Rossi se negó a aceptar que se tratase del mismo asesino. Incluso me dijo que lo de mi don eran estupideces. También me dijo que usted le había pedido que ayudase a Alessandro Chiesa en todo lo que necesitase. Imagino que eso incluía sacarle de España si se convertía en sospechoso.

—Eso no fue así. Solo le dije que le ayudase en sus relaciones con la policía española, para que no dejasen de investigar el caso. —Antes de que Roberto pudiese rebatirle, añadió—. Está claro que fue un error por mi parte pedirle que te acompañase. No resultó ser la persona más adecuada. Te enviaré a alguien que...

—No quiero que me envíe a nadie —le interrumpió, tajante—. Es más, no quiero tener nada que ver con el Vaticano a partir de ahora. Voy a encontrar a ese asesino y a detenerlo, y no lo haré porque sea hija de un cardenal, ni porque lo quiera usted. Lo voy a hacer porque Claudia me lo ha pedido y porque es el único modo de que encuentre el descanso que tanto necesita.

—¿Qué quieres decir con que ella te lo ha pedido?

—Lo siento, obispo, pero esta conversación termina aquí. No tengo nada más que hablar con usted. Buenas tardes.

Dicho eso, cortó la llamada y se guardó el teléfono. Estaba seguro de haber hecho lo correcto. Había sido un error confiar en el obispo Lombardo y dejarse engatusar por ese ofrecimiento de ayudarle en todo lo que necesitase. Estaba convencido de que el comisario Rossi había actuado siguiendo sus órdenes y no iba a caer en la misma trampa dos veces. Trabajaría solo, como había hecho hasta ahora, confiando en que su don le guiase hasta la resolución del crimen.

Y después de eso se alejaría para siempre de ese mundo.



Roberto se despertó esa mañana sobresaltado y sudoroso, como ya venía siendo habitual en los últimos días. Claudia parecía cada vez más cabreada y de nuevo le había agarrado del brazo, esta vez para pedirle de forma insistente que la ayudase. Solo eso. Ninguna pista más que le ayudase a localizar a su asesino.

Se dio una ducha y decidió salir del hotel para desayunar algo. Luego iría a ver a Barrios para saber si había conseguido que su primo les echase una mano, además de averiguar algo más sobre Rafael Cano González, el único sospechoso que tenían de momento. Desde que se habían separado la tarde anterior, no había vuelto a saber de él.

Bajó a la recepción, donde se detuvo unos segundos para sacar el teléfono y darle los buenos días a Eva. La noche anterior había decidido no llamarla. Estaba demasiado caliente por la conversación que había mantenido con el obispo Lombardo y no quería desahogarse con ella. Prefería que estuviese tranquila y pensase que todo iba bien, así que por la noche le mandó un mensaje en el que le dijo que la investigación iba por buen camino y que la llamaría en cuanto tuviese novedades. La respuesta de ella fue darle ánimos para que todo saliese bien y pudiese regresar a casa pronto.

Le estaba escribiendo un nuevo mensaje para darle los buenos días, cuando una voz llamó su atención.

—Buenos días, Rober.

En principio pensó que sería algún empleado del hotel, pero, cuando se giró y vio de quién se trataba, se quedó desconcertado.

—¿Qué hace aquí?

—He venido a verte —dijo el padre Miguel. Vestía un traje negro, en el que destacaba el alzacuellos blanco—. Llegué hace un par de horas, pero no quise despertarte.

—¿Por qué está aquí? —preguntó con sequedad.

—Primero para pedirte disculpas de parte del obispo Lombardo.

—Ya le dejé las cosas bien claras ayer cuando hablamos por teléfono.

—Lo sé, me lo dijo, pero no es de los que se rinden.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que él cree en ti y en lo que haces, y que está decidido a ayudarte en todo lo que necesites.

—Ya le dije para qué sirvió esa ayuda.

—Es consciente de ello y lo lamenta. Ahora sabe que fue un error enviarte aquí con el

comisario Rossi, por eso me ha pedido que venga yo.

—¿Usted? ¿Con qué objetivo?

—Proporcionarte todo lo que necesites a partir de ahora.

—Como hizo Rossi —le replicó con ironía.

—El comisario no creía en ti, yo sí. Creo en tu don y sé de lo que eres capaz, por eso jamás pondría en duda nada de lo que dijese.

—Eso no me sirve de mucho.

—No es el único apoyo que he venido a darte. El obispo Lombardo sigue queriendo poner a tu disposición toda la ayuda que puede ofrecerte el Vaticano.

—En ese caso, lo primero que deberían hacer es ocuparse de Alessandro Chiesa.

—Ya lo hemos hecho. Ayer la Gendarmería Vaticana lo detuvo en su vivienda dentro del Vaticano, adonde había regresado, y se ha avisado a la policía italiana para que lo interroguen sobre su implicación en el secuestro de su mujer.

—No dirá nada.

—Puede ser. De cualquier modo, permanecerá retenido dentro del Vaticano, bajo vigilancia de la Gendarmería, hasta que se resuelva todo.

—Puede pasar mucho tiempo hasta entonces.

—Ya veremos. En cuanto al comisario Rossi, lo que le dijiste ayer al obispo ha hecho que desconfíe de él y creo que van a investigarle.

—¿Por qué motivo?

—No quiso decírmelo, nos informará a su debido tiempo. Lo importante es que me envié aquí para ayudarte y es lo que pienso hacer.

—No quiero ser grosero, padre, pero no entiendo en qué puede ayudarme usted.

—Lo sabrás cuando sea preciso, aunque te prometo que esta vez no vas a estar solo. Me conoces y sabes que no miento.

Roberto se quedó pensativo durante unos segundos. Algo dentro de él le dijo que podía confiar en aquel hombre, así que asintió con la cabeza.

—Está bien, aceptaré su ayuda.

—Gracias. ¿Ibas a alguna parte ahora?

—A tomar un café y luego a ver al comisario Barrios, que parece ser el único dispuesto a ayudarme.

—Te acompaño.

—¿No quiere descansar del viaje?

—Ya lo haré esta noche.

—De acuerdo, vamos entonces. Esperemos tener un poco más de suerte de la que hemos tenido hasta ahora.

—Confío en que será así —aseguró el cura.



Nada más llegar a la comisaría, Roberto se dio cuenta de que algo no iba bien. Barrios les recibió con la cara larga.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—El comisario me ha echado una buena bronca y me ha amenazado con abrirme un expediente.

—¿Por qué motivo?

—Por ir ayer a Huesca sin informarle y por meterme en una investigación que ahora lleva la UCO.

—¿Y cómo sabe él que habíamos ido a eso?

—Se lo dije yo, cuando me preguntó el motivo por el que había viajado a Huesca ayer. Le expliqué lo del posible sospechoso que estaba implicado en otra desaparición y que habíamos ido para hablar con el marido de una mujer desaparecida allí. También le conté la confesión del marido, pero, aun así, se cabreó bastante conmigo por actuar por mi cuenta. Dijo que el caso estaba en manos de la UCO y que no quería que nadie de esta comisaría se implicase en él.

—¿Dónde está ese comisario ahora mismo? —preguntó el padre Miguel.

—¿Y usted quién es?

—Es el padre Miguel, le manda el Vaticano para ayudarme —respondió Roberto.

—¿Como hizo el comisario ese que ayudó a huir a Alessandro Chiesa?

—Ese es un error que estamos corrigiendo, se lo aseguro —afirmó el clérigo.

—Ya.

—¿Puedo ver al comisario?

—Usted verá. Es la última puerta al final del pasillo.

El padre Miguel abandonó la oficina, dejándoles a solas.

—En serio, ¿quién es ese? —reiteró el inspector.

—El cura de mi pueblo.

—Bromeas.

—La verdad es que no, aunque también es la persona que me introdujo en el Vaticano.

—¿El mismo con el que tuviste esa bronca ayer por teléfono, cuando volvíamos de Huesca?

—Sí.

—¿Y qué hace aquí?

—Ya te lo he dicho, le han mandado para ayudarme. Al menos, eso dice.

—¿Confías en él?

—Ahora mismo no tengo otro remedio. Dice que han retenido a Alessandro Chiesa en Italia, a la espera de que podamos demostrar su implicación en el asesinato de su mujer.

—Sería bonito si fuese cierto.

—Lo comprobaremos cuando atrapemos al asesino. ¿Has averiguado algo del sospechoso?

—¿De Rafael Cano? No mucho. Ayer estuve toda la tarde investigando, pero averigüé muy pocas cosas de él, por eso no te llamé. No conseguí encontrar ningún rastro suyo en las redes sociales —aseguró Barrios rascándose la cabeza—. En su carnet de identidad consta que vive en un pueblo de León, así que llamé al cuartel de la Guardia Civil de allí y me dijeron que la casa en la que vivía está abandonada. Los padres murieron hace años y nadie reclamó la herencia. Lo único que pudieron decirme de ellos es que tenían un hijo, Rafael, que se fue a estudiar al extranjero y del que no se volvió a saber nada más en el pueblo. No tenemos su dirección actual y tampoco tiene cuentas bancarias. No hace la declaración de la renta, no consta que haya trabajado nunca y lo único que he logrado encontrar sobre él es una concesión de una beca de Erasmus para irse a estudiar a Roma hace veinte años.

—Roma —murmuró Roberto—. Ahí debió empezar todo.

—Ese tío es un fantasma. No tiene nada a su nombre, a excepción de la furgoneta que conducía cuando la Guardia Civil le multó en Castiello de Jaca. La única opción que nos queda es mandar una alerta a todos los cuerpos de seguridad del país para que la localicen, pero eso va a resultar difícil cuando ni siquiera el comisario nos apoya. Estamos solos en esto.

—¿Qué hay de ese primo tuyo, el informático?

—No estaba en Jaca, pero le he convencido para que venga. Solo he tenido que explicarle para qué era y se ha apuntado al momento.

—Esperemos que pueda ayudarnos a llegar hasta nuestro sospechoso.

Roberto tenía cada vez más claro que el tal Rafael Cano era la persona que estaba detrás de las desapariciones. Roma, Huesca, Jaca... Tres lugares en los que había estado, con un nexo en común: Vidar.

¿Por qué había elegido ese apodo?

Sacó su teléfono y escribió ese nombre en el buscador. El primer resultado fue significativo.

—Hijo de Odín. Es el dios del silencio, la venganza y la justicia —leyó en voz alta.

—¿De quién hablas?

—De Vidar, es un dios nórdico.

—No estoy muy puesto en esa mitología.

—Yo tampoco, pero no creo que sea un nombre elegido al azar.

Miró el resto de resultados, ninguno referido al dios, hasta que hubo uno que le llamó la atención: un *malware* creado en 2018, que se usaba para robar la información de los ordenadores en los que se instalaba.

Estaba terminando de leer el artículo cuando el padre Miguel regresó a la oficina.

—Solucionado.

—¿El qué?

—Pronto podréis trabajar juntos en la investigación.

—No entiendo —murmuró Barrios.

—He hablado con el comisario unos minutos y se ha mostrado dispuesto a dejar que el inspector trabaje con nosotros. Es decir, con la Interpol —aseguró mirando a Roberto—. Para ello será necesaria la autorización de sus mandos superiores, la cual conseguiré en cuanto llame a Roma. El actual director de la Policía Nacional está muy vinculado al Vaticano por tradición familiar y seguro que entenderá nuestra situación y la apoyará.

—¿Está de broma? —preguntó Barrios, desconcertado.

—Para nada.

—¿Y qué pasa con la UCO y la Guardia Civil? —preguntó Roberto—. No les va a gustar que metamos las narices en su investigación.

—En realidad, esa investigación es competencia de la Interpol. Tú mismo lo has dicho. El primer asesinato se produjo en Italia, lo que te capacita para perseguir aquí al asesino.

—Yo no pertenezco a la Interpol y ese capitán de la UCO lo sabe.

—Tu identificación dice que sí, por lo que no debería preocuparte.

—Pues me preocupa.

—Tranquilo, yo me ocupo.

—¿Que usted se ocupará?

El cura sonrió antes de responder.

—El obispo Lombardo no me envió aquí solo para hacerte compañía. Hablaré con él para que te consiga el respaldo legal, si llega el caso.

Roberto se limitó a encogerse de hombros y miró a Barrios, que esbozó una ligera sonrisa.

—Con la iglesia hemos topado —dijo este.



El primo de Barrios parecía un universitario recién levantado de la cama. Gafas de pasta, pelo despeinado, barba de varios días y una camisa de rayas verticales blancas y azules que no parecía haber visto una plancha desde que la habían sacado de la tienda. Llevaba consigo una mochila voluminosa, de la que sacó un portátil, un teléfono móvil y varios cables que repartió por la mesa, ante la atenta mirada del inspector y de Roberto. El padre Miguel había regresado al hotel para descansar un rato de su viaje, dejándoles a los tres solos en el despacho del inspector.

—¿Habéis entrado en la web? —preguntó el informático cuando lo tuvo todo preparado.

—Sí, pero al llegar al test decidí no escribir nada —respondió Roberto—, por si acaso me rastreaba de algún modo.

—Has hecho bien. Todavía no sabemos a lo que nos enfrentamos.

—Según el testigo, primero respondió a una serie de preguntas y luego le pidieron que instalase una aplicación en el teléfono. Puede que se trate de un virus. Antes he visto en Internet que existe un *malware* llamado Vidar, que te roba todos los datos.

—Lo conozco, pero se trata de un virus oculto en un archivo ISO, para instalación de software en el PC, no es una aplicación. Esto que me comentas es diferente, aunque debe tener el mismo objetivo. ¿Cómo se llama la web?

—Escribe «Dios Vengador, formas de matar a tu mujer» y te saldrá la primera.

—Usaré un buscador privado para que al entrar en la web no pueda detectar la IP de origen ni la ubicación. —Tecleó la frase en el buscador con un fondo de pantalla en tonos azules y obtuvo un listado de direcciones. La que buscaba apareció la primera—. Vamos allá.

Tal y como le había ocurrido a Roberto, al entrar vieron una pantalla en negro con la imagen de una puerta en el centro. Clicó con el ratón sobre la puerta y apareció una pregunta con dos posibles respuestas: sí y no. La pregunta era muy clara:

¿Estás seguro de querer matar a tu mujer?

Pulsó sobre el «Sí», con lo que apareció una segunda pantalla con una nueva pregunta y las mismas opciones de respuesta.

¿Tu vida sería más feliz sin ella?

—Sí —murmuró con una ligera risa mientras pulsaba y aparecía una nueva pregunta.

¿De qué modo te gustaría que muriese?

A continuación había una serie de posibles respuestas. Las primeras eran serias: apuñalada, de un disparo, envenenada, ahogada... Luego, había respuestas más descabellas, como «*tirándole un piano encima*» o «*lanzándola desde un avión*». Así hasta un total de veinte. La última era una casilla en blanco que encima ponía: escribe la tuya.

—La verdad es que el tío tiene gracia —dijo el informático soltando una carcajada—. Voy a elegir la del piano.

—No —le contradijo Roberto cuando se disponía a clicar—. Elige esa.

—¿Ahogada?

—¿Tú crees? Es muy aburrida.

—Hazme caso. Seguro que las otras respuestas son para comprobar si el usuario va en serio o no.

—Está bien.

El informático le hizo caso y pulsó en esa opción, con lo que pasaron a la siguiente pantalla. De nuevo una pregunta y un listado de opciones.

¿Qué harías si te quedases viudo?

Las primeras respuestas eran «*rehacer mi vida con otra mujer*» y «*celebrarlo con los amigos*», aunque de nuevo había respuestas cómicas.

—Me gusta la de «*construir un museo y ponerle su nombre*».

—Déjate de chorradas —le reprendió Roberto—. Haz clic en «rehacer mi vida con otra mujer».

Durante los siguientes minutos siguió pasando una pantalla tras otras, eligiendo una opción para las preguntas que se iban planteando. Siempre había respuestas cómicas, lo que dejaba claro que el test estaba pensado para diferenciar a los usuarios que se lo tomasen en serio de los que solo querían pasar un rato divertido. Roberto tuvo claro desde el principio que la primera postura era la correcta.

Por fin llegaron a la última pregunta:

¿Cuánto dinero estarías dispuesto a pagar por ver a tu mujer muerta?

Tuvo claro qué respuesta elegir:

«Lo que haga falta».

Tras eso llegaron a una pantalla en la que se encontraron con el siguiente texto:

Si hablas en serio y estás pensando en deshacerte de tu mujer, no corras riesgos y pulsa aquí.

Al hacerlo, un nuevo texto apareció en pantalla:

Yo puedo hacerla desaparecer sin que te veas implicado. Nadie podrá acusarte. La haré desaparecer y nadie podrá encontrarla jamás. Si estás interesado, instala la siguiente aplicación en tu teléfono y hablaremos a través de ella.

Pulsó el botón de continuar y accedió a una página con el título «App Private Message» y debajo un texto en el que se explicaba que era una aplicación segura para establecer una comunicación codificada, en la que los mensajes se borraban después de una hora, y que era indetectable para la policía. Debajo dos opciones de descarga: iPhone o Android.

—Ahora empieza lo bueno.

Pulsó sobre Android y le apareció un mensaje con una casilla.

Escribe tu correo y accede al enlace de descarga desde tu teléfono.

—Un tío listo, solo quiere que la gente la instale en su teléfono, de ese modo accederá a todos sus datos —murmuró el informático.

Abrió una serie de pantallas en su ordenador, en una de las cuales tecleó varios códigos, y luego pulsó de nuevo el botón de Android. Tras una espera de varios segundos, asintió con la cabeza.

—Ya tengo descargado el archivo de instalación de la App. Voy a tener que analizarlo detenidamente durante un rato. ¿Por qué no os vais a tomar un café? Te llamaré cuando lo tenga —dijo mirando al comisario Barrios.

—De acuerdo, nos vemos en un rato. Vamos a tomar una cerveza.

Una vez salieron de la comisaría, Roberto comentó:

—Menudo personaje tu primo.

—Sí, es el friki de la familia —aseguró Barrios soltando una carcajada—. El tío es un coco. No veas la cantidad de criminales que han pillado en la Brigada gracias a él.

—Imagino que es de fiar.

—No te preocupes por eso. Lo que descubra quedará entre nosotros.

Caminaron hasta el bar situado frente al hotel, que se había convertido ya en el lugar preferido de ambos para reunirse. Justo cuando estaban en la puerta, vieron que el padre Miguel cruzaba la calle en dirección a ellos, así que le esperaron.

—¿Ya ha descansado, padre? —le preguntó Roberto cuando llegó a su altura.

—La verdad es que he deshecho la maleta y poco más. He estado haciendo algunas gestiones por teléfono. De momento os interesará saber que os he conseguido apoyo. Bueno, en realidad no he sido yo directamente.

—¿Qué tipo de apoyo?

—Hay un equipo del Grupo Especial de Operaciones de la Policía Nacional, en Madrid, esperando la orden para apoyaros en lo que necesitéis.

—¿Un equipo del GEO? —preguntó Barrios, sorprendido.

—Sí, eso me han dicho.

—¿Pero cómo...?

—Ya os lo dije. Vuestra investigación se ha convertido ahora en una investigación de la Interpol y la policía española suele disponer de personal de apoyo para estos casos. Es lo que me

han explicado. Espero que os sea de ayuda.

—Me deja alucinado, padre —comentó Roberto.

—¿Seguro que es usted cura? —preguntó Barrios.

—Sí. Todo es gracias a los contactos que me ha proporcionado el Vaticano para que solicite ayuda cuando sea necesaria. Y en caso de que no puedan ayudarnos, se ocuparía el obispo Lombardo en persona.

—Al final va a ser verdad que tienen ustedes más poder del que yo suponía —comentó Roberto.

—Te daremos todo lo que necesites para atrapar a los culpables, tenlo por seguro —sentenció el padre Miguel.



La espera se hizo algo más larga de lo previsto. Tanto que pasaron casi dos horas hasta que Barrios recibió una llamada de su primo para que regresase a la oficina. Una vez allí, les recibió con una amplia sonrisa.

—Tú tenías razón —dijo señalando a Roberto con el dedo—. Le he mandado la aplicación a un amigo mío que es un friki de los virus y está alucinando. Pocas veces había visto algo así.

—Me alegra que le guste.

—La aplicación contiene un *malware* que te roba todos los datos, tal y como sospechabas. Accede a tus redes sociales, datos bancarios, compras, tarjetas de crédito, fotos, archivos... Todo lo que tengas en el teléfono y las aplicaciones instaladas. Obtener algo así debe costar una pasta, sobre todo porque son aplicaciones que cada poco deben actualizarse para que el *malware* siga siendo indetectable.

—¿Quieres decir que con él se puede saber todo sobre la persona que lo instale? —preguntó Roberto.

—Así es. Ten en cuenta que hoy en día tenemos toda nuestra vida en el teléfono. Gracias al *malware*, el asesino puede estudiar a fondo al cliente, antes de saber si es viable o no aceptar el trabajo.

—Y si puede pagarle —añadió Barrios.

—Efectivamente.

—¿Puedes llegar a él a través del virus?

—Imposible. Los datos los recibe en un servidor situado fuera de España, probablemente en China o incluso en la India, al que accede sin que nadie pueda rastrearle.

—Entonces, ¿cómo podemos saber su identidad?

—Instalando la aplicación en un teléfono y quedando con él. Lo hemos hecho con algunos pederastas.

—Yo no pienso instalarme ningún virus en el teléfono —aseguró Barrios.

—No hace falta. Tenemos teléfonos preparados para eso.

—¿Y Vidar no se daría cuenta? —intervino Roberto—. Ten en cuenta que utilizará el virus para rastrear la vida del supuesto cliente.

—Eso no es problema. Disponemos de personas virtuales de distintas edades que utilizamos para cazar a los criminales, con perfiles falsos en redes sociales e incluso con cuentas bancarias que parecen reales. Podemos usar una de ellas, aunque me llevará un tiempo elegir el perfil adecuado y ajustarlo a lo que me pidáis.

—Debería ser uno similar al de ese hombre de Huesca —reflexionó Roberto en voz alta.

—Podemos empezar cuando queráis. Sentaos y decidme qué datos necesitáis.

—Será mejor que os deje solos —dijo el padre Miguel—. Aquí no puedo ser de mucha ayuda y la verdad es que ahora sí que necesito acostarme un rato.

Salió de la oficina, por lo que Roberto decidió seguir sus pasos. Lo alcanzó cuando estaba en la puerta.

—Padre, quiero disculparme.

—¿Por qué? —le replicó, sorprendido.

—Por las cosas que le dije por teléfono antes de que viniese aquí.

—Tenías motivos para estar cabreado. Se suponía que ibas a recibir toda la ayuda que necesitas y no fue así.

—Tengo que reconocer que al principio, sí la recibí. El comisario Rossi consiguió que la policía compartiese su investigación con nosotros y que nos apoyase, por eso no entiendo que luego ayudase a Chiesa a huir.

—No te preocupes por ese tema, ahora está en manos de las autoridades italianas. Lo que debes hacer es centrarte en atrapar al asesino. Si me necesitas, estaré en el hotel descansando.

—Gracias, padre.

Roberto regresó al interior de la comisaría, donde Barrios y su primo estaban discutiendo sobre el perfil del falso cliente.

—Nos vendría bien si tuviese unos sesenta años y su mujer igual —dijo el inspector—. Un empresario con mucho dinero y una amante por la que querer deshacerse de su mujer.

—Una veinteañera cachonda.

—¡Eso! Modelo de Instagram.

—A ver, seamos serios —intervino Roberto—. Tiene que ser creíble que quiera deshacerse de su mujer. Él debería tener unos cincuenta años, con un negocio del que ella sea propietaria y por eso necesite quitarla de en medio.

—¿Qué tal un fabricante de ropa de Madrid? —sugirió Barrios.

—No, tiene que ser un lugar pequeño, que conozcamos y podamos controlar. Donde sea fácil acorralarle.

—Jaca no puede ser, eso está claro. ¿Entonces cuál?

Roberto se quedó unos segundos pensativo, analizando todos los lugares en los que había estado, hasta que un nombre surgió con fuerza en su cabeza.

—Llanes.

—¿Eso dónde está?

—En Asturias. Vivo cerca y lo conozco como la palma de mi mano. Es un pueblo turístico, no demasiado grande, en el que se le podría detener fácil montando una buena operación.

—En ese caso, nuestro hombre podría ser un hostelero. Imagino que habrá hoteles en Llanes.

—Unos cuantos.

—Pues ya tenemos por dónde empezar. Ahora hay que pensar un motivo por el que quiera librarse de su mujer.

—Eso ya es tarea vuestra —dijo el informático—. Yo, de momento, me ocuparé de crear una vida que sea creíble. Utilizaré alguno de los muchos perfiles falsos de los que disponemos en redes sociales y haré los ajustes necesarios.

La melodía de un teléfono móvil les interrumpió en ese momento.

—Perdonad —dijo Barrios sacándolo de su bolsillo—. Vuelvo enseguida.

Mientras salía de la oficina, Roberto miró al informático.

—¿Tardarás mucho en crear esos perfiles falsos?

—Bastante, sobre todo si queremos que no sospeche nada. —Al decir eso, miró su reloj—. Yo pensaría en pedir unas pizzas para comer. Esto nos llevará unas cuantas horas.

No se equivocó. Se pasaron el resto del día creando una persona desde cero y construyendo a su alrededor todo aquello que el asesino pudiese averiguar de él. Pidieron unas pizzas para comer allí mismo y no descansaron hasta conformar todos los detalles de una persona que solo existiría de forma virtual. A última hora de la tarde ya tenían un perfil perfectamente diseñado.

Andrés Villa Ginés, director del hotel Las Palomas de Llanes, de cuatro estrellas. Cincuenta años de edad y con sesenta mil euros en una cuenta personal, más otra cuenta compartida con su mujer con trescientos mil euros. Ambas cuentas eran falsas y se habían creado gracias a un programa informático bastante caro de origen israelí, según les explicó el informático.

Casado con Teresa Martín Amieva, tres años mayor que él, dueña del hotel y también con un perfil falso en Facebook. En la red social incluyeron fotos retocadas en las que aparecían juntos en distintos lugares y nunca en actitud excesivamente cariñosa. En el caso de ella, incluyeron algunas fotos de viajes en los que salía ella sola.

Ambos vivían en el hotel y no tenían hijos.

A continuación, el informático utilizó un teléfono que había traído consigo para volcar ahí toda la vida del supuesto empresario hostelero, instalando y configurando las aplicaciones que permitirían al asesino investigar su vida, una vez que lo hubiese hackeado. También incluyó fotos del marido con una mujer atractiva, de unos treinta años, que dejaban clara su relación sentimental con ella. En varias de ellas, incluso aparecía desnuda.

—¿De dónde han sacado todas esas fotos? —le preguntó Barrios al verlas.

—La gente no se hace una idea de las fotos suyas que circulan por la nube y de lo fácil que es acceder a ellas. Disponemos de una base de datos muy extensa, que solemos utilizar para crear falsos perfiles en redes sociales.

—Me dejás alucinado.

—No te puedes imaginar la de perfiles falsos que hay por ahí, de todas las edades. Va a llegar un momento en que habrá más *bots* interactuando en Internet que personas reales.

—Me temo que eso ya está pasando.

El informático desconectó el cable que unía el teléfono a su portátil y se lo entregó a Roberto.

—Bueno, ya lo tienes listo. La aplicación ya está instalada, usando un correo falso, así que ahora solo falta que ese tal Vidar se ponga en contacto contigo.

—Veremos cuánto tarda.

—De todas formas voy a estar aquí en Jaca hasta mañana, por si me necesitáis, y después mi primo ya sabe cómo comunicarse conmigo. Espero que tengáis suerte.

El plan de Roberto era negociar con Vidar el asesinato de su supuesta mujer y acordar el pago inicial en un lugar donde le estarían esperando, para atraparle cuando fuese a recoger el dinero. Simple, pero a la vez complejo. Muchas cosas podían fallar y si eso ocurría, puede que se les escapase para siempre.

Por ese motivo, decidió no jugárselo todo a una sola carta y le propuso a Barrios viajar al día siguiente al pueblo de León, de donde parecía proceder Vidar.

—Tenemos varios días de margen hasta que se ponga en contacto con nosotros y quizás podamos obtener alguna información valiosa sobre su pasado —dijo para convencerle.

—¿Mañana? Vaya, lo siento, pero no puedo. Necesito quedarme en Jaca para resolver un tema personal.

—¿No será con Isabel? —dijo su primo—. ¿Es ella la que te llamó antes?

—No, era por otro asunto.

—¿Al final qué pasó con el piso?

—Se lo quedó ella.

—¡Qué cabrona!

—Bueno, en realidad era suyo.

—¿Y dónde vives ahora?

—De momento, con un compañero, hasta que encuentre un piso.

—Pues lo tienes claro. El precio de los pisos en Jaca se ha puesto por las nubes.

—Lo sé. He encontrado uno a la venta, pero me piden una entrada que no me puedo permitir.

—El problema es que apenas hay alquileres. Ahora la gente alquila por días, no por meses, porque sacan mucho más dinero de esa forma y no corren el riesgo de que los inquilinos dejen de pagar y no puedan echarlos.

—Supongo que algo terminaré encontrando —dijo Barrios, dirigiéndose a continuación a Roberto—. Siento no poder acompañarte mañana.

—Puedo esperar al lunes, si te va mejor.

—No, es mejor que vayas tú. No sabemos cuándo se pondrá en contacto Vidar y antes de que lo haga nos interesa saber lo máximo posible de él.

—En ese caso, le diré al padre Miguel que me acompañe. Podemos ir y venir en el mismo día.

—A ver si tienes suerte y averiguas algo nuevo sobre él.

—Eso espero.

Se despidieron y Roberto regresó al hotel. Había sido un día largo y al siguiente tenía más de cinco horas de viaje en coche.

Solo deseaba que mereciese la pena el viaje.



El padre Miguel le estaba esperando cuando bajó a la recepción esa mañana. Se le veía con una sonrisa radiante, a pesar de que eran las siete de la mañana. Todo lo contrario que él.

—¿Qué tal has dormido, Rober?

—Regular.

Esa noche le había costado conciliar el sueño, esperando un mensaje en el teléfono que no se produjo. A pesar de ser consciente de que era probable que el asesino tardase varios días en contactar, tenía la esperanza de resolver aquel caso lo antes posible y eso le mantuvo inquieto parte de la noche. No dejaba de darle vueltas al plan y a preguntarse si tendría éxito.

Al final logró cerrar los ojos, aunque se despertó sobresaltado en varias ocasiones, siempre a causa del mismo sueño. Era de día y avanzaba por un camino de piedra hacia una casa de dos plantas y fachada de piedra. Una casa antigua, con el techo medio derruido y la puerta abierta. Dentro reinaba la más absoluta oscuridad, tanto que se veía incapaz de entrar. Era como si el mal le esperase en el interior de aquella casa, como si algo terrible hubiese sucedido allí dentro.

El miedo le hacía retroceder y despertarse, pero, en cuanto se dormía, el mismo sueño volvía a atraparlo.

—¿Hay algo que no te deja dormir? —preguntó el cura.

—Me preocupa que el plan que hemos diseñado no tenga éxito. Si Vidar se nos escapa, podríamos perderle la pista para siempre.

—Todavía no me has contado en qué consiste ese plan.

—Se lo contaré de camino a León. Tenemos más de cinco horas de viaje en coche por delante.

—No tenemos por qué tardar tanto. Hay un jet privado esperándonos en Pamplona para llevarnos a León.

—¿Se refiere al mismo que me trajo hasta aquí?

—Sí. El comisario Rossi regresó con él a Roma y el obispo lo puso de nuevo a nuestra disposición. ¿Cómo crees que llegué tan rápido a España? Ya hablé con el piloto anoche, cuando me comentaste lo de este viaje, para que solicitase un plan de vuelo hasta el aeropuerto de León. Allí nos esperará un coche de alquiler para viajar hasta ese pueblo. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Boñar. Está a unos cuarenta minutos de León.

—Es un pequeño viaje en coche, nada comparado a si tenemos que ir desde aquí.

—Veo que lo tiene todo bien organizado.

—Con un poco de suerte estaremos de regreso de noche.

Abandonaron el hotel y se dirigieron a Pamplona, en cuyo aeropuerto les esperaba el avión listo para despegar. Al final, un viaje de más de cinco horas quedó reducido a tres, que fue lo que tardaron en presentarse en el pueblo de Boñar.

Lo primero que le llamó la atención a Roberto fueron las terrazas cerradas de madera que se encontraban a ambos lados de la calle principal. Apenas había gente paseando, quizás porque todavía era temprano y el tiempo tampoco acompañaba demasiado, con un manto de nubes oscuras que amenazaban lluvia.

Siguió las indicaciones del GPS de su teléfono, que le guio al cuartel de la Guardia Civil. Antes de llegar a su destino, pasaron junto a la iglesia del pueblo, donde el padre Miguel le pidió detenerse.

—Me gustaría hablar con el párroco, mientras tú investigas. Es un viejo conocido.

—De acuerdo.

Le dejó junto a la acera y continuó su camino hasta llegar a la casa cuartel. Allí preguntó por el sargento, que le recibió después de cinco minutos de espera, vestido de civil. Se presentó a él como investigador de la Interpol.

—¿Qué hace la Interpol aquí, en Boñar? —preguntó el sargento, sorprendido.

—Buscar información sobre un posible criminal internacional.

—Por aquí no vienen muchos extranjeros.

—En realidad es alguien de aquí, que cometió un crimen en Italia hace años. Su nombre es Rafael Cano González.

—Lo siento, pero yo solo llevo un año aquí destinado. No voy a poder ayudarte mucho.

—Mi compañero de investigación, un inspector de policía de Jaca, habló con alguien de este cuartel que conocía a la familia de esta persona y que le habló de ella.

—Imagino que hablaría con el Cabo 1º Soria, que es de aquí, de Boñar, pero ha cogido unos días de permiso y está fuera.

—¿Y no hay forma de hablar con él?

—No lo sé, aunque... —El sargento se quedó pensativo unos segundos—. Hay alguien con quien podrías hablar: Ginés, el alcalde del pueblo. Conoce a todo el mundo. Seguro que él te puede ayudar.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Normalmente en el ayuntamiento, pero hoy es domingo. Puede que esté en alguno de los bares de la general tomando algo.

—¿La general?

—Es la carretera que atraviesa el pueblo, donde están la mayoría de los bares.

—¿Dónde hay un par de terrazas cerradas con madera?

—Ahí mismo.

Roberto se despidió de él y se dirigió a la calle que le había indicado. Nada más aparcar se encontró con una mujer, así que le preguntó por el alcalde.

—Acabo de verlo en el Negrillón tomando un café.

—¿Dónde es eso?

—Es el bar que hay un poco más adelante —dijo apuntando con el dedo.

Roberto cruzó la calle y nada más entrar preguntó a una de las camareras. Esta le señaló a un

hombre que estaba solo al otro extremo de la barra. Era de pequeña estatura y complexión fuerte, con poco pelo en la cabeza. Calculó que pasaba de los cincuenta años de edad.

—¿Es usted el alcalde de Boñar? —preguntó Roberto llegando a su altura.

—Mario Ginés —dijo sonriéndole—. ¿Quién lo pregunta?

—Soy el inspector Fuentes, de la Interpol.

El hombre le miró con interés.

—¿Inspector? Espero que no estés aquí por algún crimen.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ya tuvimos nuestra ración de crímenes hace unos años —aseguró sin perder la sonrisa.

—En realidad estoy aquí para investigar el pasado de alguien que vivió en Boñar hasta hace unos veinte años.

—Eso es mucho tiempo.

—Lo sé, tal vez le suene su nombre. Se llama Rafael Cano González.

—¿Rafa? —preguntó sorprendido.

—¿Lo conoce?

—Claro. Jugaba al fútbol con mi hermano cuando eran críos.

—¿Qué puede contarme de él?

—Que si buscas a un asesino en serie, seguro que es él.



A Roberto le sorprendió el comentario del alcalde.

—¿Por qué dice eso?

—Es una broma —respondió el hombre soltando una carcajada—. Nunca he visto un chaval tan tímido y callado como él.

—¿Lo conocía mucho?

—Lo normal, como se conoce a la mayoría de la gente en el pueblo. Se marchó a estudiar al extranjero y ya no volvió. Hizo bien.

—¿Por qué?

—El ambiente en su casa no era el mejor, sobre todo después de lo que les ocurrió a sus padres. Imagino que este lugar le traía malos recuerdos, por eso se marchó.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Su padre era un buen hombre, aunque demasiado bueno, por no decir tonto. Se casó con su madre porque estaba muy enamorado y porque ella supo camelarlo. Todos conocían a Rocío en el pueblo. Era ligera de cascos, como se suele decir, y el padre de Rafa fue el único tonto al que pudo cazar. En fin, cosas que pasan en los pueblos —dijo tomando un sorbo de su café.

—Por favor, siga. Estoy muy interesado en conocer el entorno familiar de Rafael.

Roberto sabía que los sucesos en la niñez y la adolescencia explicaban el comportamiento posterior de muchos asesinos, en especial de los asesinos en serie.

—El padre tenía un buen trabajo en la fábrica de talco —prosiguió Ginés— y una casa que había heredado de sus padres, con una pequeña huerta detrás. El problema fue que su mujer no era una buena persona. Era muy manipuladora y se decía que le ponía los cuernos bastante a menudo.

—¿Cómo era la relación con su hijo?

—Lo castigaba bastante, por lo que me contaba mi hermano, y solía humillarlo en más de una ocasión, sin importarle quién estuviese delante. Le decía que era tan tonto como su padre y que nunca llegaría a nada. Por suerte, el chaval se fue a estudiar a León. Quería ser policía. Era su sueño. Eso le ayudó a salir del ambiente tóxico de su casa, aunque los fines de semana volvía al pueblo y el panorama que se encontraba no era muy halagüeño. El padre se había dado a la bebida y la mayor parte del tiempo estaba borracho. En cuanto a la madre, se rumoreaba que estaba liada con el director de uno de los bancos. Una mañana, cuando Rafa estaba en León estudiando, la encontraron muerta en la huerta de casa. Alguien le había dado varios golpes en la cabeza hasta matarla.

—¿Quién lo hizo?

—Nunca se supo. El entonces sargento de la Guardia Civil era muy amigo mío y me contó que el principal sospechoso era el marido, porque ese día se había quedado en la cama, enfermo, y no fue a trabajar, aunque no pudieron encontrar pruebas concluyentes de que la hubiese matado él. Por desgracia, seis meses después murió de cáncer y el caso quedó sin resolver.

—¿Y el hijo?

—La última vez que lo vi fue en el entierro del padre. La verdad es que me impresionó lo afectado que estaba, más que en el funeral de su madre, donde no echó ni una lágrima. Después de eso, no volví a verle. Mi hermano me dijo que se había ido a estudiar una carrera a Roma, con una beca que le habían dado, y nunca regresó a Boñar. Ni siquiera se ocupó de la casa. Ahí sigue, abandonada y a punto de caerse abajo. Si quieres te la enseño, está aquí al lado.

—De acuerdo —aceptó. Era una oportunidad para seguir hablando con él.

El alcalde apuró su café de un trago y salieron del bar para cruzar la calle y continuar de frente.

—Está ahí delante.

—¿Nadie del pueblo ha vuelto a tener contacto con él? —le preguntó mientras caminaban uno al lado del otro.

—No, que yo sepa. Y eso que hubo gente interesada en comprar la casa, pero nadie consiguió localizarle. ¿Por qué le busca ahora la Interpol?

—Por algo que sucedió en Roma hace veinte años.

—Pensé que esas cosas prescribían.

—Esta no.

Ginés se detuvo al pie de una portilla de hierro. Al otro lado había un camino de tierra que llevaba hasta una casa de dos plantas con parte del tejado derruido. Las paredes exteriores estaban desconchadas y con marcas de humedad. A ambos lados del camino que llevaba hasta ella crecían las malas hierbas, dando al lugar un aspecto de total abandono.

Roberto se quedó sin habla al reconocer la vivienda. Era la misma que había visto en su sueño repetidas veces la noche anterior.

—¿Esta es... la casa? —preguntó sintiendo cómo se le cortaba la respiración.

—Sí, aquí vivía Rafa con sus padres. Qué extraño —murmuró mientras empujaba la portilla para acceder a la finca.

—¿El qué?

—La puerta de la casa parece abierta.

Ginés entró al interior y Roberto siguió sus pasos, mientras una sensación de peligro le acompañaba. Era diferente a lo que había sentido en otras ocasiones. No era un frío helador que le indicase que allí se hubiese cometido un crimen, sino más bien todo lo contrario. Una sensación de calor que le cortaba la respiración.

El alcalde se acercó a la puerta y observó la cerradura.

—La han forzado —dijo. Antes de que Roberto pudiese impedirselo, entró en el interior de la casa—. ¡Malditos ocupas!

—No creo que sean ocupas —aseguró entrando detrás de él—, la casa está a punto de caerse.

—Pues hace un par de días pasé por aquí y la puerta estaba cerrada. Estoy seguro. Si fuese tú, sacaría la pistola.

Lo haría si tuviese una, pensó Roberto.

Juntos echaron un vistazo al interior, donde no había más que polvo cubriendo los muebles y telarañas por todas partes. Las paredes estaban descoloridas y dos grandes manchas de humedad

en el techo indicaban que aquel lugar había dejado de ser habitable mucho tiempo atrás.

Roberto entró en el salón y se fijó en una estantería con diversos portafotos, cubiertos de polvo. Al acercarse vio que todas eran fotos de una mujer muy guapa, con el pelo largo y moreno, aunque con una mirada que no inspiraba confianza.

—Es la madre de Rafa —dijo Ginés—. Todo lo que tenía de guapa lo tenía de pendón.

Se acercó para observar las fotos con más detenimiento y, por las marcas de polvo de la repisa, dedujo que faltaba un marco. Lo confirmó cuando al pisar en el suelo, sonó un chasquido. Era un trozo de cristal que se había partido con el peso de su cuerpo. Al lado había un marco de madera y un trozo de papel sobre él. Se agachó para recogerlo y vio que era una foto rota, en la que aparecía la misma mujer con un brazo de hombre rodeándola por encima del hombro. Alguien la había rasgado para llevarse la otra parte.

No necesitó esforzarse mucho para imaginar quién debía salir en ella.

—Joder, ha estado aquí —murmuró.



Serían cerca de las ocho de la tarde cuando Roberto recibió una llamada del inspector Barrios.

—¿Qué tal va todo por León? ¿Habéis llegado bien? ¿Alguna novedad?

—La verdad es que sí —respondió Roberto—. Creo que está aquí.

—¿Quién?

—Vidar.

—¿Está ahí, en ese pueblo de León?

—Eso creo, o al menos ha estado hace poco. Fuimos a visitar la casa de sus padres y alguien había forzado la puerta, llevándose parte de una foto del salón. Estoy casi seguro de que era una foto de sus padres, de la que arrancó la parte en la que salía su madre para llevarse la otra. Creo que ella es el origen de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Según me ha contado el actual alcalde, la madre no era una buena persona. Castigaba a su hijo a menudo y le ridiculizaba en público, además de engañar a su marido con otros hombres. La asesinaron hace veinte años, justo antes de que Rafael se marchase a estudiar a Italia.

—¿Quién la mató?

—El caso quedó sin resolver. Los investigadores pensaban que había sido el padre, aunque no tenían pruebas que lo demostrasen. La cuestión es que seis meses después falleció por un cáncer y ahí acabó todo. Creo que eso pudo ser el inicio de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Llevo toda la tarde pensando en ello y he llegado a varias conclusiones —expuso Roberto—. El primer dato importante es el apodo que utiliza nuestro asesino, el que usaba ya en su día en el chat a través del cual se puso en contacto con el marido de la primera víctima. Vidar es un dios nórdico, el dios de la justicia y la venganza. Parece claro que nuestro hombre gana dinero con los crímenes, pero tiene que haber también un componente personal. Castiga a las mujeres. No porque hayan hecho algo malo, sino porque para él todas las mujeres merecen ser castigadas. Las ve como seres capaces de humillar a sus hijos y de engañar a sus maridos, y tienen que ser castigadas por ello, como lo fue su madre a manos de su padre.

—¿Crees que odia a las mujeres por cómo era su madre?

—Así ocurre con la mayoría de los psicópatas y este parece tener un perfil muy claro. Disfruta castigando y asesinando a mujeres.

—Pero sabemos que lo hace por dinero.

—Una cosa no está reñida con la otra.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Le he pedido al sargento de la Guardia Civil de aquí que busquen su furgoneta. Tenemos la matrícula, así que han pasado los datos a los otros puestos de la zona y llevan todo el día patrullando a ver si dan con ella. Yo también me he dado una vuelta por el pueblo y los alrededores, pero de momento no ha aparecido.

—¿Y estás seguro de que es él? Cualquiera pudo entrar en la casa.

—Es él... lo presentí —dijo Roberto tras dudar qué palabra utilizar.

—Puede que se haya largado ya del pueblo.

—De todas formas nos vamos a quedar aquí esta noche. Hemos cogido una habitación en un hostel y el alcalde ha insistido en invitarnos a cenar.

—¿Entonces volvéis mañana?

—Depende de si la Guardia Civil localiza la furgoneta o si Vidar se pone en contacto por la aplicación.

—Entiendo que de momento no lo ha hecho.

—No, aunque si lo hiciese, quizás tendríamos que irnos corriendo a Asturias para prepararlo todo.

—Avísame si eso sucede.

—¿Ya has resuelto tu problema?

—¿Problema? —preguntó Barrios.

—El que te obligó a quedarte en Jaca.

—Ah, sí. Ya está todo resuelto.

—Me alegro.

—Avísame si hay alguna novedad.

Esa noche cenaron con Ginés en un pequeño restaurante del pueblo. El alcalde se pasó la velada contándoles anécdotas del pueblo y sus habitantes. Lo hizo con una ironía que les arrancó más de una carcajada, incluido el padre Miguel, que demostró tener un sentido del humor bastante agudo.

Bebieron vino, degustaron muy buenos platos y se olvidaron de los oscuros acontecimientos que se cernían sobre ellos. Sobre todo Roberto, que logró desconectar de sus pensamientos durante la velada. Tanto fue así que después de cenar aceptó la propuesta de Ginés de tomarse una última copa antes de ir a dormir.

En esa ocasión el padre Miguel no les acompañó y prefirió regresar al hostel a descansar, así que los dos entraron en el mismo bar en el que se habían conocido esa mañana, el único que tenía algo de animación a esa hora.

—Imagino que tomarás un Larios con tónica —dijo el alcalde al llegar a la barra y acercarse la camarera.

—Demasiado fuerte antes de ir a la cama —le replicó.

—¿Qué dices? Es el mejor digestivo que existe.

—Está bien, pero prefiero otra ginebra que no sea Larios —le pidió a la camarera.

—¿Beefeater?

—Sí, esa me vale.

—Los jóvenes sois demasiado flojos —protestó Ginés—. Me acuerdo cuando mi padre tomaba Gordons. ¡Eso sí que era ginebra!

—Soy de otra época.

—De aquella los paisanos bebían de verdad. No había tantas mariconadas como ahora, con sombrillitas y gominolas en las copas.

Roberto se limitó a sonreír y mirar a su alrededor. No habría más de diez personas en el bar.

—No parece que haya mucha gente —comentó.

—Es lo normal en esta época del año. Además, es domingo y la gente mañana trabaja. En verano está más animado, pero fuera de eso estamos los del pueblo y algún jubilado que tiene casa por aquí.

—La gente huye de los pueblos.

—Y más de este, después de lo que ocurrió hace unos años.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí también tuvimos a nuestro asesino en serie particular.

—¿No me digas? —replicó Roberto, sorprendido.

—Un cabrón que secuestraba y asesinaba a niñas. Menos mal que una compañera tuya lo detuvo. Igual la conoces.

—No creo.

—Se llamaba Verónica. Eh... Verónica Cuevas, si mal no recuerdo.

Al escuchar eso, le miró desconcertado.

—¿En serio?

—¿La conoces?

—Inspectora de policía, de pelo moreno y largo.

—Una tía con un par de ovarios.

—La misma.

—¡Una tía cojonuda! —exclamó Ginés dándole una palmada en el hombro—. ¿Y cómo le va la vida?

Roberto le contó que habían trabajado juntos en una investigación recientemente. Eso dio pie para que Ginés le preguntase sobre el trabajo policial, lo que derivó en un relato de algunos de los asesinos a los que se había enfrentado, sin entrar en muchos detalles.

Tomaron esa copa y detrás otra, mientras el alcalde retomaba de nuevo el mando de la conversación y le relataba algunas anécdotas divertidas de la gente del pueblo. Cuando Roberto se dio cuenta, iban ya por la tercera copa y sentía la cabeza tan embotada que dudó si sería capaz de llegar por sí solo a la cama.

Menos mal que el hostel se encuentra a cincuenta metros, pensó.

Le costó deshacerse de Ginés y convencerle de que tres ginebras ya eran suficientes. Finalmente, se separaron, cada uno en direcciones opuestas, y Roberto llegó a su habitación por su propio pie, aunque apenas fue capaz de descalzarse. Se dejó caer sobre la cama y antes de que se diese cuenta ya estaba dormido.



Roberto se despertó por la mañana con un ligero dolor de cabeza, menor de lo que esperaba teniendo en cuenta lo que había bebido la noche anterior. Al ver que estaba vestido, tendido sobre la cama, decidió desvestirse y darse una ducha. La necesitaba.

Mientras el agua caía sobre su rostro se dio cuenta de un detalle. Esa noche no había soñado con la mujer fallecida ni nada relacionado con ella. Nada de sueños extraños.

Eso le desconcertó y le hizo preguntarse si tal vez tuviese algo que ver el hecho de que hubiese bebido más de lo aconsejable la noche anterior.

¿Podría ser que el alcohol anulase su don?

Tras una ducha que duró más de lo habitual, salió del baño dispuesto a vestirse y tomar un café en alguno de los bares del pueblo. Algo se lo impidió. Una luz sobre la pantalla del teléfono que le había proporcionado el primo de Barrios le indicaba que tenía un mensaje.

En cuanto la desbloqueó, supo que por fin se iba a poner en marcha el plan.

Soy Vidar. ¿Sigues queriendo eliminar a tu mujer?

No dudó la respuesta que debía teclear.

R: Sí.

V: Te costará mucho dinero

R: No me importa.

V: ¿Estás seguro?

R: ¿Cuánto me costaría?

V: Cien mil euros.

R: Es mucho dinero.

V: El riesgo es grande.

Esperó unos segundos antes de escribir una respuesta. No quería parecer demasiado ansioso y que desconfiase.

R: ¿Cómo puedo saber que lo harás?

V: Lo he hecho antes.

En ese momento, recibió varias imágenes que fue abriendo una a una. Eran capturas de pantalla de varios titulares de prensa. Una mujer desaparecida en Jerez de la Frontera, otra en Badalona y una tercera en Albacete. Las fechas eran dispares, años 2009, 2013 y 2020.

Lo primero que se preguntó Roberto fue cuántos años llevaría haciendo aquello y a cuantas mujeres habría asesinado. Tal vez se aprovechaba de esas desapariciones en su beneficio y no estaba implicado en ellas, aunque algo le decía que sí lo estaba. Trataba con un asesino en serie que había hecho de su psicopatía un lucrativo negocio.

V: Te aseguro que no correrás ningún riesgo. Nadie podrá acusarte.

R: ¿Cómo puedo estar seguro?

V: Te daré instrucciones para que sea así, aunque deberás buscar una coartada que la policía no pueda poner en duda.

R: ¿Cuándo sería?

V: ¿Tienes prisa por disfrutar de esa preciosa rubia sin esconderte?

Estaba claro que había accedido a las fotos de su teléfono. Decidió improvisar una respuesta convincente con la que conseguir que la detención no se alargase mucho en el tiempo.

R: Mi mujer quiere irse de vacaciones al extranjero con unas amigas.

V: Puedo esperar.

R: Yo no. Va a estar fuera casi dos meses.

V: ¿A dónde se va?

R: A recorrer Estados Unidos y luego a Cuba y a Costa Rica.

V: ¿Cuándo?

Aquí era donde debía meditar bien la respuesta. El plan era atraparle cuando fuese a recoger el dinero. No obstante, era un plan con lagunas. La principal era que si Vidar decidía investigar el entorno antes de reclamar su dinero, descubriría que todo era un engaño y que ni el hostelero ni su mujer eran reales. No podía darle mucho margen para que lo hiciese.

R: Dentro de unos días.

V: ¿Cuántos?

R: El próximo sábado.

V: Hoy es lunes. Demasiado pronto, nunca actúo con tan poco tiempo.

Tenía razón. Era una fecha demasiado cercana para que elaborase su plan, así que buscó un modo de convencerlo.

R: Todos los jueves queda con alguien con el que se ve a escondidas más, en una casa apartada a la que se llega por una carretera solitaria y sin tráfico. Es el mejor momento para eliminarla. Te resultará fácil.

V: No es así como yo hago las cosas.

Parecía que el plan estaba a punto de irse a pique.

R: Te pagaré más. Otros cincuenta mil euros.

V: El dinero no es lo más importante.

Ya solo le quedaba una última carta que jugarse.

R: Lo cierto es que estoy desesperado. No soporto más la convivencia con ella. Es una manipuladora. Durante años se acostó con todos los hombres que le dio la gana, a espaldas de mí. Todavía lo sigue haciendo. Por fin he encontrado a alguien con quien puedo rehacer mi vida, pero sé que ella jamás me concederá el divorcio. Le interesa mantener esa fachada de mujer casada. Es una maldita bruja.

Los segundos que transcurrieron hasta que obtuvo una respuesta se le hicieron eternos.

V: De acuerdo.

Eso hizo que respirase aliviado y apretase el puño en señal de victoria.

R: Gracias.

V: Tendrás que pagarme la mitad del dinero por adelantado. Setenta y cinco mil.

Parecía que después de todo, el dinero sí que era importante para él.

R: No hay problema.

V: Antes de que termine el día de hoy quiero que me mandes la ubicación de esa casa y la carretera por la que irá tu mujer esa noche, para comprobar si es tan fácil como dices. Mañana te diré un lugar donde depositar el dinero.

No hubo más mensajes, aunque Roberto tenía todo lo que necesitaba. Ahora era el momento de ponerse en marcha.

Lo primero que hizo fue llamar al inspector Barrios.

—Vidar acaba de contactar conmigo.

—¿En serio? —preguntó emocionado—. ¿Y qué tal ha ido?

—Bien. Al principio metí la pata, pero conseguí arreglarlo. El problema es que disponemos de muy poco tiempo para organizarlo todo.

—¿Cuánto?

—Uno o dos días.

- Pues sí, es muy poco.
- Tenemos que movernos rápido. Saldré ahora mismo para Llanes con el padre Miguel.
- Yo también voy, aunque tardaré varias horas en llegar.
- Puedo mandarte un avión.
- Prefiero el coche. No me gusta volar.
- Como quieras.
- Vamos a atraparlo, ¿verdad? —dijo Barrios con voz solemne.
- Eso espero —le respondió Roberto—. No tendremos otra oportunidad.



Media hora después, Roberto y el padre Miguel abandonaban el pueblo de Boñar para dirigirse a Asturias. Les quedaban por delante unas dos horas y media de viaje en coche. Habían optado por no utilizar el jet privado que tenían en León porque eso les habría retrasado más de lo necesario, al tener que esperar la autorización para el plan de vuelo y luego trasladarse desde el aeropuerto de Avilés hasta Llanes. Yendo directos en coche ahorrarían tiempo.

Nada más subirse al coche, Roberto le entregó al cura el teléfono para que leyese la conversación que había mantenido con Vidar.

—No hay demasiado margen de tiempo —dijo este después de leerla.

—Puede que me haya precipitado. Debería haberle dicho la semana que viene o la siguiente, pero tenía miedo de que tuviese tiempo de investigar en Llanes y terminase descubriendo que todo era una trampa. Tampoco pensé que Vidar tardaría tan poco tiempo en comunicarse conmigo.

—Tal vez lo haya hecho porque ya está en Llanes.

—Es una posibilidad en la que he pensado, la verdad.

—De todas formas, te has desenvuelto muy bien en la conversación —aseguró el padre Miguel—. No creo que sospeche nada.

—Estuve a punto de fastidiarla un par de veces.

—Pero lograste convencerle para que aceptase el encargo. Ahora solo tienes que diseñar un buen plan para detenerle.

—Ese es el problema. Solo dispongo de unas horas. Tengo que mandarle los datos de esa supuesta casa y lo siguiente que hará será pedirme que le entregue el dinero en un lugar. Necesito montar un operativo y no dispongo de nadie. No puedo contar con los guardias civiles de Llanes porque estuve destinado allí hasta hace poco y saben que no soy de la Interpol. Además, prefiero no tener que recurrir a ellos.

—No es necesario que lo hagas, ya te lo dije. Hay un equipo de asalto a tu disposición.

—Sí, pero...

Al ver que guardaba silencio, el padre Miguel preguntó:

—¿Qué te preocupa?

—Es la mejor oportunidad que tenemos de atraparlo y no quiero equivocarme.

—No lo harás. Ahora mismo voy a hacer las gestiones para que venga ese equipo de asalto.

Mientras realizaba la llamada, Roberto prefirió mantener su atención en la carretera y planificar mentalmente sus siguientes pasos.

En cuanto a la supuesta casa a la que debía acudir la mujer del hostelero al encuentro de su amante, no tardó en ocurrírsele una que podía ajustarse a esas características. Estaba situada a las afueras de Porrúa, el pueblo en el que vivía, y se llegaba a ella por una carretera aislada y sin tráfico. Un entorno boscoso, con muchos eucaliptos, que facilitarían una emboscada. Parecía que su subconsciente en esta ocasión le había echado un cable.

El problema era que antes de eso iba a tener que efectuar un pago bastante elevado y, dado que desconocía el lugar de la entrega, iba a ser difícil atrapar al asesino en ese momento. Si no lo lograban y Vidar veía que no estaba el dinero, se daría cuenta del engaño y desaparecería para siempre.

La otra opción que les quedaba era localizar su furgoneta antes de depositar el dinero, suponiendo que siguiese utilizando la misma, aunque para eso necesitaban contar con la ayuda de la Guardia Civil. Todo le parecía demasiado precipitado, con una serie de condicionantes que no podía controlar.

Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que había sido un error pensar que podía manejar aquella investigación por sí solo.

—Bueno, ya está —dijo el cura sacándole de sus pensamientos.

—¿El qué?

—El equipo estará en Llanes esta tarde para ponerse a tu disposición.

—¿Tan rápido?

—Ya te dije que estaban preparados.

—De todas formas, tenemos un problema mayor.

—¿Cuál?

—Vidar quiere una entrega de dinero y, cuando esta no se produzca, desaparecerá.

—Eso no es problema. Conseguiré el dinero.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido Roberto.

—Hablaré con el obispo Lombardo para que mañana dispongamos de él.

—¿De verdad que el Vaticano nos va a dar semejante cantidad de dinero así porque sí?

—No es tanto dinero.

—Son setenta y cinco mil euros. Es mucho.

—Que recuperaremos cuando le detengas.

—¿Y si no es así?

—Confiamos en ti.

—¿Por qué?

Ahora fue el padre Miguel el que le miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué el obispo Lombardo confía tanto en mí? Después de todo, apenas me conoce.

—Sabe de tu dedicación y tu entrega. Has seguido en la investigación cuando todo se te ponía en tu contra y eso dice mucho a tu favor.

—Pero eso no garantiza que vaya a tener éxito. Vidar es alguien muy inteligente. El hecho de que no haya sido detenido hasta ahora, lo demuestra.

—Tampoco se había enfrentado a alguien como tú hasta este momento. Estoy seguro de que podrás detenerle.

—Ya veremos —murmuró Roberto.

Él no lo tenía tan claro.



Roberto llegó a Llanes a media mañana, donde le recibió una fina lluvia y un cielo cubierto de nubes. Había dejado al padre Miguel de camino, en su parroquia de Nueva de Llanes, con la idea de verse al día siguiente, en cuanto tuviese el dinero.

Estaba deseando ver a Eva y a sus hijos, pero, dado que todavía faltaban casi tres horas para que ella saliese de trabajar, decidió acercarse a casa. Había alguien que seguro que le echaba de menos y en quien no había pensado hasta ahora.

Aparcó delante de la cochera y, antes de bajar del vehículo, llamó a Eva por teléfono.

—He vuelto —dijo a modo de saludo en cuanto le respondió.

—¿A dónde?

—Estoy en casa.

—¿En serio? ¡Es estupendo! ¿Por qué no me has avisado? Habría pedido el día libre.

—Ha sido una decisión de última hora. Te lo explicaré todo cuando nos veamos en un rato.

¿Qué tal los niños?

—En el cole. Se van a llevar una sorpresa enorme cuando te vean. No dejan de preguntar por ti.

—La verdad es que debería haber hablado con ellos por teléfono alguno de los días que llamé.

—Saben que estás trabajando y no te lo tienen en cuenta. ¿Entonces nos vemos en casa?

—Estaba pensando en acercarme a Ribadesella e ir juntos al colegio a recogerles.

—Me parece estupendo, así la sorpresa será mayor. ¿Nos vemos en el cole?

—Perfecto.

En cuanto se bajó del coche, escuchó los ladridos de Sella en el jardín trasero, donde se quedaba cuando ellos no estaban en casa. Ya sabía que estaba allí, así que se dirigió directo a verla.

La perra se puso como loca nada más verle. Empezó a emitir aquel sonido tan característico en ella, una mezcla entre ladrido y lloro, y se le subió para que la acariciase. Roberto le frotó la cabeza y ella le lamió la cara, a la vez que movía el rabo a una velocidad vertiginosa, como si llevase un año sin verle.

—Me has echado de menos, ¿eh? —Sella ladró un par de veces, a modo de respuesta—. Venga, vamos a dar un paseo.

Para llegar en coche a la casa que iban a utilizar de señuelo, debía atravesar el pueblo de Porrúa y coger una carretera en la parte norte, accediendo a un camino con muy buen firme que

formaba parte de la ruta de Mañanga. Un par de kilómetros más adelante salía un desvío a la izquierda y desde ahí hasta la casa solo había unos trescientos metros de distancia.

Por suerte, no era necesario que cogiese el coche para llegar hasta ese lugar. Cerca de su casa había un camino de tractores que llegaba a la casa sin falta de dar tanta vuelta, así que decidió recorrerlo a pie con Sella. Tenía tiempo de sobra antes de tener que ir a Ribadesella y así la perra correría un poco.

Antes entró en casa para coger un paraguas y ponerse unas botas de caminar, donde le recibió el aroma a hogar que tanto había echado de menos los últimos días. En cuanto la perra vio sus intenciones, comenzó a dar saltos a su alrededor, sin dejar de mover el rabo.

—Venga, sí, vamos.

Le llevó cerca de media hora llegar a su destino, una casa de una sola planta, una antigua cuadra que había sido rehabilitada por un matrimonio de Oviedo que pensaba usarla como segunda vivienda. Al menos eso le habían explicado cuando los había conocido un año antes. Tras unos meses allí, a la mujer no le gustó estar tan aislada y apartada del resto del pueblo, así que optaron por convertirla en vivienda vacacional y comenzaron a alquilarla.

Tal y como suponía, la casa en ese momento estaba cerrada, aparentemente sin alquilar, por lo que Roberto pensó que podrían utilizarla llegado el caso, si no lograban detener a Vidar durante la entrega del dinero. Era un buen lugar al que atraerle, con un bosque de eucaliptos cercano a la casa y una única carretera de acceso que podían bloquear para que no huyese. Solo tenía que crear una historia convincente con la que hacer que picase el anzuelo y al momento se le ocurrió una.

Sacó su teléfono, le hizo una foto a la vivienda y luego entró en la aplicación de mensajería con la que se comunicaba con él. Pulsó el icono de adjuntar y le salieron las opciones de foto, vídeo, documento y ubicación. Eligió en primer lugar foto, seleccionando la que acababa de hacer, y luego escribió un mensaje.

R: Este es el lugar al que viene todos los jueves por la noche. Aquí queda con su amante.

No esperaba obtener una respuesta tan rápida.

V: ¿Cómo lo sabes?

R: Hace unos meses le instalé una aplicación en el teléfono para conocer su ubicación en todo momento, sin que ella lo descubriese. Por eso sé que viene aquí todos los jueves. Dice que queda con unas amigas para jugar al bingo, pero sé que queda con su amante. La seguí una noche y los vi juntos dentro de la casa.

V: ¿Estás seguro de que irá este jueves? Dijiste que el sábado se va de vacaciones.

R: Le pregunté ayer si este jueves jugaría al bingo y me dijo que no se lo perdería por nada del mundo.

Por suerte, Vidar mordió el anzuelo.

V: Mándame la ubicación.

Así lo hizo, lo que dio por terminada la conversación.
Ya no había marcha atrás.
La operación estaba en marcha.



Roberto ya estaba en la puerta del colegio media hora antes de la hora de salida de los niños. Tenía tantas ganas de verlos que no fue capaz de esperar en casa. Nada más llegar, le envió un mensaje a Eva para avisarla de que ya estaba allí y luego llamó al padre Miguel para confirmar cuándo llegaría el equipo de asalto.

—Ya están preparados para viajar a Asturias. Lo harán en dos coches de incógnito. No sé a qué hora llegarán, pero me han dicho que por la noche como muy tarde. Les he dado tu teléfono para que se pongan en contacto contigo en cuanto lleguen.

—Perfecto.

—En cuanto al dinero, me llegará mañana a primera hora, así que puedes estar tranquilo.

—Estoy de todo menos tranquilo.

—¿Por qué?

—Hay muchas cosas que pueden salir mal.

—Confiamos en ti.

Eso no hizo que se sintiese mejor, más bien todo lo contrario. Demasiada responsabilidad, teniendo en cuenta lo que estaba en juego. Sí, hasta el momento se había enfrentado a sectas y a peligrosos asesinos, incluso fuera de España, pero era la primera vez que él solo tomaba las decisiones, sin tener nadie en quien apoyarse. Si alguien había estado a su lado prácticamente todas las veces era Eva, por eso, cuando la vio acercarse con el uniforme puesto, no dudó en abrazarla con todas sus fuerzas.

—No sabes lo que te he echado de menos —le susurró al oído mientras la estrujaba contra su cuerpo.

—Ya lo veo.

Permanecieron un rato abrazados, hasta que se separaron y le dio un beso en los labios. Luego la miró a los ojos sin dejar de agarrarla por la cintura.

—Estás muy guapa. —Llevaba puesta la gorra y el pelo recogido en una cola de caballo.

—¿Te gusto más con uniforme?

—En realidad, me gustas más sin nada, pero de eso hablaremos en casa.

Ella soltó una carcajada.

—Parece que has venido guerrero.

—No sé si tendremos mucho tiempo para nosotros, la verdad. Lo cierto es que quizás debería haber buscado otro lugar para atrapar a Vidar. No sé si habrá sido un acierto traerle aquí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva ensombreciendo el rostro—. Te noto preocupado.

—Tengo miedo de meter la pata y que todo se vaya al traste.
—Hasta ahora siempre has conseguido atrapar a los asesinos a los que perseguías.
—La mayoría de las veces fue porque te tenía a mi lado.

Eso arrancó una sonrisa en ella.

—¿Echas de menos que trabajemos juntos?
—Por supuesto que sí. Tú eres una gran investigadora, mejor que yo.
—Sabes que eso no es cierto.
—Lo es. Además, pienso mejor cuando te tengo a mi lado.
—En Sevilla no te fue tan mal sin mí.

Lo dijo de un modo que no supo muy bien cómo interpretar, por eso sintió un pinchazo en el estómago.

—Ya te dije que en Sevilla no ocurrió nada entre Verónica y yo.
—Lo sé, no lo digo por eso. Solo digo que allí no me necesitaste para resolver el caso.
—Lo habría resuelto antes de tenerte conmigo.
—Eso lo dudo.

—Lo digo en serio, Eva. Tú me conoces mejor que nadie y sabes cómo conducirme en la dirección correcta.

Durante unos segundos, Eva le miró a los ojos y luego le acarició la mejilla.

—¿Qué te ocurre, Rober?

—Tengo miedo de fracasar en esta ocasión. He asumido demasiados riesgos y el asesino podría escaparse por mi culpa.

—¿Por qué no me pones al día?

Roberto le explicó cómo habían logrado contactar con Vidar, gracias a lo que les había contado el empresario de Huesca y al trabajo posterior del primo de Barrios, elaborando los perfiles del supuesto hostelero y su mujer. Luego le relató la primera conversación que había mantenido con él y cómo se le ocurrió conducirlo a Llanes.

—Fue una buena idea —dijo Eva—. Es un pueblo pequeño, donde es más fácil localizarle e impedir que pueda escapar, bloqueando las carreteras.

—Ya, pero para eso necesitaría más apoyo y la verdad es que no confío en la Guardia Civil. Ya viste lo que me ocurrió hace unas semanas. Cualquiera de ellos podría irse de la lengua y fastidiarlo todo.

—En ese caso, es mejor que solo te apoyes en gente de confianza. ¿Con quién cuentas de momento?

—Con el inspector Barrios y un equipo de asalto del Grupo Especial de Operaciones de la Policía Nacional.

—Esa gente es muy buena. Seguro que sabrán hacer su trabajo y atraparle.

—El problema es que si algo sale mal, el sospechoso podría escaparse para siempre.

—Tal y como me lo has contado, dispones de varias posibilidades para atraparle. La primera, cuando recoja el dinero, y si no fuese posible entonces, tendrás una segunda oportunidad cuando trate de asesinar a la mujer.

—La cuestión es que no existe la mujer, como tampoco existe el marido, al menos en la vida real. ¿Y si Vidar está vigilando la casa a la que se supone que debe llegar ella con su coche? O la espera a lo largo del recorrido del trayecto para tenderle una emboscada. Si no la ve aparecer, se dará cuenta de que todo es una trampa y se largará.

—Yo puedo hacerme pasar por la mujer —dijo Eva sin dudar.

Roberto le soltó la cintura y dio un paso atrás, a la vez que negaba con la cabeza.

—De eso nada, no voy a ponerte en peligro.

—Acabas de decir que necesitas mi ayuda.

—Pero no de ese modo.

—Necesitas un señuelo y yo puedo hacerlo.

—He dicho que no voy a ponerte en peligro.

—Nuestro trabajo ya es peligroso de por sí. Lo sabemos desde que entramos en la Guardia Civil.

—Sí, pero ahora tenemos unos hijos en los que pensar.

—Precisamente es lo que estoy haciendo, pensar en ellos. Cuantos menos asesinos haya en el mundo, más difícil será que cualquiera pueda hacerles daño. ¿No es eso lo que me dijiste hace poco?

—Sí, pero...

—No busques excusas —le interrumpió—. Reconoce que solo me tienes a mí, a no ser que quieras ponerle una peluca al padre Miguel.

—¡Muy graciosa!

Ella soltó una carcajada, que ayudó a quitar un poco de hierro a la conversación.

—No, en serio, Rober. Estoy dispuesta a ayudarte en lo que necesites. Prométeme al menos que lo pensarás.

—Está bien.

Acto seguido, Eva miró su reloj.

—Solo faltan quince minutos para que salgan los niños.

—Tiempo suficiente para que hablemos de otro asunto. ¿Qué ocurre con ese compañero que te dijo lo de Sevilla?

—Lo último que supe de él era que estaba de permiso y todavía no ha vuelto —respondió Eva.

—¿Sabes al menos si está aquí, en Ribadesella? Me gustaría hablar con él.

—¿Para qué?

—Para saber quién le pagó para sembrar esa mala hierba entre nosotros.

—Dudo mucho que te lo diga.

—Hay formas de conseguirlo.

—Ya habrá tiempo para eso. Ahora lo mejor es que te centres en el caso que tienes entre manos. Venga, vamos a esperar a los niños en la puerta. —Mientras caminaban hacia el lugar, ella añadió—. Por cierto, ¿sabes que ya he tenido que usar el localizador para las llaves que me compraste?

—¡No me digas!

—No te rías de mí. Ayer, cuando iba a salir de casa, no recordaba dónde las había dejado. Las busqué por todas partes, hasta que no me quedó más remedio que usar la aplicación para encontrarlas.

—¿Y aparecieron?

—Sí, estaban dentro de la mochila que llevo a la piscina.

—Me alegra que te haya servido.

—Luego te lo agradeceré como se merece —dijo ella con una sonrisa insinuante.

Pocos minutos después, una riada de niños comenzó a salir del interior del colegio. Roberto buscó con la mirada a sus hijos, hasta que los vio aparecer. Los dos iban cogidos de la mano, con la mochila en la espalda. En cuanto le vieron, corrieron hacia él sin soltarse.

—¡Papa! —gritaron al unísono cuando se agachó para recibirles con un abrazo.

—Hola, chicos. ¿Me habéis echado de menos?

—¡Mucho! —dijo Berto.

—He hecho un dibujo *mu* bonito —le secundó Emily.

—Ahora me lo enseñas, cuando lleguemos a casa.

—¿Te vas a quedar? —preguntó el niño.

—Eso espero.

—¿Y vamos a ir a comer un helado?

—Hace un poco de frío para comer un helado, ¿no crees?

—A mí me gustan mucho.

—Bueno, lo pensaré.

—¿Qué os parece si vamos a Llanes a comer una hamburguesa y luego un helado? —propuso Eva—. Así celebramos la vuelta de papá.

—¡Sí! —gritaron a la vez los niños.

—Pues vamos.

Emily se agarró de la mano de su padre, mientras Berto cogía la de su madre, para caminar delante de ellos. Apenas habían recorrido unos metros cuando la niña le tiró de la mano para captar su atención.

—¿Has venido a buscar al *señó* malo?

Roberto se quedó perplejo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—*Tene* un coche verde.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice un dibujo.

La niña se detuvo, se quitó la mochila y abrió la cremallera, ante la mirada desconcertada de Roberto.

—Toma —dijo sacando del interior una hoja doblada.

Al abrirla vio que había hecho un dibujo con ceras, en el que se veía lo que parecía ser un coche cuadrado de color verde.

—Es muy bonito, hija.

La niña sonrió, se colgó la mochila de la espalda y le cogió la mano para seguir caminando.

—*Quero* un helado de *fesa*, papá.

—¡Eso está hecho!



Esa tarde la pasaron en familia. Comieron en Llanes, dieron un paseo por el puerto, aprovechando que el cielo se había despejado parcialmente, y terminaron en una heladería que tenía una terraza a cubierto.

Para Roberto fue una inyección de moral estar con sus hijos y verles sonreír mientras se comían un helado. Por unas horas se olvidó de todo. De sus temores y sus dudas, de lo que se avecinaba, del peligro que les acechaba y de los terribles sucesos que le habían llevado hasta allí. Fue feliz durante unas horas, hasta que recibió un mensaje de Vidar en el teléfono hackeado.

V: Me has engañado.

Al momento se le dispararon las pulsaciones. Parecía que lo había descubierto todo y la operación se iba a pique. Aun así, fue capaz de responder con pulso firme.

R: ¿De qué hablas?

V: La casa a la que dices que va tu mujer, está cerrada.

¡Así que estaba allí! Al momento se arrepintió de no haberlo previsto y haberse quedado vigilando la casa por si aparecía. Era lo que tenía que haber hecho, en lugar de ir a Ribadesella a buscar a Eva y sus hijos. Sin embargo, trató de verle el lado bueno. Al menos sabía que Vidar se encontraba en Llanes.

Tecleó la respuesta:

R: Él no vive allí. Solo usa la casa para verse con ella.

Pasaron unos segundos interminables hasta que Vidar volvió a hablarle.

V: ¿Tienes el dinero?

R: Lo tendré mañana.

V: Te diré dónde y a qué hora tienes que dejarlo.

R: De acuerdo.

No pudo evitar que se le escapase una sonrisa de alivio. Había sorteado el primer *match ball*, aunque le quedaban otros por afrontar.

—¿Va todo bien? —preguntó Eva.

—Sí, aunque hemos perdido una oportunidad de oro —se lamentó—. Luego te lo cuento.

—He decidido que mañana hablaré con el capitán.

—¿Para qué?

—Para ayudarte. Le diré que me voy a coger unos días de permiso, que uno de los críos está enfermo y que tengo que cuidarle.

—De eso nada, no pienso permitir que pongas en riesgo tu trabajo.

—No voy a poner nada en riesgo, tengo derecho a cogerme esos días.

—¿Y qué hacemos con los niños?

—No pasa nada porque falten al colegio esta semana. Además, conozco a una chica en el pueblo de al lado que puede quedarse con ellos. Ya le pedí ayuda cuando tú estabas en Sevilla.

—Sí, mamá, Luci es muy guay —intervino Berto.

Eso les dejó claro que estaba atento a la conversación, por lo que Roberto se limitó a asentir con la cabeza, conforme. Acto seguido sacó su teléfono particular, dispuesto a llamar a Barrios, aunque no fue necesario. La pantalla se encendió y vio que justo en ese momento estaba recibiendo una llamada suya.

—Dime —dijo poniéndose en pie y saliendo de la terraza para que los niños no le escuchasen hablar.

—Estoy entrando en Llanes. ¿Dónde nos vemos?

—Ahora mismo estoy en el pueblo con mi mujer y mis hijos.

—He pensado alojarme en el hotel La Paloma. ¿Qué te parece?

—Demasiado riesgo. Vidar podría estar vigilandolo y te vería —aseguró Roberto.

—No sabe quién soy.

—Aun así, es demasiado riesgo. Podrías alojarte en mi casa, tenemos una habitación de invitados.

—Lo último que quiero es molestar —le replicó Barrios.

—Te aseguro que no molestas y eso nos facilitaría mucho las cosas a la hora de movernos juntos.

—Como quieras.

—En cuanto cuelgue te mando la ubicación de mi casa y nos vemos allí en quince minutos.

—De acuerdo. ¿Hay alguna novedad?

—Sí, Vidar acaba de contactar conmigo para decirme que estaba en la casa donde se supone que debería secuestrar a la mujer del hostelero.

—¿Qué casa?

—Una que he elegido, no muy lejos de la mía. Es una pena que no tuviésemos allí a nadie para detenerle. Debí tenerlo previsto y quedarme a esperar.

—Si está en Llanes, puede que le pillemos incluso antes de la entrega. Hice una llamada a la Guardia Civil de Llanes y les di la matrícula de la furgoneta que buscamos. Tal vez tengamos suerte y la encuentren.

En ese momento, Roberto recordó el dibujo que le había entregado Emily.

—Puede que haya cambiado de vehículo.

—¿Tú crees?

—Tengo esa intuición. De todas formas, nos vemos ahora para hablar de todo ello.

—De acuerdo.

Roberto le envió la ubicación de su casa y luego regresó junto a su familia. Tanto Emily como su hermano apuraban los últimos restos de helado de su copa.

—Tenemos que irnos —dijo mirando a Eva—. El inspector Barrios está llegando y he quedado con él en nuestra casa.

Ella asintió con la cabeza y se puso en pie.

—¡Vamos a ello!



Hacía media hora que el sol había dejado de iluminar el horizonte. La oscuridad había extendido su manto, acompañada de una bruma que daba al lugar un aspecto fantasmagórico, debido a la escasa iluminación de las farolas. Había dejado de llover con intensidad, aunque seguía cayendo una fina cortina de lluvia. Eso le ayudaba a pasar desapercibido dentro del vehículo, mientras esperaba paciente a que llegase el siguiente mensaje de Vidar. Ya habían pasado dos horas desde el primero, en el que le había indicado que se dirigiese al aparcamiento situado junto a la playa de El Sablón. Desde entonces, ninguna comunicación más.

—¿Alguna novedad? —escuchó la voz de Barrios por el auricular que tenía en su oreja derecha.

—Ninguna.

—Seguimos a la espera —escuchó la voz del agente Olmo, jefe del comando del Grupo Especial de Operaciones.

La espera se le estaba haciendo eterna, aunque era consciente de que Vidar podía estar vigilándole, atento a cualquier movimiento sospechoso. Por un momento estuvo tentado de quitarse la gorra y las gafas de sol, pero prefirió esperar.

Por fin, pasados unos minutos, recibió el mensaje de Vidar que tanto anhelaba.

V: Sal del coche y dirígete a la playa.

Roberto se puso la capucha del chubasquero y se quitó las gafas.

—Ha llegado el momento —dijo a través del pequeño micro oculto entre su ropa—. Me pongo en marcha.

Cogió la mochila que tenía en el asiento de al lado, en cuyo interior estaba metido el dinero y una tarjeta de visita a nombre del hostelero, que habían improvisado sobre la marcha. También agarró el pequeño paraguas, que desplegó en cuanto abrió la puerta y puso un pie fuera del vehículo. De ese modo dificultaba que Vidar lo identificase, en caso de que lo estuviese vigilando.

Tras discutir con su equipo sobre cómo efectuar la entrega del dinero, Roberto había decidido hacerlo en persona. Su complexión era similar a la del hombre que el informático había seleccionado como gancho, por lo que podía hacerse pasar por él en un momento dado, siempre que no se encontrasen cara a cara.

Colocó el paraguas cerca de su cabeza para que este le ocultase y caminó hasta la playa de El Sablón, deteniéndose en la barandilla blanca de metal que laimetraba. Miró a su alrededor y

comprobó que estaba solo. No había nadie en los alrededores, algo lógico teniendo en cuenta el mal tiempo que hacía.

Un par de minutos después recibió un nuevo mensaje.

V: Dirígete al puerto.

Así lo hizo por la calle que continuaba a su derecha, mientras lo comunicaba por radio. El comando del GEO, compuesto por cinco hombres, se había repartido en dos coches. El primero estaba aparcado en una calle cercana a su posición y el segundo más allá del puerto, cerca de la plaza de Abastos. Por su parte, Barrios y Eva estaban juntos en otro coche, aparcado también cerca de la playa.

—Dejamos el coche y salimos detrás de ti —escuchó la voz de ella.

—No tengáis prisa.

—Tranquilo, iremos dando un paseo cogidos del brazo bajo el paraguas, como una pareja normal.

—Equipo uno a la espera.

—Equipo dos a la espera.

Mientras caminaba, Roberto miró a su alrededor. Un hombre entraba en ese momento en un portal con su perro, mientras un niño, al que no parecía molestar la fina lluvia, corría calle adelante con una mochila a la espalda.

Todos sus sentidos se pusieron alerta, atento a cualquier movimiento sospechoso que se produjese. No tenía ni idea de qué debía hacer con la mochila llena de dinero. Imaginaba que Vidar le pediría que la depositase en algún lugar seguro para realizar la recogida posteriormente, pero no se le ocurría ninguno. Llanes tampoco era un pueblo tan grande como para que alguien no pudiese ser acorralado con cierta facilidad. Al menos así habían diseñado el dispositivo y, de momento, todo iba según lo previsto.

Lo que le llamó la atención fue la indicación de que se dirigiese al puerto, sin especificar por qué calle debía ir. Eso le llevó a pensar que quizás Vidar no estaba vigilando cada uno de sus pasos y que se limitaba a llevarle al lugar establecido de la entrega, donde sí le estaría observando. Aun así, decidió no fiarse.

Recorrió la calle hasta llegar al paseo que transcurría pegado a la ría, cerca de la bocana del puerto, donde divisó las primeras embarcaciones. Una pareja pasó a su lado, al abrigo de un paraguas, y pocos segundos después lo hizo una mujer paseando a un perro, aunque más bien parecía que era el perro el que la paseaba, por cómo tiraba de ella con la correa tensa.

Miró el teléfono y, al ver que no tenía ningún mensaje de Vidar, escribió uno.

R: Estoy en el puerto. ¿Ahora qué?

V: Continúa pegado al puerto hasta el puente de cristal y cruza al otro lado de la ría, a la altura de la oficina de turismo.

La respuesta fue inmediata, así que siguió las instrucciones, mientras comunicaba por radio su recorrido.

—Estamos a cien metros por detrás de ti —dijo Eva.

—Equipo uno, abandonamos nuestra posición en la playa y nos movemos hacia el puerto siguiendo tu recorrido —escuchó la voz del jefe comando.

—Esa calle es de sentido único y dirección prohibida para vosotros —le replicó Roberto.

—No hay problema, no parece que haya tráfico a esta hora.

—Equipo dos, mantenemos la posición junto a la plaza de Abastos.

Roberto llegó al puente que cruzaba la ría y una vez al otro lado se detuvo delante de una tienda de ropa, para mirar a su alrededor. No había nadie más en la zona. Una pareja entró en la sidrería situada a su izquierda, a unos cincuenta metros, pero, aparte de eso, nadie más. Quizás Vidar le estaba vigilando desde alguno de los edificios situados en el puerto.

Entonces lo vio. Un hombre con cazadora oscura y capucha se aproximaba a él desde su derecha, con paso apresurado, pegado a la barandilla que recorría el puerto. No podía verle la cara, porque caminaba encogido y mantenía la cabeza gacha, pero su aspecto era corpulento y caminaba con rapidez, directo a él. Eso hizo que se le encogiese el estómago y se preparase para el encuentro.

—Atentos —murmuró.

El hombre llevaba las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, por lo que Roberto decidió mantenerse quieto, para demostrar que no suponía un peligro para él. Cuando apenas estaba a una docena de pasos, el tipo levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Tenía una barba espesa y oscura, y visibles arrugas bajo los ojos. En ese momento sacó las manos y Roberto tuvo la impresión de que se preparaba para saltar sobre él. Si era así, le iba a costar reducirle porque parecía bastante fuerte.

Entonces, cuando ya estaba a pocos metros, dio un par de pasos en diagonal para pegarse más a la barandilla y pasó a su lado para coger el puente que cruzaba la ría.

Roberto le siguió unos metros con la mirada y respiró aliviado. No parecía que fuese Vidar.

Lo confirmó cuando recibió un mensaje suyo en el teléfono.

V: Continúa a tu izquierda, manteniéndote pegado a la ría y siguiendo su recorrido hacia la salida del puerto.

Antes de hacerlo, miró a su alrededor, para comprobar si veía a alguien observándole. Al ver que no era así, continuó su recorrido, cruzándose con un hombre mayor con un paraguas enorme y una cámara de fotos colgando del pecho. Más allá vio dos mujeres, estas sin paraguas, que caminaban en su misma dirección, cogidas de la mano, y a las que no parecía molestarles la lluvia.

—Me dirijo hacia la salida del puerto —murmuró Roberto por el micro.

—Aquí equipo dos. Abandonamos la plaza de Abastos y nos desplazamos hacia esa posición con el vehículo.

—Nosotros seguimos detrás —dijo Eva—. Hay algunas personas paseando por el puerto, así que esperamos no llamar la atención.

Roberto caminó pegado a la barandilla, mientras al otro lado, en el agua, transcurría el pantalán, donde las embarcaciones se sucedían una al lado de otra. Todas eran embarcaciones de recreo o de pesca, no demasiado grandes. Nada de yates ni barcos de gran tamaño.

Las dos mujeres que caminaban delante de él se detuvieron y se besaron apoyadas en la barandilla, ajenas a cuanto les rodeaba. Ni siquiera le prestaron atención cuando pasó al lado de ellas y él tampoco quiso lanzarles una mirada que las incomodase. Prefería centrarse en localizar el punto en el que podía estar esperándole Vidar.

Pronto divisó las últimas embarcaciones y los mástiles de varios veleros. El paseo continuaba, aunque había una rampa que llevaba hacia la calle situada por encima de su cabeza. Se preguntó si ese sería su destino. Al momento recibió un nuevo mensaje.

V: Busca un barco llamado Juanki, a veinte metros de ti.

Eso le dejó claro que le estaba observando, por lo que procuró no hacer ningún movimiento sospechoso. Avanzó la distancia que le había indicado y pronto divisó el barco. Tenía una cabina cerrada, que ocupaba la mayor parte de la superficie de la embarcación, con unos cristales oscuros que no permitían saber si había alguien dentro.

R: Ya estoy.

V: Pégate a la barandilla y lanza la mochila con el dinero al interior del barco. Procura no fallar o tendrás que saltar al agua para recuperarla.

No era un lanzamiento demasiado complicado. Desde el recodo que hacía la barandilla, había unos cinco metros de distancia a la embarcación. Aun así, tendría que apuntar bien, porque entre el pantalán y la barandilla había unos tres metros de agua. Si se quedaba corto y la mochila caía en el pantalán, no tenía forma de saltar hasta él sin riesgo de caer al agua.

Por un momento dudó si eso no sería lo más acertado. Puede que Vidar estuviese dentro de la embarcación, esperando para arrancar en cuanto lanzase la mochila con el dinero. Aunque existía la posibilidad de que le estuviese observando desde algún lugar y no se acercase a recoger el dinero hasta que lo creyese conveniente. Después de todo, no tenía razones para desconfiar de que todo fuese una trampa, solo era un empresario que quería deshacerse de su mujer, por eso se decantó por la segunda opción. Ese sería el mejor momento para atraparle, cuando fuese a recogerlo.

—Tengo que lanzar la mochila dentro de una embarcación —murmuró cubriéndose con el paraguas, para que nadie pudiese ver el movimiento de sus labios.

A continuación cogió la mochila con la mano derecha y la balanceó al otro lado de la barandilla, calculando la fuerza que debía utilizar en función del peso. En cuanto la lanzó, la mochila hizo una parábola en el aire y chocó contra la puerta de la cabina, cayendo a los pies de ella. No pasaron muchos segundos hasta que recibió un nuevo mensaje de Vidar.

V: Regresa por donde has venido.

Roberto se quedó unos segundos observando la embarcación, intentando distinguir si se producía algún movimiento dentro de ella, y, al ver que no era así, decidió volver sobre sus pasos.

—He arrojado el dinero a una embarcación llamada Juanki —informó—. Creo que se acercará a recogerlo en cuanto me aleje, así que atentos.

—Recibido equipo dos. Abandonamos el vehículo y nos dirigimos al lugar. Tenemos tu posicionamiento.

—Es una barca que tiene...

Sus palabras se ahogaron cuando escuchó el ruido de un motor a su espalda. Al girarse, vio la embarcación abandonar el pantalán y dirigirse hacia la salida del puerto.

—¡Mierda! —protestó Roberto—. Se larga con la embarcación.

—Quietos todos —ordenó el jefe del comando por radio—. Lo más importante es que no sospeche que le estábamos esperando. Equipo dos, regresad al vehículo y prepararos para seguirle a lo largo de la costa. Puede que desembarque en alguna playa cercana. Iré hasta el final de esta parte del puerto para averiguar qué dirección sigue una vez lo abandone.

—Hay varias playas cercanas a Llanes donde podría desembarcar. Puedo acompañaros —dijo Roberto.

—Es mejor que tú regreses al aparcamiento donde dejaste el coche —le contradijo—.

Desconocemos si recibe ayuda de alguien y te están vigilando. No corramos riesgos.

—Nosotros también regresamos —dijo Eva.

Roberto obedeció a regañadientes y deshizo el camino andado. Estaba ya en el puente de cristal cuando el agente Olmo se volvió a comunicar.

—Malas noticias, se dirige mar adentro. Esta vez no podremos pillarle.

Roberto soltó una maldición. Acababan de perder la mejor oportunidad para capturarlo.



Los integrantes del comando del GEO se habían alojado en una villa rural situada a las afueras de San Roque del Acebal, sin otras viviendas cerca y rodeada por un muro de más de dos metros de altura que les mantenía ocultos a miradas indiscretas. Por ese motivo decidieron usarlo como base de operaciones.

Eran las doce de la mañana del día siguiente a la entrega del dinero y todos los integrantes del operativo estaban reunidos en el interior de la casa. El más frustrado de todos era Roberto, a pesar de que la noche anterior, dos horas después de la entrega, había recibido un mensaje de Vidar en el que le decía que todo estaba correcto y que el jueves se ocuparía de su mujer, según lo acordado. Después de eso le diría cómo debía efectuar el pago del resto del dinero.

Acto seguido recibió un segundo mensaje, en el que le pedía que le enviase los datos del vehículo que utilizaría su mujer para el encuentro amoroso y la hora a la que se produciría.

Por último, le aconsejó que buscara una coartada para la noche del secuestro. Le sugirió que pasase la noche fuera de Llanes con alguna excusa y a poder ser con alguien que pudiese confirmarlo. Alguien que no fuese su amante.

La respuesta de Roberto fue que ya lo tenía previsto, que se iría a una cena de hosteleros en Oviedo con un amigo y que no volvería hasta el día siguiente por la mañana, algo con lo que Vidar estuvo conforme.

Eso, sin embargo, no hizo que el humor de Roberto mejorase. Gracias a una llamada de Eva, averiguaron que la embarcación que Vidar había utilizado para recoger el dinero había aparecido esa mañana abandonada en el puerto de Ribadesella, después de que la robasen del puerto de Llanes, según denunció su propietario.

—Debí saltar al barco —se lamentó mientras estaban reunidos en el enorme comedor de la vivienda.

—Era imposible saber si estaba dentro —dijo el agente Olmo, jefe del comando del GEO.

—Tiene razón —le apoyó Barrios—. Si saltas y no llega a estar allí dentro, sino fuera, observándote, lo habrías echado todo a perder.

—La cuestión es que estaba dentro y no logro quitarme de la cabeza que lo tuve al alcance de la mano.

—Tampoco sabes si era él —intervino Eva—. Pudo pagarle a alguien para que recogiese el dinero.

Era una posibilidad en la que no había pensado hasta ese momento. ¿Y si Vidar no estaba solo en aquello? ¿Y si tenía a alguien que le ayudaba a realizar los secuestros? Alguien que

sacase un beneficio económico de ellos; un socio dispuesto a cubrirle las espaldas. Eso sin duda aumentaba el riesgo y las posibilidades de fracaso.

—Es cierto, no me había planteado que pueda haber alguien más que le ayude —murmuró.

—Eso aumentaría notablemente el riesgo —comentó el agente Olmo.

—Lo importante es que de momento no sospecha que estamos detrás de él o no te habría mandado ese mensaje anoche —dijo Eva—. Quiere terminar el trabajo y cobrar el resto del dinero.

—Lo que nos dará una segunda oportunidad para atraparlo —la apoyó Olmo—. Estamos a miércoles, así que disponemos de menos de cuarenta y ocho horas para planificar la mejor forma de tenderle una emboscada. Tendremos que reconocer a fondo el recorrido del pueblo hasta la casa y ver en qué punto podría llevar a cabo el secuestro. Lo más fácil sería que cortase la carretera con algo que la obligase a bajar del vehículo.

—Seguramente lo hará en el viaje de vuelta —apuntó Barrios—. A esa hora es más difícil que otro coche circule por esa carretera. Además, así se asegura de que es ella la que viaja en el vehículo.

—Tendrá vigilada la casa —prosiguió el GEO—, lo que significa que necesitamos un señuelo. Una mujer que se haga pasar por la esposa del hostelero.

—Ya he dicho que lo haré yo.

—¡De eso nada! —replicó Roberto al ofrecimiento de Eva—. Puede ser peligroso. No sabemos en qué momento lo intentará.

—¿Y quién va a hacerlo sino, tú? En cuanto te vea bajar del coche y descubra que no eres una mujer, desaparecerá.

—Tiene que haber otra forma.

—Sabes tan bien como yo que no la hay.

—Es demasiado riesgo, Eva —trató de convencerla—. Un comando no es suficiente para vigilar todo el recorrido desde el pueblo hasta la casa.

—Eso es cierto —le apoyó el inspector Barrios.

—No es la primera vez que me pongo en peligro —aseguró ella.

—Por eso esta vez quiero que te mantengas al margen.

—No puedo mantenerme al margen cuando se trata de atrapar a un asesino.

—Demasiado riesgo —insistió Roberto—. Puede que no esté solo.

—Sé defenderme, ¿recuerdas?

—Escucha, Eva...

—No hay tiempo para pensar en otra estrategia —le replicó ella, tajante—. Yo conduciré el coche y vosotros os aseguraréis de atraparlo.

Roberto sacudió la cabeza.

—No me gusta.

—Ella tiene razón. No tenemos otra opción —dijo el agente Olmo—. Hoy enviaré a dos de mis hombres a recorrer esa zona a pie, como si fueran dos senderistas realizando la ruta que transcurre por esa zona. Ellos identificarán los posibles lugares donde podría llevar a cabo el secuestro y volveremos de noche para confirmarlos, con las mismas condiciones que nos encontraremos el jueves.

—¿Y si elige un punto que no tengáis previsto?

—Llevaré mi arma —respondió Eva.

A Roberto seguía sin convencerle la idea, a pesar de que tenía claro que no había otras opciones.

—De todas formas, no es el único señuelo que necesitamos —prosiguió Olmo—. Si nuestro hombre está vigilando la casa, hará falta un hombre que se haga pasar por el amante y que se presente en ella.

—Yo lo haré —dijo sin dudar Barrios.

—Sería bueno reconocer el interior de la casa, por si intenta realizar el secuestro dentro de ella. No es probable, pero hay que tenerlo en cuenta. ¿Cuándo podríamos hacerlo?

—Ayer hablé con el dueño de la casa y se la he alquilado para el resto de la semana —respondió Roberto—. Solo hay que recoger la llave, que está en una pequeña caja de seguridad junto a la misma puerta.

—Se lo diré a mis dos hombres.

—No, es mejor que lo haga yo —dijo Barrios—. No sabemos si Vidar está vigilando ahora mismo la casa. Seguro que él también está inspeccionando cuál sería el mejor lugar para llevar a cabo el secuestro. Si ve a alguien entrar en la casa, es mejor que me vea a mí.

Roberto asintió con la cabeza, conforme.

—Si os parece, nos vemos aquí mañana a esta misma hora para ultimar detalles —propuso Olmo—, una vez hayamos reconocido la zona tanto de día como de noche. Y elaboraremos el mejor plan posible.

Todos estuvieron de acuerdo, así que Roberto, Eva y Barrios regresaron a casa juntos en el mismo coche. Durante todo el camino, Roberto estuvo muy callado, mientras ellos hablaban con optimismo de la operación y de que todo saldría bien.

Algo le decía que no sería así.



Una vez llegaron a Porrúa, Barrios decidió acercarse a la casa que iban a usar de señuelo, para confirmar que la llave estaba en el cajetín de seguridad y de paso inspeccionar el interior para ver las entradas que tenía. Lo hizo en su coche, después de que Roberto le diese las oportunas instrucciones para llegar hasta ella. Incluso le imprimió en un folio la imagen por satélite de la zona y le marcó el recorrido que debía seguir para no perderse al callejear por el pueblo.

Cuando se quedaron solos, Eva le pidió salir juntos a dar un paseo con Sella y así poder hablar a solas. Lo hicieron tomando el final de la ruta de Mañanga desde su casa, en dirección al eucaliptal más cercano.

Mientras Sella corría feliz delante de ellos moviendo el rabo con su juguete favorito en la boca, un aro morado, Eva le agarró de la mano y se pegó a él.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

—Pero no te gusta que haga de señuelo.

—Por supuesto que no, Eva. No quiero que te pongas en riesgo.

—El riesgo forma parte de nuestro trabajo.

—Eso ya me lo has dicho más de una vez.

—Pensé que querías que trabajásemos juntos.

—Sí, pero... —Roberto notó como las palabras se le atragantaban.

—¿Qué te ocurre, Rober? Estás muy raro desde que volviste de Sevilla, demasiado pensativo. ¿Ocurrió algo allí que no me has contado?

—Ya te dije que no pasó nada entre Verónica y yo.

—No me refiero a eso. Algo te ocurrió que no has querido compartir conmigo.

—No es nada, solo que... —De nuevo le costó hablar—. Os puse en peligro.

—Tú no nos pusiste en peligro.

—Claro que sí. Me amenazaron con haceros daño y me entró pánico al pensar que no era capaz de protegeros, ni ti ni a los niños.

—Para empezar, sé protegerme sola. Creo que te lo he demostrado a lo largo de estos años. —Al decir eso se detuvo para mirarle a los ojos—. Además, proteger a los niños también es misión mía. No todo recae sobre tus hombros.

—Lo sé, pero no me perdonaría nunca que os pasase algo malo por mi culpa.

—El mundo es cruel y lleno de peligros, por eso precisamente hacemos esto, para que sea un poco más seguro.

—¿Y si algo sale mal?

—Nada puede salir mal si estamos juntos. ¿O todavía no te has dado cuenta?

Lo dijo con una sonrisa que él no supo muy bien cómo interpretar. Por eso le preguntó:

—¿Me prometes que tendrás cuidado?

—Claro que lo tendré y lo haré con la seguridad de saber que estarás ahí para ayudarme si algo se tuerce.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y se abrazó contra su pecho. Así permanecieron durante unos segundos, hasta que Sella se les subió reclamando su atención.

—Está bien, ahora llegamos y te tiro el juguete —dijo Roberto volviendo a caminar agarrado de la mano de Eva.

Continuaron hasta llegar al cruce con un camino que salía a su derecha y por el que venía un hombre con una mochila a la espalda y un bastón en cada mano. Tenía una espesa barba oscura, algo canosa y unas enormes gafas de sol, a pesar de que el día estaba nublado.

—Perdonad, ¿voy bien hacia Porrúa?

—Sí, es este camino —le respondió Eva—. El pueblo está aquí al lado.

—Es que estaba haciendo la ruta de Mañanga y creo que me equivoqué de camino. Se supone que tenía que haber llegado a un arroyo o un río, ¿no?

—El arroyo de la Bola —dijo Roberto.

—Ya me parecía a mí. Tendré que dejarlo para otro día, ahora no me apetece dar la vuelta. Muchas gracias.

Se despidieron de él y continuaron caminando, siguiendo los pasos de Sella, que tenía muy claro dónde quería ir. Estaban llegando a la finca donde siempre jugaba con ella a tirarle el juguete, cuando Eva preguntó:

—¿Por aquí no se llega a la casa que vamos a utilizar para la operación?

—No exactamente. Se puede llegar siguiendo este camino, pero por aquí das mucha vuelta. Se llega antes por el otro lado del pueblo. Incluso se puede ir andando por el camino donde encontramos a ese excursionista. Creo que es el camino más corto desde esta parte del pueblo.

—Ahí vienen otros dos excursionistas —dijo Eva señalando con la mirada a una pareja joven que se dirigía en dirección a ellos—. No sabía que tanta gente hiciese esta ruta.

—Habrán aprovechado que hoy no llueve.

—Espero que de noche no haya nadie por aquí. Solo nos faltaba que hubiese civiles de por medio.

—Tranquila, dudo mucho que sea así.

Ella le agarró de la mano con fuerza y sonrió.

—Verás cómo todo va a salir bien.

Roberto no respondió. Se limitó a elevar la mirada hacia los árboles que les rodeaban y se dijo a sí mismo que debía ser optimista. Atraparían a Vidar y todo saldría bien, sin que ninguno sufriese ningún daño.

En especial, Eva.



Eran las nueve de la noche cuando Eva abandonó la carretera principal, que iba de Porrúa a Celorio, y tomó la calle que debía llevarle hasta la casa señuelo.

Al otro lado del cruce, se encontraba Roberto, oculto en su coche junto a una residencia canina y listo para intervenir en cuanto fuese necesario. Iba armado con una pistola de nueve milímetros que le había proporcionado el jefe del comando del GEO.

Olmo y dos de sus hombres se encontraban vigilando la casa, desplegados y ocultos entre los árboles, con equipos de visión nocturna. Llevaban allí desde el mediodía y habían llegado a pie, campo a través, al abrigo de los árboles que poblaban la zona.

Los otros dos miembros del comando se encontraban dentro de un vehículo todoterreno a mitad del recorrido que debía realizar Eva para llegar, ocultos bajo una red mimética, en la entrada a una pista que atravesaba el monte.

El inspector Barrios, por su parte, esperaba en la vivienda, fingiendo ser el amante de la mujer del hostelero y preparado también para intervenir a la menor señal de peligro.

Todos estaban en tensión, deseosos de que Vidar hiciera acto de presencia para detenerle. Quince minutos antes, Roberto le había mandado un mensaje avisándole de que la supuesta mujer del hostelero se había puesto en marcha y que salía de Llanes en dirección a Porrúa. En un mensaje anterior ya le había dado la descripción y la matrícula del coche que conduciría Eva.

Supuso que el secuestrador estaría posicionado en algún lugar cercano a la casa, donde pudiese identificarla al bajarse del coche, y que esperaría a que saliese de madrugada para atacarla. Por ese motivo, el mensaje de Olmo por radio le pareció poco esperanzador.

—Ningún movimiento sospechoso alrededor de la casa.

—Tiene que estar ahí, escondido en alguna parte —le replicó Roberto.

—Tal vez aparezca más tarde. Todavía es temprano —intervino Barrios—. Se arriesgaría a que cualquiera que pase por aquí le vea.

—Son las diez de la noche. ¿Y quién va a estar por esta zona a estas horas?

—Por el día suelen verse excursionistas. Tú mismo lo dijiste.

—Pero no de noche.

—Por aquí no se ve a nadie —aseguró Olmo.

—Tampoco por aquí —dijo uno de los agentes posicionados en el vehículo oculto.

—Pues tiene que estar en alguna parte.

—Tranquilos todos y dejad la radio libre —dijo Eva por el micro que tenía bajo la solapa de su chaqueta—. Acabo de tomar el desvío y me dirijo a la casa.

—Vuelve a llover con fuerza —se quejó alguien—. Menudo día llevamos.

Eva se rascó la cabeza para aliviar el picor de la peluca que llevaba puesta. Esperaba que eso, unas gafas de ver de pasta y un maquillaje exagerado ayudasen a que Vidar la confundiese con la mujer del supuesto hostelero.

Dejó a su izquierda un grupo de viviendas situadas en una pequeña elevación, para continuar por la carretera estrecha que debía llevarle a su destino. Lo hizo a poca velocidad, debido a la lluvia que arreciaba de nuevo en ese momento. No había farolas en esa zona del pueblo, así que prefirió ir despacio. Cogió un desvío a su derecha y luego continuó unos doscientos metros, hasta que divisó una nave de ganado. Era el último edificio que encontraría antes de llegar a su destino.

Fue en ese momento cuando vio a alguien parado en mitad de la carretera. Estaba de pie frente a ella, con una mochila a los pies y un par de bastones tirados en el suelo. Del interior de la mochila estaba sacando lo que parecía ser un chubasquero. Al alumbrarle con los faros, tuvo unos instantes de duda, como si no supiese si apartarse o terminar con lo que estaba haciendo. Al ver que ella se detenía, miró el morro del coche durante unos segundos y luego alzó una mano pidiendo disculpas. Acto seguido se puso la prenda. Era un poncho.

—He tenido que pararme —informó Eva—. Hay un excursionista parado en mitad del camino.

—¿Cómo sabes que es un excursionista? —preguntó Roberto al momento.

—Creo que es el mismo tío de barba que nos cruzamos ayer. El que nos encontramos cuando sacábamos a Sella.

—Podía ser Vidar. Voy a tu encuentro.

—Tranquilo, si no es lo echarás todo a perder. Podría estar observándonos. Espera, parece que ya se aparta.

Una vez se puso el poncho, cogió la mochila en una mano y se acercó al coche por el lado del conductor. Por si acaso, Eva acercó la mano a la pistola que llevaba en el lado derecho de la cadera, oculta bajo la chaqueta.

Conforme se acercaba, se fijó en que había dejado los bastones en mitad del camino, así que bajó la ventanilla hasta la mitad para decírselo.

—Lo siento, necesitaba cubrirme de la lluvia —dijo él, manteniéndose a un paso de distancia del coche e inclinándose hacia delante para hablar con ella.

—Un poco tarde ya.

—Llevaba un paraguas, pero se me rompió con el viento.

Eva no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué hace por aquí a estas horas de la noche?

—Calculé mal la distancia y el tiempo que me llevaría recorrerla. Vengo caminando desde Posada de Llanes.

—Pues ha elegido un mal día para hacer senderismo.

—Me gusta caminar cuando llueve, así no paso calor. Por suerte, ya me queda poco para llegar.

—Sí, el pueblo está ahí al lado.

—Lo sé.

—Antes de irse, debería recoger los bastones del suelo.

—¿El qué? —preguntó como si no la hubiese entendido.

—Que tienes los bastones tirados en el suelo —dijo Eva mirando al frente y señalándolos con el dedo.

Solo fue un segundo, dos a lo sumo, pero suficientes para que no pudiese reaccionar a tiempo. Por el raballo del ojo vio cómo el senderista daba un paso hacia ella e introducía la mano por la ventanilla. Al momento sintió una sacudida en el cuello y su cuerpo se contrajo, como si todos los músculos se hubiesen agarrotado de golpe.

Acto seguido, la puerta del coche se abrió y recibió una segunda sacudida en el costado, esta vez tan fuerte que hizo que perdiese el conocimiento.



Roberto escuchó la conversación, gracias a que Eva tenía el micro abierto en todo momento. Por eso le extrañó que no volviese a decir nada después de indicarle que recogiese los bastones del suelo.

—Eva, ¿va todo bien? —preguntó.

Al ver que ella no respondía, esperó unos segundos. Tal vez todavía lo tenía al lado y no quería descubrirse, así que se mantuvo a la espera.

—Eva, ¿ya estás en camino? —De nuevo no obtuvo respuesta, así que arrancó el coche—. Algo va mal.

—Eva, ¿nos recibes? —preguntó Olmo, sin que tampoco obtuviese respuesta—. Tal vez le ha fallado la comunicación.

—Voy para allá.

—Espera —dijo uno de los hombres del comando que estaba en el vehículo oculto—. Ya se está moviendo. Veo su posición en la pantalla.

—¿Va hacia la casa? —preguntó Roberto, a punto de pisar el acelerador.

—Sí —afirmó, aunque a los pocos segundos, rectificó—. No.

—¿En qué quedamos?

—Ha cogido un camino a la izquierda, el que está al lado del último edificio del pueblo. Puede que se haya equivocado.

—Es imposible, conoce esa carretera tan bien como yo.

—Ya, pero está lloviendo y...

—Ella no se equivocaría —le interrumpió—. Eva, ¿me recibes?

Esperó unos segundos y al ver que no obtenía respuesta, aceleró.

—Voy a buscarla.

—Ese camino por el que va no tiene salida —dijo el agente.

—¿Dónde se encuentra ese camino? —preguntó Roberto mientras cruzaba la carretera principal hacia el otro lado del pueblo, siguiendo la dirección que había tomado ella minutos antes.

—Justo antes de llegar al último edificio del pueblo hay un camino que sale a la izquierda. Ese camino se bifurca luego en dos unos doscientos metros más adelante y cada uno de ellos termina luego en una edificación. No hay salida

En ese momento, Roberto lamentó que no hubiesen tenido tiempo de reconocer bien toda la zona y haberse centrado solo en el recorrido que debía seguir Eva para llegar a la casa. Pisó el

acelerador al máximo que le permitió la estrechez de la carretera y trató de vislumbrar a su izquierda las luces del coche. Los árboles que poblaban la zona se lo impidieron.

No tardó en divisar dos bastones de montaña tirados en el suelo.

—Creo que ese senderista era Vidar y se la ha llevado en su propio coche.

—Salimos detrás de ti —dijo el agente.

—Nosotros vamos a reunirnos con Barrios y os seguiremos con el otro coche —afirmó Olmo.

Roberto pasó con el coche por encima de los bastones y unos metros más adelante cogió el camino que salía a su izquierda. El firme era bueno, lo que le ayudó a coger velocidad.

Mientras conducía, trató de recordar los rasgos del senderista que habían visto el día anterior. Barba espesa, algo canosa, gafas de sol, alrededor de metro setenta y cinco de altura y complexión fuerte. No entendía cómo no había sospechado de él en ese momento, cuando le había visto venir por el camino de tractores que llevaba a la casa que habían usado de cebo. Ningún senderista cogía ese camino y la explicación de que se había perdido le pareció ahora poco creíble, dado que la ruta de Mañanga estaba bien señalizada. Sin duda, debía venir de inspeccionar la vivienda y sus alrededores.

Por suerte, no le llevaba mucha ventaja, un par de minutos a lo sumo, y, si el agente estaba en lo cierto, se dirigía hacia un lugar que no tenía salida.

—¿Qué camino ha tomado de los dos que hay? —preguntó al ver que a veinte metros salía un camino a su derecha.

—Espera un momento —le dijo el agente.

—¡No puedo esperar! —dijo pegando un frenazo para no pasarse del cruce—. ¿Ha seguido de frente o ha cogido el camino de la derecha?

Tardó un par de segundos en escuchar la respuesta.

—El de la derecha.

Roberto aceleró, tratando de no perder el control. Ese camino estaba en peor estado por culpa de la lluvia, con numerosos charcos, por lo que debía tener cuidado. Lo que menos le convenía era salirse del camino con el coche y tener que continuar a pie. Eso podía ser el final para Eva.

—El vehículo está detenido junto a una edificación —aseguró el agente—, donde acaba el camino.

El agente estaba recibiendo dos señales distintas, una proveniente del localizador instalado en el vehículo de Eva y la otra de su teléfono móvil, aunque esa última señal tenía un pequeño retardo. Supuso que en ese momento las dos indicaban la misma posición.

Notó cómo el coche derrapaba de la parte de atrás, lo que le obligó a levantar el pie del acelerador y contravolantear para no salirse del camino. No tardó en divisar una construcción, así que aceleró de nuevo mientras echaba mano de su cadera derecha y sacaba la pistola. Era una cuadra de una sola planta con aspecto de estar abandonada, situada al final de un camino que casi cubría la hierba por completo. Eso hizo que las ruedas patinasen y que de nuevo estuviese a punto de perder el control.

El coche de Eva estaba parado delante del edificio. Tenía ambas puertas abiertas y no parecía que hubiese nadie dentro. Roberto se detuvo a unos diez metros y salió del vehículo apuntando al frente con su pistola, a la vez que usaba la puerta como protección. Esperó un par de segundos, atento a cualquier movimiento en la zona y luego gritó:

—¡Eva!

Al ver que nadie respondía, gritó de nuevo.

—¡Eva, ¿dónde estás?!

Iba a dirigirse hacia el edificio, cuando de pronto escuchó el rugir de un motor y acto seguido vio un todoterreno salir a toda velocidad por la parte de atrás de la cuadra, en dirección contraria a la suya. Su primer impulso fue correr detrás, pero prefirió subir de nuevo a su coche y perseguirlo, mientras enfundaba la pistola. Tomó un camino casi inexistente, formado por unas débiles rodadas que le llevó hacia unos árboles. El todoterreno, que circulaba unos veinte metros por delante, continuó por una pista en muy mal estado, donde las rodaduras eran más profundas, como si la usasen los tractores.

—Le estoy siguiendo, ha cambiado de vehículo —informó a sus compañeros.

—¿Vuelve por la misma carretera? —preguntó el agente que seguía sus pasos.

—No, hemos continuado por un camino a la izquierda de la cuadra, pero no sé si podré seguirle mucho rato. Lleva un todoterreno.

Los temores de Roberto se hicieron realidad cuando, tras un giro a la izquierda del camino, se encontró un gran charco, que logró esquivar saliéndose e invadiendo el campo sembrado que había al lado. Luego giró a la derecha y encaró una zona entre árboles, donde apenas se veían ya los faros traseros del vehículo al que perseguía. De nuevo un charco, este más largo, que no podía esquivar, así que aceleró y rezó para sobrepasarlo. En un primer momento, pensó que lo lograría. De hecho, las ruedas delanteras estaban a punto de salir de él cuando notó cómo perdía velocidad y el coche se detenía en seco.

Roberto aceleró a fondo, pero escuchó las ruedas girar sobre el terreno sin que el vehículo se moviese. Estaba atascado.

No se lo pensó dos veces, bajó del coche y corrió detrás del todoterreno con la esperanza de alcanzarle antes de que llegase al pueblo. Lo hizo tan rápido como sus piernas y el terreno se lo permitieron, hasta que comprendió que no iba a ser posible. El camino de tractores desembocó en uno más ancho y con mejor firme, por el que vio cómo el todoterreno se alejaba a toda velocidad. Eso frustró sus esperanzas de alcanzarlo y solo pudo mirar cómo se alejaba.

Mientras el corazón estaba a punto de salirse por la boca, solo fue capaz de articular unas palabras.

—¡La he cagado!

El coche en el que Vidar se llevaba a Eva era un todoterreno de color verde.



Eva se despertó gradualmente. Lo primero que percibió es que se encontraba en un lugar que no paraba de moverse. Su cuerpo estaba completamente paralizado, o al menos fue la sensación que tuvo. Estaba tumbada de costado, en posición fetal, con las piernas encogidas. Tenía las manos a la espalda y al tratar de moverlas se dio cuenta de que estaban atadas con algo. También sus piernas, a la altura de los tobillos. Trató de hablar, pero una tira de cinta pegada a su boca se lo impedía.

Enseguida se dio cuenta de que viajaba en el maletero de un vehículo que transitaba en ese momento por un terreno en mal estado, de ahí que se moviese tanto. No tardó en llegar a uno más favorable, por el que circuló a mayor velocidad, a tenor de cómo rugía el motor.

Tenía el cuerpo entumecido y los músculos tensos. Trató de recordar lo sucedido antes de perder el conocimiento. El senderista, la descarga en el cuello... Debía haberle atacado con una Taser, una pistola de descargas eléctricas que la dejó fuera de combate, sobre todo después de la segunda.

¿Cómo había sido tan confiada?

Apenas se había distraído un par de segundos, pero suficientes para que él la atacase sin darle opción a reaccionar y defenderse. Un error que ahora podía pagar muy caro.

Lo primero que se preguntó fue dónde la llevaría. Supuso que estaba en el maletero de un vehículo que no era el suyo, ya que el espacio era mayor, aunque todo estaba oscuro y no veía nada. En ese momento lo primero que pensó fue en sus hijos y lo duro que sería para ellos crecer sin su madre. Para Roberto también iba a ser muy duro. Tantos proyectos juntos, que iban a acabarse para siempre.

¡No!, se gritó a sí misma. No podía pensar en que iba a morir. Antes de que eso sucediese, la encontrarían. Tenía instalada una aplicación de geolocalización en su teléfono, que notaba todavía en el bolsillo delantero de sus vaqueros. Es más, seguro que en ese momento estaban persiguiendo el vehículo en el que viajaba y en cualquier momento la rescatarían. Y, aunque no fuese así, no todo estaba perdido.

Cuando el secuestrador descubriese que ella era en realidad una guardia civil y que todo había sido un engaño para atraparle, optaría por huir. No se arriesgaría a hacerle daño. Ella se encargaría de convencerle. Sabía cómo hacerlo.

En ese momento notó cómo el vehículo volvía a transitar por un camino, hasta que un par de minutos después se detuvo. No tardó en abrirse el portón del maletero y una luz la enfocó a los ojos. Una mano se alargó hacia ella y comenzó a registrarla. Primero le arrancó el auricular y el

micro, y después le quitó la pistola que todavía tenía en la funda de su cadera.

—¿Qué coño es todo esto? —preguntó cabreado el atacante, a la vez que arrancaba la cinta de su boca de un fuerte tirón—. Tú no eres la mujer del hostelero. ¿Quién demonios eres?

—Soy sargento de la guardia civil y estás detenido.

—¿Detenido? —dijo soltando una breve carcajada a continuación—. ¿Qué broma es esta?

—Entrégate antes de que mis compañeros te peguen un tiro.

Vidar miró a su alrededor durante unos segundos y luego volvió a poner la atención en ella. Le registró el pantalón, hasta quitarle el teléfono móvil.

—La has cagado, guapa.

Eva vio cómo lanzaba el teléfono lejos, lo que hizo que temiese de nuevo por su vida. Sin el móvil iba a ser imposible que la localizasen, por eso trató de convencerle para que la soltase.

—No complique más las cosas. Es mejor que me desates y te entregues.

Durante unos segundos, Vidar la alumbró con la linterna a la cara, como si estuviese decidiendo qué hacer con ella, hasta que dijo:

—Tú sola te has metido en este lío.

Lo siguiente que sintió fue una fuerte descarga, más intensa que las anteriores, y que la hizo perder el conocimiento de nuevo.



Roberto sintió que la rabia le invadía. Nada había salido como esperaba y ahora Eva estaba en poder de Vidar. No quiso ni imaginarse cómo podía terminar todo.

—No podemos pasar por el camino —escuchó la voz del agente—. Tu coche nos bloquea el paso.

—¿Sigues recibiendo su señal? —preguntó Roberto.

—Sí, la de su teléfono móvil. Está cruzando el pueblo de Porrúa.

Mientras que pudiesen captar esa señal, existía la esperanza de salvarla, así que regresó a la carrera al lugar donde se había atascado su vehículo.

—Estoy volviendo —informó por radio—. Vete dando la vuelta y saldremos detrás de ellos.

No tardó en llegar al todoterreno, al que se subió en el asiento trasero.

—¡Arranca! —ordenó.

El agente situado en el asiento del acompañante sostenía sobre las rodillas un portátil, en cuya pantalla había una imagen satélite de la zona en la que se encontraban, con las carreteras y caminos marcados.

Roberto se inclinó hacia delante para ver mejor y observó la posición de Eva, marcada con un punto rojo con un halo blanco que parpadeaba.

El todoterreno regresó a la cuadra donde se encontraba el coche de Eva y cogió el camino de regreso, donde el conductor pudo aumentar la velocidad.

—Están saliendo de Porrúa por un camino en dirección norte —dijo el agente.

—Lo conozco —afirmó Roberto alargando el brazo para señalar la pantalla con el dedo índice—. Es una pista que va al pueblo de Poo. Lo conozco muy bien.

—Creo que se han parado.

—Tranquilos, les pillaremos —dijo el conductor, acelerando y provocando que el motor rugiese.

—Nosotros ya estamos saliendo de la casa —escuchó la voz de Olmo en su auricular—. Os seguimos.

No tardaron en llegar a la carretera principal y continuar por la pista que encontraron al otro lado de la calzada, el mismo lugar en el que Roberto había esperado con su coche minutos antes al inicio de la operación. Si se hubiese quedado en esa posición, habría podido interceptar el vehículo de Vidar, aunque en ese momento era imposible imaginarse que tomaría ese camino.

—Sigue sin moverse —dijo el agente.

—¡Vamos, acelera! —alentó Roberto al conductor.

Así lo hizo, subiendo las revoluciones del motor.

—Ya estamos cerca —dijo su compañero—. Levanta el pie del acelerador.

—No veo ningún coche.

—Pues están ahí delante.

—¿Dónde?

—Aquí. ¡Frena!

El conductor así lo hizo, provocando que el cuerpo de todos se fuese hacia delante.

—No veo el todoterreno —dijo Roberto. En el lado derecho había una finca y en el izquierdo una hilera de árboles—. ¿Seguro que es aquí?

—Es lo que marca el mapa, este punto.

Roberto se bajó del coche y miró a su alrededor. No había rastro del todoterreno, ni siquiera luces en la lejanía que indicasen qué camino había tomado o hacia dónde se dirigía.

El agente bajó también del vehículo, con el portátil en las manos.

—Más adelante, el camino se divide en dos direcciones opuestas. El de la derecha se dirige a Porrúa y el de la izquierda hacia ese pueblo que has dicho.

—A Poo —murmuró Roberto, que en ese momento estaba en shock.

—Deberíamos seguir el de la izquierda.

—Ha debido de tirar su teléfono por aquí —dijo mirando a su alrededor—, por eso la señal está fija.

—Todavía podemos alcanzarlos, no nos llevan mucha ventaja.

—¿Y si nos equivocamos de dirección?

—Tenemos dos coches.

Eso era cierto. El problema era que, sin una señal que seguir, sería imposible saber hacia dónde se dirigía Vidar. Incluso podía ocultarse en cualquier camino de la zona y no le verían. Iba a ser prácticamente imposible rescatar a Eva y Roberto lo sabía, por eso decidió pagarlo consigo mismo.

Se recriminó haber permitido que Eva participase en la operación y, más aún, que sirviese de señuelo para atrapar a Vidar. La culpa era solo suya. No tenía que haber dejado que lo convenciese.

—¡Mira! —llamó su atención el otro agente señalando la cuneta, unos metros más adelante—. Parecen unos cables.

Se acercaron de inmediato y Roberto se agachó para recogerlos.

—Es el auricular y el micro de la radio. Tampoco va a poder comunicarse con nosotros.

Roberto se sentía tan abatido que ni siquiera prestó atención cuando el otro coche llegó hasta ellos y se detuvo.

—Tenemos que avisar a la Guardia Civil de la zona para que monten un dispositivo urgente —escuchó la voz de Olmo.

—Un poco tarde para eso —murmuró Roberto, con un hilo de voz apenas perceptible.

Otro de sus errores fue creer que podrían atraparlo ellos solos, sin necesidad de más ayuda. Tenía tanto miedo a que un dispositivo demasiado grande alertase a Vidar que no se planteó la posibilidad de que huyese y tuviesen que perseguirlo. Con más agentes habrían podido bloquear todas las carreteras y caminos, pero ellos solos era imposible que lo lograsen.

Por ese motivo, cuando Barrios se acercó a él y le puso la mano en el hombro para preguntarle cómo se encontraba, solo pudo responder una cosa:

—La he perdido.



Eva recuperó la consciencia y trató de orientarse de nuevo. Seguía encerrada en el maletero del vehículo, que de nuevo estaba en movimiento. Tenía la esperanza de que al abrir los ojos Roberto estuviese con ella, que hubiese conseguido rescatarla y ponerla a salvo, pero no era así. ¿Dónde estaría?

Estaba segura de que lograría dar con ella, una certeza que se difuminó en cuanto recordó cómo Vidar le había quitado su teléfono, para tirarlo lejos del vehículo. Sin él, era imposible que la encontrasen. No había ningún otro modo de que Roberto la encontrase.

¡O tal vez sí!

En ese momento recordó cómo, estando embarazada de Emily, se había encontrado en una situación parecida, de la que había conseguido salvarse conectándose mentalmente con Roberto. No sabía cómo ni de qué forma, pero él logró dar con su paradero. Tal vez pudiese hacerlo de nuevo.

Intentó concentrarse y pensar en él, como si lo tuviese al lado y estuviesen manteniendo una conversación.

Roberto, pensó, ¿me escuchas? Necesito tu ayuda. Ayúdame, por favor. Tienes que encontrarme.

Repitió una y otra vez las mismas palabras, concentrándose al máximo, intentando establecer una conexión que ni entendía ni sabía cómo funcionaba. A pesar de que pasaron los minutos sin que ocurriese nada, no se rindió.

Por favor, Roberto.

Al ver que no lograba conectar con él, finalmente desistió. Iba a tener que salir de aquella por sí misma, algo difícil teniendo en cuenta que estaba atada de pies y manos. Trataría de convencer a Vidar para que la soltase. Después de todo, lo que menos le interesaba era hacer daño a una guardia civil. Si no quería que le persiguiesen, la mejor opción que tenía era abandonarla en algún lugar apartado y huir, con tiempo suficiente para que no pudiesen localizarle.

Por ese motivo, cuando el coche se detuvo y a los pocos segundos se abrió el portón del maletero, decidió ser optimista. Esta vez el secuestrador no la alumbró con la linterna. Se limitó a agarrarla para sacarla y luego se la echó al hombro, como si fuese un saco de patatas. Sin duda era un hombre con mucha fortaleza.

—Estás a tiempo de liberarme y huir —le dijo.

—Eso no va a ocurrir —murmuró él.

Caminaron cerca de un minuto hasta que se detuvo y la dejó caer al suelo. Eva sintió un

pequeño vértigo cuando su espalda golpeó contra la tierra y al alzar la mirada vio que se encontraba por debajo del nivel del suelo. Estaba dentro de un hoyo excavado en la tierra, en el que cabía perfectamente tumbada.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Lo mismo que les he hecho a las otras —dijo Vidar mirándole desde el borde, en una posición dominante—, por eso nunca las encontrará nadie. Todas están enterradas en una tumba olvidada. A ti tampoco te encontrarán.

—No tienes por qué hacer esto.

Vio cómo se agachaba para recoger algo del suelo y luego se irguió de nuevo. A pesar de que era de noche, el brillo de la luna asomó entre las nubes, lo que le permitió ver su rostro. Su mirada era fría, carente de humanidad, y esbozaba una sonrisa que le heló la sangre.

—Mis compañeros me encontrarán. Seguro que están a punto de llegar.

—No tendrás esa suerte.

Al decir eso, arrojó sobre ella la primera palada de tierra, y luego una segunda.

Eso hizo reaccionar a Eva. No estaba dispuesta a dejar que la enterrase viva. Aquella no era forma de morir. Antes prefería hacerlo luchando, así que se incorporó como pudo, apoyándose en las rodillas e inclinándose hacia delante, para luego ponerse de pie. Estaba totalmente indefensa, algo de lo que él fue consciente, porque alargó la sonrisa, a la vez que alzaba la pala sobre su cabeza.

—Admiro tu coraje. Lástima que no vaya a servirte de nada.

Eva no pudo esquivar el golpe. La pala la golpeó en la cabeza con fuerza y su cuerpo cayó hacia atrás, sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Notó que sus ojos se cerraban y, antes de perder la consciencia, lo último que sintió fue cómo la tierra caía sobre su cuerpo.



Durante unos segundos, Roberto permaneció con la mirada perdida en el horizonte, donde solo se veían las siluetas de los árboles. La lluvia había dejado de caer y parecía que el cielo comenzaba a despejarse.

—*¿Dónde estás, Eva?*, pensó mientras los rayos de la luna llena asomaban entre las nubes.

—Tiene que haber algún modo de dar con ella —dijo Barrios, situado a su lado—. Deberíamos avisar a la Guardia Civil para que bloqueen todas las carreteras.

—Ya no serviría de nada.

—No te rindas. Tiene que haber alguna forma de encontrarla.

—Es imposible, ya no tiene ninguno de los dos localizadores. Uno estaba en su coche y otro en su teléfono móvil. No hay ninguna forma de encontrarla. La he perdido.

—Tampoco nos lleva tanta ventaja.

—Hay demasiados lugares donde podría habérsela llevado. ¡¿No lo entiendes?! —gritó, pagando con él su frustración—. Puede ir hacia Llanes o hacia Oviedo. Puede coger la autovía y plantarse en Santander en unos minutos. Incluso puede haber cogido cualquier carretera comarcal para ocultarse. Sin el localizador es imposible saber...

De pronto las palabras se ahogaron en su garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barrios, desconcertado por su reacción.

Roberto miró nervioso a su alrededor.

—Rápido, hay que encontrar su teléfono.

—¿Cómo?

—¡Que tenemos que encontrar su teléfono! —gritó volviéndose hacia los demás—. ¡Rápido! ¡Es importante!

—¿Por qué?

No le respondió. Se acercó a los demás, que le miraron expectante.

—Escuchadme, tenemos que encontrar el teléfono de Eva, así que desplegaros por esta zona, a ambos lados del camino. Voy a llamarla. Tal vez tengamos suerte y suene la melodía, aunque suele tenerlo en silencio y conectado a su reloj. En ese caso, se iluminará la pantalla.

Roberto pulsó sobre su contacto y todos esperaron atentos. Por desgracia, no escucharon ninguna melodía.

—Vamos a buscarlo —ordenó Olmo—. Repartíos y buscad por todas partes.

Siguió repitiendo la llamada, una vez tras otra, durante varios minutos, hasta que escuchó gritar a uno de los agentes entre los árboles.

—¡Lo tengo!

Roberto corrió hacia él y lo primero que hizo fue desbloquearlo introduciendo el pin que conocía. A continuación, buscó una aplicación en concreto entre todas las que tenía.

—¿Para qué quieres su teléfono? —preguntó Olmo, situándose a su lado.

—Para encontrarla.

—No lo entiendo.

—Hace poco le regalé un localizador de esos para encontrar las llaves o la maleta.

—¿Un AirTag?

—Parecido, pero con GPS —respondió Roberto, emocionado—. Siempre se dejaba las llaves por ahí olvidadas y me pareció un regalo muy útil.

—Dime que lleva las llaves encima.

—Pronto lo sabremos.

Roberto abrió la aplicación y seleccionó la búsqueda del dispositivo. Pasaron unos segundos hasta que apareció un mapa y un punto señalado en él.

—¡Ahí está! —gritó de alegría—. Va por la autovía, en dirección a Oviedo, a la altura de la gasolinera de Posada. ¡Vamos! Solo nos lleva unos minutos de ventaja. Podemos alcanzarles.

—Tú conmigo y con Roberto en el todoterreno —ordenó el jefe del comando señalando al agente que llevaba el portátil—. Los demás en el otro coche.

Subieron en los vehículos a la carrera y condujeron marcha atrás hasta encontrar un sitio donde dar la vuelta. En cuanto lo hicieron, el todoterreno se puso al frente, con Olmo al volante y Roberto sentado a su lado, sin perder detalle de la pantalla del teléfono.

—De momento marca el mismo punto.

—¿Cada cuánto se actualiza el posicionamiento?

—No lo sé.

—No te preocupes, les alcanzaremos.

Dejaron atrás Porrúa y en pocos minutos estaban cogiendo la autovía, donde Olmo pisó el acelerador a fondo, a todo lo que daba el coche. Por suerte, apenas se encontraron con tráfico. Al no llover, la visibilidad era buena.

Estaban sobrepasando la gasolinera de Posada, cuando Roberto recibió un nuevo posicionamiento.

—Mierda, han abandonado la autovía. Ahora están en la playa de San Antolín.

—¿A dónde la llevará?

Toda la alegría que había sentido hasta ese momento se tornó en decepción cuando vio lo que tardaba el teléfono en actualizar la posición. Existía una carretera comarcal que iba desde la playa hasta Posada de Llanes, atravesando una zona de bosque donde existían varias pistas forestales a ambos lados de la carretera. Si tomaban una de ellas y la señal llegaba con excesivo retardo, tardarían en averiguar su posición.

Por suerte, estaban abandonando la autovía cuando le llegó un nuevo posicionamiento, en una pista situada a la izquierda de la carretera, nada más pasar el Monasterio de San Antolín de Bedón. Transcurría monte arriba, serpenteando entre los árboles, separándose luego en dos direcciones opuestas.

—Sigue paralelo a la playa —le ordenó a Olmo—. Una vez cruzado el río, tenemos que coger una pista forestal.

No quiso pensar por qué Vidar se dirigía a ese lugar. Todas las mujeres a las que había secuestrado estaban desaparecidas, a excepción de la de Jaca, a la que Vidar había enterrado viva. Esa posibilidad hizo que se le encogiese el corazón y sus pulsaciones se acelerasen.

Tenía que confiar en el karma, en que la vida fuese justa con ellos y que no le ocurriese nada malo a Eva. De no ser así, jamás se lo perdonaría.

—Ya veo la pista —dijo Olmo, frenando lo justo para entrar en ella sin perder velocidad.

El todoterreno botó con fuerza sobre el terreno, pero a ninguno de los que iban dentro les importó. Roberto miró el teléfono y vio que el punto no se había movido del mismo lugar, unos doscientos metros más adelante, siguiendo la pista. Tomaron una curva a la derecha, otra a la izquierda y entonces lo vieron. El todoterreno de color verde estaba parado a un lado de la pista, con el portón trasero abierto. Al iluminarlo con los focos, vieron que no había nadie dentro.

Roberto casi no fue capaz de esperar a que Olmo frenase. Abrió la puerta y saltó al exterior, para correr a continuación hasta el vehículo. Al llegar a él, cambió el modo de visión del buscador dentro de la aplicación del teléfono y rezó para que le diese una señal alejada de esa posición.

Pasaron varios segundos hasta que en la pantalla apareció una flecha y un contador debajo. La flecha señaló hacia los árboles que tenía a su izquierda y debajo apareció una leyenda que indicaba que el localizador se encontraba a «35 metros».

—¡Es por aquí! —señaló estirando el brazo.

Roberto corrió en cabeza sin mirar atrás. No podía esperar por nadie. Corrió entre los árboles, por una zona donde la maleza impedía ver por dónde pisaba. Tanto fue así que apoyó mal el pie y cayó al suelo de costado.

Unos brazos poderosos lo agarraron y lo pusieron en pie. Era Olmo.

—Tranquilo, estamos contigo. —Sus hombres le estaban rodeando, formando un círculo, mientras apuntaban al frente con sus subfusiles e iluminaban la zona con las linternas que llevaban debajo del cañón—. Te seguimos.

Se puso de nuevo en movimiento, esta vez teniendo más cuidado por donde pisaba, aunque sin perder de vista hacia dónde le apuntaba la flecha y la distancia a la que se encontraba.

28 metros... 22 metros... 16 metros...

Pronto llegaron a un amplio claro entre los árboles. Fue entonces cuando vio lo que parecía ser una pala tirada sobre un montón de tierra.

—¡Eva! —gritó con todas sus fuerzas, corriendo tan rápido como le permitían sus piernas.

Conforme se acercaba, la luz de uno de los subfusiles le permitió distinguir una fosa excavada en la tierra, lo que hizo que se le cortase la respiración. ¿Y si habían llegado demasiado tarde?

—¡Desplegaos, tiene que estar cerca! —ordenó el agente Olmo a sus hombres.

Roberto corrió hasta la fosa sin prestar ya atención a la pantalla del teléfono, aterrado por lo que podía encontrar. En un primer momento, no fue capaz de distinguir si había alguien dentro, hasta que el propio Olmo lo iluminó.

Eva estaba tumbada, bocarriba, con la mayoría del cuerpo cubierto de tierra, aunque con la cara al aire. Tenía los ojos cerrados y no se movía. El lado izquierdo de la cara lo tenía empapado de sangre.

Con cuidado se arrodilló junto a ella y le acarició el rostro.

—Eva, soy yo. ¿Estás bien? —Al ver que no respondía, le dio unos pequeños toques en la mejilla.

Eso hizo que moviese los párpados. A los pocos segundos, abrió los ojos y le miró.

—¿Rober? —murmuró.

—Sí, soy yo, cariño. Estás a salvo.

—¿Dónde... está?

—No lo sé, pero Olmo se encargará de encontrarle. Ahora tengo que sacarte de aquí. ¿Puedes moverte?

Ella hizo un primer intento de incorporarse, pero no lo consiguió.

—La tierra no me deja moverme. Ese cabrón iba a enterrarme viva.

—Tranquila, ahora estás a salvo —repitió.

Roberto usó las manos para retirar la tierra que tenía encima.

—Yo te ayudo —dijo Olmo.

Entre los dos la desenterraron y la ayudaron a ponerse en pie. Acto seguido, el agente le cortó las bridas de manos y pies con una navaja multiusos que sacó de uno de los bolsillos de su chaleco y, al fin libre, pudo abrazarse a Roberto.

—No creí que pudieseis encontrarme. Cuando me quitó el teléfono y lo lanzó, pensé que todo estaba perdido.

—Eso jamás.

—¿Cómo me encontraste? ¿Usaste tu don?

—No, usé tus llaves.

Ella alzó la cabeza para mirarle.

—¿Cómo que mis llaves?

Roberto besó sus labios y la abrazó de nuevo contra su pecho.

—No vuelvas a darme estos sustos.



Eva estaba sentada en el asiento del acompañante del todoterreno de Olmo, mientras uno de sus agentes le realizaba una cura de urgencia en la herida que tenía en la cabeza.

—¿Es grave? —preguntó Roberto, apoyado en la puerta. Al lado suyo estaba Barrios.

—Ya te he dicho que estoy bien —respondió ella.

—Te han dado un palazo en la cabeza. Tenemos que llamar a una ambulancia para llevarte a un hospital y que te vea un médico.

—No es necesario.

—Perdiste el conocimiento.

—Solo fue un momento.

—No lo creo.

—Estoy bien, de verdad.

Roberto miró al agente que, al sentirse observado, se limitó a encogerse de hombros.

—La herida no es profunda —dijo mientras terminaba de vendarle la cabeza—, pero podría tener un derrame interior. Eso sin hablar de los posibles daños cervicales.

—No me pienso mover de aquí hasta atrapar a ese cabrón —dijo ella.

—De eso ya se está encargando Olmo con sus hombres —le replicó Roberto—. Tienen medios para hacerlo.

Justo en ese momento, escuchó una comunicación suya a través del auricular.

—Roberto, ¿me recibes?

—Sí, dime, Olmo.

—Va a ser difícil encontrarlo. Hay bastantes árboles y arbustos en este monte. Tampoco sabemos la ventaja que nos lleva. ¿Eva te ha dicho algo?

—No, el golpe la dejó inconsciente. De todas formas, no puede llevarnos más de unos minutos de ventaja. Debió irse en cuanto vio las luces de nuestros coches.

—Con más gente podríamos batir toda la zona, pero somos muy pocos. Solo se me ocurre regresar a por los vehículos y recorrer las diferentes pistas forestales, a ver si tenemos suerte.

—De acuerdo, os esperamos aquí.

—No vamos a encontrarle —dijo Barrios, que también había escuchado la conversación a través de su auricular—. En este monte y de noche es imposible. Hay que esperar a que se haga de día.

—Para entonces podría estar muy lejos de aquí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva.

—No consiguen encontrarlo y el terreno tampoco ayuda mucho.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de Posada.

Al escuchar eso, Eva salió del vehículo.

—¿Dónde exactamente?

Roberto sacó el teléfono y abrió la aplicación de mapas.

—Ahora te lo muestro.

—Pon la visión por satélite —le ordenó, tras lo cual cogió el teléfono de su mano—. Déjame que mire una cosa.

Eva movió los dedos sobre la pantalla, ampliando y reduciendo la imagen cuando lo necesitaba, para luego desplazarse a un lado y a otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto.

Pasaron unos segundos hasta que ella se detuvo en un punto del mapa.

—Ya sé dónde está.

—¿Cómo que lo sabes?

—He estado allí —dijo mirándole—. Ya sé dónde ha ido ese cabrón.

—¿Estás segura?

—No al cien por cien, pero merece la pena intentarlo.

—¿Qué es ese edificio? —preguntó Roberto con la mirada centrada en lo que se veía en la pantalla del teléfono.

—Una explotación ganadera. Estuve allí hace unos días interrogando a un hombre cuya mujer desapareció hace un año en Cangas de Onís. Ahora vive y trabaja aquí.

—¿Secuestraron a su mujer?

—Desapareció una noche y no se volvió a saber de ella. El marido no fue sospechoso porque estaba fuera de casa cuando sucedió.

—Joder, Eva, debiste decírmelo antes. Es el mismo *modus operandi* de Vidar.

—Lo siento, no me he dado cuenta hasta ahora, cuando has mencionado que estábamos cerca de Posada —se defendió ella—. Desde aquí hasta esa explotación hay menos de un kilómetro. Puede que Vidar lo sepa y se oculte allí. Incluso es posible que ese ganadero le proteja.

Roberto se quedó pensativo, analizando el mapa, hasta que asintió con la cabeza.

—Se lo diré a Olmo. No perdemos nada por intentarlo.



Dejaron los vehículos entre los árboles y acto seguido se reunieron al borde del bosque. Ante ellos había una finca de unos doscientos metros de largo, sin vegetación tras la que ocultarse hasta llegar a los edificios que formaban la granja. En primer lugar estaba la casa y, detrás de ella, una nave de ganado.

—Avanzaremos pegados al camino, al abrigo de los árboles que lo flanquean —dijo Olmo, señalando a su izquierda—. Cruzar por aquí sería un suicidio. No olvidemos que el secuestrador tiene la pistola de la sargento, así que puede disparar en cuanto nos vea.

—Os acompañaré —intervino ella—. He estado antes en esa granja.

—De eso nada —la contradijo Roberto—, te quedarás aquí con Barrios. Él te protegerá.

—¿Y tú?

—Yo voy con ellos.

—No es necesario —dijo Olmo.

—Claro que sí, mejor seis que cinco. He estado en la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil. Sé lo que tengo que hacer.

—En ese caso, nos queda una escopeta de corredera en el maletero del todoterreno.

—Prefiero la pistola.

—Muy bien —dijo Olmo, asintiendo con la cabeza—, vamos allá.

—¿Seguro que no queréis que os acompañe? —preguntó Barrios.

—Me quedaré más tranquilo si cuidas de ella —aseguró Roberto.

Ella protestó, alegando que podía cuidarse sola, y acto seguido el grupo se puso en marcha.

Avanzaron en hilera al abrigo de los árboles hasta llegar al camino que debía llevarles hasta la explotación agrícola, con las armas preparadas para hacer fuego y atentos a cualquier movimiento sospechoso. Lo recorrieron al paso, con Roberto en último lugar, y al llegar a la entrada de la granja, se detuvieron.

Desde esa posición pudieron ver que la nave de ganado tenía un foco sobre el portón de entrada, aparentemente cerrado. Aparcado al lado, un Mercedes todoterreno. Unos veinte metros a la derecha estaba la vivienda, una casa de dos plantas, no muy grande, con una luz encendida en el interior de una de las ventanas de la planta baja. Desde su posición no podían saber si había actividad dentro, por eso Olmo ordenó por radio:

—Carlos y Luis, situaros detrás de ese todoterreno y apoyarnos desde ahí. Los demás vamos a avanzar hasta esa ventana, a ver si vemos lo que ocurre en el interior.

En cuanto se pusieron en movimiento, Olmo les guio hasta la esquina más cercana de la casa.

Una vez allí, se pegaron a la fachada y avanzaron hasta la ventana que tenía luz en el interior. Eso les permitió escuchar lo que ocurría dentro.

—¡Qué me des las putas llaves del coche! —gritó alguien.

No escucharon la respuesta, aunque sí a la misma voz amenazar a alguien.

—¡Si no me las das, te pego un tiro!

Olmo se asomó ligeramente a la ventana y, después de unos segundos de observación, retrocedió.

—Es la cocina, pero no veo a nadie —susurró.

—Tiene que ser Vidar —dijo Roberto.

—Atentos todos —comunicó por radio el jefe del comando—. Es probable que el sospechoso esté dentro de la casa y tenga retenido a un civil. Está armado, así que de momento mantenemos posiciones.

Pasados unos segundos, Roberto comentó:

—Podría haber una entrada por la parte trasera de la casa. Voy a comprobarlo.

—De acuerdo. Jaime, acompaña-le.

Junto a uno de los agentes, Roberto comenzó a rodear la casa. Las ventanas de la parte trasera permanecían con la luz apagada, así que se asomó a la primera que encontró a su paso. Apenas se veía el interior, por lo que probó a empujarla. Al ver que no cedía, avanzó hasta la siguiente, que en esta ocasión sí cedió y se abrió en cuanto la empujó un poco.

—Podemos entrar por aquí.

—Espera —le pidió el agente, que encendió la linterna con la que iba equipado su subfusil e iluminó el interior.

Era una habitación que tenía la puerta cerrada y en la que había varias cajas apiladas y algunos sacos.

—Parece un almacén —comentó Roberto.

—Hemos encontrado una vía de entrada —informó el agente a través de la radio—, por una ventana que da a una habitación.

—Mantened posiciones, de momento —fue la respuesta de Olmo.

Así lo hicieron durante un minuto, hasta que escucharon de nuevo su voz.

—Parece que va a salir con el civil. Jaime, os necesito apoyando al otro lado de la casa.

El agente se movió con rapidez, no así Roberto, que dudó durante unos segundos. Con los hombres de Olmo posicionados a ambos lados de la puerta y frente a ella, detrás del Mercedes, tenían a Vidar atrapado en un fuego cruzado perfecto. El único problema con el que podían encontrarse era que usase al civil como escudo, por lo que necesitaban a alguien que le atacase por la espalda.

—Voy a entrar por la ventana —informó, tras lo cual guardó la pistola en su funda y se subió al alfeizar, situado a metro y medio.

—No te muevas, Roberto. Mantén la posición.

—Tarde, ya estoy dentro.

Se movió con rapidez hasta la puerta y la abrió muy despacio, lo justo para mirar. Vio un pequeño pasillo en el que no había nadie y una escalera que subía a la segunda planta.

—¡Atrás! —escuchó gritar a alguien dentro de la casa—. ¡Atrás o lo mato!

Imaginó que Vidar había descubierto a los policías que le esperaban fuera.

—Todos quietos, que nadie abra fuego —ordenó Olmo por radio, confirmando sus sospechas.

Escuchó un portazo y luego la voz de Vidar de nuevo.

—¿Les has llamado tú?

—Claro que no —respondió un hombre con voz aterrada.

—¿Y cómo sabían que estoy aquí?

—No lo sé.

—¿Hay alguna salida por detrás?

—Solo dos habitaciones con ventana.

—Túmbate en el suelo, bocabajo. ¡Y no te muevas!

Acto seguido, Roberto escuchó unos pasos acercarse, por lo que se situó detrás de la puerta. Había un 50% de posibilidades de que eligiese para escapar la habitación en la que se encontraba él, así que se preparó para recibirle, aunque apenas tuvo tiempo. La puerta se abrió de golpe y acto seguido una sombra corrió hacia la ventana con la clara intención de salir por ella.

Roberto saltó sobre él cuando ya tenía medio cuerpo fuera y los dos cayeron al otro lado, en el exterior de la casa. Mientras caía de costado, trató de agarrarle por el cuello con el antebrazo. Sin embargo, Vidar demostró su fortaleza lanzándole un codazo al estómago que le obligó a aflojar la presa, lo que aprovechó para invertir las posiciones. Se encaramó sobre Roberto y le agarró del cuello con ambas manos, para apretarlo con inusitada fuerza.

Roberto supo reaccionar con rapidez, elevando las caderas primero y girando hacia un costado después, a la vez que golpeaba con su antebrazo uno de los brazos del atacante. Eso le permitió liberarse de la presa e igualar la pelea.

No contaba con que Vidar le golpease con el codo en la nariz, lo que hizo que durante unos segundos perdiese la orientación y sus ojos se llenasen de lágrimas. Para cuando quiso reaccionar, el atacante estaba de pie apuntándole con la pistola.

El brillo de la luna le permitió ver los ojos de Vidar y lo que se reflejó en ellos le paralizó. Era la mirada de un asesino, de un cazador que no tenía empatía por la vida humana y que estaba dispuesto a dispararle.

Incluso escuchó el leve clic del gatillo comenzando su recorrido.

No sintió temor por ello, sino que le invadió una placentera paz. Eva estaba a salvo y eso era lo más importante. Sus hijos tendrían a alguien que los cuidase y les diese el amor que él ya no podría darles. Lo único que lamentaba era no verles crecer, aunque algo le decía que seguiría presente en sus vidas.

Contuvo el aliento, esperando recibir el mortal disparo, aunque este no se produjo del modo que esperaba. Fue un disparo más grave, más potente, el que resonó en el ambiente. Vidar cayó hacia atrás, como impulsado por una fuerza descomunal, y acto seguido escuchó una voz llamarle.

—Roberto, ¿estás bien?

Giró la cabeza y la vio.

Eva estaba plantada de pie a unos veinte metros de él, sosteniendo entre las manos la escopeta con la que acababa de disparar.



Roberto se incorporó y miró primero a Vidar. Estaba tumbado en el suelo, bocarriba, con un boquete en el pecho y los ojos abiertos. Unos ojos sin vida, de los que ya había desaparecido cualquier signo de maldad.

—¿Estás bien? —preguntó Barrios, llegando a la carrera hasta él—. Te está sangrando la nariz.

—Sí, tranquilo. —Vidar estaba muerto y ya no suponía ningún peligro, así que se volvió hacia Eva, que ya había bajado la escopeta y caminaba hacia él—. Me has salvado.

—No puedes imaginarte la velocidad a la que cruzó este campo en cuanto te vio entrar en la casa —dijo Barrios—. No fui capaz de alcanzarla.

—En cuanto os fuisteis, cogí la escopeta del coche, por si me necesitabais —comentó Eva—. Luego te vi entrar solo por la ventana y algo me dijo que estabas en peligro.

—¿Algo? —preguntó llegando hasta ella para abrazarla.

—Intuición, supongo.

Permanecieron unos segundos así, hasta que la voz de Olmo llamó su atención.

—¿Estáis bien?

—Sí —respondió Roberto—. Lo siento, traté de reducirle, pero era bastante fuerte y me apuntó con la pistola.

—Tuve que dispararle —le secundó Eva.

—Buena puntería —dijo el policía mirando el cadáver.

—Me temo que esta será mi última acción como guardia civil.

Roberto la miró, sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—He participado en una operación sin autorización de mis superiores y encima he matado a un hombre.

—A un asesino que antes intentó matarte a ti.

—Ya sabes cómo son las leyes en España —se lamentó ella—. Como no demostremos que él asesinó a esas mujeres, no servirá de nada.

—De eso me encargo yo —dijo, convencido, caminando hacia el cadáver—. Olmo, voy a necesitar que me dejéis a solas con el cuerpo unos minutos.

—¿Por qué motivo?

—Para obtener respuestas. Luego os lo explicaré, pero es importante que lo haga lo antes posible.

El policía le miró durante unos segundos y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Mientras, hablaremos con el dueño de la granja y comunicaremos lo ocurrido para iniciar proceso del levantamiento del cadáver. Tienes media hora.

—Me basta con unos minutos.

Todos se dirigieron al otro lado de la casa, incluida Eva, dejándole a solas con el cadáver de Vidar.

Roberto miró de nuevo el cuerpo sin vida del asesino durante unos segundos y luego se preparó, siguiendo el mismo ritual de siempre. Agarró su amuleto, realizó varias inspiraciones profundas para tranquilizarse y acto seguido se arrodilló junto al cuerpo para agarrar su mano.

—Ayúdame, Roberto —resonó dentro de su cabeza la voz de Vidar en cuanto tomó contacto con su piel.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó.

—Me gustaría que me enterrasen junto a mi padre.

No era una petición demasiado difícil de cumplir.

—De acuerdo —accedió—. Y ahora dime a cuantas mujeres has asesinado.

—¿Acaso importa?

—A sus familias, sí les importa —le replicó Roberto.

Tuvo que esperar unos segundos hasta escuchar una respuesta.

—Treinta y cinco. Esta última habría sido la treinta y seis.

Era un número muy superior a cualquiera que hubiese imaginado, por eso trató de que no le afectase y continuó con el interrogatorio.

—¿Qué hiciste con los cuerpos?

—Los enterré en lugares donde nadie los encontraría. Si no hay cuerpo, no hay delito, y desaparece tanta gente cada año que al final dejan de buscarlas.

—¿Por qué lo haces?

—Porque pagan bien.

—Los dos sabemos que no lo haces solo por dinero.

—Lo merecían... Todas lo merecen.

—¿Fue por lo que tu madre le hizo a tu padre?

—Ella me convirtió en lo que soy. No nací siendo un monstruo. Lee mi diario y lo entenderás todo.

—¿Dónde puedo encontrar ese diario?

No obtuvo respuesta, lo que le indicó que la conexión se debilitaba.

—Soy como soy —dijo entonces Vidar—. El mal en el mundo existe... Ten cuidado... Corres peligro.

—¿Qué quieres decir?

—Él viene... a por ti.

—¿Quién?

La conexión se perdió, así que Roberto soltó su mano y se puso en pie, para regresar junto a los demás. Apenas había dado un par de pasos, cuando se detuvo y se volvió para mirar a Vidar.

¿Qué había querido decir con que alguien venía a por él?

Quizás la respuesta estuviese en su diario, por eso regresó junto al cuerpo y registró su ropa. No encontró nada, así que volvió con los demás. Eva le miró expectante en cuanto se acercó.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Tenemos que encontrar su diario.

—¿Qué diario?

—No lo sé. Quizás lo llevase en el todoterreno. Tengo que ir a mirar.

Olmo intervino al escucharle.

—Sería mejor que todos permaneciésemos aquí, juntos.

—Es importante. Ese diario puede contener información sobre los crímenes que ha cometido a lo largo de los años.

—Iré a buscarlo yo, no te preocupes —dijo Barrios—. Hemos pedido una ambulancia. Tienen que mirarte esa nariz y a ella ese golpe en la cabeza.

—Me encuentro bien, iré yo.

—De verdad que no me importa. Es mejor que te quedes aquí con Eva.

—He dicho que no —aseguró, tajante. Necesitaba encontrar ese diario.

—Está bien, deja al menos que te acompañe.

Roberto no dijo nada. Comenzó a caminar en dirección al lugar donde Vidar había abandonado su todoterreno, cerca de la tumba en la que había intentado enterrar a Eva. Ella también le acompañó, junto a Barrios y uno de los hombres del comando.

Por el camino apenas hablaron. Roberto no dejaba de repasar una y otra vez las palabras del asesino y su significado.

«No nací siendo un monstruo».

Sabía que estaba en lo cierto. Muchas personas nacían con una psicopatía, aunque eso no les llevaba a asesinar a otro ser humano. La mayoría de los que lo hacían era porque habían sufrido abusos en su niñez o adolescencia, bien fuesen físicos o psicológicos, o porque el entorno en el que vivían les había empujado a ello. Por eso estaba deseando encontrar el diario y leerlo. Quizás eso le ayudase a entender mejor a los monstruos a los que se enfrentaba.

Llegaron por fin al vehículo y se pusieron a registrarlo. En los asientos traseros encontraron una mochila con un saco de dormir, útiles de aseo personal y material de acampada, como un hornillo y un cazo. También un par de bolsas de ropa y otra con abundante dinero, bastante más de los setenta y cinco mil euros que le habían entregado días atrás. Parecía que toda su vida estuviese en aquel coche, lo que explicaba que no tuviese un paradero conocido.

Fue Eva la que encontró lo que buscaban, dentro de una mochila más pequeña, oculta bajo el asiento del conductor. Dentro había un portátil y dos libretas con cubiertas de cuero, bastante agrietadas por el paso del tiempo y del uso. Una era marrón y la otra negra.

Un vistazo rápido le permitió a Roberto comprobar que eran sus diarios. El negro contenía una serie de divagaciones y de reflexiones realizadas a lo largo de los años. El marrón contenía todo lo referente a los secuestros y asesinatos que había llevado a cabo. Nombres, localizaciones, planeamientos... Con todo lujo de detalles.

Eso hizo que esbozase una sonrisa y mirase a Eva, orgulloso.

—Ya no habrá más tumbas olvidadas.



Una hora después, la granja estaba llena de gente y de vehículos. Había más de veinte guardias civiles perimetrandos la zona, una ambulancia y el juez con su séquito para el levantamiento del cadáver. Al frente del dispositivo estaba el capitán Rivera, a quien el inspector Barrios explicó lo sucedido y que la operación estaba a cargo de la Policía Nacional, en colaboración con la Interpol.

Mientras eso sucedía, los sanitarios revisaron el estado de salud de Eva en la ambulancia. Roberto no se separó de ella en ningún momento.

—Debemos llevarla a un hospital —dijo el sanitario que la atendía.

—Me encuentro bien, no es necesario.

—Claro que sí —intervino Roberto—. Te dieron un golpe en la cabeza y perdiste el conocimiento. Además, llevas un rato llevándote la mano al cuello. Tienen que mirarte esas cervicales.

El sanitario asintió con la cabeza, y salió de la ambulancia.

—Voy a informar de que nos la llevamos.

—Estoy bien —dijo Eva una vez se quedaron a solas, incorporándose de la camilla y sentándose en ella con las piernas colgando—. Además, el capitán Rivera ha dicho que quería hablar luego conmigo.

—Que lo haga cuando salgas del hospital.

—Prefiero llevarme la bronca ahora y dormir tranquila.

—¿Qué bronca?

—Está claro que me van a abrir un expediente por falta grave.

—No sé por qué dices eso.

—Ya te lo he dicho antes. He intervenido en una operación a espaldas de mis superiores y he matado a un hombre.

—A un asesino.

—Presunto asesino hasta que se demuestre.

—No hay nada que demostrar. Intentó asesinarte.

—Es cierto, pero eso no cambia el hecho de que yo no debería estar aquí.

—En eso estoy de acuerdo. No debiste participar en la operación —la reprendió Roberto—. Te has puesto en riesgo innecesariamente.

—Me necesitabais. Además, si algo tuve claro cuando ese cabrón estaba echando tierra sobre mí, fue que estaba donde debía.

Él la miró desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Me he mantenido estos últimos dos años alejada de todo, pensando que eso era lo mejor para mi familia, pero ahora me doy cuenta de que el único modo de protegernos es atrapando a gente como Vidar. Lo que vi en sus ojos... —Por un momento pareció faltarle el aire—. Rober, no podemos permitir que gente así siga campando a sus anchas entre nosotros.

Rober alargó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Estás bien?

Ella se abrazó a él y comenzó a sollozar en silencio. Se veía que lo necesitaba, así que lo respetó y le acarició el pelo mientras se desahogaba. Permanecieron así durante unos minutos, hasta que una voz les interrumpió.

—Roberto, tenemos que hablar.

Al girarse vio que se trataba de Barrios. Parecía preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Problemas. Ese capitán de la Guardia Civil quiere llevarnos al cuartelillo para interrogarnos.

—Eso no va a ocurrir.

—Pues parece que el juez le apoya.

—Me da igual.

Roberto se separó de Eva y salió de la ambulancia.

—Dice que esta operación es ilegal, que se realizó a espaldas de ellos —prosiguió el inspector.

—Porque era una operación encubierta.

En ese momento vio acercarse al capitán, con cara de pocos amigos. Iba acompañado de un cabo, cuya forma de mirarle no le gustó nada.

—Vais a tener que venir al cuartel de Ribadesella para explicar lo que ha sucedido aquí.

—Ahora mismo no voy a ir a ningún sitio que no sea al hospital con mi mujer —le replicó Roberto.

El otro le miró desconcertado en un primer momento y acto seguido intentó intimidarle.

—¿Cómo has dicho, cabo? —remarcó la última palabra con el rostro tenso.

—Esta es una investigación de la Interpol.

—¿De qué coño estás hablando? Hasta hace dos días eras un puñetero cabo destinado en Llanes. ¿A quién crees que vas a engañar con esa gilipollez de la Interpol? ¡Y cuádrate cuando hables conmigo!

—Ni me voy a cuadrar ni tengo nada que hablar con usted. Si les hemos avisado es porque esto es jurisdicción de la Guardia Civil, pero la investigación está en manos de la Policía Nacional y la Interpol.

El capitán dio un par de pasos para encararse con él.

—Tú y tu mujercita estáis metidos en un verdadero lío.

—No sería la primera vez.

—Estoy al corriente de los follones que has tenido en Llanes y en otros lugares por los que has pasado. Incluso que te echaron de la UCO.

—¿Quién le ha dicho eso?

Por el modo que tuvo de desviar los ojos, intuyó que había sido el cabo que le acompañaba. Lo confirmó al ver el modo en que este sonreía.

—Eso es lo de menos —prosiguió el capitán—. Ya hemos hablado con el juez y esta noche la

vas a pasar en el cuartelillo.

—¿Acusado de qué?

—De suplantación de identidad, para empezar. Sabemos de sobra que no trabajas para la Interpol.

—No podéis detenerle —intervino Eva, saliendo de la ambulancia y situándose a su lado.

—Lo estoy haciendo. Cabo Tapia, encárguese de meterlo en un vehículo para trasladarlo a Ribadesella.

Eva dio un paso adelante, pero Roberto la agarró.

—Tranquila, yo me ocupo de esto. Es mejor que tú vayas al hospital.

—Yo te acompaño —aseguró Barrios—. Iremos al cuartel a aclarar todo esto.

—No voy a dejarte —dijo ella.

Roberto la abrazó y le susurró al oído:

—No te preocupes, solucionaré esto rápido y en cuanto lo haga iré a recogerte al hospital. Lo más importante ahora es que te vea un médico.

—No quiero dejarte solo.

—Te prometo que será la última vez que lo hagas.

Roberto caminó junto a Barrios hasta el vehículo que les indicó el cabo Tapia, aunque antes de entrar se detuvo para encararse con él.

—Así que tú eres el que le contó a mi mujer lo de Sevilla —dijo mirándole a los ojos.

El otro se mostró aparentemente tranquilo.

—No dije ninguna mentira.

—¿Acaso estabas allí para verlo?

—No, pero me lo contó un amigo que tengo allí.

—¿Cuánto te pagó ese amigo? —le preguntó Roberto.

—Nada. Fue un policía destinado en Sevilla.

—Eso no te lo crees ni loco. ¿Quién te pagó?

—Nadie.

Roberto dio un paso hacia él.

—¿Crees que no puedo demostrar que te han sobornado?

—Inténtalo.

—Si vuelves a acercarte a mi mujer o a mi familia, te juro que lo pagarás muy caro.

—Me gustaría ver cómo lo haces —le desafió con la mirada.

Durante unos segundos se miraron desafiantes, hasta que Roberto decidió subirse al coche. No le interesaba enfrentarse a él en ese momento. Tenía otras cosas más importantes de las que ocuparse.

En cuanto estuvo dentro del vehículo, sacó su teléfono y llamó al padre Miguel.

—Voy a necesitar su ayuda —le dijo nada más escuchar su voz.



No pasaron el resto de la noche en una celda, como les había amenazado el capitán, sino en una sala de descanso, donde al menos pudieron sentarse en unos sofás y tomarse un café.

Roberto estaba tranquilo y confiado. Aquella iba a ser la gran prueba que le ayudaría a decidir el camino a seguir a partir de ese momento. Estaba contento de haber atrapado a Vidar, sobre todo porque los diarios que tenía en su poder, junto con su portátil, le descubrieron prácticamente todo lo que había hecho el asesino a lo largo de los últimos veinte años.

Para empezar, él había sido el autor material del asesinato de su madre. Tal y como explicaba en el diario, estaba harto de sufrir sus humillaciones y de ver cómo trataba a su padre, engañándole con todos los hombres que se le antojaban y despreciándole como persona. Por ese motivo, se desplazó una noche a Boñar y permaneció escondido hasta la mañana siguiente, en un pequeño cobertizo de herramientas que había detrás de la casa. Cuando a la mañana siguiente vio a su madre sola en la huerta, la atacó por la espalda y la golpeó hasta matarla. Después regresó a León sin que nadie lo descubriese y pudiesen acusarle del crimen.

Aquel hecho no solo marcó el inicio de todo. Vidar dejó constancia en su diario del profundo odio que sentía por las mujeres y su deseo de que aquella muerte no fuese la única.

Una vez en Italia, tuvo la oportunidad de hacerlo realidad. Conoció a través de un chat privado a un hombre que estaba deseando deshacerse de su mujer y se ofreció a ayudarle. Quitar una vida ya no suponía un problema para él. Lo había hecho una vez y estaba deseando repetirlo. Ese segundo crimen le señaló el camino que debía de seguir a partir de ese momento.

Regresó a España para llevar una vida nómada, viajando siempre de un lugar a otro, sin asentarse en ninguno durante demasiado tiempo, para que nadie le tuviese localizado. Buscó trabajos sin contrato y jamás abrió una cuenta en ningún banco. No existía para el resto del mundo.

Hasta que las ganas de matar le dominaron de nuevo por completo.

Arrebatar una vida se convirtió en una necesidad e Internet en el terreno perfecto para llevar a cabo su macabra fantasía. Utilizando diversos métodos a lo largo de los años, fue conociendo a través de la red a maridos que deseaban deshacerse de sus mujeres y a los que lograba convencer para que le pagasen una buena cantidad de dinero a cambio de hacerlas desaparecer sin riesgo para ellos. De ese modo, no solo evitó tener que volver a trabajar, sino que continuó haciendo realidad su oscuro deseo de castigar a las mujeres.

Siempre utilizaba la misma táctica. Primero analizaba al marido, para saber si era de fiar, y luego estudiaba los movimientos de su mujer, para elegir la forma más segura de llevar a cabo el

secuestro. Una vez tenía claro cómo hacerlo, la secuestraba, las primeras veces golpeándola en la cabeza y las posteriores utilizando una pistola eléctrica. Después la llevaba a algún lugar apartado, donde previamente había excavado una tumba, y la enterraba dentro. Siempre viva, para que el castigo fuese más cruel. Tenía por norma enterrar junto al cuerpo un objeto que tuviese las huellas dactilares del marido. De ese modo, si se negaba a pagar lo acordado, lo amenazaba con llevar a la policía hasta el lugar del enterramiento para que le inculpasen a él por el crimen.

Ese dinero le permitió vivir como un fantasma, pasando desapercibido para todo el mundo, además de perfeccionar la técnica para captar a nuevos clientes. Lo último era la aplicación que le había proporcionado tres años atrás un hacker ruso.

En total treinta y cinco asesinatos, todos ellos detallados en su diario, incluyendo la ubicación exacta y las coordenadas de cada una de las tumbas. Lo hacía así porque en ocasiones regresaba al lugar del enterramiento para revivir lo ocurrido y disfrutar una vez más de las muertes.

Todavía le faltaba revisar su portátil para ver qué contenía, aunque los diarios ya eran prueba suficiente para demostrar su culpabilidad.

El inspector Barrios, que al igual que él se había pasado la noche leyendo los diarios, mostró su preocupación ante lo que se les venía encima.

—Este asunto va a levantar muchas ampollas. Lo sabes, ¿verdad?

—¿En qué sentido? —preguntó Roberto.

—En ese diario hay algunos nombres de gente importante.

—No es mi problema. La verdad debe salir a la luz.

—Soy consciente de ello. Para mí lo fundamental es que en el diario queda claro que Alessandro Chiesa pagó a Vidar para que asesinase a su mujer, así que lo primero que haré cuando salgamos de aquí es contárselo al comisario Turienzo. Hay que solicitar a la policía italiana la extradición y que nos lo entreguen para ser juzgado en España y encarcelado en una prisión española.

Vidar relataba en su diario cómo Alessandro Chiesa había llegado hasta él a través de su web y, siguiendo sus instrucciones, se había desplazado a Jaca para llevar a cabo el secuestro. Todo estaba descrito al detalle, sin dejar lugar a dudas de la implicación del banquero. No obstante, Roberto tenía claro que no le competía a él acusarle del asesinato de su mujer.

—Esas cosas ya se escapan a mi control. Lo importante es que no solo lo pague Chiesa, sino todos aquellos que encargaron a Vidar el asesinato de su mujer.

—Para eso habrá que hablar con Madrid y que el caso pase a manos de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Ellos tienen el personal y los medios necesarios para investigarlo a fondo, y se encargarán de que nadie salga impune.

—Eso espero.

—De todas formas, me parece increíble que alguien sea capaz de pagar para que asesinen a su mujer.

Roberto se encogió de hombros.

—Ten en cuenta que ninguno de ellos se manchó las manos. Disponían de una coartada que les libraba de ser sospechosos y los cuerpos de sus mujeres nunca aparecieron, por lo que no podían acusarles de asesinato.

—Menudo negocio más lucrativo se había montado Vidar, enriquecerse con la muerte de mujeres inocentes.

—No lo hacía por eso. Es cierto que el dinero era importante para él, pero las asesinaba porque eso le proporcionaba una profunda satisfacción personal, cumpliendo su fantasía de

castigar a las mujeres. No necesitaba abusar de ellas ni hacerles más daño de lo necesario. Solo quería verlas morir.

—Era un puto enfermo mental.

—Pero muy listo. Fue una suerte que lográsemos atraparlo.

—¿Y ahora qué pasará contigo? ¿Crees que ese capitán hablaba en serio con lo de acusarte de suplantación de identidad?

—Pronto lo sabremos.

Acababa de decir eso, cuando el padre Miguel irrumpió en la sala. Se le veía con unas profundas ojeras, señal de que no había dormido mucho esa noche.

—Aquí estás —dijo el cura a modo de saludo—. Imagino que tendrás ganas de irte a tu casa con tus hijos.

—Lo estoy deseando.

—En ese caso nos iremos muy pronto.

Roberto se puso en pie y se acercó a él.

—¿Has logrado solucionarlo?

—Pues sí. De momento he venido acompañado de un abogado de Oviedo para que hable con el juez, aunque ya hay un bufete en Madrid esperando para encargarse de tu caso, si fuese necesario, que no lo creo. Conmigo ha venido también el coronel Santamaría, jefe de la Guardia Civil en la zona de Asturias. Un hombre muy serio y vinculado con la Iglesia Católica. Ahora mismo está dando las órdenes oportunas para que te permitan regresar a casa.

Roberto sonrió al escuchar eso.

—Parece que se puede confiar en vosotros.

El padre Miguel también esbozó una ligera sonrisa.

—Ya te dije que íbamos a ayudarte en todo lo que fuera necesario.

—Puede que lo de trabajar para el Vaticano no sea tan malo como yo pensaba al principio.

—En tu mano está que quieras seguir haciéndolo.

—Con respecto a eso, creo que ya he tomado una decisión —aseguró Roberto.



El obispo Lombardo le recibió a solas en su despacho del Vaticano. Nada más verle entrar, salió de detrás de su mesa y se acercó para estrecharle la mano.

—Me alegra verte de nuevo.

—Yo también me alegro de verle, monseñor —dijo Roberto, consciente de que ese era el trato que le daba todo el mundo.

—Por favor, nada de formalismos entre nosotros. ¿Qué tal el viaje hasta aquí?

—Bien.

—¿Estáis contentos con el alojamiento?

—Es más de lo que esperábamos.

—¿Los niños están bien?

—Encantados —aseguró Roberto—. Mientras hablamos, mi mujer se los ha llevado a dar un paseo con Sella y luego hemos quedado con el padre Miguel para visitar la Capilla Sixtina.

—¿Qué tal se encuentra tu mujer?

—Recuperada. El golpe en la cabeza no fue grave, aunque estuvo un par de días en observación. Las dos semanas que pasó en casa de reposo antes de viajar aquí le vinieron muy bien.

—Estoy deseando conocerla.

—Ella también quiere conocerle, aunque antes preferí que mantuviésemos los dos a solas esta conversación.

—Claro. —El obispo señaló el mismo rincón en el que habían estado charlando la anterior vez—. Mejor nos sentamos y hablamos. ¿Quieres tomar algo?

—De momento, nada, gracias.

Se acomodaron en los butacones, uno frente al otro, y el obispo tomó la palabra.

—Al cardenal Fiore le gustaría agradecerte en persona que resolvieses el asesinato de su sobrina. Lo cierto es que estamos muy contentos con el trabajo que has realizado.

—No ha sido solo mérito mío.

—Lo sé, pero sin ti no habría sido posible descubrirlo todo.

—¿Qué ha ocurrido con Alessandro Chiesa?

—Las autoridades italianas han pedido a las españolas que cumpla aquí su condena, una vez sea juzgado. Se enfrenta a una pena de más de veinte años, como autor intelectual del crimen. El abogado de la acusación particular está convencido de que, con toda la información y la documentación que obtuvisteis del asesino, es imposible que se libre de la cárcel.

—Eso espero.

—Por supuesto, ha sido cesado de su cargo y todos sus bienes en suelo vaticano han sido incautados. En cuanto al asesino... ¿Cuál era su nombre real?

—Rafael Cano González, aunque se hacía llamar Vidar, como el dios nórdico de la venganza.

—Es increíble que ese hombre llevase veinte años secuestrando y asesinando a mujeres por encargo.

—También lo hacía porque disfrutaba con ello y hacía realidad su fantasía de castigar a las mujeres. Por desgracia, no es el único. Hay muchos más como él en el mundo.

—Por eso es tan importante tenerte con nosotros, para enfrentarnos a ellos.

—Con respecto a eso...

Al ver que Roberto dejaba la frase en el aire, el obispo ensombreció el rostro.

—¿No deseas volver a trabajar con nosotros? Si es así, lo respeto. Lo ocurrido con el inspector Rossi te habrá llevado a desconfiar del Vaticano, aunque quiero que sepas que ya está detenido. La policía demostró que Chiesa le había pagado una buena cantidad de dinero a cambio de sacarlo de España, aunque lo más grave es el cargo de asesinato al que se enfrenta.

—¿Asesinato? No entiendo.

—El día que me colgaste el teléfono, dijiste algo que me hizo pensar.

—Ese día estaba cabreado.

—Lo entiendo, tenías tus motivos.

—La verdad es que no recuerdo muy bien qué fue lo que le dije.

—Me contaste que Rossi no creía en tu don y que estaba convencido de que Pietro Caruso, el hombre al que te conectaste al venir a Roma, era quien había asesinado a su esposa.

—Sí, Rossi se negó a aceptar que Vidar fuese el asesino.

—Eso me hizo desconfiar y le pedí a la policía italiana que lo investigasen. Registraron su casa y lo que encontraron en ella horrorizó a los propios investigadores.

Roberto le miró desconcertado.

—No me imagino qué pudo ser.

—¿Recuerdas que Pietro Caruso estuvo ingresado en el hospital por una extraña enfermedad, hasta que falleció? Los médicos no lograron encontrar la causa en los análisis que le realizaron.

—Roberto asintió con la cabeza—. Pues bien, ahora sabemos que murió envenenado con polonio. Alguien lo introdujo en varias botellas de alcohol que tenía en su casa.

—¿Quién lo hizo? ¿Rossi? —intuyó.

—No, pero pagó a un delincuente al que había conocido en sus años en la policía para que lo hiciera. Encontraron las pruebas en su casa. Tenía distintos artículos impresos sobre el tema y anotaciones echas a mano sobre los lugares donde había que depositar el polonio para que Pietro lo ingiriese sin saberlo. Al ser detenido, el delincuente lo confesó todo.

—Me parece increíble.

—Por suerte, Rossi se desmoronó en el interrogatorio y terminó confesando lo que había hecho. Declaró que estuvo obsesionado durante años con que Pietro había asesinado a su mujer y que intentó por todos los medios que lo confesase, sin éxito. Hasta que un día, cuando ya habían transcurrido veinte años de la desaparición, encontró un artículo en Internet sobre un exespía ruso al que habían envenenado con polonio y se le ocurrió que la única forma de hacer que Pietro confesase sería en el lecho de muerte. Confiaba en que, estando moribundo, decidiría confesarlo todo. Sin embargo, no fue así. Pietro murió y no confesó nada, a pesar de que lo visitó en el hospital en varias ocasiones.

—Por eso no creyó que yo hubiese contactado con él después del fallecimiento —reflexionó Roberto en voz alta—. Estaba convencido de su culpabilidad.

—Así es. Creo que Rossi se obsesionó tanto con su culpabilidad que llegó a perder la razón. Ten en cuenta que por culpa de ese caso perdió a su familia y entró en una grave depresión.

—Lo sé, me lo contó, pero nunca imaginé que fuese capaz de envenenar a ese hombre para hacerle confesar.

—Ninguno podíamos imaginarlo. La mente del ser humano es muy compleja.

—Lo sé. Ahora entiendo por qué la primera vez que le di la mano percibí en él un sentimiento de culpa. Acababa de asesinar a un hombre para obtener una confesión que no se produjo.

—En el fondo es un hombre atormentado.

Eso no hizo que Roberto sintiese pena por él ni le disculpase por lo que había hecho.

—Quería que lo supieses —añadió el obispo— y que, antes de tomar una decisión, tengas en cuenta que las decisiones que tomó Rossi no tienen nada que ver con el Vaticano.

—Soy consciente, por eso no he dejado que afecten a mi decisión. En realidad, es el padre Miguel el que me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva.

El obispo le miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Esta investigación me ha servido para darme cuenta de dos cosas. La primera es que si quiero proteger a mi familia debo intentar que este mundo sea más seguro y para ello debo encerrar a cuantos asesinos me sea posible.

—Estamos de acuerdo en eso.

—La segunda es que no podré hacerlo sin ayuda. Después de cazar a Vidar, una llamada al padre Miguel fue suficiente para que me sacase del lío en el que estaba metido. Bueno, no solo a mí. Los abogados se aseguraron de que ninguno fuésemos acusados por llevar a cabo la operación en la que Vidar resultó muerto. Además, mandos superiores de la Guardia Civil respaldaron nuestra actuación, algo en lo que tuvo mucho que ver el Vaticano, por lo que tengo entendido.

—Nada sería posible sin el apoyo de buenos católicos, dispuestos a ayudarnos en lo que necesitemos.

—Lo mejor de todo es que Eva tampoco fue acusada de nada.

—Ya ves que no te mentí al decirte que el Vaticano dispone de medios para protegerte a ti y a los tuyos.

Roberto asintió con la cabeza, antes de continuar.

—Eso me recuerda que hay otro tema del que quiero hablarle. Es referente a un cabo de la Guardia Civil que trató de romper nuestro matrimonio y al que le pagaron por hacerlo. No hemos podido demostrar quién lo hizo, aunque sabemos que le ingresaron en la cuenta cincuenta mil euros. Está claro que hay alguien con bastante poder empeñado en hacerme daño del modo que sea.

—Dudo que ese alguien tenga tanto poder como el Vaticano.

—Espero que no, porque es probable que no ceje en su empeño, sobre todo ahora que voy a trabajar con ustedes.

—Me alegra que hayas tomado esa decisión —dijo el obispo, esbozando una sonrisa de satisfacción.

—Antes, tengo una serie de condiciones.

—Las escucharé encantado.

—La más importante de todas es la seguridad de mis hijos. Quiero que crezcan en un entorno seguro.

—Lo tendrán.

—Los dos son muy especiales, lo que implica que ambos necesitan... ¿Cómo decirlo? —Por un instante dudó—. Alguien que sepa cuidarlos y atenderlos cuando nosotros no estemos.

—Tranquilo, disponemos del personal adecuado.

—Me gustaría darles los mejores estudios posibles y que crezcan en un ambiente sano y seguro.

—Tendrán lo que desees.

—Gracias.

—Has dicho «cuando nosotros no estemos» —apuntó el obispo.

—Sí, eso me lleva a la siguiente cuestión —prosiguió Roberto—. Quiero formar un equipo de investigación, pero tiene que ser dentro de un marco legal, esta vez nada de falsas identificaciones de la Interpol. Yo no soy inspector de policía y en la Guardia Civil lo saben. Eso estuvo a punto de causarme graves problemas en esta última investigación.

—Fue una medida de urgencia para darte un supuesto marco legal durante la investigación.

—Lo sé, pero si tengo que trabajar con las autoridades españolas o de cualquier otro país, todo tiene que ser cien por cien legal y ajustarse a la realidad. He decidido anular mi solicitud de baja y mantener mi empleo de cabo dentro de la Guardia Civil. Soy consciente de que eso puede menoscabar mi autoridad, pero Eva es sargento y ella sabe lidiar con esas situaciones.

—¿Te refieres a tu mujer?

—Quiero que trabaje conmigo —expuso con voz firme—. Ella desea hacerlo y le garantizo que es mejor investigadora que yo. Es más, yo soy mejor investigador cuando trabajamos juntos. ¿Sería posible?

—Por supuesto, si ese es tu deseo.

—Deberá ser un equipo que tenga el apoyo tanto de la Guardia Civil como de la Policía Nacional en cualquier investigación que afronte, especializado en perseguir y atrapar a asesinos en serie. Ya existe algo similar. La Policía Nacional tiene a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, y la Guardia Civil a la UCO, así que necesitamos estar por encima de ellos. Deberemos tener prioridad absoluta en todos los casos que caigan en nuestras manos, que no haya ningún tipo de conflicto de intereses y que nos presten el apoyo que necesitemos en cuanto a material, equipo y personal. ¿Sería posible?

—Tendremos que recurrir a instancias superiores y tratar directamente con el gobierno español, pero no creo que haya problema. La captura de un asesino en serie como Vidar ha dejado claro que España no está libre de ese tipo de criminales y que es necesaria gente cualificada para atraparlos. ¿Alguien más que quieras tener en el equipo?

—Por supuesto, al padre Miguel. En esta investigación me ha demostrado que es un hombre de recursos y necesito tener a mi lado a alguien del Vaticano, que realice aquellas gestiones que a mí se me escapan.

—¿Le has consultado? Ahora lleva una vida tranquila como párroco.

—Todavía no, pero sabré convencerle. Es un hombre de mundo y tenerle a mi lado sería de gran ayuda.

—Si él está de acuerdo, así será.

—También quiero contar con la ayuda del inspector Barrios, de la Policía Nacional. Es un hombre entregado a su trabajo y nos vendrá bien tener a un policía entre nosotros, sobre todo si tenemos que lidiar con sus compañeros. Conoce el funcionamiento de la policía y nos vendrá

bien contar con su experiencia.

—¿Alguien más?

—De momento, no. Lo demás lo solicitaremos sobre la marcha.

—Tendrás todo lo que necesites, siempre y cuando esté en nuestra mano dártelo. Puede que haya cosas a las que no podamos llegar o que requieran gestiones que lleven más tiempo.

—Lo importante es que nos permitan investigar aquellos casos que caigan en nuestras manos.

El obispo se puso en pie y alargó la mano hacia él.

—Bienvenido al Vaticano.

—Gracias —dijo Roberto levantándose y estrechándola—. Espero que esto sea el inicio de una relación fructífera para ambas partes.

—Estoy seguro de que lo será.

EPÍLOGO

Los primeros copos de nieve caían sobre las calles, confirmando que la presentadora del informativo de una de las cadenas de televisión no se había equivocado en sus vaticinios. Las temperaturas habían caído de golpe en las últimas cuarenta y ocho horas, anunciando un invierno que se adelantaba a lo previsto. Tampoco era extraño ver nieve en Jaca a esas alturas del año, aunque a veces se retrasaba más de lo deseable, lo que perjudicaba a las estaciones de esquí, que veían peligrar su negocio. Este apuntaba a ser un buen año para ellas.

Barrios dejó atrás la comisaría para dirigirse a su casa. El comisario acababa de entregarle una felicitación por escrito por la resolución del crimen de la turista italiana, que había copado los titulares de la mayoría de la prensa nacional durante las últimas dos semanas. La existencia en España de un asesino que había actuado de forma impune durante veinte años estaba llenando multitud de horas en los espacios televisivos y ríos de tinta en los periódicos. Aunque no se mencionaba a los investigadores, no podía dejar de sentirse orgulloso por lo que habían conseguido. En especial, él. No era la fama lo que buscaba, sino otra cosa, y ya lo había obtenido.

Una vez llegó a su nuevo apartamento, cogió una cerveza de la nevera y se acercó a la ventana para ver cómo caían los copos. No tenía pinta de que la nieve fuese a cuajar, al menos de momento. Quizás lo haría cuando cayese la noche y la temperatura bajase más. Sería bonito despertarse al día siguiente con la ciudad cubierta por un manto de nieve.

Una llamada de teléfono le sacó de sus pensamientos e hizo que esbozase una sonrisa al ver que se trataba de un número oculto.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó la voz que esperaba escuchar.

—Bien, ya estoy instalado en mi nuevo piso.

—Me alegra que mi dinero te haga feliz. ¿Tienes alguna novedad para mí, algo que pueda utilizar contra él?

El inspector sonrió antes de responder.

—Tengo algo mucho mejor. Vamos a trabajar juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Va a crear un equipo especial de investigación y yo voy a formar parte de él.

—¿Qué tipo de equipo?

—Uno para perseguir asesinos y resolver crímenes.

—¿En España? —se sorprendió la voz.

—Eso creo. No me ha dicho nada de trabajar en el extranjero, al menos de momento.

—¿Y qué pasa con la Guardia Civil? ¿No había pedido la baja de ella?

—Se ha echado atrás y ha solicitado al Vaticano que le respalde. En ese equipo estarán

también su mujer y el cura que nos ayudó con ciertas gestiones durante la última investigación.

—¿Y dices que vas a formar parte de ese equipo?

—Así es. Parece ser que le convencí cuando le dije que estaba dispuesto a ayudarle en todo lo que necesitase.

Se produjeron unos segundos de silencio, hasta que la voz dijo:

—Está bien que trabajes con él, aunque el hecho de que tenga el respaldo del Vaticano no es bueno para mis intereses.

—Ahora que voy a trabajar codo a codo con él, será más fácil descubrir sus puntos débiles.

—No quiero saber sus puntos débiles, lo que quiero es destruirle.

—¿Para eso no sería mejor pegarle un tiro y ya está?

—Demasiado fácil. Quiero verle sufrir y que lo pierda todo, su casa, su familia, su trabajo... todo lo que tiene. Quiero verle hundido en el pozo más profundo y que su existencia se convierta en un infierno, algo que hasta ahora no he conseguido. Pensé que destapar su don en la prensa sería suficiente para apartarle de su trabajo y hundirle la vida, pero no fue así. Luego regresó y no supimos aprovechar la oportunidad que se nos presentó para meterle en la cárcel, acusado de asesinato. Como tampoco funcionó influir en su mujer para que se separase de él. Están demasiado unidos, así que habrá que tomar otras medidas más extremas.

—¿Como cuáles?

—No es misión tuya saberlo. Lo que necesito de ti es que me mantengas al tanto de todo lo que hace y actúes desde dentro cuando te lo pida. ¿Lo harás?

—Siempre y cuando la recompensa sea acorde con el riesgo.

—¿Acaso no lo ha sido hasta ahora?

—Sí, pero después de esto me gustaría retirarme para siempre y vivir el resto de mi vida lo mejor posible.

—Eso no es problema. Te haré llegar un segundo pago de cincuenta mil euros, para que veas que voy en serio. Será un pequeño adelanto por tus servicios. Recibirás mucho más llegado el momento, tanto que no necesitarás preocuparte de trabajar el resto de tu vida. Pero, para eso, necesito que me ayudes a acabar con Roberto Fuentes.

—No se preocupe por eso, le ayudaré. Ahora confía en mí.

—Estaremos en contacto.

Nada más decir eso, la llamada se cortó y Barrios miró a través de la ventana. La nieve caía con más intensidad y los copos habían aumentado de tamaño. Parecía que al final sí que se iban a cubrir las calles. Eso hizo que respirase hondo y una ola de optimismo le invadiese. Estaba ante la gran oportunidad de su vida.

No tenía nada personal contra Roberto Fuentes, pero debía pensar en su futuro. La llamada misteriosa que había recibido en Jaca mientras su primo, el informático, les ayudaba a crear los perfiles falsos, le convenció de que estaba ante la oportunidad de su vida. Eso y un pago de cincuenta mil euros que recibió al día siguiente y que le habían servido ahora para pagar la entrada de su nuevo piso. Una cantidad muy generosa solo por vigilar a Roberto y transmitir cada uno de sus movimientos.

Desde ese momento vio claro que estaba ante una gran oportunidad de solucionar su futuro para siempre. Solo tenía que fingir ser el aliado perfecto y obtener toda la información que permitiese a su generoso benefactor acabar con él, aunque no tuviese ni idea de quién era la persona con la que estaba tratando.

Lo sentía por Roberto, pero así era la vida. Unos estaban en ella para sufrir y otros, como él, para disfrutar, aunque fuese gracias al dolor de otros. A eso iba a dedicar todos sus esfuerzos a

partir de ese momento, para así disfrutar de la vida que siempre había querido llevar.

—Mala suerte, Roberto —murmuró—. Nunca debiste venir a Jaca y cruzarte en mi camino.

QUERIDO LECTOR

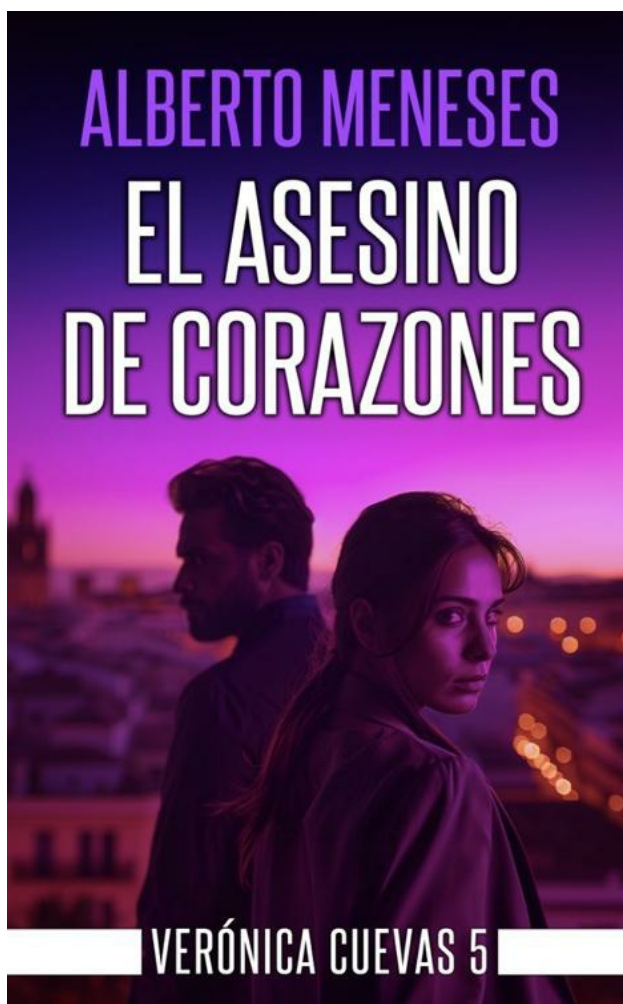
Gracias por leer **Otra tumba olvidada**.

No olvides dejar tu comentario al final de este libro o en la página de compra de Amazon.

Tu opinión es importante para mí. Me ayudará a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan la novela.

¿Todavía no la has leído?

La novela que une a Roberto Fuentes y Verónica Cuevas en una misma investigación.



EL ASESINO DE CORAZONES

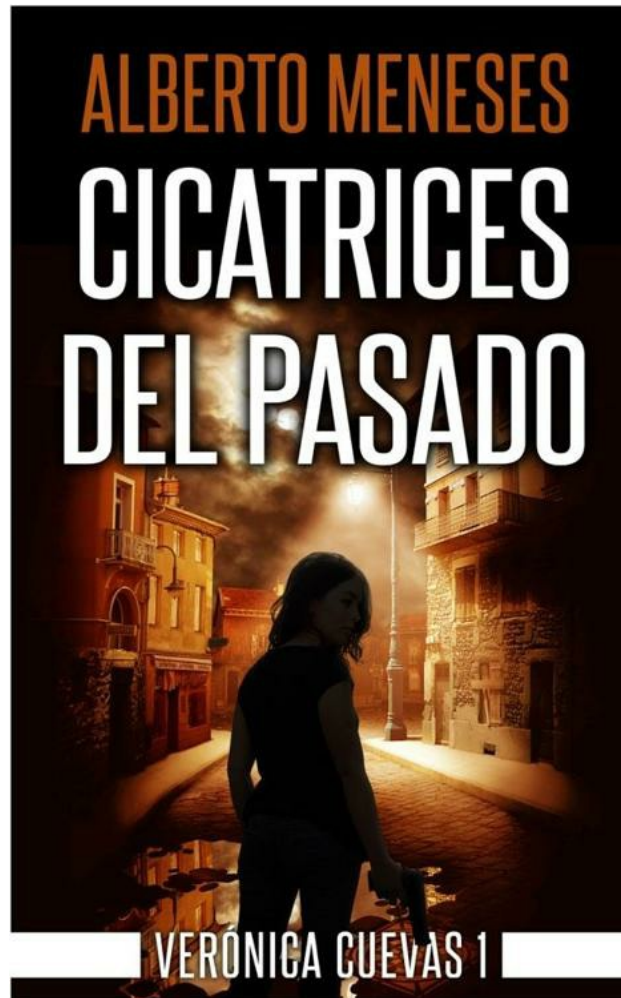
Verónica Cuevas ha regresado a la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, la unidad que nunca quiso dejar. Sin embargo, su primer caso será el más difícil al que se ha enfrentado hasta el momento.

Sevilla está asolada por un asesino que ya ha llevado a cabo seis asesinatos y que tiene desconcertados a los investigadores.

No sigue ningún patrón en los crímenes, no hay relación entre las víctimas y no existe ninguna pista que les lleve hasta él.

El último crimen hace que Verónica recurra a la única persona que puede ayudarle: Roberto Fuentes.

Descubre el inicio de la nueva serie de Alberto Meneses.



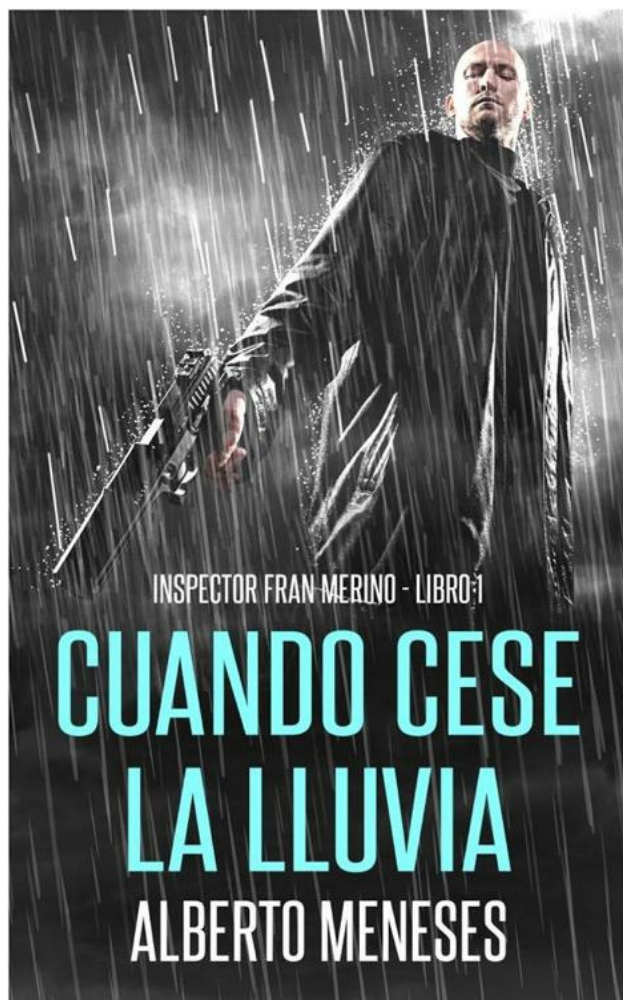
CICATRICES DEL PASADO

Verónica es subinspectora de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos del Cuerpo Nacional de Policía.

Después de resolver su primer caso importante, una nueva investigación la llevará junto a su compañero, el inspector Vallejo, a la ciudad de León, donde la hija del rector de la universidad lleva desaparecida una semana sin que se tenga ninguna pista sobre su paradero.

¿Existe relación entre esta desaparición y un crimen cometido pocas semanas atrás? ¿Es posible que un asesino en serie esté asolando León?

Solo la venganza puede cerrar algunas heridas.



CUANDO CESE LA LLUVIA

Un año después de que el asesino en serie conocido como el Rompecorazones fuese ejecutado, varias personas implicadas en su condena aparecen muertas en extrañas circunstancias.

La Policía se verá obligada a recurrir al ex inspector Fran Merino, apartado del servicio por sus problemas de adicción tras la trágica muerte de su mujer.

Comienza así una carrera en la que deberá atrapar al culpable antes de que vuelva a asesinar, mientras sufre una lucha interna para que el deseo de venganza no arruine su vida.

SUSCRIPCIÓN LISTA DE CORREO

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y estar al tanto de las publicaciones y novedades del catálogo, así como disfrutar de contenidos exclusivos.

Además podrás conseguir gratis **Los muertos no se ahogan**, la primera novela de la serie Roberto Fuentes.

[Lista de correo de Alberto Meneses](#)



CONTACTO CON EL AUTOR

Si tienes cualquier problema con la visualización de esta edición, o si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo al siguiente correo electrónico:

alberto.meneses@hotmail.es

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



ACERCA DEL AUTOR

En mi página web podrás conocer todo sobre mis novelas, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor:

<https://albertomeneses.es>



También puedes formar parte de mi grupo de lectores en Facebook y compartir tus impresiones con otros lectores, así como estar al tanto de mis nuevos trabajos.

[Grupo de lectores de Alberto Meneses](#)



OTRAS OBRAS DEL AUTOR

SERIE ROBERTO FUENTES:

1. Los muertos no se ahogan

2. Déjame morir

3. El cazador de lágrimas

4. Devoradores de espíritus

5. Profanación

6. Las voces de los muertos

7. El legado del mal

8. Otra tumba olvidada

PACK LIBROS 1-3

PACK LIBROS 4-6

SERIE VERÓNICA CUEVAS:

1. Cicatrices del pasado

2. La justicia del inocente

3. Donde habitan los demonios

4. Una bala nunca miente

5. El asesino de corazones

PACK LIBROS 1-3

SERIE FRAN MERINO:

1. Cuando cese la lluvia

2. Tiempos de oscuridad

